

A close-up, soft-focus portrait of a young girl with striking blue eyes and light blonde hair. Her hair is blowing in the wind, framing her face. The lighting is gentle and natural, highlighting the texture of her skin and the intensity of her gaze.

Ánime tui

Virginia Camacho

Virginia Camacho

PRÓLOGO

Así como estaba, no parecía Allegra Whitehurst, la gran heredera de la Automotriz Chrystal.

Así parecía más bien una transeúnte más.

Lágrimas negras recorrían sus mejillas pálidas, y su boca iba torcida en un rictus amargo, de quien no puede contener un sollozo más.

Y no pudo. Sin mirar atentamente dónde se sentaba, dejó que sus lágrimas corrieran, y los sollozos se escaparan. Qué importaba la gente que miraba? Ninguno de ellos la conocía, había seguido el consejo de sus padres de ser más bien anónima ante el mundo y no atraer la atención sobre sí misma ni sobre su fortuna para tener a salvo su intimidad.

Su intimidad...

Hacía unos minutos, la parte más íntima de su vida había sido ventilada frente a una fulana a voz en cuello.

Un sollozo más fuerte salió de su garganta cuando en su cabeza resonaron los gritos. Su novio, su novio de toda la vida, el hombre que había amado desde que descubrió que le gustaban los chicos, había sido muy cuidadoso en sacar uno a uno todos sus defectos. No bastó con haberlo hallado teniendo sexo con una espectacular morena de caderas anchas y senos enormes, no. Cuando ella le había preguntado el legendario “¿Por qué?”, él no había sido tímido y le había sacado en cara todos sus defectos.

—Por qué? —había exclamado, como si la pregunta fuera simplemente tonta— Por qué? Allegra, hace cuánto tú y yo no tenemos sexo?

—Pero no porque yo no quisiera! Te he... te he invitado a pasar siempre, siempre! Y tú... simplemente te vas!

—Y para qué me iba a quedar? Para intentar vanamente de encender tu cuerpo, pasar horas en los preliminares para tener una insulsa respuesta de tu cuerpecito? Tenías que saber que en algún momento me iba a cansar!

Allegra lo había mirado con ojos grandes de sorpresa. Él nunca se había expresado así de ella, ni frente a ella. ¿Era ese hombre Thomas Matheson, su novio desde la adolescencia? El cuerpo sí lo era, era el mismo cabello rubio y rizado de ojos grises, pero no era su mirada... Ahora que lo pensaba, su mirada nunca había sido tan expresiva, ni siquiera en aquellos momentos de los que ahora él hablaba. Ahora tenía el ceño fruncido, enseñaba los dientes y movía las manos en ademanes fuertes, desnudo como Dios, o el diablo, lo trajo al mundo, y usando un tono de voz que ella no le había conocido. La morena despampanante miraba la escena como si de la final de algún deporte popular se tratara; la descarada ni siquiera se había preocupado por cubrirse.

La mano le tembló visiblemente, y echó hacia atrás un mechón de su cabello rubio descolorido, tan rubio que parecía blanco, y corto a la nuca.

—Nunca... nunca me dijiste...

—Que eres fría como un témpano de hielo? Que obtengo más respuesta de una muñeca inflable que de ti? Que odio tu cuerpo flacuchento, sin encantos, encima de mí intentando ser sexy, pero que lo único que me produce es risa? —A esas alturas, ya a Allegra le faltaba el aire— ¡Ah, no me abras esos ojotes, princesita! ¿Nunca te diste cuenta? ¿Tan estúpida eres que creíste que tus “Ah, ah; Oh, oh!” eran suficientes para mí?

La bofetada resonó en la habitación. Allegra nunca le había pegado a un hombre, nunca había

tenido que hacerlo. Sus oídos siempre habían estado protegidos, nunca nadie en toda su vida le había hablado así.

—Te odio

—Qué? —preguntó él poniéndose la mano en la mejilla enrojecida, totalmente sorprendido.

—TE ODIÓ!! —gritó Allegra, obteniendo al fin una reacción de la morena, que la miró interesada

— Te odio! No solo me has sido infiel, sino que me insultas? Qué clase de hombre eres? Cómo pude decir alguna vez que estuve enamorada de alguien como tú? —No sabía cuánto le duraría su arranque de ira y dignidad, así que caminó a la enorme sala con vista al océano y tomó el bolso rojo que había dejado en un sofá.

—Nunca encontrarás un hombre como yo— vaticinó Thomas—. Nunca un hombre te soportará todo lo que te tuve que soportar yo.

Allegra se giró, con los ojos llenos de lágrimas, pero con un demonio dentro que pedía a gritos salir, matar y despedazar.

—No, no encontraré a uno como tú, lo encontraré mejor, más guapo, más rico, y mucho mejor en la cama—. Thomas soltó una estruendosa carcajada.

—Ah, sí? Dime, preciosa, y cómo va a ser eso? Cuánto tiempo crees que lo vas a mantener interesado en... —la miró de arriba abajo como el carnicero que desaprueba una pierna de cerdo verde— ...ti.

—Hombres hay muchos, Thomas Matheson. Y yo, definitivamente me merezco algo mejor que tú. —Dio media vuelta encaminándose al ascensor privado.

—Te doy tres meses para que encuentres a ese dechado de virtudes —Allegra se detuvo sin darse la vuelta—, más guapo, más rico y mejor en la cama. Pero es una apuesta tonta y juego a ganar. Nunca tuviste otro novio aparte de mí, y apenas si aprendiste a besar. De todos modos, en tres meses iré a verte, espero ser presentado cordialmente.

Aunque Allegra no lo veía, Thomas le hizo la venia, como el famoso actor que se despide de su amante público. A esas alturas, ya Allegra no veía claramente a causa de las lágrimas, pero se contuvo de limpiárselas, no fuera que él viera el gesto y supiera que éstas ya corrían libremente por sus mejillas.

Apuró el ascensor y salió sin mirar a nadie del lobby. Salió a la calle y en vez de buscar su auto, lo que hizo fue caminar sin rumbo por las calles.

Imágenes, gritos, tristezas y trozos de un corazón roto se mezclaban ahora. Las astillas debieron haber agujereado el pozo de las lágrimas, porque estas salían sin parar.

La gente, indolente, pasaba y si acaso la miraba. Bendita Detroit y sus millones de habitantes, bendito anonimato.

I

—Esa cara me dice que hoy tampoco hubo suerte— Dijo Kathleen Richman mirando a su hijo llegar y quitarse el impermeable para dejarlo sobre un gancho al lado de la puerta.

Duncan la miró como disculpándose.

Debajo del impermeable, llevaba un traje con corbata. Era la enésima entrevista de trabajo a la que iba, y la enésima en la que le decían: “Ya lo llamaremos”.

—Creo que causé una buena impresión al jefe de área. Incluso llegamos a bromear de las constantes lluvias esta semana.

—Ajá —Dijo Kathleen con tranquilidad, intentando no llevarle la contraria para no desanimarlo más de lo que él ya estaba, aunque intentaba disimularlo— Ven aquí, siéntate, ya te caliento tu sopa.

—Gracias, mamá. —Duncan se quitó el saco de sarga y la corbata antes de sentarse ante una pequeña mesa de madera con mantel plástico que la salvaguardaba de regueros no tan inesperados— Este año la economía tampoco ha mejorado mucho, ya sabes, el año pasado fue desastroso para la industria automotriz y Detroit se vio gravemente afectada. Muchos están perdiendo su empleo, yo estoy cometiendo la osadía de buscar uno.

Kathleen encendió la pequeña estufa a gas y ubicó sobre la hornilla una olla con sopa. Desde la cocina miró la ancha espalda de su hijo, que se masajeaba el cuello y los hombros con una mano. Su cabeza morena estaba inclinada hacia un lado para distender los músculos del cuello.

Duncan llevaba meses buscando un empleo estable y bien pago. Aunque ahora se desempeñaba como mecánico, y no ganaba demasiado mal, él había estudiado. Había asistido a la universidad con las manos y las uñas manchadas de grasa de motores para mejorar sus condiciones de vida. Ese muchacho que se sentaba a la mesa, cansado y quizá desanimado ya, le había prometido a su abuelo antes de que éste muriera que se superaría, y había cumplido con uno de los pasos, pero la vida estaba seriamente empeñada en impedirle el otro.

Kathleen sirvió en un plato hondo la sopa pensando en cuánta culpa tenía ella de que aquello hubiese sido así. Tal vez si ella hubiese logrado retener a su marido, no le hubiese tocado a su hijo mayor hacerse cargo de la mayoría de los gastos de la casa, ya que de una parte se encargaba ella con su sueldo de enfermera.

—Dónde está Nick? —Preguntó Duncan mirando a su madre servirle el plato— Gracias.

—De nada. Ya sabes, ha de estar por ahí con sus amigos. No sé por qué esperas encontrarlo a esta hora en casa, si nunca está.

—Le he dicho...

—Y yo también le he dicho, pero qué podemos hacer? Es un adolescente, y la mayor parte del tiempo está solo.

Duncan bajó la mirada hacia su plato de sopa, tragando sin haber probado aún una cucharada.

—Mamá, no me voy a rendir; encontraré un buen empleo y tú podrás al fin...

—Lo sé, hijo, y lo conseguirás. Nunca he visto que no consigas algo que te has propuesto. Sólo hay que tener paciencia.

Él asintió mientras tomaba la cuchara para empezar a comer.

El pequeño apartamento, de sólo dos habitaciones, se había llenado con el olor de la comida, y atraídos, asomaron un par de cabecitas idénticas. Dos niños de al menos cinco años miraron a Duncan comer como si ellos nunca en su vida hubiesen visto una sopa.

—Mira quienes están aquí.

Duncan les sonrió, y eso para ellos fue señal suficiente. Salieron corriendo y se sentaron a la mesa a verlo comer y robarle si acaso, una cucharada de sopa de vez en cuando.

—Dejen comer a su hermano, está cansado y necesita alimentarse.

—Déjalos, mamá. No los he visto en todo el día—. Duncan empezó una conversación con sus hermanos gemelos acerca de crayolas y maestras desalmadas. Kathleen los vio hablar con la emoción de siempre bullendo en su pecho al verlos a la mesa conversando. La vida le había dado sólo varones, cuatro; Duncan nació cuando ella era demasiado joven, y junto con Timothy, que luego se convirtió en su esposo, se vinieron a Detroit a buscar fortuna. Pero la fortuna no había venido, en cambio, vino Nicholas. Tim se había sentido frustrado cuando, aún después de tanto tiempo y esfuerzo, seguían siendo la misma familia pobre que había llegado hacía una década. Duncan se daba cuenta de la situación y se esforzaba por ser un buen chico, y cuando ya se vio que las cosas no mejorarían, y Kathleen, aún a su edad, quedó de nuevo embarazada, y esta vez de gemelos, Tim abandonó el barco. Un día, simplemente, no regresó.

Para Tim, había bastado una nota diciendo “Adiós” para echar por la borda más de veinte años de vida juntos, cuatro hijos, y una mujer que lo había amado. El abuelo Duncan, padre de Tim, avergonzado de la actitud de su hijo, se había hecho cargo por un tiempo de la economía de la familia con su pensión, pero esta no era mucha, por lo que Kathleen tuvo que volver al trabajo tan pronto acabó su licencia de maternidad, Duncan nieto tuvo que alternar los estudios con un trabajo a medio tiempo como mecánico en un taller del barrio, y Nicholas se dedicó a dar problemas.

Si la vida había sido injusta con alguien, ese era Duncan Richman nieto, pensó Kathleen. Aunque Timothy no era un hombre malhumorado, siempre estaba preocupado por superarse, ganar dinero, sin conseguirlo, y así, había abandonado a alguien que lo idolatraba: su hijo mayor. Éste se había esforzado por tener las mejores notas en la escuela, ganarse becas para minimizar los gastos, podaba el césped en los suburbios, sacaba a pasear los perros y los gatos de las ancianas en los edificios, hacía recados, llevaba, traía, y en más de una ocasión, donó sus ahorros para completar el pago de las facturas de la casa, los pañales de Nicholas, los proyectos de Tim.

Sin embargo, su hijo no había amargado su alma con los fracasos de sus padres. Con veintisiete años, graduado y con un master en finanzas, subempleado, llevando sobre sus hombros la responsabilidad de una familia grande, aún tenía la presencia de ánimo de sonreírle a dos niños de cinco años que le hablaban de sus terribles problemas en la escuela, los reñía y les animaba a seguir siendo los mejores, para evitar darle más dolores de cabeza a la Señorita Jones.

—Ve, acuéstate a dormir —le dijo Duncan cuando vio que se acomodaba en el sofá y alzaba los pies.

—No, esperaré a que llegue Nicholas.

—Yo lo esperaré. Tú ve a descansar. Mañana tienes turno.

Kathleen hizo caso y se encaminó a su habitación. Aunque apenas eran las siete de la noche, madrugaba a horas insólitas para cubrir su turno en el hospital, así que cada hora de sueño era un tesoro. Duncan miró luego a los gemelos. No se fiaba de ellos, si los enviaba a la cama, seguro se pondrían a jugar y reír y despertarían a su madre, ya que compartían habitación, y afuera estaba muy frío, ya entrado el otoño, como para llevarlos a dar un paseo para que se cansaran y fueran a dormir. Dio un suspiro rindiéndose... los gemelos lo miraban con expectativa: qué harían esa noche? caballito? verdad o reto? ...Alguien iba a acostarse más cansado de lo que ya estaba.

A eso de las nueve de la noche, el pequeño apartamento ya estaba en silencio. Paul y Kevin estaban rendidos en su camarote, y las luces apagadas. Duncan sacó un cigarro y salió a la fría noche. En esa ocasión necesitaba fumar, un trago, olvidarse.

Lástima que no estuviera Daphne para ayudarlo un poco con eso último.

No, no pensaría en Daphne, la olvidadiza. Había olvidado el pequeño detalle de su matrimonio. La infeliz estaba casada, y nunca se lo había dicho.

Había perdido la cuenta de los currículums que había enviado. Seguro que había invertido una pequeña fortuna en ellos, con ese dinero, probablemente habría podido invertir en su propio negocio... Al llegar a ese punto, no pudo evitar sonreír, y su aliento se mezcló con el humo del cigarro, que flotó en medio de la niebla de aquella fría noche de Octubre.

Tal vez la vida no iba a ser fácil nunca con los Richman. Tal vez eran ricos sólo de apellido. Tal vez su destino iba a ser luchar y luchar sin obtener nada a cambio.

Sentado en un muro en el jardín de entrada al edificio donde tenían el pequeño apartamento, Duncan vio a su hermano de dieciséis años llegar. Este se dio cuenta cuando ya estaba a unos pocos pasos y se detuvo, miró a ambos lados de la calle, y sabiendo que sería inevitable lo que se venía, avanzó hacia el que en los últimos cinco años había sido quien se encargara de la disciplina en casa.

—Ya, ya. Llegué tarde, soy lo peor, el peor hijo, el peor hermano, el peor estu... —se detuvo cuando, en vez de reñirlo, Duncan le pasaba un cigarro. El mundo se iba a acabar. El apocalipsis zombie estaba por llegar. Un gran terremoto, un tsunami...

—Va. No me mires así. Ni que nunca hubieses fumado.

—Bueno... sí —confesó Nick—, pero nunca un cigarro que me dieras tú.

—Algún día tenía que ser.

Nicholas recibió el cigarro, y Duncan vio con qué pericia lo encendía y aspiraba el humo.

—Moriremos de cáncer —vaticinó.

—Muy probablemente —contestó Nick—. Mamá y los niños?

—Durmiendo. Ya comiste?

—No.

—Creo que hay sopa aún.

—Gracias.

El silencio se prolongó.

—Tan mal están las cosas? —Preguntó Nicholas intrigado. Duncan no dijo nada, tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con su zapato, lamentando el haberlo hecho, pues eran los únicos que tenía de buen material.

—Me voy a dormir. Mañana tienes escuela, y seguro que no has hecho tus deberes. Hasta mañana.

Nicholas se quedó solo en el pequeño jardín. Odiaba eso de su hermano, siempre lo trataba como un niño, como si él no entendiera las cosas, o como si se fuera a destrozar sólo por que por una vez alguien en casa admitiera que las cosas estaban mal.

Aplastó su cigarro a medio consumir y entró a la casa detrás de su hermano, encendió la televisión, y a un volumen bajo, miró sin ver la pantalla hasta que se hizo tarde para ir a dormir. Aquella era, después de todo, la rutina de los Richman desde hacía mucho tiempo.

II

—Cuántos currículums. Ayer apenas si pude hacer un par de entrevistas —dijo Allegra, mirando las más de diez carpetas con la información de muchos hombres solteros apiladas sobre el escritorio de madera.

Edna no la miró fijamente. Aquéllas carpetas las había hurtado en complicidad con una secretaria del departamento de personal de la Automotriz Chrystal. Pero aquello era probablemente un delito federal y moriría en el infierno si Allegra se daba cuenta.

—Sí, quizá tengas más suerte esta vez.

Había sido su nana desde que había nacido; En aquella época Edna tenía 14 años, pero los Whitehurst acudían a ella cuando la niña hacía sus berrinches tan graves que ni la señora ni el señor podían controlarla. Cuando los Whitehurst murieron en aquél terrible accidente de avión, ella ya estaba trabajando de interna en la mansión, y se convirtió en la aya de Allegra, que apenas tenía doce años, y que nunca más volvió a hacer un berrinche.

Ahora miraba a “su niña” estudiar uno a uno los expedientes con información de hombres solteros. Había puesto un clasificado bastante sucinto donde solicitaba a joven soltero, de buen parecer para relación corta. Contrario a lo que se podría haber esperado, muy pocos hombres habían respondido a la solicitud, y Edna dudaba que Allegra tuviera la presencia de ánimo para volver a poner el clasificado en el diario, así que le dio un empujoncito al destino robando las carpetas desechadas por la Chrystal.

Junto con Pamela, la secretaria, habían elegido cuidadosamente a los que afirmaban ser solteros, menores de cuarenta y que, según la foto, eran guapos.

—Me tomé el trabajo de llamarlos, ya están elegidos según los criterios de búsqueda. Ninguno es casado, la mayoría tiene algún estudio decente, son jóvenes y de aquí, de Detroit.

—Los citaste?

—Sí, estarán llegando a partir de las nueve de la mañana.

—Edna, son las 8:30. Podías habérmelo dicho antes!

—Te lo estoy diciendo.

—Cómo me veo?

—Aceptable.

—Edna...

—Odio esa peluca roja. Tú no eres pelirroja, eres rubia.

—Para mi mal.

—Tonta. Además de rubia, tonta.

—He aparecido un par de veces en las noticias de sociedad; a pesar de que evito a los periodistas, eso ha sido inevitable. No quiero que alguien sepa que soy Allegra Whitehurst, la famosa heredera incapaz de conseguir un novio por el medio habitual. Sería un escándalo, y la junta directiva de la Chystal me acabaría. No, gracias.

—Eres la socia mayoritaria, no pueden acabar contigo o acabarían con la gallina de los huevos de oro.

—Aun así, prefiero evitar problemas —Se detuvo cuando escuchó el timbre—. Ese debe ser uno de los aspirantes.

—Ya me meto en mi roll de secretaria.

—Recuerda la llamada del Señor Thormockton a los cinco minutos.

—No te preocupes, no estarás demasiado tiempo a solas con esos. Si quieres hago subir a Boinet

—. Allegra asintió inmediatamente. Boinet era el chofer y guardaespaldas de Allegra. Un cincuentón que negaba a toda costa el haber trabajado para la Interpol, calvo y malencarado, pero que adoraba a Allegra.

Dio unos pasos y miró en derredor la oficina improvisada. Apenas habían puesto un escritorio y unas cuantas sillas. Un cuadro aquí y allí, una maceta y cortinas para el ventanal. Si fuera ella, sospecharía de tanta clandestinidad, pero estaba entrevistando a desesperados, que seguramente no se fijarían demasiado en la falta de detalles y su peluca roja.

Se había cumplido el plazo y no había conseguido a nadie que pudiera ser presentado ante Thomas como su novio, así que había recurrido al juego sucio. Por qué tendría ella que jugar limpio ante alguien como él? Primero muerta que perder.

El día anterior había entrevistado a un par de hombres, pero uno la miraba con demasiada lascivia y otro tenía los dientes amarillos de fumar. De ninguna manera Thomas se creería que ese era su novio. Podría haber contratado a un modelo y zanjar el asunto, pero ese modelo la usaría para ganar fama, y tendría que salir más seguido en los diarios y noticieros, además, ante todo, necesitaba confidencialidad.

Alguien tocaba a la puerta. Se giró y vio a un hombre alto y de cabello castaño oscuro con los nudillos aún sobre la puerta de madera.

—Buenos días. Siga —dijo ella cordial.

—Gracias.

El hombre traía en su mano una carpeta, debía ser su CV, así que extendió la mano y él se la pasó.

—Duncan Richman. Cuéntame —buscó en su mente las preguntas que tenía en su lista mientras se sentaba en su silla de respaldo alto y él hacía lo mismo. Lo miró a los ojos, pero el hombre simplemente esperaba a que ella hablara. Eso la desconcertó. Siempre todos estaban ansiosos por decir algo brillante ante ella y quedar como Aristóteles, o mínimo, como Murphy— Te parecerá un poco extraña mi solicitud, pero verás, es un asunto urgente, y necesito, ante todo, confidencialidad.

—Bueno, me sorprendió un poco la urgencia de la cita, pero acerca de la confidencialidad, todo contrato tiene esa cláusula. No es nada del otro mundo.

—Sí, claro que sí. Contéstame a esta pregunta: ¿Qué es para ti la lealtad?

Lo vio fruncir un poco el ceño, como si la pregunta lo sorprendiera, pero igual contestó:

—Es un término bastante comprometedor. Por eso creo que hay que tener cuidado con a quién se le jura. Puedo serle todo lo leal que me pida, pero por encima de todo, me soy leal a mí mismo, y a mis principios.

—Vaya, parece que lo tiene muy claro —contestó ella. Nunca esperó quedar sorprendida con las respuestas de sus aspirantes a novio. De algún modo, pensaba que al contestar un clasificado así, eran todos unos descerebrados, o en su defecto, desesperados. —Tiene familia, Sr. Richman?

—Sí, vivo con mi madre y mis tres hermanos menores. Yo los mantengo.

—Pero en este momento usted está desempleado, no?

—No exactamente. Puede que no tenga un empleo fijo, pero me gano la vida y me da para sostenerlos.

Allegra miró entonces más detenidamente su CV. Tenía un MBI en Finanzas de la universidad de

Detroit, lo acababa de terminar; sólo tenía 27 años, y ahora que se fijaba... la foto no le hacía justicia. Era guapo, pero guapo de los de verdad.

—Ah...

—Si me permite decirle, Srta...

—Warbrook

—Srta. Warbrook, puede que no tenga experiencia, pero aprendo rápido, soy observador y me desenvuelvo bien en cualquier medio. Puede pedirme lo que quiera, sólo necesitaré unas pocas pautas, y le prometo que mi trabajo será completamente satisfactorio —Allegra no había dejado de mirar sus labios mientras hablaba, tenía labios carnosos, una barba que parecía tener que ser cortada a diario, y ojos del color de las nueces tostadas.

—Satisfactorio— repitió ella, aunque aquello de la falta de experiencia la dejó un poco confundida. Acaso era virgen?

—Sólo necesito una oportunidad.

Ella asintió. Éste parecía tener cerebro además de belleza física, y quizá lo de ser virgen fuera un punto a favor. Pensó entonces que tal vez con un Armani, o un Dior quedaría como un actor de cine en su mejor momento, y Thomas moriría de envidia.

—Muy bien. Creo que eso es...

—Srta. Warbrook, el Sr. Thormockton la solicita en la línea dos.

—Lo siento, Edna, dile al Sr. Thormockton que en este momento me encuentro sumamente ocupada, que yo devuelvo luego su llamada.

Edna la miró alzando sus cejas en una pregunta. Ella le sonrió. Había encontrado a su novio ideal.

—Bien, supongo que aquí están todos sus datos —dijo, señalando la carpeta.

—Sí, señora.

—Entonces no hay riesgo de que los pierda. Yo personalmente lo estaré llamando. Muchas gracias, Sr. Richman.

Se pusieron en pie y caminaron juntos hasta la salida.

Duncan miró en la sala contigua los otros hombres esperando. Sí, aquello había vuelto a pasar. “Ya lo estaremos llamando”, era lo que siempre decían, y tras él, había una cola de gente con más experiencia y mejores títulos optando por el mismo puesto. Tuvo una inspiración. De alguna manera, a la Srta. Warbrook parecía importarle mucho los principios tales como la lealtad más que los títulos, ya que de eso no habían hablado mucho durante la entrevista, así que se volvió a ella y, mirándola a los ojos, que eran de un desconcertante tono azul violeta, dijo:

—Espero impaciente su llamada, señorita. Y tenga la seguridad que aunque nunca he trabajado para una compañía como la suya, sé muy bien lo que es la confidencialidad y la lealtad. En mí podrá descansar sus asuntos más privados, pues no tengo por costumbre ventilar los temas de mi trabajo.

Allegra lo miró fijamente. Este le gustaba, pero aun así, debía ser precavida.

—Aunque haya un momento en que lo personal se mezcle con el trabajo?

—Eso puede pasar, no lo niego, pero es donde entra en juego la lealtad, no?

Él le sonrió, y Allegra no fue capaz de contestar nada. Lo vio simplemente dar media vuelta e irse.

Edna se puso en pie y se dirigió a ella.

—Y bien? Este sí? Hago que los demás se vayan?

—Sí, díles. No quiero seguir con este asunto tan sórdido un minuto más.

—Ay, cariño. Lo sórdido apenas empieza, no habías caído en cuenta?

Sí, pensó Allegra, pero evocando la figura del tal Duncan Richman, con su metro ochenta y uno, y cabello oscuro, no le molestaría ser besada por él en alguna ocasión... sobre todo si eso sucedía frente a Thomas Matheson.

Duncan llegó directo al taller de Octavio Martínez, un latino que había llegado a Detroit hacía más de 20 años y había iniciado un taller de mecánica junto a sus hijos al lado de una gasolinera. Los talleres mecánicos no eran muy populares en la época, y los propietarios de automóviles preferían chatarrizar el vehículo antes que repararlo, pero como repararlo llevaba menos tiempo y alargaba la vida del auto, se había ido popularizando el trabajo.

Ahora el viejo Octavio tenía trabajando allí a su hijo Martín, al mismo Duncan y a otro par más.

Duncan llegó y se internó enseguida en el baño para cambiarse su traje de sarga marrón por el mono azul que tenía estampado detrás el nombre del taller. Todo el tiempo, durante la entrevista, había estado escondiendo sus dedos chatos de uñas cortas y ennegrecidas. No tenía dinero para pagar una manicura cada vez que tenía entrevista, y esta vez, tampoco había tenido tiempo.

—Qué tal te fue? —preguntó Martín saliendo de debajo de un Ford Anglia rojo sangre.

—Lo de siempre: “ya lo llamaremos”; “me gusta su CV, estaremos en contacto”; en fin.

—Esta vez quién te entrevistó?

—Una mujer.

—Ah, estás fuera. Seguro el puesto te lo quita una mujer con menos experiencia, pero con más necesidad. Solidaridad de género, que le llaman.

—Yo tengo necesidad.

—Pero no eres mujer. Saliste temprano.

—Eso nunca toma mucho tiempo. Dónde está mi Chevrolet?

—En su rincón de siempre, no me digas que le vas a dedicar más tiempo a esa chatarra.

—No, ahora no, o tu padre me despediría. Pero ya está casi a punto. Cuando me veas desplazarme en mi nave, no me digas nada.

—Sí, claro.

Martín desapareció de nuevo bajo el Ford Anglia. Tenía treinta años, una mujer y una hija; vivía en el edificio frente al suyo, y parecía muy contento con su vida. Hasta ahora, podía llamarse su mejor amigo, pues era con él con quien salía a beber cerveza y jugar bolos o billar de vez en cuando, y además, era quien mejor lo conocía, luego de la misma Kathleen.

—Qué tal la hembra que te entrevistó?

Duncan hizo memoria mientras destapaba el capó de un automóvil que hacía cola para ser reparado.

—Pelirroja de bote. Alta, muy delgada...

—Pelirroja de bote?

—No parecía muy natural.

—Creí que era alguna matrona gorda y con bigote.

—No, esta no era mayor que yo. Rezumaba dinero.

—Por qué lo dices?

—La ropa, la ropa que usaba parecía tejida por ángeles. Y su perfume...

—Vaya, te fijaste en el perfume?

—Era imposible no hacerlo.

—Muy fuerte?

—No, muy bueno.

—Ah. Lástima.

—Lástima qué?

—Que no la vayas a volver a ver. A menos que, por cosas de la vida, su carro se vare aquí frente nuestro y tengas que ir a socorrerla —Duncan se echó a reír. Sí, claro. Eso nunca iba a pasar.

La llamada llegó en la tarde. Era simplemente para decirle que lo esperaban en un salón de hotel, y que se solicitaba su presencia allí a las nueve de la noche. Debía llevar su mejor traje. Su mejor traje había sido usado esa mañana en la entrevista, pero entonces Kathleen hizo maravillas con él y lo dejó como nuevo.

—¿No te parece sospechoso que te hagan ir a un hotel a las nueve de la noche? —preguntó ella mientras le revisaba el nudo de la corbata.

—Bueno, sí. Pero es un salón, no una habitación. Además, puede que sea una reunión de nuevos empleados para una conferencia de iniciación, algunas empresas lo hacen. ¿Quién sabe?

—Sí, lo hacen, pero nunca a las nueve de la noche.

—No te preocupes, estaré bien.

Llegó al Hilton con quince minutos de anticipación, a pesar de que había tenido que tomar el metro. Al llegar, la secretaria, Edna, lo abordó inmediatamente.

—Es puntual, perfecto. Venga, acompáñeme. —Duncan la siguió un poco intrigado. La mujer parecía llevar prisa.

—¿Podría decirme para qué soy necesario aquí?

—Ya mi jefa se lo dirá. ¿Qué talla es en camisa?

—M. ¿dónde se encuentran los demás?

—En el salón. ¿Y en pantalones?

—S. Para qué necesita mis medidas?

—¿Calzado?

—9. Repito, para qué...

—No esperará presentarse con esa ropa, no? Es una reunión muy importante!

—No pensé que viniera tan mal presentado, y que su empresa vistiera a sus empleados.

—Esto es una excepción. Ya oíste, Chloe, alista la ropa.

—Sí, señora —dijo una jovencita rubia y delgada, que desapareció de inmediato.

Duncan tomó uno de los ascensores junto con la mujer, que tomó un teléfono celular e hizo varias llamadas anunciando que él ya estaba allí. Las puertas se abrieron y se encaminaron a una habitación. Duncan empezó a ponerse nervioso, pero dentro había mucha gente, y todos, al verlos, se les abalanzaron. Uno empezó a quitarle el saco, otra la corbata, lo hicieron sentarse y entonces le quitaron los zapatos.

—Qué está pasando aquí?

—Lo que le dije, es una reunión importante y necesitamos que luzca lo mejor posible.

—Pero esa es mi ropa!

—No se preocupe, no le va a pasar nada —dijo un hombre bastante amanerado— y créame, nadie quiere quedarse con eso.

Duncan lo miró ceñudo, pero cuando vio que le pasaban una fina camisa, y luego un traje que debía ser de diseñador, no dijo nada. Se sentía tan bien, tan perfecto bajo los dedos...

—Por Dios! Qué es esto?? —Gritó el amanerado.

—Qué pasa, Giacomo?

—Sus uñas, mira qué horror! No! Dile a Allegra que no serán suficientes quince minutos, necesito por lo menos dos horas para dejar esos dedos...

—No tenemos tanto tiempo. Tienen que ser quince minutos, Giacomo.

—Nunca me habían retado tanto en mi vida. Chloe!! —la misma rubia del lobby apareció. —Trae cloro, thinner, o lo que sea para aclarar esas uñas ya.

Duncan nunca se había sentido tan humillado. Pero se dejó atender. Luego de exactos quince minutos, Salía un nuevo Duncan... uno mejor vestido.

—Me siento en un programa concurso.

—También yo —contestó Edna, y se encaminaron al salón donde se daba una fiesta. Duncan se preguntaba qué diablos le esperaba al otro lado que fuera tan importante como para hacerle cambiar de ropa; lo único que conservaba suyo en aquél momento eran los bóxers y las medias.

III

Unas puertas dobles se abrieron y antes de entrar, Edna lo hizo inclinarse para que ella pudiera susurrarle algo al oído:

—Quédese quieto aquí, mi jefa vendrá a usted. Haga todo lo que ella le diga, y si no sabe usar los tenedores, por favor, sólo mire a los demás, no es tan difícil.

Extrañado ante esas recomendaciones, la miró ceñudo otra vez, pero Edna desapareció tras las puertas dobles. Se hizo consciente entonces de la música de cámara, de la cháchara de los presentes y que todos, exactamente todos, iban vestidos con ropas que en alguna ocasión debieron lucir modelos en alguna pasarela de Milán.

El salón estaba ricamente panelado de arriba abajo, y en el techo una araña de cristal iluminaba con majestuosidad. Su luz caía sobre lentejuelas, perlas y diamantes aquí y allí. Y sobre el pelo rubio platino de una despampanante mujer que se encaminaba hacia él.

Había que verla. Su escote no era muy profundo, y la palidez de su piel contrastaba de manera perfecta con el tono azul petróleo del vestido. Una gargantilla de diamantes adornaba su delgado cuello.

—Duncan? Gracias por venir.

—Disculpe... La conozco?

Ella sonrió coqueta metiendo su mano en el hueco de su brazo.

—Qué bromista eres, querido.

Estaba en el limbo. En el l-i-m-b-o.

Ella se acercó a su oído.

—Por favor disimula. Ellos creen que eres mi novio.

—Qué? Por qué?

—Porque yo se los dije, claro. Te hicieron sentir mal Giacomo o Edna?

Duncan la miró a los ojos entonces, el mismo tono azul violeta de la pelirroja de esa mañana en la entrevista, y fue atando cabos. Aquí tenía el maquillaje mucho más sobrio, pero era la misma, más hermosa, más en su lugar.

—No... me trataron muy bien —mintió.

—Gracias al cielo. Sería mucho pedir que por favor pongas tu mano en mi espalda?

Aturdido, él la miró e hizo caso. Ella llevaba la espalda desnuda, pues el vestido la dejaba todo al descubierto.

—No entiendo nada.

—Bueno, no hay mucho que entender —contestó ella mientras detenía a un mesero, y lo miraba para que él tomara las dos copas que quedaban y le ofreciera una a ella. Como si fuera telepatía, él entendió e hizo así. —Tenías mucha razón. Eres observador y aprendes rápido.

—Aun así, me gustaría que me explicara...

—Vaya, vaya, vaya —escuchó decir a sus espaldas. Duncan sintió a “su jefa” tensarse como la cuerda de una guitarra eléctrica —Pero mira nada más: Allegra Whitehurst. Qué preciosa estás, querida mía.

Allegra qué? Quién era esa acaso? Ella era la señorita Warbrook... no?

—Hola... Thomas —hubo un cambio en ella que le llamó la atención. Ahora no parecía la hermosa

joven dueña de sí misma y del mundo en su traje carísimo y sus diamantes. En su mirada había mucha inseguridad.

Por instinto, él posó de nuevo la mano en su espalda.

—Ah... tres meses, no? A quién tenemos aquí?

Duncan miró entonces más atentamente al espécimen frente a él. Algunos treinta años, rubio, ojos grises fríos como una tarde de invierno, musculoso de estar horas en el gimnasio, y demasiado bien vestido.

—Duncan Richman, —se presentó— a sus órdenes.

—No creo que sigas a mis órdenes cuando sepas quién soy. Mi nombre es Thomas Matheson, y soy el ex novio de la que tienes al lado. Cierto, cariño?

—Sí, lo es, pero Duncan ya sabía eso, cierto?

—Sí.... Ya me lo había... comentado —improvisó él, siguiendo la recomendación de Edna.

—Y dime, cuáles son tus negocios... Richman?

—Los autos.

—Los autos! Ford, acaso? No! Fiat!

—De todo un poco.

—Qué extraño. En qué departamento trabajas?

—Bueno...

—Prohíbo que hablen de negocios ahora. Thomas, estás interrumpiendo mi velada con Duncan.

—Qué quieres decir con esto, que no es sólo producto de la apuesta que hicimos hace tres meses?

—Claro que no. Yo amo a Duncan.

—Sí, claro. Y cómo es que hasta ahora sé de él?

—Acaso has estado pendiente de mí alguna vez?

—Siempre, cariño.

—Apuesta? —preguntó Duncan un poco tardíamente, y mirando a uno y a otro alternadamente. No le gustó la sonrisa del tal Thomas.

—Eres mi reemplazo, supuestamente, más guapo, más rico y mejor en la cama que yo. Todas tres opciones están en duda ahora mismo.

—La primera ya debió haberte quedado clara, no?

Thomas soltó la carcajada. En el momento una mujer de cabellos rojizos y escote prominente se acercó a él y lo abrazó posesiva.

—Cariño, me dejaste sola.

—No te preocupes, sólo quería venir a ver con mis propios ojos esta farsa. —Miró a Allegra con las cejas alzadas—. Me has sorprendido, pero la apuesta no era sólo tenerlo sino “mantenerlo”, recuerdas? Nos vemos luego, querida.

En cuanto se fue, Duncan retiró la mano que había tenido apoyada en la espalda de ella. Miró su copa de vino apretando los dientes. De alguna manera había entrado a un juego sucio de niños ricos. Aquella extraña entrevista tenía sentido ahora. Ella no buscaba un empleado para su empresa. Buscaba un novio para ganar una apuesta.

—Creo que me voy.

—No! Por favor, escúcheme. Me hubiese gustado que tuviésemos más tiempo para explicarle la situación antes de que él llegara, pero, por favor...

—No me gustan estos juegos.

—Pero es que es importante!

—Importante para usted. Quién eres, de todos modos?

—Deme quince minutos y le aclararé todo.

—Creo que no tengo tanto tiempo. Me voy—. Se deshizo de la copa de vino, dio media vuelta y salió del salón. Sorprendido, vio que ella lo seguía.

—Si no tiene tanto tiempo, le explicaré mientras sale del edificio. Thomas era mi novio, y me fue infiel. Me dijo que nunca encontraría a un hombre como él, y no pude soportarlo!

Llegaron hasta las puertas del ascensor. Él se metió ambas manos en los bolsillos. Ahora que caía en cuenta, debía ir por su ropa.

—Sí, me imagino, y usted le juró que en menos de tres meses encontraría a alguien más guapo, más rico y mejor en la cama que él. Lo primero es muy relativo, lo segundo es falso, y lo tercero... —la miró de arriba abajo— no tendrá tiempo de comprobarlo.

—No se vaya, por favor. Le pagaré muy bien. Cuánto me pide? Estoy dispuesta a pagarle lo que sea necesario. Diez mil mensual? O por salida? Lo prefiere así? Tengo mucho dinero y puedo pagarle la suma que sea necesaria...

Las puertas del ascensor se abrieron, y detrás de él, entró ella. Desafortunadamente, una pareja de ancianos iba con ellos, y no pudieron hablar sino hasta que salieron.

—No estoy a la venta, señorita. Y usted lo que necesita tal vez sea un gigoló.

—No necesito un gigoló, lo necesito a usted! Ya Thomas lo vio! Discutamos los términos de nuestro contrato...

—Nuestro contrato? Quiere que sea su novio falso y además quiere un contrato? Qué tiene en la cabeza, señorita Warbrook?

—Whitehurst. Allegra Whitehurst.

—Bien, qué pena, pero es que esta mañana no tuvo la delicadeza de decirme su verdadero nombre!

Entró a la habitación donde antes lo habían desvestido y vuelto a vestir como si de una Barbie se tratara. Ahora sólo estaba Edna.

—Si le indigna tanto, por qué contestó al clasificado?

—Envié mi currículum a la Chrystal! Para trabajar en cualquiera de sus oficinas, en cualquiera de sus departamentos! Nunca para ser parte de un sórdido juego de una niña rica extravagante!

—Qué? —gritó Allegra. Miró a Edna, pero esta hacía una mueca al verse descubierta —Qué hiciste Edna?

—Eso, exactamente. Robé unos expedientes de la Chrystal.

—Oh, Dios, Edna, qué hiciste?

—Eso que te acabo de decir, no me hagas repetirme... —al ver la mirada que le lanzaba Allegra añadió—: Estabas desesperada!

Ambas se giraron hacia Duncan y quedaron boquiabiertas. Él vestía sólo unos bóxer y las medias, y buscaba su pantalón en el perchero para volvérselo a poner.

Dios, qué cuerpo, pensó Edna.

Allegra ni siquiera pudo pensar. Era demasiado... Su pecho salpicado de vello negro era musculoso, mucho gimnasio, quizá, y su vientre plano tenía un caminito de vello que se perdía en el interior del bóxer. Y su trasero... ohh, su trasero...

—Dónde está mi ropa? —preguntó él mirándolas fijamente. La única que tuvo la presencia de

ánimo para moverse y ayudarlo fue Edna. Allegra estaba clavada en el suelo como una viga de mármol.

—Aquí tiene.

—Gracias.

—No se vaya, por favor —susurró Allegra.

—Lo siento, señorita. Agradezca que no la denuncio; eso que hizo, robar mi Currículum, es grave.

No sé quién es usted, pero me apuesto a que es de dinero. Podría sacarle mucho, sabe? y lo necesito, aunque no es mi estilo... y seguro que el escándalo no la beneficiará, así que piénselo.

Se vistió en menos de tres minutos, y salió con la corbata a medio poner. Allegra fue detrás otra vez. No podía irsele, no podía perder ante Thomas!

—Le aseguro que en ningún trabajo le pagarán tan bien como yo tengo pensado pagarle. Dijo que es responsable de una familia, piense en ellos!

—Exactamente eso estoy haciendo, pensar en ellos. Cuando me pregunten cómo me gano la vida, qué les voy a contestar? —Volvió a tomar el ascensor, esta vez ella no entró con él. Cuando llegó al lobby, encontró al rubio ex novio de su también reciente ex novia, con la pelirroja tetona y besándola.

—Seguro que no volverás con Allegra Whitehurst?

—Claro que no, ni que fuera idiota —dijo él. Duncan se detuvo y se escondió tras una columna. Si bien no iba a participar en aquel juego, tampoco la iba a humillar más dejando que él viera que abandonaba la fiesta y la dejaba sola —Es tan insulsa y poco ardiente que me duermo cuando hago el amor con ella.

—Estás hablando en presente, sabes?

—Bueno, cuando hacía. Ya no me interesa ella. Es la peor amante que he tenido en mi cama, y créeme, he tenido muchas.

—Eso quiere decir que le fuiste infiel toda su vida. Han sido novios desde la adolescencia, no?

—De veras crees que me iba a conformar con ella? —A esas alturas Duncan tenía el ceño fruncido y estaba bastante molesto. Puede que Allegra Whitehurst no fuera la más honesta del mundo, pero ninguna mujer merecía que se expresaran así de ella—. Es una pobrecilla que lo único que tiene es dinero. ¿Te has fijado? Ni siquiera tiene amigas! La única persona con la que habla es con la arpía esa, Edna, que es su nana. Es incapaz de socializar, y vive metida en sus libros y sus fundaciones. Estuve con ella todo este tiempo sólo porque mi padre prácticamente me obligaba.

—Pero al fin le terminaste, no?

—Por fin —dijo él, pasando por alto que había sido ella quien le terminara cuando lo encontró en la cama con otra—, y voy a comprobarle que no logrará mantener a ningún hombre interesado. Ese que estaba a su lado no le durará ni una noche. Apuesto que en un par de horas, luego de estar con ella en una cama, la botará como lo que es, una estúpida sin imaginación alguna.

Duncan estaba furioso. Realmente furioso. No conocía a ese Thomas, pero ya lo estaba odiando. No conocía a Allegra Whitehurst, pero ya la estaba compadeciendo. Aquello rayaba en la crueldad.

Vio a Allegra llegar al lobby y mirar a todos lados. Al no verlo, sus hombros se cayeron vencidos, como en una derrota. La delgada mano le tembló cuando echó hacia atrás un rubio mechón de cabello. Mierda. Thomas la había visto, y en su cara se veía que tenía toda la intención de ir hacia ella para seguir humillándola.

Eso cambió todo, y Duncan hizo la mayor locura de su vida: Se encaminó rápidamente a ella, le tomó la cintura en sus brazos, y la besó. No fue un beso cualquiera, fue un beso profundo, caliente. Entrelazó con ella su lengua y la succionó y le violó la boca. Ella respondió a su beso, al principio sorprendida, pero luego se perdió en ese juego tan completamente que cuando interrumpió el beso, ella aún parecía perdida en algún país entre la niebla.

—Q... qué...

—No me preguntes nada. Discutiremos los términos de nuestro contrato mientras me acercas a mi casa... me imagino que trajiste un coche o algo.

—Boinet me trajo...

—Boinet?

—Mi chofer.

—Claro. Por supuesto que tienes chofer.

Miró hacia un lado y vio que Thomas los miraba fijamente. Tomó a Allegra de la cintura y prácticamente la obligó a caminar, ella permanecía aturdida.

—Señor Matheson. Lamentablemente abandonaremos la fiesta temprano. Ya sabe, si nos preguntan allá arriba, excúsenos... Aunque bueno, creo que todo el mundo nos comprenderá. Vamos, amor?

Allegra era vagamente consciente de que le hablaban a alguien, no dejaba de mirar sus labios. Por Zeus! Era él quien la había besado así? Ese tipo de besos eran legales en ese estado? Las rodillas le temblaban!

—Llama a tu chofer.

—Mi abrigo!

—Ve por él. Te espero aquí.

Mientras Allegra iba por su abrigo y su bolso, Thomas Matheson se le acercó, lo miraba de reojo.

—No me creas que me comí todo ese teatro. Tienes otra ropa, y... no es para nada parecida a la que llevabas antes. Aquí hay gato encerrado. —Duncan sonrió mostrando sus dientes, pero la sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Si te vuelves a expresar de mi novia así como lo hiciste allá arriba... no te quedarán pelotas para ostentar delante de ninguna puta. Te lo aseguro.

Allegra llegó en ese momento, con un abrigo quizá de pieles y un bolso diminuto forrado quizá de diamantes. Un Rolls Royce se detuvo en la salida del edificio y de él salió un hombre mayor y calvo que les abrió a ambos la puerta de atrás. Allegra entró y le hizo espacio para que se sentara él. Duncan le dirigió una última mirada de amenaza a Thomas y subió al coche.

Allegra iba callada. Dioses! Aún tenía la mente en el lobby y el beso, y el hombre que la había besado así estaba justo a su lado. Thomas nunca la besó así, ni cuando acababa de jurarle amor eterno, ni cuando le prometió que algún día se casaría... ni la primera, ni la última vez que hicieron el amor.

Qué acababa de pasar? Acaso era ella otra mujer? No la misma Allegra? Luego de darle la dirección a Boinet para que los llevara a la casa de él, Duncan interrumpió el silencio.

—Y bien? Vas a hablar o te vas a quedar allí callada?

Patrick Boinet miró a través del retrovisor a la pareja. No conocía a ese sujeto, y no le gustó la

manera como le habló. Si bien Thomas tampoco era muy cariñoso con ella, este de aquí era un extraño.

—Soy Allegra Whitehurst... de los Whitehurst de la Chrystal...

—Oh, Dios —Susurró Duncan cayendo en cuenta al fin. Esa que iba a su lado, era una multimillonaria heredera.

—Thomas Matheson fue mi novio hasta... hace tres meses. Lo encontré en su apartamento con otra cuando se suponía que estaba de viaje, y esa misma noche me aseguró que no era la primera vez que lo hacía. He ido al médico, y le aseguro que no estoy embarazada ni contagiada con ninguna enfermedad...

—Por qué hiciste esa absurda apuesta?

—No la propuse yo, la propuso él. Me... me dijo... que no sería capaz de encontrar a otro hombre como él, ni mantenerlo. No soy muy buena socializando, no tengo demasiados amigos... y como toda mi vida estuve con él... no soy muy experta coqueteando con otros, así que no pude completar el plazo. Iba a perder, y decidí buscar un novio falso. Busqué en las redes sociales, y el diario... y lo conocí a usted.

—Yo buscaba un empleo... no... esto.

—Lo sé, lo siento. —Allegra cerró sus ojos— Lo necesito, señor Richman. Pídame lo que quiera, cuanto quiera. Por favor.

—Lo que quiera? —Ella asintió inmediatamente —Podría pedirle un imposible, no cae en cuenta?

—Qué podría ser imposible? Una casa? Un automóvil de lujo? Una mensualidad? Eso no es imposible.

—Quiero un trabajo en la Chrystal.

Ella quedó boquiabierta. Eso quizá sí era imposible.

—No será fácil.

—Entonces no hay trato.

—Pero me besó! Eso no significó nada para usted?

—Usted me dijo que me amaba delante de ese sujeto. No significó nada para usted?

Touché, pensó ella. Lo miró de nuevo. No podía engañarse, a pesar de que besaba como los dioses, aquello no era más que un contrato. La gente solía buscarla para pedirle ayuda o dinero. Bueno, en esta ocasión no era diferente... la diferencia estaba en que era ella quien lo necesitaba a él.

—Veré qué puedo hacer.

—Recuerda que seré tu novio; no puede ser cualquier empleo, no?

—Ya lo sé.

—Tengo costumbres económicas, no te preocupes demasiado. Y me bastará con mi sueldo, no tienes que pagarme.

—Estás seguro?

—Totalmente.

Ella asintió bajando la mirada. Había algo que le rondaba la cabeza. Necesitaba decirlo.

—Tendremos que dejarnos ver mucho por... ya sabes, mi círculo, y sobre todo Thomas... tendrás que representar el mismo papel de hoy.

—Deberé volver a besarte?

—Sólo si se hace necesario.

—Sólo... Está bien. Podré volver a hacerlo. Pero seguiré siendo un don nadie, y todos harán preguntas; dónde nos conocimos, y esas cosas.

—Nos conocimos... en una tienda de ropa?

—Y qué hacía yo allí, atender a un cliente?

—Buscar un regalo para su madre. Tiene madre, no?

—Sí, una.

—Bueno, nos conocimos allí, nos gustamos, y usted me invitó a salir.

—Y como soy alguien de confianza usted aceptó de inmediato.

—Bueno, pero qué propone?

—La verdad, o lo más parecido posible. Nos conocimos en su empresa, yo buscaba un empleo y usted casualmente pasaba por allí. Podemos inventarnos una anécdota de papeles en el suelo y yo que le ayudo y un flechazo de cupido. No hay que esforzarse demasiado.

—Sí, es posible.

Boinet aminoró la velocidad y se internó en un barrio de edificios residenciales.

—Es aquí?

—Sí, aquí vivo. Torre B, apartamento 304, cuando quiera venir a verme.

—Gracias.

Él salió sin despedirse, sin besos ni nada. Claro, ahora no había público que lo presenciara.

Antes de cerrar la puerta él se inclinó a ella y dijo unas últimas palabras.

—Esta es la mayor locura en la que me he metido en toda mi vida. Tratemos de salir ilesos, sí?

—Sí, tratemos —contestó ella, no muy segura. Lo vio reaccionar ante el frío cruzándose de brazos y encaminarse hacia uno de los edificios. Boinet no perdió el tiempo y se puso en marcha de inmediato.

—No me digas nada —le pidió ella, y como siempre, Boinet hizo caso.

IV

Duncan encontró a su madre sentada en el sofá, frente al televisor encendido con volumen bajo, y dormida.

—Eres una pena de mujer –susurró sonriendo, y se inclinó a ella para alzarla en brazos y llevarla hasta la cama.

—Te vas a herniar, Tim –dijo ella entre sueños.

—Lo haría con gusto por mi chica –contestó él, y la vio sonreír, aún dormida.

Luego de dejarla en la cama y arropar a los gemelos, entró a la cocina a destapar ollas y cacerolas. Sólo había consumido un trago de su copa de vino y nada más. Moría de hambre.

Afortunadamente había encontrado a su madre durmiendo. Estaba seguro que lo esperaba para preguntarle cómo le había ido, y siendo sinceros, él no estaba seguro de qué contestarle. Ahora era probable que consiguiera un buen empleo... el cual venía adosado a una exuberante novia rubia y de ojos violeta.

Ah, y rica.

Sacudió su cabeza al caer en cuenta de que ni él mismo se tragaba esa historia. Más le valía seguir buscando empleo por todas partes. Ahora que sabía lo que se sentía al tener un traje de diseñador, no podía más que seguir luchando para cumplir sus metas. Necesitaba un capital pronto para poder poner a funcionar su proyecto, pero como mecánico, apenas si le alcanzaba para vivir, y no había nadie lo suficientemente loco como para confiarle a alguien joven y sin experiencia como él el dinero suficiente para que se alzara vuelo en la vida.

Diez mil dólares por salida, había dicho ella. Qué fácil para una niña rica desprenderse de una fortuna de ese modo. Pero a pesar de que le urgía el dinero, quería unas bases más dignas para su futuro.

Eh, cómo hiciste tu fortuna?

Salí con una chica!

Sí, eso le tocaría contestar, y lo odiaría.

Se quedó quieto cuando notó que alguien intentaba abrir la puerta con demasiado cuidado. Ésta se abrió silenciosamente, y apareció Nick, que al darse cuenta de que allí en la cocina estaba su hermano mayor, dejó de preocuparse por el ruido.

—Vaya mierda.

—Eso digo yo, vaya mierda. Qué son estas horas de llegar, Nick?

—No me jodas.

—Te joderé hasta que me harte. Eres un menor, vives en esta casa, respeta!

—Wow! Qué pasó con el sermón de siempre? “Nick, estudia, eso te hará alguien en la vida”, —dijo tratando de imitar la voz severa de Duncan— “Nick, deja esos amigos, no te aportan nada”, “Nick, no le causes tantas preocupaciones a mamá”. Echo de menos al viejo Dun.

Duncan se le acercó, lo tomó de la camisa y lo estampó contra la pared. Nick se cubrió la cara con los brazos esperando un golpe aunque Duncan nunca le había puesto la mano encima, pero reconociendo así que esta vez se había pasado de la raya. Se detuvo cuando vio que su hermano sólo lo estaba olfateando.

—Además de alcohol y cigarrillos, qué más consumiste?

—No te import... —No terminó la frase. Duncan le apretó la nuca y lo llevó a rastras hasta la pequeña cocina, lo obligó a doblarse y le metió la cabeza bajo el grifo de agua fría.

—Si gritas y despiertas a mamá, te irá peor.

—Ya basta!

—Qué estabas consumiendo, Nick?

—Marihuana, sólo un poco de marihuana.

—Me crees idiota? Acaso crees que no reconozco el olor de la marihuana? Tú no hueles a marihuana!

—Está bien. Sólo era un poco de éxtasis, pero sólo un poco.

Duncan lo dejó en paz. Nicholas se enderezó y se escurrió el cabello mojado.

—Eres un idiota!

—El que está drogado aquí eres tú, pero el idiota soy yo. Vaya historia. Eres adicto?

—Claro que no!

—Dónde la consigues? Con qué dinero?

—No te voy a decir. —Duncan lo miró de arriba abajo. Lo doblaba en peso, le sacaba una cabeza en estatura y aun así se le oponía.

—Un día de estos te matarás, o te mataré... no lo sé.

—Qué te pasa hoy? Ni que fuera la primera vez que llego tarde. —Duncan no dijo nada, sólo cerró sus ojos apoyándose en la encimera y apretando los bordes de ésta con sus manos.

—Me voy a dormir. No me molestes, y no te preocupes por mí, algún día dejaré la casa. —Iba arrastrando los pies mientras se encaminaba a la habitación que compartían desde siempre— Dormir... dormir... dulce sueño. Mañana hay escuela... Ah, no, verdad que es sábado.

Duncan despeinó sus cabellos, desesperado. Debía sacar a su familia pronto de allí. Quería rescatar a su hermano, y los gemelos crecían. Ojalá Allegra Whitehurst pudiera conseguirle ese empleo. Ya no se sentía tan escrupuloso acerca de la procedencia de su éxito, cuando acababa de ver a su hermano bajo los efectos de la droga.

Allegra miró a Edmund Haggerty con su mejor carita de perro apaleado. Siempre funcionaba con el viejo Haggerty, siempre, pero esta vez se estaba haciendo el difícil.

Haggerty era uno de los directivos más importantes de la Chrystal, tenía más de setenta años y cuatro matrimonios con sus cuatro divorcios encima. Los tres últimos habían sido con mujeres que bien podían ser sus hijas... o sus nietas. Pero eso poco le importaba a sus ex, que todavía lo acosaban con mensualidades y denuncias abiertas, pues como bien sabían, el viejo estaba forrado en dinero.

—No le voy a dar empleo a alguien que seguramente te está utilizando para darle un mejor estatus a su vida, de ninguna manera!

—Ed, pero soy yo quien probablemente lo está usando a él. Le prometí un buen cargo aquí en la Chrystal.

—No me digas, y si no lo consigues, te echará.

—No, sólo quiero hacerle ese favor. Hazlo por mí, sí? O acaso quieres que vuelva con Thomas?

—De ningún modo! Siempre dije que ese bueno para nada no te haría feliz, y mira, resultó siendo cierto. Te hizo sufrir y eso no se lo perdono!

—Duncan no es así, es más, es todo lo opuesto a Thomas, te lo aseguro.

—No, Allegra, y no me pongas esos ojitos...

—Dale una oportunidad, sí? —Allegra se sintió inspirada, sus pucheros le estaban ablandando el corazón al viejo, la estaba mirando como una mujer a dieta mira el chocolate —Mira, tú lo contratas, y si ves que es un flojo irresponsable, lo echas y ya, y así me lavo yo las manos también, no te parece? Pero dale una oportunidad. Cómo fue que tú, papá y el señor Matheson construyeron esta gran empresa? no fue acaso porque alguien creyó en ustedes? No merece Duncan la misma oportunidad?

Edmund Haggerty la miró malhumorado, preguntándose cómo era posible que fuera tan débil ante aquella chiquilla.

—Aaaah, está bien, está bien. Tráelo, lo entrevistaré. Si no me gusta, lo despacho y fin del tema. Me escuchaste?

—Fuerte y claro. —Corrió hacia él, le besó ambas mejillas, y salió de la oficina sacando su teléfono celular y marcando un número. —Duncan?

Éste se hallaba debajo de un carro, untado de grasa y barro.

—Sí?

—Soy Allegra, Allegra Whitehurst, te acuerdas de mí?

—Mmmm, hola, novia. Dime para qué soy bueno.

—Te conseguí una entrevista con Edmund Haggerty. —Contestó Allegra sonriendo, no sabía si porque le había llamado “novia”, o simplemente porque le estaba dando una buena noticia— No sé si has oído de él, pero es...

—Edmund Haggerty? Claro que sí. He leído todo sobre él, fue cofundador de la Chrystal, y probablemente el cerebro de la compañía durante... —se detuvo al escuchar la risa de Allegra. Nunca la había oído, y le pareció cristalina, transparente.

—Vaya que lo conoces. Te conseguí una cita con él. Ven ya mismo, que quiere conocerte. Por favor, sé cuidadoso, es un tesoro, pero también una vieja ave de presa, así que si quiere te acribillará.

—Me imagino.

—Te haré llegar el Armani que te pusiste anoche. Te molesta? Debes ir bien presentado.

—Bueno...

—No te niegues, por favor. Luego si te echa fuera, estoy segura de que te las arreglarás para decir que es mi culpa, así que con esto sólo me aseguro de que sea tu responsabilidad y de nadie más. Lavarse las manos, lo llaman-. Él no pudo evitar sonreír.

—Está bien, envíalo.

—Bien. Estaré por aquí esperando para guiarte.

—Me parece perfecto... Gracias, Señorita Warbrook.

—De nada, Señor Richman.

Duncan salió de debajo del carro en reparación disparado como una bala.

—Hey, qué pasó? —preguntó Martín al verlo.

—Me acaban de llamar para una entrevista de trabajo.

—Sí, y yo soy Tom Cruise. —Duncan miró a su amigo negando.

—Es una entrevista de trabajo, en serio! —le aseguró mientras se encaminaba al baño para cambiarse el mono azul por su vaquero y camiseta polo.

—Era una tal... Señorita Warbrook, —insistió Martín— y le estabas coqueteando.

—No le estaba coqueteando!

—Claro que sí! Te he visto usar tus “jugadas” delante de las chicas, y ese tono de voz que usaste era exactamente eso, una “jugada”.

—Tienes la mente llena de porquerías.

—No me chupo el dedo. A ver, desembucha.

—Es alguien que conocí anoche...

—Ah, ves que sí?

—Y que me está ayudando a conseguir un buen empleo. No pienses mal. No es nada de lo que te imaginas. Me voy a casa, tengo que ducharme y... arreglarme estas uñas.

Martín soltó un largo silbido.

—La cosa se pone interesante!

—Cállate! —dijo mientras le tiraba a la cara una vieja toalla sucia. Martín sólo pudo reír.

Cuando salía de la ducha y entraba a la habitación de su madre buscando algo con qué limpiarse las uñas, tocaron a la puerta. Detrás de ella estaba el calvo de casi dos metros chofer y guardaespaldas de Allegra, con una percha que seguramente contenía el traje, y una caja con lo que probablemente eran los zapatos. Duncan los recibió y lo invitó a pasar, pero Boinet se negó, y afirmó esperararlo en el coche para llevarlo hasta la Chrystal.

Viendo que nada podía hacer para que cambiara de opinión, Duncan lo dejó estar, y mirando atentamente el traje fuera de la percha, pensó que en sus manos sostenía algo que probablemente costaba lo que ese piso en que vivía con todo su contenido.

—Asco de ricos —susurró, pero igual se lo puso.

Quince minutos después, y bajo el asombro de algunos de sus vecinos, Duncan subía al Rolls Royce para ir a una entrevista de trabajo, con el cabello aún húmedo y las uñas limpias. Quizá el modo de alcanzar sus metas no era del todo limpio, pero no tenía más a mano, y estaba cansado de esperar.

Allegra vio llegar el coche y, de él, salir a Duncan. Él se detuvo un momento para admirar las puertas de cristal, mientras se abrochaba uno de los botones de su traje. Era guapo con ganas, pensó Allegra, y esperó a que entrara.

—Bienvenido —dijo una de las recepcionistas al verlo. A Allegra no se le pasó por alto la mirada de ave de rapiña que aquella mujer le había lanzado a Duncan. Él sonrió cordial, sin verla realmente, y eso la tranquilizó. Él no parecía ser uno de esos que coqueteaba a diestro y siniestro.

Se encaminó a él y le sonrió.

—Aquí estamos. Supongo que ahora todo depende de ti.

Duncan la estaba mirando atentamente. Ahora a la luz del día, sin peluca ni maquillaje extravagante, parecía totalmente diferente. No llevaba accesorios en el cabello, y realmente vestía muy sobrio. Al parecer la espalda descubierta era un asunto sólo para las fiestas.

—Haré mi mejor esfuerzo —aseguró él. A lo lejos, la recepcionista los miraba preguntándose si esos dos tenían algo, o si aún había oportunidad de lanzarse con ese bombón. Había que mirar cómo le ajustaban los pantalones por detrás...

—Por favor anúnciale a Haggerty que mi novio ya está aquí y que se entrevistará con él en cuanto nos dé su aprobación.

Diantre, era el novio de la dueña.

—Sí, señora —contestó alicaída.

—Está todo bien? —preguntó Duncan mirándola ceñudo.

—Sí, no pasa nada. Ven y te acompaño.

Duncan no perdió detalle. Fan de los coches de lujo y de carrera, lo sabía todo, o casi todo, acerca de la Chrystal. Su historia, su estado financiero, su participación en las carreras organizadas, la contribución al estado y al país...

Allegra iba contándole más o menos lo mismo. Al verla hablar tan entusiasmada le preguntó:

—Trabajas aquí?— Ella borró su sonrisa.

—No.

—En qué trabajas?

—No trabajo.

—No?

—Dirijo las fundaciones a cargo de la empresa. De todos modos no me lleva mucho tiempo, soy simplemente... una figura decorativa, me llaman cuando hay que firmar algún documento importante, o para sumar mayoría en las juntas directivas, de resto...

—Es una lástima, seguro que lo harías bien—. Ella lo miró sorprendida— Qué? —Preguntó él al verla reaccionar así.

—De veras lo crees?

—Es tu empresa, no? Tu herencia. Creo que es motivo suficiente para hacerlo bien.

—El Señor Matheson y Haggerty se encargan muy bien., Habían llegado ya al piso donde se hallaba la oficina de Haggerty. Allegra se anunció con la secretaria del anciano, y se sentó en uno de los muebles a esperar ser llamados.

—Matheson... —susurró Duncan— No es Matheson el apellido de tu ex?

—Sí.

—No es el presidente general de la Chrystal?

—Sí.

—Qué coincidencia.

Ella lo miró interrogante, pero en el momento apareció Haggerty mirando a ambos como un lobo a una liebre.

—Sigue —bramó. Duncan miró a Allegra con las cejas alzadas, pero ella negó haciendo una mueca para que le restara importancia a la actitud del viejo.

Duncan entró a la enorme oficina de suelo cubierto por una fina moqueta, librerías aquí y allí, cuadros con imágenes de famosos diseños de autos, un televisor que proyectaba una de las carreras de la Fórmula Uno, y, en el centro, un pequeño juego de minigolf, en el que ahora se ocupaba el anciano dueño.

—Siéntate, siéntate. Me dijo Allegra que quieres un empleo. Exactamente de qué?

—Bueno, soy financista, tengo un master en la misma disciplina, y sé que me puedo desempeñar en cualquier cargo que me asignen. Soy observador y aprendo rápido y...

—Sí, sí, sí... todo eso parece un discurso ensayado. Dime, qué es lo que buscas exactamente? Enamorar a Allegra, sacarle dinero, ganarte el corazón de todos por aquí hasta que te cases con ella, y te adueñes de la Chrystal, no es así?

Duncan lo miró fijamente frunciendo el ceño. Relajó su cuerpo, no debía verse tensionado, pero

tampoco como un pusilánime.

—Me gusta Allegra, y apenas la estoy conociendo, pero no me parece la típica chica tonta que se deja engañar tan fácilmente.

—Las mujeres se atontan a veces. Ya lo hizo frente al estúpido de Thomas Matheson.

—Error que aprendió con creces, créame. Le estoy profundamente agradecido a Allegra por conseguirme esta cita con usted, pero si eso se va a prestar para que luego ella tenga que sufrir humillaciones por ayudar a su novio, dejémoslo así. Fue un placer conocerlo.

—No he dicho que te puedas ir —dijo el anciano cuando Duncan se dio la media vuelta—. Muchachito insolente. ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—¿Dónde estudiaste?

—Aquí, en Detroit.

—¿Qué hacen tus padres?

—Mi padre nos abandonó hace cinco años y desde entonces no sé nada de él; mi madre es enfermera en el St. John Hospital.

—¿Cómo sé que luego no abandonarás a Allegra así como tu padre te abandonó a ti?— Duncan apretó los dientes.

—Porque sé lo que duele el abandono, sobre todo cuando se es amado en una familia. De los errores de mis padres aprendí, no quedé lisiado.

Por fin Haggerty se detuvo en un momento de silencio. Lo miraba fijamente como si de un contrincante en un ring de boxeo se tratara.

—Allegra es una hija para mí. La terminé de educar cuando sus padres murieron en aquel terrible accidente. Limpié sus lágrimas en el entierro, y en vacaciones, cuando venía a quedarse en mi casa y la que fuera mi esposa en el momento, la abracé cuando despertaba llorando de sus pesadillas. Si le tocas un pelo, si la haces llorar, te perseguiré hasta el fin del mundo y te destruiré.

Duncan asintió aprobando al que quizá fuera su futuro jefe.

—Es increíble ver que Thomas Matheson, aun con todo lo que le hizo, siga vivo.

—Ese maldito me la debe, pero es el hijo del presidente de la Chrystal y no lo puedo tocar directamente. Tú podrías servirme.

—No me presto para destruir a la gente.

—No tendrás que hacerlo. El mero hecho que ocupes su lugar en la cama de Allegra ya será un golpe bajo. Estás contratado. Ven el lunes a las ocho. No sé qué te pondré a hacer, pero ya veremos en el camino qué se me ocurre.

Confundido, Duncan no pudo más que asentir.

—Gracias, señor.

—Vete, vete, interrumpes mi juego de golf.

Duncan salió, sin notar la mirada que Haggerty le dirigía desde su juego de mini golf. La Chrystal necesitaba más gente como él, pensó.

Luego de cerrar la puerta, Duncan dejó escapar el aire. Allegra corrió hacia él.

—¿Cómo te fue? ¿Fue muy horrible? ¿Sigues vivo? —él sonrió.

—Cómo se ve que lo conoces.

—Bueno, ha sido algo así como un padre sustituto.

—Sí, algo de eso me dijo. Pero no te preocupes, tengo empleo.

—Gracias al cielo —sonrió Allegra. Duncan la miró fijamente.

—Tengo el presentimiento de que nos está mirando.

—Sí, está asomado a la ventana que da aquí.

—Bueno, entonces se hace obligatorio... —Se inclinó a ella y la besó. No fue el beso del lobby del hotel, que estaba destinado a enfurecer a Thomas, que los observaba, no. Este beso fue tierno, y hasta un poco tímido. Satisfecho, Edmund Haggerty cerró la cortina y se dedicó al fin a su trabajo.

Allegra se recostó en el pecho masculino. Aunque el beso no tenía la misma fuerza que el primero, no estaba saqueando su boca y llevándose el botín como la primera vez, había producido en ella la misma sensación. Desfallecimiento.

—G... gracias.

—¿Por besarte?

—Por... em... todo lo que haces.

—No, gracias a ti. Creo que en todo esto salgo ganando yo. Mira: tengo un buen empleo—. Alzó su mano para acariciar su aterciopelada mejilla, pero cuando vio que la uña de su pulgar no estaba del todo limpia, bajó la mano—. Qué harás ahora?

—Bueno... almorzar con Edna, creo.

—Almuerzas conmigo?

—¿De veras? Claro! ¿A dónde me vas a llevar?

—Me temo que no a uno de esos restaurantes a los que estás acostumbrada.

—A donde me lleves estará bien. —Él le tomó la mano, y, aunque se tratara de representar bien un papel, ella se sintió feliz al tomarla. Se encaminaron juntos al ascensor, de donde salía George Matheson.

—Mierda, —susurró ella, y Duncan la miró un poco sorprendido; no imaginó que ella soltara palabrotas, ni siquiera una como aquella.

—Allegra Whitehurst —dijo el hombre, y Duncan dejó de mirar a Allegra para prestarle atención al sujeto que venía rodeado como por cuatro hombres más y tenía una mirada que parecía sospechar y desconfiar de todo el mundo—. Qué placer verte de nuevo. Me gustaría hablar contigo. Puedes ir a mi oficina, por favor?

—Lo siento, George, en otra ocasión será. Mi novio me invitó a almorzar.

—Es importante, Allegra —contestó el hombre ignorando a Duncan.

—El almuerzo también lo es. Nos vemos. —Se internó con Duncan en el ascensor, apretando sus labios, sin mirar a nadie. Duncan le sostuvo entonces la mirada a Matheson hasta que las puertas del ascensor se cerraron.

—No me digas. El padre de Thomas. —Ella simplemente asintió—. Lo quieres mucho?

—No. Más bien me inspira miedo.

—Por qué?

—No... no lo sé. —Él frunció el ceño, extrañado. Tuvo deseos de tomar a Allegra por los hombros y reconfortarla, pero esas actitudes eran para cuando tuviera público, pensó.

Al estar fuera de los edificios de la Chrystal Duncan volvió a echar una mirada al conglomerado. Necesitaría más de un día para pasearlo todo, pensó. Extensos jardines rodeaban los diferentes

edificios, y el principal, que en la parte alta de su fachada llevaba una estrella, símbolo de la empresa, brillaba al sol del mediodía, a pesar de que el cielo estaba un poco encapotado.

Anduvo unos pasos con Allegra a su lado y sacó su teléfono para avisarle a su madre que no iría a almorzar. Kathleen tenía el turno de noche a partir de esa noche y durante el día se quedaba en casa cuidando de los chicos.

—A dónde vas?

—A pedir un taxi. Dudo que se detengan aquí —contestó de manera distraída, mientras marcaba a Kathleen, pero nadie le contestaba.

—Boinet puede llevarte.

—No, gracias. No quiero molestar.

—Llamas a tu madre?

—Sí.

—Puedo ir a almorzar con ustedes? Me gustaría ver dónde vives —Duncan la miró fijamente un poco sorprendido por la petición.

—No es nada del otro mundo. Una casa pequeña, muebles...

—Vamos, llévame. Si no es nada del otro mundo, no veo por qué no puedo ir.

Él no le quitó la mirada de encima. Quizá se escandalizara cuando viera el sitio en el que vivía. Y si esa “relación” se alargaba, su madre terminaría enterándose de todos modos.

—Supongo que no puedo negarle una petición de esas a mi novia —dijo mientras avanzaba a través de los jardines en busca de la calle más concurrida por donde pasaban los taxis. Allegra lo siguió.

—Si sientes que estoy metiéndome demasiado en tu vida personal, no lo hagas.

—“Metiéndote demasiado en mi vida personal” —parafraseó Duncan—. Eso es un chiste, verdad? Para bien o para mal, de mentira o de verdad, soy tu novio. Nunca me preguntaste, pero no tengo más novias, no salgo con nadie, y no me gusta nadie actualmente. Salgo contigo y de vez en cuando te beso. Me presentas ante tu gente como tu novio, y sin querer me metiste en una riña de familia... o tal vez fue queriendo? Allegra Whitehurst, me parece a mí que estás más que “metida” en mi vida personal.

Ella esquivó su mirada mordiéndose el labio sin dejar de andar a su lado. Nunca lo había visto desde el punto de vista de él. Se sentía horrible.

—Siento mucho todo esto.

—Nah, —dijo él mientras llegaban al fin a la zona más transitada, estiró el brazo pidiendo un taxi — yo acepté entrar al juego, y una de las consecuencias es enfrentar a mi familia. Te dije que mi madre es enfermera?

—No, no me lo habías dicho.

—Sí, y además, tengo tres hermanos. Nicholas de dieciséis, Paul y Kevin de cinco. Son gemelos.

—Gemelos! Vaya! -El taxi se detuvo frente a ellos. Allegra lo miró horrorizada—. ¿Qué haces?

—Subimos a un taxi.

—Yo nunca he subido a uno!

—No te pasará nada.

—Dicen que uno se puede encontrar cualquier cosa en los asientos de atrás.

—Bueno, yo una vez encontré dinero, no es tan malo.

—Boinet está aquí, él nos llevará.

—Allegra, siempre hay una primera vez. Deja de ser cobarde y sube al taxi.

—Boinet no es solo un chofer, es mi guardaespaldas, si algo me sucede...

—Yo pondré el pecho para protegerte.

Ella lo miró dudando, no de sus palabras, sino de lo sensato de dejar a Boinet para irse en taxi a algún lugar de Detroit.

—Está bien. Dios, nunca me imaginé que haría algo como esto.

—Lo superarás.

—Edna me matará.

—No lo hará. —Allegra subió al taxi, mantuvo las piernas cuidadosamente cerradas y la vista al frente. Al verla, Duncan no pudo evitar reír —Niña rica.

—Lo siento. Pero no es mi culpa.

—No, ya veo. Llama a Boinet, dile dónde vas a estar, y a Edna, y a quien sea necesario, para que estés más tranquila.

Ella hizo caso de inmediato, y llamó a ambos. Duncan se sorprendió cuando vio que ella no llamaba a nadie más. Edna y Boinet eran, al parecer, toda su familia.

Cuando llegaron al conjunto de edificios donde Duncan vivía, Allegra salió del taxi mirando en derredor. Se sentía como viviendo una película de acción donde ella probablemente era una víctima, o una extra que moriría apuñalada. El brazo con que Duncan la rodeó la hizo sentirse más segura. Ningún ladronzuelo se atrevería a acercársele si alguien como él la estaba protegiendo.

Mi héroe, pensó.

Duncan la llevó hasta su torre y la condujo hacia el viejo ascensor. El edificio tenía todo el aspecto de ser uno ya viejo y muy usado. La pintura de las paredes se caía en algunas partes, inflada por la humedad. Había uno que otro grafiti por allí, y el llanto de un niño atravesaba las paredes y resonaba en el pasillo. Duncan hubiese querido que ella no viera nada de aquello, pero ella misma había insistido. Era de agradecer que no estuviera por allí ninguna de las bandas de adolescentes que acostumbraban molestar.

Sacó las llaves y abrió la puerta del 304, con un ademán la hizo pasar.

Allegra miró todo.

Esperaba ver muebles desvencijados y sucios, con sábanas tapando la mugre, cuadros torcidos, o espacios vacíos en las paredes, tal como se mostraba que vivían los pobres en las películas y la televisión, pero no. La casa estaba limpia, el sofá sin ninguna manta encima, la mesa con sus cuatro sillas, y un agradable olor se desprendía de las ollas que hervían a fuego lento en la estufa.

—Mamá?

—Hijo! Llegaste temprano —Dijo Kathleen, desde algún lugar de la casa. Cuando salió, llevaba a uno de los gemelos desnudo en brazos, que casi se le resbala cuando vio a la hermosa rubia en medio de su sala. Paul, o Kevin, sintió vergüenza y se cubrió la cara y gritó. Kathleen lo dejó libre entonces para que corriera a su habitación.

—Vístete bien, y ponte calzoncillos!

Kathleen sonrió a su hijo y a su invitada, como disculpándose por el estado de su casa, sus hijos y de ella misma. Allegra le sonrió.

Duncan se parecía a su madre. Las cejas que en él eran gruesas y oscuras, en ella eran arqueadas y largas. De cabello negro y largo, piel tostada y nariz pequeña. La diferencia estaba en el color de ojos; los de la madre eran verdes, y Allegra intuyó que más joven debió ser una belleza.

—Buenas tardes. Perdone que venga sin anunciarme.

—No, no... disculpe por... Duncan! Cómo no me has avisado?

—Pero si tú siempre estás hermosa —dijo él besándole los cabellos— Madre, ella es Allegra, una amiga que quiere conocerte y conocer mi casa. Allegra, ella es mi madre.

Ambas mujeres extendieron su mano y se la estrecharon.

—Tiene una casa preciosa.

—Gracias. Con todos estos varones en casa, es difícil mantenerla ordenada.

—Habla de los gemelos, no de mí —se defendió él.

—Duncan también es un poco desordenado, aunque dice que no.

—No vivió demasiado mi honra —Se quejó él. Kathleen la invitó a sentarse, y Allegra lo hizo así. Se sentó en el sofá y madre e hijo desaparecieron en la cocina.

—Quién es?

—Ya te dije, una amiga.

—Tú no traes a tus amigas aquí. Quién es?

—Mamá... —Kathleen se asomó a la sala, donde estaba sentada Allegra, con su espalda recta como si fuera una modelo en una audición.

—Mírala, está tan fuera de lugar aquí como yo en la Casa Blanca.

—No te gusta?

—No la conozco, pero si la has elegido, algo bueno tendrá, no?

—Elegirla?

En ese momento asomó la cabecita de uno de los gemelos en la sala. Encantada, Allegra le agitó la mano.

—Eres Paul? O Kevin?

—Paul —contestó el niño.

—Vaya! Yo nunca había visto unos gemelos así pequeños, sabes?

—Nunca?

—No, nunca. Sólo en televisión. —El otro gemelo salió. Tenía cara de avergonzado. Debía ser el que fue visto desnudo antes. —Hola, Kevin— El niño le rehuyó la mirada.

—Si nunca habías visto gemelos así, te los regalo. Seguro se verán bien en tu sala —Bromeó Duncan, asomándose a la sala, pero Allegra estaba segura de que mataría a cualquiera que osara tocarle un pelo a uno de esos niños.

—Estás loco. Ve a que te atiesen un tornillo.

Los gemelos la miraron asombrados. Nunca habían visto a nadie que le dijera algo así a su hermano mayor. Y él no se enojaba, al contrario, sonreía. Allegra se convirtió de inmediato en el ídolo de aquél par de niños. Kevin incluso olvidó que había sido visto desnudo y se acercó para mostrarle uno de sus juguetes. Entonces Paul se sintió celoso y quiso mostrar también el suyo.

Kathleen observaba la escena mientras cuidaba de la comida en los fogones. Esa chica rubia tenía hechizados a tres de sus hijos. Era peligrosa.

A la hora de la comida se sentaron todos alrededor de la mesa, Duncan preguntó por Nick, que no estaba. Al parecer, notó Allegra, era constante que el adolescente no estuviera con ellos a la hora de comer.

Hubo que añadirle una silla, pero fuera de eso, todo parecía demasiado normal. Allegra escuchaba a Duncan hablar, a Kathleen regañar a los niños, a Paul y a Kevin preguntarle si se veía tal o cual programa. Uno de ellos incluso regó lo que quedaba de su bebida. Kathleen, que parecía

entrenada para ese tipo de accidentes, limpió inmediatamente la mesa, y no quedó ni huella de él.

Allegra miró a Duncan impresionada. Esa era una familia de verdad. No estaba el padre, y Duncan aún no le había contado por qué. Imaginaba que habría muerto o algo, pero aun así, aquella era una familia de verdad.

Cuando la cena terminó, y Duncan anunció a todos que llevaría a Allegra hasta su casa, los niños se despidieron de ella con sendos besos en las mejillas. Kathleen la invitó a volver cuando quisiera, y Allegra prometió hacerlo.

Duncan la llevó de vuelta a las afueras del edificio.

—No tienes que mentir. Si deseas no repetir la experiencia de compartir una mesa con mi familia yo entenderé.

—Estás loco? Sabes hace cuánto tiempo no comía en familia? Milenios! George, Edmund, Edna y hasta Boinet han intentado ser una familia para mí, pero cada uno por separado y a su manera. Verte a ti con todos ellos es... Dios, cómo te envidio!

—A mí? Tú? Una de las mujeres más ricas del país?

—Sí, yo. Tienes algo que yo nunca podré comprar con dinero.

—Qué.

—Una familia.

Él la miró atentamente por un largo rato. Era verdad, ella había estado sola desde que sus padres murieron. Se preguntó entonces quienes habían sido sus compañeros de juego, y por qué no había desarrollado lazos de amistad en la escuela, o en la universidad.

Ella, sin notar que era observada, sacó su teléfono y llamó a Boinet, que aseguró ir por ella inmediatamente.

—Yo podría haberte llevado de nuevo en taxi.

—¿Y vivir de nuevo esa experiencia? No, gracias.

—Vamos, no fue tan malo.

—Pero tampoco fue una maravilla. Boinet vendrá por mí. Además... no tiene gracia que me acompañes, si luego tienes que regresarte solo.

Él se encogió de hombros, como si no le importase. Allegra bajó la mirada mostrándose insegura, lo que le hizo alertarse.

—Sólo te conozco desde hace un par de días, pero... gracias, Duncan, por todo.

—Bueno... no ha sido fácil... así que acepto tu agradecimiento-. Allegra no pudo evitar reírse.

—Has debido pensar que estoy chiflada.

—Aún lo pienso. Pudiste haber dado con un perverso.

—No, no lo creo.

—Ah... de veras? Yo mismo podría ser un perverso. Podría violarte en un rincón de estos, sabes? Nadie se daría cuenta por más que grites —Allegra no borró su sonrisa, al contrario, ahora lo miraba con una ceja alzada.

—Tú no tocarías a una mujer hasta que esta te dé permiso.

—Por qué estás tan segura?

—Lo has hecho conmigo. Como no te he dicho que puedes besarme siempre que te apetezca, te abstienes.

—Te besé en el lobby, anoche, en el hotel.

—Sí... pero casualmente allí estaba Thomas... no me has dicho qué te hizo cambiar de opinión.

Estabas muy cerrado con eso de que no querías entrar en la farsa.

Él sólo sonrió. No le iba a decir que escuchó al idiota ese hablar de ella en los términos que se expresó. La miró entonces con una pregunta en mente. Sólo había besado a Allegra dos veces, anoche en el hotel y hoy frente a Edmund Haggerty, y en ninguna de las dos ocasiones ella pareció ser la mujer fría que Thomas había descrito. Miró sus labios. Si ahora la besaba... qué respuesta obtendría?

—Vaya, se ha puesto frío el clima. —Comentó ella ignorando que él le estudiaba los labios como un odontólogo estudia una caja de dientes.

—Sí —contestó él.

—Cómo hacen en tu casa en el invierno? No vi que tuvieran hogar.

—Radiadores eléctricos.

—Ah... debo parecer tan tonta.

—No, sólo ignoras algunas cosas a las que no fuiste expuesta.

—Ya.

Allegra miró a Duncan, su humor se había puesto un tanto extraño en los últimos minutos. Y Boinet se demoraba.

—Puedo... —preguntaron los dos al tiempo, y rieron.

—Tú primero —insistió él.

—Bueno... Sólo estaba pensando que la primera vez que te vi dijiste algo que me hizo entender que eres virgen.

—Qué?

—Sí, dijiste algo sobre falta de experiencia, y yo pensé...

—Pero yo estaba hablando acerca de experiencia laboral!

—Sí, luego caí en cuenta de eso... —Duncan no pudo contener la risa.

—De veras creíste eso? Increíble.

—Fue un malentendido. Edna realmente está loca por lo que hizo. Pero por otra parte... creo que no respetaba mucho a esos hombres que acudieron a la cita. Edna hizo bien.

—Bueno, si al final todo resulta bien, creo que yo también se lo agradeceré.

—Al final?

—Sí, cuando todo esto termine... no va a ser eterno, no? —Ella lo miró tratando de disimular la impresión. Final? Apenas estaba adaptándose al principio, por qué pensaba él en el final?

Afortunadamente, en ese momento llegó Boinet en el Rolls Royce, y ella se salvó de tener que dar una respuesta.

—Bueno, hasta pronto. Te veré... luego, supongo.

—Llámame con anticipación cuando me necesites.

—Sí, lo tendré en cuenta. Suerte el lunes con Ed.

—Gracias.

Duncan la vio caminar hacia el coche casi como si tuviera prisa, lo que le extrañó. En un momento ella buscaba temas para conversar y al otro se escabullía como gato mojado. Vio a Boinet abrirle la puerta trasera del coche y luego, mientras daba la vuelta para subir él, le dirigió a Duncan una mirada cortante, como si lo culpara por traer aquí a su niña. Duncan lo miró sin expresión alguna. Sabía que Boinet no lo aprobaba del todo, pero bueno, él tampoco lo haría. Suspiró entrando a la casa, ahora debía enfrentar el interrogatorio de su madre.

—Que hiciste qué? —Gritó Edna Elliot abriendo grandes los ojos— Cuando dijiste que ibas a casa de ese hombre, estaba segurísima de que lo hacías con Boinet! Dónde estaba él de todos modos? Cómo es que permitió que fueras sola a un sitio así?

—No fui sola, fui con Duncan —contestó Allegra con tranquilidad, recostándose en el diván que estaba a los pies de su enorme cama en su enorme habitación. —Además, todo el mundo exagera, el cine y la televisión exageran. La casa de Duncan es muy decente, muy normal.

—Me imagino.

—Son muy agradables. Tiene hermanos gemelos, sabes? Son morenitos así como él, encantadores.

—Allegra, ten cuidado.

—Cuidado con qué?

—Conoces a ese hombre desde ayer, y mírate hoy, ya estás hablando de él como si fuera... como si fuera... Superman!

—Bueno, tú lo viste. De verdad parece Superman.

—Entonces te atrae porque es guapo y porque tiene un cuerpo... bien?

—Claro que no. Y no me atrae!

—Vamos, Allegra, te conozco desde que usabas pañales. Claro que te atrae, a mí no me engañas!

Allegra se miró las uñas en silencio.

—De todos modos... él tiene claro que esto es pasajero. Y yo también. Así que no te preocupes.

Edna la miró meneando la cabeza, no le gustaba nada el camino que estaban tomando las cosas. Nunca esperó que el hombre que eligieran fuera a tener un mínimo de personalidad que terminara atrayendo a su jefa.

—Algo bueno hay en todo esto —dijo, dirigiéndose a la salida.

—Qué.

—Desde ayer en esta casa no se ha mencionado el nombre de Thomas Matheson, ni para bien ni para mal.

Allegra dejó salir el aire en un gesto poco femenino.

—Ese idiota... ya ni me acordaba de él.

—Seguro que ya tampoco te importa la dichosa apuesta.

—Ya perdió, de todos modos. Duncan es un hombre de palabra, y estará conmigo un tiempo.

—Te das cuenta que así dure uno o dos años, cuando terminen Thomas lo tomará como tu derrota?

—Qué sugieres, que le proponga matrimonio a Duncan?

—Esta es una apuesta sin fin. Yo que tú, me andaría con cuidado.

Edna salió dejándola sola con sus dudas y pensamientos. Duncan había dejado claro que no esperaba que eso se alargara demasiado, y ahora ella caía en cuenta de que lo necesitaría por más tiempo. Cerró sus ojos. ¿A qué horas se había metido en semejante lío?

Duncan estiró las piernas y se miró los zapatos. Tenía a Kathleen enfrente con la mirada fija en él, muy poco convencida con las respuestas que le daba. Había tenido que mentirle. Si le decía que Allegra era una novia por contrato, pensaría muy mal de ella. Si le decía que para él eso no

significaba nada, y que al contrario, ella lo estaba ayudando a conseguir un buen trabajo, pensaría muy mal de él. Kathleen se ufanaba de tener una mente abierta y de ser moderna, pero mente abierta o no, era una madre que, como cualquiera, deseaba lo mejor para su hijo, y estaba seguro de que una mujer que ponía un clasificado buscando novio no entraba en esa categoría para ella.

—Entonces conociste a esta chica anoche, en la reunión de trabajo que tuviste.

—Sí.

—Y te gustó, y hoy la trajiste a casa.

—Bueno, ella insistió en conocer dónde vivo.

—Una niña rica como ella sintió curiosidad... vaya. Es especial, no?

—Mamá...

—Está bien, no me lo estás contando todo, pero tienes derecho a tu intimidad. Sólo espero que esta niña no te rompa el corazón como... la tal Daphne esa.

Duncan no quiso recordarle que a Daphne, la casada, ella le había abierto las puertas de su casa y de su corazón, siendo la mujer equivocada. Dudaba que Allegra Whitehurst fuera la indicada, pero su madre estaba siendo demasiado precavida.

—Igual, no creo que vaya a volver —mintió. El brillo en los ojos de ella al envidiarlo por tener una familia aún estaba grabado en su mente. Estaba seguro que aunque su casa no tenía lujos ni espacio, a ella le había gustado.

—Pues yo pienso diferente. Parece que no te has mirado en un espejo. Las mujeres te miran y empiezan a comportarse de una manera extraña.

—Ya, no empieces.

—Y esta Allegra? No será la excepción.

—Esperar y ver. A lo mejor te sorprendes.

Kathleen se puso en pie y se encaminó a su habitación.

—Voy a ver si consigo que los gemelos duerman una siesta, y de paso yo. Hoy trasnocho.

—Yo me voy al taller. Dejé botado el trabajo esta mañana. Además... tengo que avisar que renuncio.

—Ve, pero cámbiate de ropa. Sería un pesar que dañes ese traje tan caro que llevas puesto.

Kathleen no agregó nada más y Duncan se sintió como lo peor por estar mintiéndole a su madre. Pero era lo mejor, pensó mientras se quitaba el Armani, la verdad, a veces, hacía más daño.

El lunes llegó y Duncan estuvo mucho antes que Edmund Haggerty en las oficinas. Como ya las secretarias y recepcionistas lo habían visto de la mano de la Srta. Whitehurst, lo dejaron seguir e incluso le ofrecieron té y café.

Haggerty llegó a las ocho en punto, y al verlo lo invitó a pasar. Le hizo de nuevo un interrogatorio, esta vez más de tipo laboral, y ante cada respuesta parecía más tranquilo.

—No te voy a mentir, eres demasiado joven, demasiado inexperto, y demasiado guapo para mi gusto.

—Señor...

—Nooo, déjame terminar. Yo estoy viejo, por si no se nota. Estoy llegando a mis setenta, y algún día moriré. No tengo herederos, porque ninguna de mis cuatro ex esposas me dio uno, y cuando desaparezca de este mundo Allegra se quedará con mi parte, lo que la hará la dueña casi absoluta de la Chrystal, un blanco mucho más apetecible para cazafortunas, y más esclava de esta compañía y sus

directivos. Estoy hablando de George Matheson, que quiere casarla con su hijo por motivos muy poco nobles, para mí.

—Vaya. Llegué a pensar lo mismo.

—No se necesita ser un genio para llegar a esa conclusión. Si Allegra se casara con el tarado de Thomas, George se haría con el control de todo. Afortunadamente esa chica le terminó, y aunque casi le cuesta la vida, lo ha mantenido al margen.

—Cosa que no le gustó nada al padre.

—Él no la dejará en paz. Allegra le rehúye, y sé que cada que puede, cancela sus citas e inventa excusas para no verlo. Pero él corre rápido y algún día la alcanzará. Necesito un aliado, alguien que no tenga nada que perder en un enfrentamiento con George Matheson.

—Y me ha elegido a mí?

—Bueno, tú estás enamorado de Allegra. Si tienes alguna esperanza de poner tus manos sobre la fortuna Whitehurst desde ya te digo que está más que asegurada por la separación de bienes que hice que William pusiera como condición para el matrimonio de su hija en su testamento. George lo sabe, pero es astuto y puede torcer las cosas para su bien. Además, para él o para sus nietos, la Chrystal terminaría tarde o temprano en sus manos.

—Lo mismo yo, no cree?

—Sí, pero no me inspiras tanta desconfianza como los Matheson.

—Gracias... creo.

—Tu trabajo aquí será mero entrenamiento. Te he investigado. Estás limpio en los anales de la policía, tus notas fueron buenas, en la universidad te comportaste; al parecer probaste un poco la marihuana en tu segundo año, pero no te afectó en el comportamiento. Eres mecánico y con eso sobrevives, tu mejor amigo es de procedencia latina y salen de vez en cuando a fumar y jugar billar. —Duncan lo miraba sorprendido. El anciano había hecho la tarea, y no sabía cómo sentirse, si ultrajado o divertido.

—Vaya... mi vida en una radiografía.

—Tuviste mucho mejor promedio que Thomas Matheson, que ni siquiera trabaja en la Chrystal. Sólo se dedica a mujerear y viajar. No quiero que alguien así herede la compañía.

—Y me has elegido a mí.

—No tan fácil. Serás mi segundo, mi asistente. Si en alguna ocasión veo que eres una mala compañía o influencia para Allegra, estás fuera. Si le eres infiel, o la haces llorar, estás fuera. Si cometes un error laboral, estás fuera.

—No estoy de acuerdo con que mi permanencia en esta empresa, y de paso, mi hoja de vida, estén supeditados a mi relación con la dueña. Y si de mutuo acuerdo terminamos y decidimos que es mejor seguir de amigos? Podría pasar, no?

Edmund Haggerty miró con ojos entrecerrados a Duncan, con su calva reluciente y juntando las yemas de sus dedos en un gesto que le hizo parecerse terriblemente a Montgomery Burns.

—Ayer la besaste y yo te vi. Ese no pareció un beso de mejores amigos... —Duncan esquivó su mirada— He tenido cuatro esposas, Richman, y si terminé con todas, no fue precisamente porque no las llegué a conocer, todo lo contrario. Tú sabías que yo te estaba mirando y por eso la besaste, pero a que ella no te es indiferente, no?

Duncan no dijo nada, en principio porque no quería darle el gusto de verlo justificándose, y luego, porque simplemente no supo qué contestar.

Edmund se puso en pie y caminó por su amplia oficina, mirándose las uñas con un ceño preocupado.

—Si haces que se enamore de ti, pon un poco de tu parte, y ámala también. Termina todo lo que empiezas, Richman. Siempre.

VI

Allegra miraba cuatro vestidos de diferentes diseñadores, de diferentes telas y colores extendidos en su cama. Giacomo vendría en media hora para arreglar su cabello y maquillarla, y ella estaba aún en ropa interior, con una toalla enroscada en la cabeza, e indecisa por lo que se iba a poner.

Edna entró sin anunciarse, ni sorprenderse por verla apenas con una tanga de material blanco traslúcido y un sostén igual. Ella conocía el espigado cuerpo de Allegra desprovisto de grasa por una bendita suerte genética. Al verla estudiar los cuatro vestidos extendidos dio su opinión.

—El negro. Es una gala de beneficencia, tienes que lucir dando a entender que los miles de dólares que pides para la fundación serán exactamente para la fundación y no para ti. Y de joyas, los rubíes.

—Rojo y negro. Muy Stendhal.

—Quizá vuelvas loco a alguien.

—Te refieres a Duncan? Ni me mira.

—Puede que a partir de esta noche te mire.

—Creí que estabas en desacuerdo con eso.

—A ratos, pero a ratos te envidio. Yo sería idiota y procuraría meterme entre sus sábanas.

—No pareces mi nana, más bien mi mejor amiga quinceañera y alborotada.

—Siempre has sido demasiado sensata, yo he tenido que ser la loca aquí.

—Sí, ya veo.

Llamaron a la puerta y una criada entró para anunciar que Giacomo estaba allí.

—Hazlo pasar.

—Está segura? —preguntó la joven.

—Giacomo es gay, Lis. Ni notará si estoy desnuda o no.

La gala de aquella noche era importante e iba a estar concurrida. Muchas personalidades del Estado de Michigan estarían allí, y ella era una figura más bien pública; a pesar de que le rehuía a los periodistas y paparazzis, todos en ese micromundo sabían quién era ella, cómo era su vida, y que había terminado recientemente con Thomas Matheson, el hijo de su socio.

Y ahora, ella aparecía con un nuevo espécimen, totalmente opuesto en figura y personalidad. Si Thomas era rubio, delgado y de ojos grises y fríos, Duncan era moreno, macizo, de ojos café claro y cálidos. Si Thomas demostraba en cada movimiento el refinamiento de años de buena vida y educación, Duncan era de ademanes fuertes, apretaba la mano al saludar, sonreía con franqueza, y hablaba con sinceridad. Si Thomas atraía los temas de conversación hacia su persona, sus logros e ideales, Duncan se interesaba en el otro, evitando todo el tiempo hablar de sí mismo, de su familia, orígenes, proyectos o ambiciones. Eran como la noche y el día, y Allegra no estaba segura de dónde ubicar a Duncan, pues parecía ser la parte iluminada de su vida, su seguridad en aquel instante en que Thomas la miraba como un ave de rapiña, su puerto en aquel mar de gente curiosa... pero al tiempo, él era la parte oscura de su intimidad, no sólo por la naturaleza de su relación, sino porque al verlo, no podía dejar de pensar en imanes gigantes y negros, y ella no era más que una esquirla de hierro perdida entre la arena.

—Cierto, Allegra? —preguntó alguien que estaba en el círculo en cuya conversación participaba.

—Qué? —contestó ella perdida.

—Déjala, ella no ha dejado de mirar a su macho man —dijo la otra. Lindsay, se llamaba?

—No te culpo, yo tampoco le quitaría los ojos de encima. Aunque tiene cierto aire... rústico, no te parece?

—Lo justo para no parecer afeminado, como parecen todos aquí —dijo Lindsay, con la mirada de alguien que está desencantada de la vida. Si Allegra les contara la procedencia de Duncan, seguro que huirían horrorizadas, pensó.

—Lo siento, creo que fui descortés y desatendí la conversación.

—No te preocupes, de todos modos, esto es mortalmente aburrido.

—¿Y por qué vienes?

—Porque mis padres me obligan, pero preferiría estar en otro lugar.

—Es verdad —dijo la otra— no sé cómo tú, pudiendo escoger, vienes aquí.

—Soy socia fundadora de estas fundaciones, heredado de mis padres, pero lo soy.

—Pobre. No te envidio para nada.

—Yo sí, porque es verdad que tienes que venir, pero muy bien acompañada.

Las tres cabezas se giraron para mirar a Duncan, que en el momento participaba en una conversación donde estaba Haggerty, quien parecía haberlo acogido bajo su ala y lo presentaba aquí y allí. Duncan, sintiéndose observado, se giró a mirarla. Allegra se sintió un poco nerviosa, sin saber por qué, y cuando él levantó su copa hacia ella en señal de saludo, ella no pudo menos que sonreír.

—Sabes, con Thomas nunca te vi así —intervino Lindsay—. De veras él está libre?

Y entonces Allegra dijo algo que nunca en su vida pensó que diría:

—Sí, quédatelo si quieres, ya no me sirve para nada.

Thomas, desde la distancia, vio a ese don nadie poner la mano en la espalda de Allegra y conducirla hacia la salida. No se habían acostado. Aún no había ese lenguaje íntimo entre los dos. Todavía podía ganarle la apuesta, y hacerle reconocer lo perdedora que era.

De todos modos, se sintió irritado cuando ella le sonrió tonta ante algo que él decía, y se dejaba llevar hasta la salida. Esa noche el tipo coronaba, esa noche él ganaba. Él la dejaría en cuanto la probara... De algún modo, el saberlo no lo hacía del todo feliz.

—¿Puedo besarte? —Preguntó Duncan en el ascensor.

—¿Por qué?

—No sé, estás guapa. No besarte ahora sería un desperdicio.

Él estaba coqueteando, pero no había nadie mirando! Ni Thomas, ni Haggerty, ni George estaban allí con ellos, ¿por qué quería besarla? Por otro lado... ahhh, otro beso de él, dulce, fuerte, como viniera, lo quería.

Asintió tímida, y fue suficiente respuesta para él, que se inclinó a ella, tomó su rostro entre sus dedos para levantarle la cara, y la besó.

Ésta vez él fue minucioso, estudiando el contorno de sus labios, empujando su lengua despacio, pasándola por sus dientes, encontrando la suya y profundizando el beso. Allegra otra vez sintió desfallecer, no pudo más que apoyarse en él, poner sus manos sobre su torso y buscar. Sus dedos parecían saber lo que querían, así que se metieron por debajo del saco, acariciaron su espalda disfrutando su calor. Él gimió y se apartó, mirándola divertido.

—Ah... yo... lo siento.

—Mentirosa.

—De veras, lo siento...

—Está bien.

Cuando él se apartó, Allegra se sintió tremendamente vacía y abandonada. Su cuerpo clamaba, y no sabía qué. Diablos, eso nunca le había pasado con Thomas. Él la besaba y ella luego simplemente sonreía y hasta le daba las gracias. Con Duncan no, con él quería eternizar el beso, quitarse el rostro para no sentir vergüenza y hacer mil... cosas.

VII

“Allegra Whitehurst, la heredera de la automotriz Chrystal, y muchos otros negocios del mismo campo, fue vista anoche del brazo de un desconocido, que, según nuestras muy confiables fuentes, es su nueva pareja. Se les vio bastante cariñosos durante la velada del cumpleaños de Arnold Ellington. Será este el nuevo gran amor de la Whitehurst? Será definitivo su rompimiento con Thomas Matheson?”

—Dime qué significa esto, y cómo permitiste que pasara! —Bramó George Matheson observando a su hijo cambiar de colores mientras este leía la nota en el diario. No había esperado que ese noviecito le durara mucho, pero ya había empezado a causarle problemas.

—Allegra y yo... no estamos en el mejor momento— dijo, ocultando todo lo demás. No podía, por ningún motivo, darle a entender a su padre que esa relación había acabado.

—¡Eso es más que obvio! ¿Acaso no leíste? Incluso has permitido que se pavonee con otro delante de nuestras narices! Lo ha llevado ya a varias fiestas, y ya la prensa se dio cuenta! Incluso el imbécil de Haggerty lo ha aceptado bajo su ala y lo presenta ante socios y amigos como “un gran muchacho”. Vuelvo y pregunto, cómo diablos permitiste esto?

—Papá...

—Te prohíbo que la dejes ir. La necesitamos y sabes muy bien por qué.

—No puedo...

—¡Sí puedes! O es que vas a dejarle toda esa fortuna a ese don nadie? Es un cazafortunas que vio una oportunidad, y la muy calenturienta le ha abierto seguramente ya las piernas al maldito. Yo sabía que William no debía haberla dejado a ella con el control de la Chrystal, sabía que esto iba a pasar, por eso hice que tú y ella se juntaran. No ves el peligro en el que estamos ahora?

Thomas no decía nada, y aguantaba la regañina mirándose los pies. Era demasiado temprano en la mañana, y no estaba del todo despierto, sobre todo porque la de anoche había sido una noche bastante agitada entre mujeres, trago y... otras cosas. Sabía que su padre tenía razón. Le habían asignado una misión: mantener a Allegra enamorada, y había fallado.

—Reconquístala. Antes de que ese fulano se nos adelante y la haga firmar un poder, o lo que es peor, un acta de matrimonio. Quiero que esta misma semana vayas por ella y te vuelvas a meter en... lo que sea que tengas que meterte.

Thomas alzó la vista y miró a su padre. George llegaba ya a los sesenta, pero no perdía la imponencia. Tenía rasgos cuadrados y un cabello canoso que, por experiencia, sabía que las mujeres veían sexy. Lo que todas esas mujeres desconocían era que, debajo de toda esa clase, buen gusto y apariencia atractiva, se escondía un monstruo.

Ahora recordaba que a Allegra nunca le había gustado su padre. Nunca se lo dijo con palabras, pero no era necesario, ella siempre le rehuía, y si estaba en la misma habitación que él, empezaba a comportarse nerviosa. Y con toda razón. Él en carne propia había experimentado lo que ese hombre era capaz de hacer.

Se puso en pie mirando de soslayo a su padre, sin expresión en su rostro.

—Lo intentaré.

—No, no lo intentarás; lo harás. Thomas, por una vez haz algo bien en tu vida. Recurre a lo que tengas que recurrir, no me importa cómo, tienes que traer de vuelta a Allegra.

—Sí, señor—. Dio la media vuelta y se encaminó a la salida. Antes de tomar el pomo de la puerta, se giró de nuevo hacia su padre y preguntó—: Qué haremos con... él?

—De eso me encargo yo, no te preocupes—. Thomas asintió. Abrió la puerta y salió.

Se pasó las manos, frías, por su cara. Recuperar a Allegra iba a estar bastante difícil. Siempre había sabido que era una mujer de muy baja autoestima, y dependiente del escaso cariño que él le daba. Pero no le había gustado para nada la mirada que le había lanzado anoche a ese hombre, cuando él le había puesto la mano en la cintura y la llevaba hacia la salida.

Esa no era la Allegra que él estaba acostumbrado a ver. Había demasiada chispa en sus ojos, demasiado espíritu en esa sonrisa. Y lo había conseguido otro.

Miró de vuelta hacia la oficina de su padre, y, como si estuviera alucinando, vio cómo de entre las rendijas de la puerta y las ventanas salía una sombra negra que lo podría y desintegraba todo a su paso... debía dejar las malditas drogas.

—Entonces sí es tu novia —Dijo Martín a Duncan, con la boca llena y preparando otro bocado en su plato. Estaban sentados en un restaurante al que Duncan lo había invitado, en celebración de su primera quincena.

Duncan le había contado la extraña relación en la que estaba con Allegra, más que porque él ya se había dado cuenta por los diarios (su esposa, Alice, seguía los cotilleos de sociedad y se lo había mostrado), porque tenía la necesidad de contarle a alguien toda la verdad. No por nada era su mejor amigo.

Martín sonrió.

—Es bonita, sabes? Es muuuy bonita. Joder, yo la quiero para mí.

—Ya tienes a Alice.

—Me quedo con las dos. Crees que Alice se enoje?

—Te matará.

—Qué quisquillosas son. —Miró a su amigo mientras enroscaba en su tenedor sus pastas. Tenía una pregunta rondándole, pero no sabía si hacerla.

—Qué. Qué me ves.

—Eres un tipo con suerte.

—Ah, sí. Yo.

—Una bellísima mujer te ruega que seas su novio, y a cambio te da un excelente empleo. Yo llamaría a eso ser un tipo con suerte.

—Humm, agrégale a eso que me dio ropa de diseñador.

—¿También?

—Hasta zapatos.

—Te odio.

—Contrario a lo que parece, Allegra es una mujer muy sencilla. Grita cuando ve cucarachas y odia los taxis, pero por lo demás, es sencilla.

Se detuvo cuando vio a su amigo mirarlo con ojos entrecerrados.

—¿Y ahora qué?

—¿Tú tienes claro que esto es una farsa y que en un tiempo cada uno tomará su camino, cierto?

—Claro que sí.

—Bien, porque no me gustaría verte otra vez noqueado por una mujer. Ésta es de las imposibles,

allá, en otra esfera, con otras costumbres, y otros sueños. No es para ti.

—Eso lo sé, no tienes que decírmelo.

—Sólo cumplía con mi misión de mejor amigo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es esa misión?

—Fastidiarte la vida.

Duncan lo miró negando, mientras Martín sonreía muy satisfecho consigo mismo.

Al salir de allí tomó de una vez el metro que lo acercaba a la Chrystal. Había recibido el pago de su primera quincena, pero no era cosa de empezar a derrochar en taxis. Quería reparar pronto su Chevrolet, que lo esperaba en el taller de Octavio, para empezar a desplazarse.

O podría comprarse un coche nuevo, no uno ostentoso, pero nuevo.

No, quería manejar su Chevrolet. Él mismo lo había armado desde cero.

El trabajo en la Chrystal había sido un poco pesado al principio. Haggerty no tenía compasión, lo ponía a leer archivos largos, aburridos y llenos de datos y números, pero había sido lo mejor para empezar. Estaba tan empapado de los movimientos de la empresa que podía describirlos a la perfección, y al parecer, eso era lo que el anciano había buscado desde el principio.

También un tiempo lo había puesto de recadero. Lleva esto aquí, trae esto de allá, encuéntrate con fulano y dale este mensaje. Se había sentido subutilizado, pues sabía que tenía capacidad para algo más que para hacer recados, pero luego había descubierto que era sólo para que empezara a codearse con la gente importante, y tener un tema de conversación con ellos para cuando se reunieran en fiestas y soirées.

Entró a las oficinas principales de la Chrystal al tiempo que los Matheson. El uno lo miró con un odio mal disimulado, mientras el otro le pidió con un dedo mandón que se le acercara. Era Matheson padre.

—Me gustaría tener una conversación contigo en mi oficina. A primera hora de la tarde.

—Señor, trabajo bajo las órdenes de Haggerty, tendría que...

—A primera hora—. Y con esas palabras lo despachó. Duncan lo miró alzando una ceja.

Hizo caso. En cuanto se hizo la hora, se presentó ante las oficinas de George Matheson. Mientras lo anunciaban, Duncan observó que ese piso llevaba el mismo estilo que todo el edificio. Acero negro con cristales oscurecidos, que por fuera reflejaban como un espejo, pero desde adentro se podía ver con claridad el exterior. Los pisos eran de mármol negro pulido, y las paredes, esta vez de granito, estaban decoradas con una que otra obra de arte esparcida en todo el pasillo.

Tanto dinero, pensó, y todo en mano de tan pocas personas.

Desechó sus pensamientos izquierdistas cuando la secretaria le anunció que podía pasar.

La oficina de George Matheson era parecida a la de Edmund Haggerty, a excepción que aquí no había ningún juego de minigolf en la mitad.

—Siéntate —ordenó George.

—No, gracias. Así estoy bien.

George le lanzó una mirada torva, que disimuló dirigiéndose al minibar.

—Tampoco tomarás algo, imagino.

—No, señor, gracias; no bebo en horas laborales.

—Bien. Te preguntarás por qué te hice venir aquí.

—No, realmente —la mirada torva volvió.

—Estás metiéndote en un terreno que desconoces totalmente, Duncan Richman. —Duncan juntó sus manos en un gesto inocente, y George siguió— Puede que tengas estudios, notas altas, y que tengas recomendaciones de profesores universitarios. Aun así, desconoces el verdadero mundo de los negocios —George se encaminó hacia sus muebles forrados de cuero negro y se sentó estirando uno de sus brazos sobre el espaldar como quien se siente dueño no sólo de aquel pequeño espacio, sino del mundo—. Has venido a nuestra empresa, y te has metido en contravía. Crees que conseguirás tan fácilmente lo que te has propuesto?

—No entiendo de qué me habla, señor.

—No te hagas el tonto delante de mí. No necesitas hacerlo. Hablo de la fortuna de Allegra.

—Sabía que cuando me citó aquí, me hablaría de ella. Pero de ella como persona, como mujer, no de su fortuna. —George no pudo contener la risa.

—Ya. Ya veo cómo vas a actuar. —Se bebió lo que quedaba de su vaso de whisky y lo miró fijamente —Entonces se me hace obligatorio advertirte que hay una cláusula en el testamento que William Whitehurst firmó en lo concerniente al matrimonio de su hija Allegra. Separación de bienes. ¿Sabes lo que es eso? Nunca obtendrás su dinero si te casas con ella, y si te divorcias, seguirás siendo el mismo pobre diablo de siempre.

—Me imagino que eso lo cabrea mucho —George lo miró como si no pudiese creer que alguien se atreviera a hablarle así —Una fortuna tan grande, al alcance de sus manos, y tan imposible de obtener. Thomas fue un estúpido al fallar. —Duncan se acercó unos pasos hacia él, e inclinándose un poco, dejó salir el veneno que ese hombre le producía—. No se preocupe, señor Matheson. Para hacerme rico, yo jugaré bien mis cartas. Viendo cómo usted fracasó, aprenderé y no cometeré los mismos errores, así que no se angustie por mí. Las cláusulas matrimoniales no me serán impedimento para alcanzar mis metas.

Y con esas palabras lo dejó. George apretó tanto el vaso de cristal en su mano que a punto estuvo de romperlo. Thomas tenía que moverse. Ya. Había comprobado que ese maldito no se iba a andar por las ramas.

VIII

—Por qué estamos aquí?

—Porque usualmente los novios acompañan a las novias a hacer sus compras.

—Dónde dice eso?

—En el manual no escrito de una pareja feliz.

Duncan hizo rodar sus ojos en sus cuencas. Odiaba ir de compras. Lo odiaba realmente. Sobre todo si era al lado de una mujer. Kathleen le había enseñado bien, oh, Dios, y sólo recordarlo era una tortura.

Su madre se enamoraba de todo, se quejaba de los precios, se medía, se probaba, preguntaba, se entusiasmaba, y luego salía de la tienda alicaída porque le había quedado muy grande, o muy chico, o el color no le había sentado tan bien como creía.

Daphne también había sido una mala experiencia. Ella ponía a las dependientas a sacarle de la bodega todo, para al final no llevar nada, o llevar otra cosa totalmente distinta a la que había pensado comprar.

—No me mires así. Será divertido.

—Dios me ayude.

Allegra lo miró negando con una sonrisa. Sabía que los hombres odiaban ir de compras. El mismo Thomas sólo la había acompañado un par de veces en todos los años que estuvieron juntos, pero quería pasar un día con Duncan, verlo en otro espacio que no fuera una fiesta, o una oficina.

—Qué talla son los gemelos?

—Qué?

—Quiero regalarles algo. Soy su cuñada, puedo hacerlo.

—En todo caso, no les regales ropa. Te odiarán.

—Qué entonces? Juguetes?

—Sí. —Entraron a una tienda especializada para juguetes, y Allegra vio cómo enseguida Duncan se relajaba. Estaba en la sección de videojuegos, y leía las tapas de varios de ellos.

—Crees que eso les guste?

—Tienen cinco años, Allegra... saben manejar estos bichos mejor que yo.

—Qué tienen, Wii? Nintendo?

—Una Play. Un poco vieja, pero funciona.

—Llevémosles unos cuantos juegos entonces.

—Serás la mejor cuñada del mundo.

—Eso pretendo —dijo ella sonriendo, y él sintió un apretón en algún sitio remoto al ver su entusiasmo.

—Te gusta dar regalos —no era una pregunta, notó ella.

—Nah, no tengo mucha gente a la que darles. Están Edna, Boinet... y antes Thomas, pero nunca se puso o usó nada de lo que le di.

—Era un mierda contigo. Por qué lo querías?

Su mirada se oscureció, y Duncan quiso darse una patada a sí mismo; de un ramalazo le había borrado la sonrisa que hasta el momento había tenido. Queriendo volver el buen ambiente, la tomó de la cintura y la llevó a otra sección de la tienda.

—Ya que te gusta dar regalos, te ofrezco a mi madre.

—Pero esta es la sección de Barbie.

—Mamá es boba con las barbies. Tiene dos —susurró Duncan, como si Kathleen lo fuera a escuchar.

—En serio? Pero es una adulta!

—Se dice que nunca dejamos de ser niños. Me matará porque descubrí ante ti su secreto, pero amaré la muñeca.

Allegra no pudo evitar reír como una niña tonta mientras elegía una muñeca. Las miraba todas como si aún no pudiera creer que una adulta de la edad de Kathleen aún se entusiasmará por ellas.

Duncan respiró más tranquilo cuando vio que Allegra volvía a ser la misma. Y por alguna razón, su mano la buscaba. Si no estaba en su cintura, estaba en su espalda, o actuaba por voluntad propia y le recogía el mechón de cabello rebelde que se le iba a la cara. Era como si sus dedos aprovecharan la menor oportunidad para tocarla. Tontos dedos.

—Qué hacemos ahora?

—Ah?

—Que qué hacemos ahora. —Duncan la miró confundido. Él había estado, de manera inconsciente, claro, mirando su trasero mientras ella pagaba los vídeos y la muñeca Barbie.

—No sé, ya que compramos juguetes para niños, vayamos y comamos un helado. Eso completaría el día. —Allegra lo tomó de la mano negando.

—No seas tonto.

Lo llevó a un café bar que estaba en el mismo centro comercial. Olía fuertemente a café, y el volumen de la música obligaba a hablar en un tono de voz más alto de lo normal. A pesar de ser temprano en la tarde, había gente sentada a las mesas, algunos bebiendo café, otros, cerveza.

—No me digas que nunca habías venido acá.

—Claro que sí. He traído los gemelos a los juegos infantiles.

—Y habías traído a tus novias, imagino.

—No, no hay hoteles cerca —al ver su cara horrorizada se echó a reír— Sí, sí traje a mis novias. Pero tampoco es que haya tenido tantas.

—Háblame de la última.

—No, no quiero.

—Vamos, tú conoces gran parte de lo que me pasó a mí con Thomas... es justo que yo sepa un poco de ti, no?

Duncan la miró fijamente. No quiso recordarle que si él sabía algo de lo suyo con Thomas era porque ella misma lo había contado para convencerlo de entrar al juego.

—Daphne, se llama Daphne.

—Y...

—Y estaba casada... y nunca me lo dijo.

—Vaaaaya.

—Sí, vaya. Lo descubrí de la peor manera. Ya sabes, él llegó sin previo aviso a su casa y nos encontró... no estábamos vestidos.

—Entonces no eres virgen —Duncan casi se ahoga con su cerveza, y luego del acceso de tos, vino la risa.

—Insistes con eso.

—Sólo quería trastornarte un poco.

—Y lo conseguiste.

—Entonces Daphne estaba casada —siguió ella—. No era, de pronto, que él era un mal marido?

—Eso dijo ella luego. De todos modos, ya no me interesaba escucharla. Me mintió y... en fin. Ya no vale la pena.

—Parece que eres muy quisquilloso con eso de las mentiras.

—Las odio.

La certeza con que dijo aquello provocó en Allegra un cosquilleo en su vientre. Estiró la mano hacia su cappuccino y miró la mano grande de Duncan sosteniendo su vaso. Quería tocarlo, pero no tenía excusas para hacerlo. Deseaba no necesitar excusas para ello...

Cuando se dio cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos se detuvo. No podía fijarse demasiado en Duncan. No, no y no. Él estaba más que prohibido. Los hombres en general estaban prohibidos, y estaba segura de que Duncan, teniendo que hacer lo que más odiaba, que era mentir, por culpa de ella, la tenía en un concepto muy bajo.

—Nos vamos?

—Vamos, —dijo él viendo cómo ella tomaba su bolso con algo de prisa. Tomó él las bolsas que contenían la Barbie y los videojuegos, dejó un billete sobre la mesa y salió con ella del café bar.

—A dónde crees que vas? —preguntó ella cuando él se encaminaba a la zona de taxis.

—A casa.

—Duncan. Quiero darles yo misma los regalos a tu madre y tus hermanos. Me vas a quitar ese placer?

—En serio quieres volver a mi casa?

—Y por qué no?

—Mírate, Allegra, llevada y traída por un chofer en un coche carísimo, con esos preciosos vestidos y joyas... en mi barrio.

—Me estás llamando niña rica consentida?

—Sí.

—Yo podría perfectamente llevar una vida como la que llevas tú, o tu madre, o la tal Daphne, sabes?

—No me digas.

—No soy tan inservible.

—Nunca podrías llevar mi casa, ni siquiera por un día.

—Cuánto te apuestas? —Duncan se preguntó cómo habían llegado a ese punto. Pero ya la cosa había tomado rumbo y ella quería apostar.

—Te gustan las apuestas, no?

—Sí, he ido un par de veces a Las Vegas. Cuánto te apuestas?

—Allegra, no es necesario. Mírate, tú... tú definitivamente no encajas en...

—Me tendrás que presentar a tus amigos.

—Qué?

—Si pierdes, y yo sí soy capaz de llevar tu casa por un día, organizarás una fiesta y me presentarás a todos tus amigos.

—Estás loca?

—Tú me retaste.

—Ya veo cómo fue que tuviste que poner ese clasificado —Ella lo miró con ojos que echaban fuego. Él quiso reír, pero se contuvo.

—Está bien, pero si pierdes, iremos a todas partes, durante un mes, en taxi.

—Qué?? Duncan, eso no es razonable!

—Cariño, tú empezaste la apuesta.

El mote cariñoso la suavizó un poco, pero no se dejó envolver.

—Este domingo iré a tu casa y te demostraré que soy una mujer normal, capaz de cocinar, limpiar...

—Y atender a dos diablitos de cinco años.

—Y atender a dos angelitos de cinco años.

—Bien, como quieras. Mamá llegará ese día en la tarde, lo cual es perfecto.

—Y tú qué harás?

—Reírme de ti. —Ella lo miró con ojos entrecerrados. —Te dejaré al mando, me iré por ahí, no sea que me conduela e intente ayudarte.

—Ja. Un hombre ayudando.

—Por eso. Vamos y le llevamos los regalos a los niños?

Allegra sonrió ya más animada. Tomó el brazo que Duncan le ofrecía y se pegó a él, como si ese fuera el mejor lugar en el mundo.

Allegra entró a la mansión en la que vivía con su veintena de criados con una sonrisa aún en sus labios. La felicidad de Paul y Kevin al recibir el videojuego fue para ella mejor regalo que cualquier otra cosa que ella pudiese darles. Y cuando Kathleen recibió su Barbie no pudo sino reír y darle un manotazo a su hijo en el brazo por revelar su secreto.

Se había quedado con ellos a cenar, y aunque uno de ellos no estaba, el siempre ausente y misterioso Nicholas, todo fue sonrisas y charla animada.

A la salida, Duncan la había acompañado y la despidió, ella vio, con la mirada fija en sus labios como si quisiera besarla, pero sin atreverse a hacerlo.

Ella también había deseado besarlo, pero se contuvo.

Ahora estaba feliz, aunque no muy segura de por qué, y cuando se dio cuenta, estaba sentada ante el piano de cola situado en una de las salas de recibo de la enorme mansión. Destapó las teclas y las acarició como un amante acaricia la piel de su amada. Hacía mucho tiempo no las tocaba, realmente, desde hacía... más de 13 años, antes de la muerte de sus padres. Suponía que lo que había aprendido entonces se habría olvidado, y probó.

Twinkle, twinkle seguía allí, como siempre, y entusiasmada, probó con una más compleja.

Los acordes resonaron en la mansión, que hacía mucho no los escuchaba, y poco a poco criados de todos los rangos se asomaron para escuchar y apreciar la música. Edna se secó la comisura de los ojos con la punta de un pañuelo, feliz. Su niña había vuelto.

—Tanto tiempo —murmuró Boinet, y Edna se sobresaltó un poco. Escuchar hablar a ese hombre era un acontecimiento, sobre todo cuando hablaba sin que nadie le hubiese preguntado nada.

—Sí. Tanto tiempo —concordó ella.

En el momento sonó el timbre de la puerta principal, y una de las muchachas uniformadas fue a abrir. Al otro lado de la puerta estaba nada menos que Thomas Matheson.

—Qué quieres? —preguntó Edna con cara de pocos amigos.

—Hablar contigo no es. Busca a Allegra.

—Es tarde para hacer visitas, no te parece?

—Yo no soy una visita cualquiera, y házmela llamar, no me hagas perder el tiempo.

—Vete. Ella no quiere verte.

—Que me lo diga ella.

Edna lo miró queriendo fulminarlo allí mismo, volarle la cabeza, darle un puntapié en su zona más sensible, pero se contuvo, y fue a buscar a Allegra, que volvía a tapar las teclas del piano.

—Qué quiere? —preguntó ella cuando Edna le dijo de su inesperada visita.

—Dice que hablar contigo, y no se irá si no eres tú misma quien lo echa, así que por favor, sácalo de aquí.

Allegra se puso en pie y se dirigió a la pequeña sala donde Edna había llevado a Thomas, que se había servido una copa de vino por sí mismo.

—Qué haces aquí, Thomas?

—Quiero hablar contigo.

—Y de qué? —Thomas la miró fijamente. Ella era hermosa, con su piel tan blanca y suave, sus ojos azul violeta y el cabello rubio que le caía a la nuca en un corte recto. Era hermosa, y sin embargo...

—Te he echado de menos —Vio que Allegra hacía cara de sorpresa—. Es verdad. Te he echado mucho de menos. Quiero que volvamos.

Allegra no lo pudo negar, esas palabras la habían emocionado un poco. Muchas noches deseó que él volviera con ella; era la única persona, que no recibía un sueldo por parte suya, que se interesaba en ella y le había dicho alguna vez que la quería. Y ahora él volvía y le decía eso que ella tanto quería oír.

—Tengo que olvidar entonces el haberte visto con otra?

—Allegra, eso fue... un desliz, un error. No volverá a pasar.

—No es posible, yo ya tengo a...

—Al idiota ese? Por favor, los dos sabemos que ese imbécil es un “equis” que contrataste para restregármelo en la cara. Bien, ya lo hiciste! —Se acercó a ella y le tomó la cintura— Por favor, no me hagas sufrir más y vuelve conmigo, sí?

Él empezó a besar su mejilla, su oreja, su cuello, como esperando que con esos mimos ella se ablandara. Confundida, Allegra se alejó.

—Lo siento, ya es muy tarde.

—Te amo, Allegra —los ojos de ella eran anhelantes, hambrientos. Ella quería ese amor, lo había deseado toda su vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Vuelve conmigo. Te prometo que esta vez nos casaremos, te llenaré de niños, y me haré viejo contigo, pero por favor vuelve conmigo.

Exactamente aquellas imágenes se pasaron por la mente de Allegra, y al ver que lo consideraba, Thomas volvió a acercarse para acariciarle el cabello, darle pequeños besos en el rostro. Pero ella tenía a Duncan, y él odiaba las mentiras.

—Tendré que hablar primero con Duncan.

—No...

—Déjame hablar con él. Mañana lo veré y...

—No dejes que te toque.

—Qué? —preguntó ella un poco aturdida.

—No dejes que te ponga una mano encima.

Allegra se alejó de nuevo, y esta vez, puso un mueble de por medio.

—Thomas, no tienes ningún derecho sobre mí. Tú y yo terminamos porque te encontré poniéndole algo más que una mano encima a otra.

—Olvídalo ya. No volverá a ocurrir.

Pero lo recordó, y eso hizo que se estallara la burbuja en la que con su magia Thomas la había metido. Se alejó de él aún más y se pasó las manos por la cara y el cabello con angustia y dándole la espalda.

—No, vete.

—Allegra.

—Vete, vete!! Vete o haré que Boinet te saque a rastras.

—Recuerda que te amo. Eres mía, Allegra. Fui el primero en tu vida, y seré también el último. Haré que vuelvas a mí.

—Que te vayas!!

Thomas le miró la delgada espalda con sonrisa triunfante. Dio media vuelta y salió de la sala. Esa caía pronto.

Allegra, en cambio, se dejó caer en uno de los muebles de la salita. Lloraba otra vez, por ser tan tonta, por necesitar tanto el amor, el amor de alguien, el de quien sea; por sentirse tan sola. Apoyó su cabeza en su brazo y lloró miserable.

—Alguien que me ame –sollozó— por favor.

Al otro lado de la ciudad, un hombre dormía solo en su cama, con el brazo apoyado sobre la frente, sin poder dormir; mirando el techo y recordando, recordando a una rubia darle a sus hermanos gemelos un tonto juego, y sin embargo, sonreír como si hubiese vuelto triunfante de la guerra de independencia.

—No, no puedes enamorarte –susurró entre dientes. Cerró los ojos con fuerza, y se sintió como si intentara asustar a un dragón con un fósforo encendido.

IX

Allegra llegó a casa de los Richman ese domingo a las 9:00 a.m. con un enorme cesto que Boinet dejó en la puerta. Duncan acababa de salir de la ducha y, con el cabello aún mojado, le abrió la puerta. Ella pasó arrastrando la cesta, que parecía pesada, y él la alzó con un brazo.

—Qué traes aquí?

—Refuerzos.

—Piensas hacer trampa?

—Nunca dijiste que no podía traer un poco de ayuda.

Duncan fisgoneó dentro de la cesta y se ganó un manotazo de Allegra.

—Auch! Qué hay allí que no quieres que vea?

—No es tu problema. No te vas ya? No te vas a donde tus amigotes a perder el tiempo mientras yo hago de ama de casa?

—Ríndete, y di que no eres capaz. Me quedaré con los chicos todo el día y no hay problema.

—Jamás.

Duncan la miró con ojos entrecerrados. Ella parecía muy decidida. Se encogió de hombros y caminó hacia su habitación. Allegra notó que iba descalzo y recién bañado.

—Dónde está Kathleen?

—Se fue al hospital. Su turno iniciaba a las seis de la mañana.

—Ah... A qué horas vuelve?

—A las seis de la tarde. Tiene turno de doce horas.

—Vaya.

—Qué. Reconoces que no vas a poder sola?

—No, era sólo para asegurarme de que tendré la casa para mí sola.

—Ríndete, Allegra.

—Jamás.

Él la miró meneando la cabeza mientras se internaba en su habitación. Allegra aprovechó el momento para sacar de la cesta mil cosas. Electrodomésticos pequeños y abarrotes, los había saqueado de su propia cocina y comprado en una tienda de camino a casa de Duncan.

En ese momento, uno de los gemelos salió de su habitación restregándose uno de sus ojos y aún en pijama. Al verla abrió la boca sorprendido.

—Te casaste con mi hermano?

—No —contestó ella preguntándose cómo ese niño había sacado esa conclusión.

—Y por qué estás aquí?

—Porque hoy los voy a cuidar.

—Ah —el niño no parecía muy seguro. Tontos varones Richman, pensó Allegra. La creían incapaz, pero ya aprenderían.

Encontró que ya Duncan había preparado el desayuno... cereales. Ya estaban blandos y esponjosos esperando a que los gemelos los tomaran, y cuando Paul, o Kevin, fue a tomarlo, ella se lo quitó de las manos.

—Tú necesitas comer algo más saludable.

—Pero tengo hambre.

—Dame dos minutos y te haré unas deliciosas tortillas.

El niño la miró un poco molesto, y salió de la cocina. Allegra se puso manos a la obra y empezó a batir huevos. Duncan vio a Paul sentarse en el suelo y buscar algo entre los videojuegos.

—Por qué no estás desayunando?

—Tu novia me quitó el tazón de cereales.

Duncan se asomó en la cocina y lo que encontró casi lo hizo reír. Allegra tenía el cabello recogido y envuelto en una pañoleta de colores vivos, delantal y guantes. Agitaba unos huevos en una taza y los depositaba con cuidado en una sartén caliente.

—Qué temas, que te bañes en tus huevos?

—Si vas a hacer algo, hazlo bien, dice Edna. Soy una buena alumna.

—Ya. Paul está enfadado, tiene hambre y le quitaste su comida.

—Tú ya desayunaste?

—Eh... sí.

—Qué lástima, vas a perderte mis deliciosas tortillas.

Él vio la manera como ella le echaba sal a los huevos y se alegró de haber comido antes.

Al rato se despertó Kevin, directo a la cocina por su tazón de cereales. Al ver a Allegra miró interrogante a Paul, que simplemente se encogió de hombros.

Quince minutos después, Allegra ponía sobre la mesa una fuente de tortillas, otra con panes, mantequilla, una jarra con jugo de naranja y una tetera que contenía café humeante. Los niños miraron curiosos a la invitada.

—Bien, ya está todo servido. Vengan a desayunar! —los niños no se movieron de su lugar, ni Duncan, que estaba a medio camino de ponerse unos calcetines en su habitación. Escuchó a Allegra insistir y vio a los chicos obedecer. Se sentaron a la mesa y al poco rato de estaban soltando expresiones como: “puedo comer más huevo?” “quiero otro pan”, y “más mantequilla, por favor”.

Se asomó curioso, y la radiante sonrisa de Allegra lo encandiló.

—Uno a cero —dijo ella, y los gemelos no entendieron. —Quieres un poco?

—No gracias, ya desayuné.

—Café? —Ese café olía muy bien, pero no iba a probar nada, él tenía su dignidad.

—No, ya me voy.

—Está bien. Que te diviertas. Niños, vamos a darnos un baño.

De inmediato, los chicos saltaron de la mesa y empezaron a correr como locos por toda la casa. En un momento estaban saltando en los muebles, al otro, estaban colgándose del pomo de una puerta, había como tres de ellos sacando la ropa del armario en una de las habitaciones, otros cuatro desordenaban los vídeos.

—Qué pasó? —preguntó ella horrorizada.

—Dijiste la palabra asquerosa: “baño”.

—Pero tienen que bañarse!

—Sí, y hace tiempo que mamá desistió de bañarlos de una manera decente, ella simplemente los arroja sobre el lavadero, les echa jabón y agua, y ya está.

Ocho niños gritaban en la habitación principal, unos diez revolcaban todo en la cocina...

—Buena suerte —le dijo Duncan, se inclinó a ella y le besó la frente. Allegra estaba desconcertada.

Conteniendo la carcajada, Duncan cerró la puerta y bajó por el destartado ascensor. Revisó su

teléfono móvil y lo metió al bolsillo. Estaba seguro de que en cualquier momento ella se rendiría y lo llamaría pidiendo auxilio.

Cuenta hasta tres, se dijo Allegra, cuenta hasta diez, si es necesario, pero llénate de fuerza.

De pronto, empezó a cantar *Nessun Dorma*, en el tono más alto que pudo. Había asistido a clases de canto y tenía una voz soprano admirable, ella lo sabía. Sólo necesitaba ser gordita y sería una cantante de ópera genial. Tan genial que los chicos se taparon los oídos no pudiendo soportarlo más.

—Maravilloso —dijo Allegra aplaudiéndose a sí misma— La música es el lenguaje de los ángeles, sabían? Adoro cantar.

Paul miró a Kevin con ojos desorbitados.

—Y ahora, mis queridos niños, mientras ustedes juegan, yo seguiré cantando.

—Duncan tiene Cd's de música.

—Sí, no tienes que cantar.

—Ah, bueno, pongamos la música mientras los baño. O prefieren que cante?

—No, la música, la música.

—Lo sabía. Vamos, chicos, desnúdense. Mientras se toman un baño, les contaré cómo fue que cuando fui a pescar una vez con el viejo Haggerty, destripé a un cocodrilo bebé yo sola con mis propias manos.

—Un cocodrilo bebé? Eso es imposible!

—A pesar de ser bebé, era grande y peligroso. Tuve mucho miedo! Pero astutamente lo engañé con moscas y lombrices, y ¡Zuacata! Lo maté.

—Tú no eres tan grande, no puedes con un cocodrilo, ni si es un cocodrilo bebé.

Allegra lo alzó con un brazo y luego se dirigió al otro gemelo y lo alzó con el otro brazo.

—Primera lección del día: no se dejen engañar por las apariencias. Una persona puede no parecerlo, pero será muy, muy fuerte.

—Con cuál brazo capturaste el cocodrilo?

—Con el que te sostengo a ti.

—Waaaahh!! —murmuró el niño, admirado.

Duncan miraba cada tres minutos el reloj.

—Hey, viejo, no estás nada concentrado —gritó Martín cuando por enésima vez erró el tiro en la mesa de billar.

—Lo siento, es que dejé a los chicos solos.

—Solos?

—Bueno, con Allegra.

—Ve a ver si la pobre sigue viva, cómo eres tan cruel?

—Ella insistió. —Duncan dejó el taco sobre su soporte y volvió a mirar el teléfono.

—Ve, ve, me desesperas.

—Iré a darles una vuelta, estaré aquí en un rato.

—No te apures.

Duncan casi corrió hasta la casa. Había sido una necedad dejarla con ese par de diablitos. Ya eran las siete de la noche, y ella no lo había llamado ni una vez. Esperaba no encontrar sus restos, o su cuerpo moribundo maldiciéndolo esta vida y las otras siete.

Abrió la puerta con cautela. Había ruido dentro, gritos.

—Madre de Dios —susurró, y entró de golpe.

—Te gané, te volví a ganar!!! Uuuuhh!!

Allegra estaba sentada entre los gemelos con uno de los mandos de la Play, alzando su brazo empuñado y mirando la pantalla dividida por el multijugador. Estaban jugando carreras.

—Porque hiciste trampa. Las chicas siempre hacen trampa.

—Me estás llamando tramposa? Quieres morir, verdad?

El niño lanzó un grito mientras era ahogado en cosquillas. Duncan miró a Kathleen sentada en uno de los sillones con sus pies en una taza de agua caliente y que despedía un suave aroma. Cuando vio a su hijo, ella le sonrió encantada, era lo más cerca que había estado de un spa.

—Hijo! Llegaste!

—Hola, mamá.

—Duncan, dile a tu novia que no haga más trampas —gritó Kevin.

—Lo dices porque no soportas que te haya ganado tres veces seguidas. —El niño se puso de rodillas sobre el sofá para huir de ella mientras le ponía las quejas.

—Cuando ve que estoy ganando, me tapa los ojos!

—Eso es falso!! —Otra vez se enzarzaron en una lucha de cosquillas. Paul se unió a la lucha y empezó a hacerle cosquillas a Allegra. Duncan tuvo que intervenir. Tomó a un gemelo del pantalón, y a otro por el pie y a ambos los alzó, quedando el uno boca abajo, y el otro como si fuera un saco de patatas.

—Quietos, no se metan con una dama.

—Una dama?

—Dudas de que soy una dama? Golpe bajo!

Kathleen no pudo aguantar la risa, y Duncan se giró a mirarla. Dentro, muy dentro, él también quería reír.

Allegra se puso de pie, y cuando él soltó a los chicos, que se apoderaron de una vez de los mandos, se acercó a él.

—Quieres comer?

—También hiciste cena?

—Claro.

—Allegra cocina muy bien —interrumpió Kathleen—. Dónde aprendiste?

—Pietro me enseñó.

—Pietro?

—Mi chef.

—Ah.

—Ella tiene chef —murmuró Duncan.

—Me la pasaba mucho tiempo en casa, así que un día me vio aburrída y me enseñó lo básico. Luego ya todo fue experimentar.

—Se nota.

—Duncan. Tienes que llevarla a comer a un lado. No puedo creer que la hayas hecho quedarse aquí y atender a este par de diablillos durante todo el día.

Allegra lo miraba con una sonrisa sobradora. Había ganado la apuesta.

—Yo propongo que en vez me lleve a una de sus reuniones con sus amigos. Así de paso los

conozco.

—Mis amigos no tienen nada fuera de lo común.

—Mejor. No crees?

Y él estaba deseando besar esa sonrisa.

En el momento se abrió la puerta y entró un adolescente de cabello castaño muy claro y ojos verdes como los de Kathleen. Era tan alto como ella, y exageradamente guapo. Qué comía esa gente que era tan bella? No, en la comida no estaba el secreto, pensó Allegra.

El adolescente tenía los ojos rojos. Ups.

—Dónde estabas! Te fuiste muy temprano, antes de que me levantara, y no avisaste!

—Por ahí.

—Por ahí? —Al ver la cara de Kathleen, Duncan se contuvo. Los niños habían dejado el juego y los miraban a todos con ojos aprehensivos. Nicholas aprovechó la ocasión y se escabulló de la sala hacia la habitación que compartía con Duncan.

—Este idiota... —susurró Duncan entre dientes con la intención de ir tras él. Allegra lo detuvo poniendo ambas manos sobre su pecho.

—Déjalo, cualquier cosa que le digas ahora estará llena de ira, y no conseguirás nada.

—Pero ves cómo llega?

—Sí, lo vi... yo hablaré con él, si me dejas.

—¿Tú?

—Sigues dudando de mí?

—¿Pero qué le dirás? —Ella le lanzó una sonrisa enigmática, y dándole la espalda, se dirigió a la habitación.

—Qué es? —Preguntó Allegra cuando se hubo sentado en la que sin saber, era la cama de Duncan.

—Qué es qué? —Preguntó Nicholas. Estaba tirado boca arriba en su cama, con el antebrazo cubriendo sus ojos.

—Lo que consumes —siguió ella.

—Yo no consumo nada. Quién te mandó, mi hermano? Quién diablos eres, de todas formas?

Allegra no se dejó amilanar por la manera en que le habló. “No es él”, se dijo, y siguió.

—Cuál es?

—No te importa.

—Tienes los ojos rojos, y estás de mal humor. Hay drogas que uno consume cuando está muy deprimido. Te suben al cielo y te hacen ver estrellas, eres capaz de todo! Eres Dios! Pero al rato vuelves a ser mucho más miserable de lo que eras antes.

Allegra se detuvo cuando vio que el pecho de Nicholas subía y bajaba, como si estuviera controlándose para no gritar.

—Sabes mucho —dijo el chico.

—Experiencia propia.

Nicholas se descubrió los ojos alzando el brazo y la miró. Rubia, bonita, mayor... debía ser la novia de su hermano.

—Quién eres?

—Mi nombre es Allegra.

—Quién eres?

—La novia de...

—Ya, me lo imaginaba.

—Es éxtasis, verdad?

—Cómo sabes tanto de drogas? Consumiste?

—Una que otra vez, hace tiempo... y no me gustó.

—Por qué?

—Porque vi lo que eso le hacía a mi novio. Él tenía... problemas, y cuando consumía eso se sentía feliz, como flotando, pero luego era peor.

—Duncan sabe que tiene una novia drogadicta?

—No. No lo sabe todo de mí.

Nicholas volvió a cubrirse los ojos con su brazo, como si con eso buscara quedarse solo, pero Allegra siguió allí, mirándose los pies. Al notar que no se había ido, volvió a mirarla.

—¿Qué quieres? —Preguntó exasperado.

—Es éxtasis, verdad?

—Ahh!! Sí!! Ya quieres largarte? —Ella se puso en pie, como si hubiese conseguido lo que quería.

—Si tienes hambre, en la cocina quedó comida. Adiós.

Nicholas se acodó en su cama viéndola salir. Era real? O producto de su imaginación impulsada por las drogas?

Al salir a la sala, Allegra vio que Kathleen enviaba a los niños a la cama, y Duncan apagaba la consola de juegos.

—No, no la apagues —le pidió.

—Qué, quieres echar una partida conmigo? —pero mientras lo decía, volvía a encenderla—. A mí no me ganarás, ni si haces trampa.

—Cuánto te apuestas?

—Alto ahí. Eres peligrosa cuando apuestas —Allegra lo miró sonriendo ampliamente.

Se acomodaron juntos en el sofá y probaron uno de los juegos nuevos. Duncan empezó a rechistar cuando vio que ella le ganaba limpiamente.

—Eres un mal perdedor!

—Claro que no! Es sólo que este juego es nuevo y no lo conozco.

—Sí, claro.

Él se recostó en el espaldar del sofá, derrotado. La miró fijamente a los ojos y preguntó.

—Qué hablabas con Nicholas? —Ella miró hacia la pantalla aún encendida, y apretó sus labios.

—No gran cosa —contestó—. Me presenté como tu novia, y me sacó de la habitación.

—Vaya. Siento que hayas tenido que conocerlo así.

—No es tu culpa. Así son los adolescentes hoy en día.

—No, él no era así. De niño era buen chico, muy dulce... pero después...

—Después...

Él se la quedó mirando en silencio. Le tomó la mano y la apretó suavemente.

—Gracias por lo de hoy.

—Reconoces tu derrota?

—Sí, lo admito —contestó él de mala gana—. Eres un ama de casa genial. Dónde aprendiste tanto?

Allegra hizo una mueca recordando todos los cursos que hizo, danza, canto, piano, cocina, pintura,

tennis, equitación... todo lo que a Haggerty se le ocurriera o aprobara. Siempre había estado ocupada, siempre de viaje, rodeada de criados que esperaban una orden suya para cumplirla.

—A las señoritas de la alta sociedad se las instruye para que sean damas con mucha gracia y encanto. Pero yo no tuve una madre que me instruyera, en cambio, tuve un tutor bastante excéntrico: Haggerty. Entre otras mil cosas, fui a campamentos de verano hasta que me hice mayor, y allí tenía que encargarme de hasta veinte diablitos como tus hermanos.

—Parece que todo el tiempo estuviste ocupada.

—Es verdad. Pero me hizo bien.

Allegra lo miró y vio que él sonreía. Sus labios curvados y su barba de un día le mantuvieron los ojos capturados unos instantes... quería besarlos.

En el momento uno de los gemelos salió corriendo de la habitación, iba llorando y tenía los ojos abiertos desorbitados. Allegra identificó de una vez que se había despertado sonámbulo de alguna pesadilla, y sin pensarlo, alzó al niño en sus brazos, lo acunó fuertemente y empezó a masajearle la espalda consolándolo.

—Ya, ya. Todo está bien, estamos aquí, todos estamos aquí y te amamos.

El niño sollozaba lastimeramente, y eso hizo que se le encogiera el corazón. Recordó que ella de niña también se despertaba llorando por algún trueno, pesadilla, o una mariposa que se había metido a su habitación. Siempre corría hacia la de sus padres, y ellos la consolaban y le decían exactamente esas mismas palabras: Estamos aquí, te amamos.

Luego de aquél terrible accidente, ya nunca nadie más le dijo esas palabras. Sus ojos se humedecieron y siguió acunando al niño, hasta que levantó la mirada y se dio cuenta que Duncan la observaba como si ella fuera un gran enigma.

Él lo supo. En ese instante lo supo. No todos tenían manera de saber el instante mismo en que ocurría. Algunos, cuando se daban cuenta, ya era tarde, y tenían que luchar, otros, simplemente nunca se enteraban. Pero él sí supo el instante mismo en que se enamoró de Allegra. Estaba ella allí, con su hermano pequeño en brazos, arrullándolo y consolándolo mientras el niño se tranquilizaba y volvía a quedar dormido, y él quiso abrazarla, besarla, desnudarla y...

Joder.

Se acercó a ella y le quitó el niño de los brazos con suavidad para llevarlo de nuevo a su cama, y la miró hasta que se giró para entrar en la habitación a dejar a Kevin, que de unos días acá se despertaba siempre llorando. Lo acostó y lo cubrió con la sábana. Se estuvo allí unos instantes sin saber qué hacer, ni qué pensar. Sentía como si le hubiesen sacado todo el aire de un solo golpe.

No, eso no podía ser. No podía enamorarse de ella, no de ella, la que lo había contratado para que fuera su novio a sueldo.

Pero todos sus sentidos gritaban otra cosa, clamaban por ella, la reclamaban.

Soltó un gemido.

Volvió a la sala, y encontró a Allegra recostada en la pared dándole la espalda. Ella estaba llorando. En un segundo estuvo a su lado.

—Hey. Estás bien?— Ella se abrazó a él.

—Fue mi culpa.

—¿Qué?

—Mis padres. Murieron por mi culpa. Yo era una niña rebelde, caprichosa, y un día mis padres

tuvieron que viajar a Miami. Se llevaron la avioneta. —Duncan le limpiaba las lágrimas, pero estas volvían a salir. —Yo quería ir con ellos, pero me enfermé. Insistí, de verdad quería ir, tenía mi maleta hecha, pero siempre fui una debilucha y me dio fiebre. Discutí con ellos porque prefirieron dejarme con Edna y Boinet. Les dije que ya no los quería y no los quería volver a ver. Y murieron. En ese accidente.

—Ya, ya. De ninguna manera fue tu culpa.

—Debí morirme con ellos.

—No, porque entonces yo te habría perdido para siempre.

Ella lo miró a los ojos con los suyos llenos de lágrimas. Él siguió limpiándose las con extrema dulzura, con toda la ternura que ella le inspiraba y que había visto que le prodigaba a su hermano menor.

—Duncan... —empezó a decir ella, pero lo que fuera a decir se quedó ahogado en el beso que él le dio.

La estaba devorando. Con sus besos, con pequeños mordiscos en sus labios, y ella sentía su barba áspera rozarle la suya tan fina.

Allegra empezó a responderle al beso no supo cuándo, le rodeó el cuello con sus brazos y se abandonó al beso. Sentía sus manos en todas partes, su cuello, su espalda, su cadera.

Su boca no era suficiente, y Duncan empezó un camino de besos que fue por detrás de su oreja; descubrió que era sensible allí, porque ella lanzó un gemido que le puso todo de punta.

Volvió a su boca, y con una de sus manos, apretó una de sus nalgas para acomodarla mejor sobre su ingle, que ya empezaba a buscarla, a moverse en aquella antigua danza.

—Duncan...

Al oír su nombre se alejó de ella, y al verse sin apoyo, Allegra casi cae al suelo lanzando un suave chillido.

—Lo siento. Oh, Dios, lo siento, Allegra, te hice daño.

—No, no... Estás bien?

No, no, él no estaba bien, estaba enfebrecido, loco de deseo, e inconscientemente su cuerpo ya la estaba buscando otra vez.

Pero al otro lado de la puerta estaba su familia al completo. No podía hacerle el amor allí. Mierda.

—Vete.

—Qué?

—Vete. Por favor. No quiero violarte.

—Duncan, qué...?

—Allegra, por favor, no me tientes más. Vete.

Confundida, ella recogió el cesto, que había organizado mucho antes de que él llegara, y salió del apartamento preguntándose qué rayos había pasado, pero con la sensación del cuerpo de Duncan aún sobre el suyo, el tacto de sus labios aún por toda su piel.

Estuvo allí recostada a la puerta unos largos minutos, luego tomó su teléfono y llamó a Boinet. Había pensado que a lo mejor se quedaba en casa de los Richman, pero al parecer, eso ya no sería posible.

Duncan cayó en cuenta de lo que había hecho: la había sacado de su casa a altas horas de la noche

en un barrio que no era muy seguro. A ella, a su chica.

Lanzó una maldición en voz queda y fue detrás de ella. La encontró en la salida del edificio, con el cesto vacío en sus manos y mirando a la noche solitaria.

—Soy lo peor. Perdóname.

Allegra se tensó al oírlo, pero no dijo nada. Él se acercó con cautela. De verdad temía querer arrancarle la ropa si se le acercaba demasiado. La noche fría ayudó a despejarlo un poco. Aspiró el aire helado con fuerza y esperó unos minutos por si ella decía algo.

Allegra estaba conmocionada. Creía que con Thomas había experimentado todo lo que se podía en el tema del amor y el sexo. Acababa de comprobar que no era así. Con sólo unos cuantos besos, Duncan le había mostrado que había sensaciones que ella ni siquiera había soñado que existían.

Vacía. En ese momento se sentía muy vacía. Y sabía que sólo una cosa la podía llenar.

La cosa estaba de pie a un par de metros de ella, mirando la noche y tomando aire pausadamente. Si él sentía la mitad que lo que ella, lo compadecía.

Ven a mi casa, quería decirle. Terminemos lo que empezaste.

Pero las palabras de Thomas vinieron a ella como una campana resonante. *Fría como un témpano de hielo. Gastar horas en los preliminares todo por una insulsa reacción de su cuerpecito*. No, no quería perder a Duncan por algo tan indigno como su incapacidad en el sexo.

—No... no hay nada que perdonar —le contestó.

Se estuvieron allí, uno cerca al otro, sin moverse, sin hablar, hasta que Boinet llegó y le abrió la puerta a Allegra para que subiera al coche.

Duncan la vio irse y subió a desgana hasta su apartamento. Iba a ser una noche muuuy larga.

En la mañana del lunes, Allegra tuvo que ir a las oficinas de la Chrystal. Había junta directiva para presentar los balances del último mes y ella, como socia mayoritaria, tenía que estar para firmar documentos, aprobar estrategias y caminos a seguir.

Siempre se había apoyado mucho en Haggerty para eso, a pesar de que quien ostentaba el cargo de CEO era George Matheson. El viejo Edmund le decía los pros y contras de cada decisión, y entonces ella decidía dejándose llevar no sólo por los consejos, sino por su propia intuición. No por nada había estudiado finanzas.

En la sala de juntas estaba Duncan, silencioso y al pie de Haggerty. Tomaba notas, entregaba documentos, y susurraba cosas al oído del anciano. Allegra lo miraba orgullosa. Él encajaba mejor allí que cualquiera de los otros ejecutivos con su ropa y su porte interesante.

A la salida quiso ir detrás de él, como una polilla que busca la luz, pero entonces George la acorraló y le pidió una conversación, que ella había ido retrasando adrede. Miró a Duncan pidiendo auxilio, pero él estaba muy ocupado con Edmund. Esta vez no podría escabullirse.

Se aseguró de sentarse lo más alejada posible de él. No se explicaba del todo su aversión, pero simplemente su cuerpo entero entraba en tensión cuando estaba en la misma habitación que él, todas las alarmas de peligro se disparaban en su cerebro, y por eso huía. Miró hacia la puerta y comprobó que no tenía seguro, e intentó relajarse.

—Está bien. Háblame.

—Es de tu... noviecito.

—Se llama Duncan.

—Como sea. Tuve una conversación muy interesante con él. Admitió descaradamente que va a conseguir tu dinero sin importar las cláusulas de separación de bienes que tenga tu acta de matrimonio.

—Duncan?

—El mismo. Ya sé que las cosas entre tú y mi hijo no están del todo bien, pero tienes que recapacitar, Allegra. Thomas a veces puede ser un tonto, pero te ama. Yo soy testigo de lo mal que lo está pasando porque tú te estás pavoneando con este otro.

—Yo no me estoy...

—Admítelo, Allegra. Lo trajiste aquí sólo para hacerle daño, para hacernos daño, a nosotros, tu familia.

Allegra se puso en pie y dio unos pasos de manera inconsciente hacia la puerta.

—Lo que hay entre Duncan y yo es un tema privado, George. Te aprecio y te estimo, pero no te permito que entres en mi vida personal. Si tan mal está Thomas, dile que debió pensarlo antes de engañarme, humillarme e insultarme como lo hizo... delante de su amante.

—Él hizo qué?

—No quiero hablar del tema. Y si Duncan te dijo eso, sus razones tendría. Te dejo —dijo tomando su bolso y saliendo— tengo que hablar con mi novio antes de que Edmund le ponga una montaña de trabajo y no pueda ni verlo.

No se quedó para ver la cara que hacía George, ni para ver cómo rompía su pluma en sus manos.

Encontró a Duncan en la oficina de Haggerty, solo, acomodando unos documentos sobre el enorme escritorio de cristal negro. Se acercó a él con cautela, y cuando él la vio, le sonrió. A Dios gracias. Esperaba que se comportara hosco, o peor, indiferente, luego de lo sucedido en su casa la noche anterior.

—Vaya, qué agradable sorpresa. Pensé que ya te habrías ido.

—No. Quise hablar primero contigo.

—Ah —él parecía un poco inseguro, y eso le causó curiosidad. La noche anterior él había sido muy apasionado, esa inseguridad de ahora le era casi encantadora.

—Está todo bien? —le preguntó ella.

—Sí, claro. Bueno... aún tengo que disculparme contigo. Anoche me comporté como una bestia. Eso no está en el contrato.

Allegra lo miró a los ojos fijamente. Quería decirle que a ella no le molestaba que él la besara y se tomara ciertas libertades. Diablos, quería era empujarlo contra el escritorio y besarlo, morderlo, lamerlo todo...

—Estás bien? —Preguntó él con el ceño un poco fruncido.

—Ah! Sí...

—Allegra... —él se acercó, y metió sus dedos en el cabello de su nuca. Desprendía un delicioso calor, lo que acentuaba su aroma, el inconfundible aroma de Duncan. Allegra tomó la iniciativa esta vez y lo besó. Se pegó a él como las almejas a las rocas en la playa y lo besó, chupó su labio inferior como si estuviera famélica, y cuando él le puso las manos en el trasero para pegarla más, sintió la fuerte erección que penaba por salir de sus pantalones.

Con un suave gemido, ella acentuó el beso, no veía nada, no escuchaba nada. Sus otros sentidos estaban trabajando horas extras, gustando, oliendo, sintiendo...

—Pornografía gratis! —Gritó Edmund Haggerty desde la puerta, lo que hizo que la pareja se soltara como si fueran unos amantes descubiertos en pleno acto debajo del altar de una iglesia.

Edmund rió perverso al ver el azoramiento de la pareja.

—Vamos, vamos, nada de caras coloradas. Los tres somos grandecitos. Pero en mi oficina no. Váyanse a un rincón donde yo no pueda verlos.

—Yo... —empezó a decir Allegra. Miró a Duncan tratando de recordar por qué era que lo buscaba—. Ah... Duncan. Me gustaría que vayas esta noche a mi casa.

—Eso es! —gritó de nuevo Edmund aplaudiendo—. Hoy en día son las mujeres las que toman la iniciativa. No te conocía esa faceta, Allegra.

—No seas tonto —dijo ella echándole malos ojos al viejo—. Tengo una cena. Van a ir unas cuantas personas. Puedes ir?

Que ella lo preguntara de ese modo hacía parecer como que si él no podía, podría negarse. Pero él no podía, ese era su trabajo. Los besos que se agenciara en el camino los tomaba como bonos de gratificación extra.

—Sí. A qué horas?

—A las ocho. Si quieres, Boinet irá a recogerte.

—No, llegaré en taxi.

—Está bien. Nos vemos.

Allegra le lanzó una última mirada y salió de la oficina. Al quedarse solos, Edmund volvió a reír,

sobre todo porque el estado de azoramiento de Duncan era demasiado evidente.

—Eso te pasa por iniciar algo que no podrás terminar. Toma un trago, muchacho. Lo necesitas.

Duncan se anunció en la reja exterior a través de un intercomunicador que estaba en la pared. Inmediatamente le abrieron y él vio delante de sí un enorme jardín. Él anduvo el largo sendero hasta la puerta principal, admirando las formas que hacían los setos y los arbustos en flor con la escasa luz de los faroles.

Al llegar a la mansión soltó un silbido. Debía tener unas cien habitaciones con sus cien baños y sus cien bibliotecas... o algo así.

Boinet, que hacía de mayordomo esa noche, lo vio llegar y lo hizo pasar.

—La señorita lo espera en su despacho.

—Ah, qué bien. Y cuál es el despacho de la señorita?

Boinet lo condujo a través de pasillos forrados de fino papel tapiz, mesillas en las que reposaban jarrones que debían estar asegurados en varios millones de dólares, y cuadros que, por el bien de la humanidad, deberían estar en un museo, para deleite de todos y no de unos cuantos.

Meneó la cabeza pensando en lo inevitable que le era pensar así al ver tal derroche de riqueza.

Encontró a Allegra en una habitación muy amplia, panelada de arriba abajo en madera, con muebles de cuero café y estantes grandes con colecciones de libros. Allegra parecía fuera de lugar allí, el sitio era claramente masculino, sin embargo, ella dominaba el espacio con su habitual encanto. Cuando la vio, le daba indicaciones a una chica uniformada y le escribía algo en un papel. Al verlo entrar le sonrió, despachó tanto a Boinet como a la chica y se quedaron a solas.

—Te ves muy bien —dijo ella. Duncan sólo sonrió admirándola. Llevaba un hermoso traje de coctel estilo strapless de satén en un tono rosa que seguramente tenía un nombre más complicado que el que él era capaz de darle, lo cierto era que se veía bellísima.

—Tú también —ella sonrió complacida.

—Quería verte primero, para... bueno, anunciarte que las personas que van a venir son gente que necesito para que me ayuden en una de mis fundaciones.

—Qué fundación es?

—Una que creé hace poco y que se especializa en ayudar a madres solteras cabezas de hogar.

—Qué admirable.

—No, no lo es. Es simple obligación y alguien tiene que hacerlo. Quiero sacarle el dinero a estos ricachones para que otros tengan más.

—Lo dices tú, que vives en una mansión que podría albergar a cien de esas familias.

—No, no podría. Y no sería justo con esas personas; ellos tienen su dignidad. O tú dejarías que traiga a tu madre a vivir aquí sin más razones que mi altruismo?

—Ella no dejaría.

—Lo ves? Por eso hay que ayudar, no resolverles los problemas. Tengo experiencia en esto, Duncan, por extraño que parezca. La gente se comporta de manera muy extraña cuando de dinero se trata.

—Dímelo a mí.

—A propósito... —ella dio un giro alejándose de él, y se quedó como si mirara uno de los libros en una estantería—. Hablé con George. Me dijo que tuviste una conversación con él.

—Ah, sí. Hace unos días.

—Qué hablaron?

—Quería advertirme que conseguir tu dinero no iba a ser fácil.

—Y tú qué le dijiste?

—Allegra, qué quieres saber? Específicamente.

—Bueno... —ella se puso en jarras, titubeando, como si no encontrara la manera de decírselo, y

él notó un gesto que se le iba haciendo familiar: ella se rascaba la frente cuando estaba nerviosa—.

Él dijo que tú le aseguraste que te quedarías con mi dinero, no importando las cláusulas del acta matrimonial.

—Ya.

Hubo un silencio incómodo, donde se miraron a los ojos, estudiándose, midiéndose.

—No quiero tu dinero, Allegra. Eso te tranquiliza?

—No, es sólo que... Igual, no creo que te casaras con alguien sólo por hacerte rico.

—No te equivocas en eso.

—No te casarías conmigo, de todos modos.

—Por qué no?

—Lo harías?

—Allegra, eso sonó a propuesta de matrimonio...

—Allegra, tus invitados están llegando —dijo Edna interrumpiéndolos, y volvió a desaparecer.

Allegra aprovechó la ocasión para escabullirse. Luego se devolvió, tomó a Duncan del brazo y salieron a la sala para recibir a sus invitados.

La cena fue amena, había unos seis comensales aparte de ellos dos, y la charla giró en torno a todo y a nada, sólo conversaciones agradables alrededor de una mesa bien dispuesta y unos platos exquisitos.

Al final, hicieron venir al chef para felicitarlo y Duncan conoció a Pietro, el cual se mostró encantado con los comentarios, y rechazando las propuestas de empleo en las casas de los otros que entre broma y verdad le hacían.

Duncan sonreía. La mayoría de las cosas que hablaban eran pura banalidad, pero no se sentía tan fuera de lugar como creyó en un principio. No tuvo que esforzarse en hacer de anfitrión, y detalles como mantener la copa de Allegra llena, cortarle la carne para que ella se ahorrara el trabajo, conducirla apoyando su mano en su cintura, le salieron de modo fácil y natural, como si fuera un baile ensayado en otra vida.

Los presentes lo miraban con curiosidad, como si en vez de a él, esperaran ver a Thomas. Pero quizá por respeto a su anfitriona no hicieron preguntas, ni comentarios desagradables.

Cuando llegaron a las cuestiones de dinero y ayudas cambió de parecer. Esta gente estaba forrada en millones, y sin embargo les dolía desprenderse de un solo centavo. Admiró entonces la pericia y el dominio de discurso de Allegra, quien consiguió ablandar el corazón de la mayoría más que con frases lastimeras que mostraban la necesidad de los otros, enseñándoles los beneficios y la buena publicidad que les traería el vincularse a su fundación.

—Eres un as —le dijo sonriendo, cuando se fue el último invitado, y se quedaron solos en la sala —cuántos millones recaudaste?

—No los suficientes. Ya ves cómo es esta gente.

—Terrible. Por qué te gusta hacer esto?

—Quién dijo que me gusta?

—Allegra, no creo que tú necesites esos “beneficios” de los que les hablaste a esa gente. Ayudas e inviertes tiempo y dinero en esto porque te gusta.

Ella sonrió, sintiéndose al descubierto, y sin embargo, a gusto.

—Está bien, me gusta. Pero siempre he ayudado desde la distancia. No me dejan visitar mucho los sitios a donde llega mi dinero.

—Por seguridad.

—Sí.

—Hasta que llegaste a mi casa —dijo él con una media sonrisa.

—No exageres. Tu casa está bien.

—Sí. Hemos creado un rincón limpio y agradable en medio de tanta porquería, pero no todos viven como nosotros.

—Me imagino —Ella se encaminó hacia un fabuloso bar incrustado en una de las paredes de la sala. Había de todo, copas de todo tamaño y forma, y ella eligió un par de vasos, una botella con un contenido ámbar y sirvió.

—Imagino que después de todo este sacrificio que tuviste que hacer por mí, necesitas una copa.

—Algo, sí. Gracias. —Ella sonrió pasándole el vaso, y mirándolo. Él observaba todo alrededor, con curiosidad. —Es muy bonita tu casa— dijo.

—Apenas si has conocido una parte. Quieres un recorrido?

—Me encantaría.

Él le ofreció su brazo y ella lo fue guiando por las diferentes salas y habitaciones.

Duncan no sabía mucho de telas, acabados y materiales de decoración, pero supo al instante que aquella mansión no era cualquier cosa. Las salas eran diferentes unas de otras, algunas con pared de yeso crema, acabados en las esquinas, plafones decorativos de los que colgaban preciosas arañas de cristal con pequeños bombillos, y cuadros de famosos pintores.

Algunas habitaciones eran muy clásicas, telas con texturas suaves y tonos cálidos, y otras eran más eclécticas, combinaciones de rojo, negro y blanco y formas geométricas en el piso y el cielo raso.

Allegra lo llevó por la sala de televisión, la sala de juegos, un living precioso totalmente blanco, tanto por los muebles como por los acabados de paredes, pisos, ventanales y techo.

—Aquí mamá y yo nos estábamos la mayor parte del tiempo —le contó Allegra en tono melancólico.

—Eran muy amigas, tú y ella.

—Todo lo amigas que pueden ser una niña y su madre. Papá era un poco más severo, pero nunca me gritó o me puso una mano encima. Era su consentida, pero me exigía bastante en el colegio.

Duncan notó entonces que todas las fotografías familiares que había visto hasta el momento eran de ella y sus padres, de niña. Ni una de su adolescencia o edad adulta.

—Dónde estudiaste?

—Fui a un colegio privado, claro.

—De adolescente también fuiste?

—Bueno, no. Verás... los informes forenses mostraron que la muerte de mis padres no había sido accidental.

—Fue provocado?

—Las autoridades nunca se pusieron de acuerdo. Recuerdo que hubo mucho revuelo, y fue después que me enteré de que despidieron a la compañía que mantenía las avionetas de papá. Pero nunca se pudo probar nada.

—Y eso cómo te afectó a ti y tu estudio?

—Bueno, yo era la gran heredera Whitehurst, y sólo tenía doce años. Fui retirada del colegio y me pusieron tutores privados. Ellos venían a casa y me daban las clases. Para completar la paranoia de Edmund, intentaron secuestrarme en dos ocasiones, así que Boinet y dos grandulones más se convirtieron en mi sombra, dentro y fuera de la casa. Creo que me volví más huraña.

Cualquiera, pensó Duncan, y en sus manos tomó una fotografía de Allegra, con siete u ocho años. Una preciosidad de cabellos casi transparentes y una sonrisa amplia y feliz en la que le faltaban un par de dientes.

—Esa fotografía me la tomó papá.

—Estabas muy feliz.

—Lo era.

—Y cómo hiciste en la universidad? —Preguntó él dirigiéndose a la biblioteca, donde, unidos por balcones, había dos niveles de libros, forrando toda la pared del lugar. Unos muebles que invitaban a sentarse estaban en el centro.

—Me opuse a seguir con tutores privados, hice una pataleta de pagar y ver, y fui a Stanford. No sé si por mis buenas notas o por la influencia económica, pero fui admitida.

—Sola?

—No. Me compraron una casa allí en la que también cupieran Edna, Boinet y Pietro.

—Claro. Imagino que también fue Thomas.

—Sí, pero él vivía aparte, en un apartamento de soltero.

—Imagino —Duncan miró los miles de libros. Se acercó a uno y lo sacó de su estantería. *Les Misérables*.

—Mamá me contó que cuando papá mandó construir esta biblioteca, el decorador la había llenado con libros al azar. Pero papá se molestó por eso. Le hizo sacar uno por uno los libros hasta que quedaron vacíos los estantes. Y él se dedicó a ir por el mundo especialmente a comprar los libros que quería para su biblioteca.

—Qué exigente.

—Lo era, mucho. Tenemos muchas primeras ediciones. Libros en todos los idiomas, hay uno en coreano, no sé por qué, si él apenas sabía lo básico de ese idioma.

—Tu padre hablaba coreano?

—Lo básico, ya te digo —Ella sonreía mientras hablaba. Duncan notó su brillante sonrisa y lo contagió. Él también empezó a sonreír. Con el ejemplar de *Les Misérables* aún en su mano, se recostó en el enorme escritorio que contenía un MacPro portátil.

—Y tú qué idiomas hablas?

—Bueno, los normales, francés, italiano, español. Haggerty una vez me llevó a unas vacaciones en Kioto y aprendí algo de japonés. En Stanford tuve una compañera rusa, y aprendí también.

—Te hablas con ella? Con la rusa.

—Muy poco. Ella está muy ocupada con su marido y sus dos niños. Nunca ejerció.

—Vaya.

—Y ya ves, —dijo ella extendiendo las manos en medio de la sala como si quisiera abarcarla

toda— esta es mi casa, mi infancia. —Se acercó a él, y Duncan no tuvo dificultad alguna en imaginársela de diez años tratando de convencer a su padre para que le comprara algún juguete. — Ahora cuéntame de ti.

Él se encogió de hombros.

—Nada parecido a ti. Me crié en esa casa que conoces. Jugué en las canchas de fútbol del barrio, besé a las chicas en la secundaria. Ah, fui ganador en un torneo de Natación. Por eso desde entonces tengo buen estado físico —Ella sonrió como si aquello fuera de lo mejor.

—Y te escapabas de clase?

—En un par de ocasiones lo hice. Era la final de fútbol americano y no me lo podía perder.

—Y le pusiste pegante a la silla del profesor? O hiciste que se le cayera el peluquín? —Duncan no pudo evitar la risa. Extendió su mano hacia ella y Allegra se acercó a él, recostado aún en el mueble.

—Esas cosas pasan en las películas. En la vida real es peor; le pinchamos las llantas al coche del profesor de historia por dejarnos un trabajo de veinte páginas de un día para otro.

—Qué malos!

—Elaboramos un pedo químico en la clase de química, lo amarramos a una piedra y lo lanzamos desde el jardín por la ventana del director.

—Duncan!

—Hubieras visto la cara de todos evacuando el edificio.

—Eras malo!

—En la universidad —siguió él—, probé un poco la marihuana, era loco. Pero entonces...

—Entonces...

—Entonces nacieron los gemelos y yo tuve que hacerme más responsable.

Allegra jugueteó con su corbata quedándose un poco seria. Quería saberlo todo de él, acerca de sus padres, todo. Intuía que algo había pasado con Richman padre, porque Duncan nunca hablaba de él.

—Sabes, es muy agradable hablar contigo.

—Gracias.

—No, no lo digo como cumplido, es la verdad. He hablado más contigo que lo que hablé con Thomas durante toda mi vida.

—Qué le veías?

—A Thomas? —Ella rió sin alegría y se alejó un par de pasos— No sé. Yo tenía catorce, estaba sola, muy sola aquí en casa, y él simplemente fue encantador conmigo. Luego pensé: bueno, es guapo, piensa como yo en muchos aspectos, y le di mi virginidad. Y luego me di cuenta de que eso nos convertía en novios oficiales. A su padre le encantaba la idea, pero al contrario, a Edmund le fastidiaba. Sin embargo, nunca se metió.

—Es el único con el que has estado? —Allegra se sentó en uno de los sofás de la sala.

—Sí.

—Mmm, me lo imaginé —ella lo miró confundida—. Bueno, cariño, no eres una mujer que parezca que tenga mucho mundo, o que haya estado en muchas camas.

Ella miró a otro lado, incómoda.

—He probado el éxtasis.

—Ah, sí?

—No me hice drogadicta, ni me inyecté ni nada, pero no soy tan inocente.

—Apuesto a que lo hiciste influenciada por Thomas —Ella le echó malos ojos. Duncan se echó a reír. —No es para que te pongas así —y al decir eso se acercó a ella sentándose a su lado. Allegra lo sintió como una suave brisa de verano, y se erizó un poco—. Tienes frío?

—No —susurró.

—Estás molesta conmigo? —Ella miró fijamente sus ojos castaños, que la estudiaban como si al llegar a casa la fuera a pintar en un lienzo.

—No.

Se estuvieron en silencio un momento, mirándose y estudiándose el uno al otro, y en algún momento, él se acercó lo suficiente como para besarla, pero no lo hizo. Se había detenido como si le estuviera pidiendo permiso para avanzar.

Eso la hizo sentir como una diosa, como una reina. Él le pedía permiso para besarla. Seguramente era porque esta vez estaban en su casa, a solas, y no pensaba detenerse en un simple beso.

—Oh, sí —susurró ella, dándole la autorización, y Duncan la besó.

No en la boca, y eso la decepcionó un poco, pero sólo un poco, porque Duncan empezó a besar su hombro desnudo, su cuello, detrás de la oreja.

Diablos, sólo llevaba tres segundos allí con él y ya estaba derretida como mantequilla en un waffle caliente. Duncan la rodeó con su brazo y la atrajo hacia él sin dejar de besarle el cuello, mordisquearle la barbilla...

—Hueles tan bien —susurró ella, y él sonrió mirándola—. Qué? Qué dije?

—Nada, es sólo que... Ah, Allegra —Él volvió a besarla, pero esta vez había perdido la suavidad, ahora había urgencia. La tumbó suavemente sobre el sofá y sintió cómo la mano de él le acariciaba la clavícula, y sus dedos bajaron suavemente toqueteando su escote para, de un momento a otro bajarlo, desnudar su pecho y apoderarse de él con la boca.

Allegra lanzó un gemido que resonó en la habitación, y Duncan alzó la cabeza, no fuera a ser que Boinet, creyendo a su ama en peligro, fuera a asomar su calva cabeza.

—Dios, Allegra, vas a tener que ser silenciosa.

—No quiero ser silenciosa, quiero hacer ruido —Él se echó a reír otra vez.

—Entonces vayamos a otro sitio. Tienes la casa llena de gente.

—No se atreverán a interrumpirnos... —al ver la cara que él le hacía, se puso en pie, se arregló el vestido cubriéndose de nuevo y le tomó de la mano para conducirlo a través de las anchas y curvadas escaleras hacia el segundo piso, donde estaba su habitación.

Mientras subían, Duncan se regaló con la visión del trasero de Allegra balanceándose al caminar. Esperaba poder soportar hasta llegar a la habitación de ella y no atacar como un cavernícola, que era exactamente lo que deseaba hacer, pero sería la primera vez entre ambos, y aunque le costara la cordura, iba a hacerlo especial.

XI

—Estás segura de esto? —preguntó Duncan al llegar a la inmensa habitación, que constaba de una sala con comedor propio por si a la dama le apetecía desayunar allí, un pequeño juego de sala, un librero, una puerta que seguramente conducía al cuarto de baño y, al fondo, una enorme cama con un fino diván.

—No, no estoy segura —le contestó ella, sin embargo, no dejaba de desabrocharle los botones de su camisa.

—Allegra...

—Creo que meteré la pata, y al final te desilusionaré, pero quiero hacerlo.

—¿Desilusionarme? ¿Por qué? —Ella ya le había quitado la chaqueta, desanudado la corbata y ahora sacaba la camisa de dentro del pantalón. Al escuchar su pregunta se detuvo. Recordó toda su vergüenza.

Toda la pasión que había sentido hasta entonces se esfumó como por arte de magia. Qué iba a hacer? Por Dios, qué había estado a punto de hacer? Le dio la espalda apretando sus labios.

—Allegra, háblame —insistió él con suavidad.

—No... no quiero, Duncan. Es... demasiado... —ella tenía una mano apoyada en la cintura y con la otra se rascaba la frente. Duncan se le acercó por detrás y le masajeó los hombros.

—Vamos, confía en mí. Tengo un contrato de confidencialidad.

Eso la hizo reír. Su novio a sueldo. Pensó que si se lo contaba, de todos modos él no se iría, y no supo si eso le hizo sentir bien o mal. Probaría.

—Soy terrible en la cama —soltó de pronto.

—Qué? —preguntó el deteniendo su masaje.

—Esa fue la razón por la que... Thomas me dejó. Se buscó a otras que lo satisficieran más. Soy... un témpano de hielo, y por lo general hay que invertir largas horas en los preliminares... para... para obtener una insulsa respuesta de mi cuerpecito.

Duncan la miró ceñudo, y muy enfadado con el cabrón que le había hecho creer eso la giró para que le diera la cara.

—¿Eso lo estás repitiendo de alguna serie barata que viste? ¿O te lo dijo él? ¿O te lo crees de verdad, Allegra?

—Eso... me lo dijo él—. Duncan vio cómo los ojos se le humedecían y su instinto asesino se intensificó.

—Y tú le creíste —dijo entre dientes.

—¡Por Dios! ¿Qué quieres que piense? Él es el único hombre con el que he estado, ¿qué podía hacer? ¿Meterme en cuanta cama y con cuanto hombre para ver si era verdad?

—Métete conmigo, y yo te haré saber que todo eso es falso.

Ella lo miró a los ojos, y Duncan vio, en esa mirada, lo aterrada que estaba. Se le acercó, la tomó por los hombros, y uniéndolo su frente a la de ella y con voz suave le dijo:

—Yo veo una mujer muy diferente cuando te beso. Veo una mujer ardiente, curiosa y juguetona.

—Duncan, no tienes que decirme esas cosas, tú...

—Sí, sí, soy tu novio contratado, y podría estar diciendo mil sandeces para tenerte satisfecha, pero créeme... las veces que te he besado... Joder, mujer, me pones a mil, me enloqueces, y luego

tengo que ir y darme mil duchas frías, o terminar solo, y...

—Duncan! —él se echó a reír al verla escandalizada. Le tomó las caderas y la acercó, mostrándole la evidencia de lo que decía. Ella sintió desfallecer otra vez, esa sensación de dulce desmayo. Le rodeó el cuello con los brazos, casi inconscientemente, y soltó un leve gemido que la hizo sorprenderse a sí misma. Lo miró a los ojos y vio que él sonreía.

—¿Lo ves? Esa es mi chica.

—Pero Duncan... no sé... no sé qué hacer, yo...

—No hagas nada, sólo siente. Déjame a mí por esta vez —y acto seguido la besó. La besó como en compensación por los siguientes cien años y los veintisiete pasados en los que había estado sin ella, la besó tanto, que Allegra tuvo que aprender a respirar a través de él para no asfixiarse, y cuando el beso ya no podía ser más profundo, ni más caliente, ni más húmedo, simplemente le tomó ambas nalgas con las manos y la alzó hasta su ingle, y, enfebrecida, Allegra empezó a balancear su pelvis restregándose contra él. —Shh... —quiso calmarla él, pero parecía imposible. Allegra estaba más que ida en la marea de sensaciones que él le provocaba.

Escucharon un leve ruido proveniente del vestido de Allegra que, al abrir los muslos para rodearle la cadera, había cedido en sus costuras, y eso la hizo reír.

—Lo siento, Gucci.

—Quien?

—Nadie.

Duncan caminó con ella, sin dejar de besarla, hasta la cama. La apoyó dejándola de espaldas en el centro, y sin perder tiempo, volvió a besarla en el cuello, la clavícula, el pecho. Volvió a bajar el escote del vestido y esta vez se deleitó chupando con hambre el pezón, como si de él fuera a salir néctar, o ambrosía.

Metió las manos debajo de ella y empezó a bajar el cierre para tenerla desnuda. Allegra no llevaba sostén y eso lo complació. Sacó el vestido como si estuviera hecho de fique y lo tiró lejos. La admiró entonces. Ahora sólo llevaba unas pequeñas bragas blancas de encaje. Y se veía preciosa.

La piel de Allegra era blanca, muy blanca, y su mano morena contrastaba sobre ella. Era tan delgada que los huesos de las costillas y la pelvis le sobresalían un poco, pero no de un modo desagradable que le hiciera pensar en anoréxicas. Tenía senos pequeños de pezones rosado coral, y estaba totalmente rasurada, o quizá es que era lampiña, pero no había ni un pelito en su pubis.

—Mujer, qué deliciosa eres.

—Deliciosa?

—No sabes el banquete que me voy a dar.

La besó de nuevo en la boca, y ella enredó sus dedos en sus oscuros cabellos, tan suaves al tacto. Sintió cómo la boca de él bajaba por el valle de sus senos, lamiendo, mordisqueando. Él metió la lengua en la cavidad de su ombligo y eso la hizo gemir.

—Duncan...

—Shht... —El aliento de él le dio en el vientre y eso la hizo elevar las caderas. Aún tenía los dedos en sus cabellos, se atrevió a mirar y vio que él la estudiaba como si fuera un problema matemático especialmente difícil. Bajó suavemente sus bragas por entre sus muslos y tomando suavemente una de sus rodillas volvió a abrírseles para mirarla hasta el hartazgo.

Allegra empezó a sentir vergüenza, nunca nadie la había observado tan íntimamente y con tanto deleite.

—Dun.. Ahh... —No terminó lo que fuera que le iba a decir. Él le había besado los labios, los de abajo, y ahora metía su lengua. Allegra agarró fuerte la sábana mientras las sensaciones la invadían. Intentaba quedarse quieta, pero no podía, y él tuvo que agarrarle fuerte las caderas para que se estuviera quieta en su lugar.

El orgasmo vino sin previo aviso, rompiéndolo todo, sus sentidos, su mente, su corazón... Duncan volvió a besarla con fuerza en la boca, sintiendo a través de él el sabor de su propia esencia, y ella le devoró la boca. No sabía que estaba llorando hasta que Duncan, con mucha suavidad, le limpió las lágrimas.

—Oh, Dios. Oh, Dios querido...

—¿Lo ves? Estás bien, Allegra Whitehurst. Estás más que bien.

Lo abrazó sin dejar de sollozar. La experiencia había pasado por encima de ella como una ola furiosa y fuerte, barriéndolo todo, limpiándolo todo, dejando lejos y fuera todos sus miedos.

Lo sintió temblar en su abrazo. Él todavía estaba vestido, excepto por la chaqueta y la corbata que ella misma le había quitado hacía un momento. Era hora de devolverle lo que él había hecho por ella.

—Duncan, tú...

—No te preocupes. Estoy bien. —Ella se echó a reír, y sintiéndose ahora segura de sí misma, y de lo que producía en él, metió la mano entre los dos y le tocó la zona más abultada de los pantalones. Él gimió y se tensó como si lo hubiese herido terriblemente.

—Dun... —Cuando él la miró a los ojos, sintió vergüenza. Él no le había dado autorización para ponerle ningún diminutivo a su nombre.

Duncan sonrió.

—Puedes llamarme como quieras.

Él pasó un dedo delicadamente por sus cejas. Y Allegra, al ver que él no iba a hacer nada por sí mismo, le terminó de desabrochar la camisa y la sacó por entre sus fuertes brazos. Él aún estaba encima de ella, así que podía sentir las pequeñas vibraciones que pasaban por el cuerpo masculino a causa del roce de sus dedos. Cuando él tuvo el dorso desnudo, Allegra se dio el gusto de acariciar su pecho, meter los dedos por entre los vellos de su tórax, que resultaron ser suaves al tacto, y calmó momentáneamente su curiosidad acariciando su vientre. Duncan respiraba desacompañadamente, sensible a cada toque de ella, pero sin moverse.

Allegra lo empujó hasta dejarlo boca arriba sobre la cama. No movió ni un dedo para ayudarla, sólo elevó levemente las caderas cuando ella le desabrochó el cinturón y los pantalones. Totalmente desnuda, Allegra le quitó los zapatos y le dejó los pies desnudos, para sacarle luego los pantalones.

Tenía unas piernas preciosas y sin vello, ella lo sabía. Lo había visto en el hotel aquella primera vez, así que deslizó las manos desde las pantorrillas hasta los muslos. No quería que quedara espacio de su cuerpo sin explorar.

La erección de Duncan pulsaba dentro de los boxers blancos que llevaba, y ella lo acarició por encima de la tela haciéndolo gemir de nuevo.

Allegra lo miró a la cara; él tenía los ojos cerrados, su fuerte respiración era el único indicio de que era consciente de lo que ella le hacía. Tal vez no quería asustarla, tal vez sólo estaba disfrutando de sus atenciones.

Sintiéndose libre, pues él no la estaba viendo, metió los dedos por dentro de la cinturilla de los boxers y los bajó.

Un “Oh” se formó en sus labios.

Duncan era grande, grueso, hermoso. En toda la ingle, tenía un tatuaje y eso la sorprendió. Era un dragón formado en tribals. Allegra sonrió por lo poco sutil del emblema. Bajó su cabeza y besó el tatuaje con los labios abiertos. No supo por qué lo hizo, simplemente le pareció apropiado, y eso envió en el poderoso cuerpo masculino que tenía a su merced un escalofrío que lo tensó de pies a cabeza.

—Allegra —rogó él—, Allegra, por favor...

Ella se puso a horcajadas sobre él. No sabía de dónde provenía tanta autoconfianza, pero verlo allí, con su cuerpo desnudo sobre su cama, el pecho salpicado de vello negro que había visto aquella vez, los fuertes pectorales y los gruesos brazos que se estaban quietos a los costados de su cuerpo, le hizo sentirse poderosa, bella, casi divina.

Allegra acarició con su dedo índice el perfil de su rostro, su ceño fruncido por su agonía, la nariz pequeña y hermosa, y su boca, ah... su boca... esa boca que sabía a pecado, a secretos, y a placer, así que se inclinó a ella y la besó, encontró su lengua y lo torturó en un tira y afloje que le hizo pensar a ambos que en realidad nunca habían besado como se debía. Ella vio que por más que agonizaba, él no se movía, y la dejaba ver, explorar y besar a su antojo. Se preguntó cuánto tiempo más iba a aguantar, y una sonrisa villana se asomó a sus labios.

Tomó en su mano el grueso miembro y lo puso en su hendidura con mucho cuidado. Él era más grande que Thomas, y no estaba segura de poder adaptarse a él. Pero quería probar. Quería sentirlo parte de ella, robárselo para siempre, así que de un solo movimiento se empaló en él. El mejor harakiri del mundo mundial.

Duncan abrió los ojos. Error.

La divina diosa olímpica estaba sobre él, con sus muslos blancos abiertos y conteniendo en su vientre su carne. Allegra tenía la cabeza echada hacia atrás y con la boca abierta, como si hubiese perdido la consciencia momentáneamente. Temblaba, y dentro de ella, sintió Duncan, su vientre lo recibía al completo. El cuerpo de ella se adaptó de manera asombrosa, y poco a poco ella lo fue absorbiendo, apretando, succionando. Todo ello sin mover un solo músculo exterior.

Se correría de un momento a otro, y joder, quería que esa primera vez con ella fuera sublime. Sin embargo la esperó. Tuvo que hacer unos cuantos cálculos matemáticos en su mente para apaciguarse, pero entonces Allegra empezó a cabalgarlo, y la visión de sus pequeños senos balanceándose al ritmo de sus movimientos le hizo perder el control. Le tomó las caderas y se hizo cargo. Empezó a bombear dentro de ella como si en ello le fuera la vida. Allegra le puso una mano en el vientre para apoyarse mientras él se movía a un ritmo cada vez más álgido, más fuerte, más profundo.

Los gemidos salían de la boca de ambos ahora sin control. Ella lo sentía por todo su cuerpo, desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies; un exquisito placer indescriptible, más allá de toda comprensión se fue apoderando de ella.

Todo estalló para los dos, y, cada cual en su mundo, o en el mismo, sintió tocar el cielo nebuloso y brillante. El orgasmo duró y duró hasta que cada cual se sintió vacío y pleno al mismo tiempo. Experimentaron la muerte y volvieron.

Allegra se dejó caer sobre el pecho de Duncan, aún con él en su interior y en pequeños espasmos como reminiscencia de su orgasmo. Ella hervía como una estufa, pero aun así él la abrazó y besó, como si fuera demasiado importante para él, demasiado amada.

Poco a poco sus respiraciones se normalizaron. Duncan la cubrió con las sábanas cuando empezó

a enfriarse y se abrazó más a ella. No pensaba salir de esa cama a menos que lo echaran a patadas.

—Cielo santo —murmuró ella, admirada. Él no pudo más que sonreír, quizá de puro júbilo masculino.

—Eso fue sólo el comienzo.

—De veras?

—Humm... ya verás—. La rodeó con sus fuertes brazos y Allegra se dejó abrazar. Acababa de subir al cielo y bajar, y todo gracias a ese hombre.

—Debí buscarte antes —dijo ella escondiendo su rostro en el hueco de su hombro.

—Muy seguramente.

—Eres increíble.

—Gracias. —Ella lo miró a los ojos, y Duncan se echó a reír.

—Pareces muy contento.

—Siempre estoy contento luego de una buena sesión de sexo. Y esta vez fue insuperable. Además —añadió besándola en la frente, las cejas, los ojos—, acabo de comprobar que eres adictiva. Estoy lleno de ti, y sin embargo quiero más.

Él se fue colocando encima de ella, y con su mano le recorrió el muslo hasta tenerla donde quería. Pero de un momento a otro él se detuvo.

—Oh, mierda.

—Qué? Qué pasó?

—Cariño. No usamos protección. Diablos! Podría haberte dejado embarazada. Cómo pude...

—No te preocupes. No me quedaré embarazada.

—Cómo estás tan segura?

—Simple biología. Se me acaba de ir la regla.

—Ah, bueno. Entonces podemos repetir sin riesgo —ella sonrió. Duncan parecía un niño con juguete nuevo, y eso de alguna manera le gustó. Cuando sintió los dedos de él en su interior dejó de sonreír. Su cara reflejaba todo el placer que estaba sintiendo.

Duncan se introdujo en ella con total facilidad gracias a lo resbaladiza que estaba. Esta vez se lo iba a hacer despacio, sin prisa.

—Duncan...

—No, gatita. Hoy no me llamo Duncan.

—Ah, no? Cómo entonces?

Él empezó a moverse suavemente y Allegra puso ambas manos en el trasero prieto de Duncan. Adoraba su piel, cada rincón de su cuerpo aún inexplorado.

Él le besó el cuello y mordisqueó su oreja a medida que iba acelerando el ritmo. Sus manos estaban haciendo estragos en su trasero, y si seguía así, terminaría antes, así que las tomó ambas y se las atrapó por encima de su cabeza. Ella lo miró interrogante, y sus ojos azul violeta quedaron atrapados en los café claro de él. Con la otra mano, él acomodó mejor su cadera para tener mejor alcance a su profundidad, y sin quitarle los ojos de encima, aceleró.

Fue magnético. Quedaron enzarzados en aquella danza, y al mirarse a los ojos, al ver en la pupila de otro pasar todas las sensaciones propias, fue como un bautismo de espíritus. Algo dentro del alma de Allegra hizo clic. No estaba segura, ya no pensaba, pero era como si hubiese encontrado esa parte de ella perdida desde hacía ya mucho tiempo.

Al llegar al clímax, él la besó. Ahogó con su boca sus gemidos, y ahogó los suyos en la boca de

ella. Se derramó y se vació en su interior, dejándolo todo allí, como una ofrenda, como una evidencia del amor tan grande que había empezado a sentir por ella.

Esta vez se quedaron dormidos. Los miembros del uno enredado entre los del otro. Abrazados, desnudos, saciados. Saciados en cuerpo y alma.

XII

La luz entró a raudales en la habitación, y Allegra se despertó con una sonrisa en los labios. No sabía por qué. Estaba adolorida en sitios que le avergonzaba mencionar en voz alta, pero estaba feliz.

Miró a su lado a Duncan dormido. Estaba boca abajo, con el cabello ensortijado y revuelto, el rostro totalmente relajado... y gloriosamente desnudo. Sin pensarlo mucho, levantó su mano y la pasó por sus costillas. No creía que Duncan fuera de los que invirtiera dinero o tiempo en gimnasios, pero ese cuerpazo era digno de admirar, pura piel lisa, sin grasa, tersa y dura.

Metió sus dedos entre el cabello revuelto aún sonriendo.

—Tienes bonitas pestañas, sabes? —susurró—. No es justo, no eres mujer. Las mujeres somos las que deberíamos tener pestañas así.

—Mmmm —murmuró él aún dormido.

Allegra se sentía pletórica, como si la noche anterior le hubiesen devuelto un tesoro perdido desde hacía mucho tiempo... su dignidad, pensó. Ese hombre le había dado un regalo más allá de toda riqueza, más allá del bien y del mal. Duncan le había hecho volver a ser ella misma.

Lo amaba.

Santas cucarachas de las cloacas de París.

Se quedó quieta mirándolo. ¿Por qué lo amaba? ¿Era obligatorio acaso luego de una noche de pasión amar al hombre con el que estabas?

No cualquier noche de pasión, dijo una vocecita dentro de ella, LA noche de pasión. No habían usado ninguna pose extravagante, pero con sólo un par de veces Thomas había sido relegado a la categoría de principiante vergonzoso indigno de mención.

Y amaba a Duncan.

La manera como la miraba, la manera como se movía dentro y fuera de la cama, su voz, su aroma, sus labios, sus...

Todo.

Se tocó el vientre, pues de pronto se sintió adolorida. No allí físicamente, sino dentro, muy dentro. En su alma.

Estaba enamorada de un hombre que había contratado para vengarse de otro. ¿Cómo de romántico era eso?

Sin pensarlo mucho se acostó encima de él, y empezó a despertarlo a besos y caricias, hasta que sintió que él despertaba poco a poco, y aun entonces no dejó de toquetearlo, excitarlo, provocarlo.

—Qué manera más maravillosa de despertar —susurró él. Ella no dijo nada, lo quería dentro. Ahora. Y él no se hizo de rogar.

Nicholas miró a Jeff con un poco de recelo. No estaba de acuerdo con que le dieran a probar la misma porquería que ellos consumían a aquellos niños que si acaso tenían doce años, pero no se atrevió a decir nada. Después de todo, cada uno hacía con su vida lo que quería, no? Esa era la eterna pelea con su hermano mayor.

Y aun así...

—No están muy chicos para esto?

—¿Y qué? —le gritó Jeff— ¿Acaso los obligamos? ¿No les viste esos ojotes como los abrieron cuando les mostramos las pastillas?

—Sí pero...

—No te me vengas con mojigaterías. Ahora quién eres, el reverendo Nicholas?

Los otros soltaron la carcajada, lo que le hizo avergonzarse un poco.

—No, claro que no.

—Bien, entonces deja de mariquear como una abuela.

Recibió la dosis que le correspondía a él, y miró la pequeña pastilla amarilla que llevaba una carita feliz en su mano. Así se quería sentir él, y sin embargo...

La sirena de la policía sonó de repente. El ulular no vino de lejos, como solía ser. Los tenían encima, prácticamente, y lo primero que hizo Nicholas fue tirar la pastilla que tenía en la mano hacia un basurero. Todos empezaron a correr. Ya sabían lo que había que hacer, pero los dos chicos que ellos acababan de iniciar estaban allí, aletados, sin mirar fijamente a nada. Los estremeció tomándolos por los hombros e intentando hacerles caer en cuenta del peligro que corrían, pero fue demasiado tarde. Dos policías uniformados les estaban apuntando a la cara con teasers. La luz de las farolas de los autos lo enceguecía, pero podía escuchar claramente.

—Tenemos a tres menores —dijo uno a través de una especie de intercomunicador que llevaba pegado al pecho— dos de ellos parecen estar bajo los efectos de sustancias psicoactivas.

—Tu nombre? —Preguntó una mujer policía.

—Nicholas —contestó. Eso le iba a costar una eterna regañina de su hermano, pero no quería pasar la noche en la comisaría— Nicholas Richman.

La mujer se le acercó y le ató las manos en un cordón plástico, pero imposible de zafar.

Pensó que lo pondrían contra el auto y le revisarían hasta el rincón más oscuro, pero no fue así. Era un menor, pensó. A él no se le podía dar el mismo tratamiento que a los delincuentes normales.

Pero él era un delincuente, de todos modos.

Vio cómo un policía pedía una ambulancia para los dos chicos que no reaccionaban, y alrededor todo se volvió agitación.

Él era un delincuente. Merecía la cárcel.

Antes de que le tomaran la cabeza con fuerza para que entraran a la patrulla, vio cómo la mujer policía le tomaba el pulso y estudiaba las pupilas a uno de los chicos, que yacía en el suelo y convulsionaba.

—Qué?? —gritó Duncan al teléfono. Estaba en su casa, y había llevado a Allegra, que le había pedido pasar a saludar a Kathleen y los niños—. Muy bien —siguió él— estaré allí en un momento. Gracias por avisar.

Allegra lo miró sobresaltada, y lo vio anotar una dirección.

—Qué pasó?

—Nicholas...

—¿Está bien? ¿Le pasó algo? —Preguntó Kathleen angustiada.

—Estaba bien, pero en cuanto lo coja...

—Un momento, qué piensas hacer?

—Está detenido en una comisaría. Lo cogieron con drogas!

—¡Mi Dios! —sollozó Kathleen.

—¿Necesita un abogado?

—No, sólo una fianza y saldrá, pero de veras que me provoca...

—Déjame a mí.

—Qué? Allegra...

—Yo pagaré la fianza, y me presentaré como su responsable.

—No quiero inmiscuirte en esto, yo me haré cargo.

—Y después qué?

—Después desollaré su trasero a punta de cachetes.

—No, eso no solucionará nada! —Al ver que ella alzaba la voz, Duncan se empezó a impacientar.

—Entonces qué propones? Que le dé una mención de honor por haber conseguido que lo atraparan?

—No, nada de eso y no te portes como un idiota, Duncan. Tu hermano necesita ayuda y yo sé cómo dársela.

—Idiota o no, es mi hermano, Allegra...

—Y yo sé cómo ayudarlo! —Le puso ambas manos en su pecho y lo miró fijamente a los ojos— al menos déjame intentarlo.

Él se quedó mirándola interrogante, pero decidió confiar. No le gustaba dejar los asuntos importantes de su familia en manos de otro, pero ella parecía muy segura de lo que hablaba.

—Está bien. Pero quiero saber qué harás, Allegra.

—Llévame a donde lo tienen, ya te contaré qué tengo planeado.

—Díganme algo, maldición! —Gritó Nicholas. Llevaba horas allí intentando que le dieran alguna información de los dos chicos que se había llevado la ambulancia. Le carcomía el alma pensar que les había sucedido algo. Moriría, si algo les pasaba, moriría!—Díganme, qué les cuesta, joder!!

De pronto un policía se acercó a su celda y le abrió la puerta. Con una mano le indicó para que saliera.

—Mi hermano vino? —preguntó entre nervioso y aliviado.

—No, no fue tu hermano quien pagó la fianza.

—Quién entonces?

—No sé. Sal.

Nicholas salió a paso lento. El lugar era frío y oscuro, perfecto para pasar una noche de perros, y él se había librado gracias a... la novia de su hermano. La hermosa rubia que pensó que había sido fruto de una alucinación lo esperaba de pie en las oficinas de la comisaría. Parecía fuera de lugar allí, con su ropa y bolso caro y su cara tan hermosa.

—Mierda —murmuró.

—Sí, de la más seca —completó ella guardando su teléfono móvil, por el que había estado hablando hasta que lo vio llegar. No le dijo nada, simplemente le dio la espalda y empezó a avanzar segura de que él la seguiría.

—Dónde está Duncan?

—En casa.

—En casa? No vino por mí?

—Vine yo.

—Pero tú no eres...

—Familia?

—Me refiero a que... esperaba que fuera Duncan quien viniera por mí.

—Si hubiese venido él, difícilmente habrías podido conservar los dientes.

—Lo sé —contestó el adolescente en voz queda.

Llegaron juntos hasta la salida donde los esperaba un flamante Rolls Royce, y un hombre con más cara de policía que todos los que estaban dentro.

—A dónde me llevarás?

—Lo sabrás cuando llegues, por ahora da gracias. Boinet te llevará a un lugar donde estarás a salvo unos días.

—Unos días? Tengo escuela, sabes?

—Llevas el curso perdido, unos días más, unos días menos no harán diferencia.

—No llevo el curso perdido!

—Duncan me dijo otra cosa. Ah, y no intentes escapar y volver a la ciudad. Te irá muy mal. Ves a ese hombre? —preguntó Allegra señalando a Boinet-. El de *Taken* no le llega ni a los talones. Así que yo que tú, me iría con cuidado.

—Tú... tú qué harás?

—Volver con tu hermano, por supuesto. Ya iré a verte —Allegra miró a Boinet y le dio la orden de arrancar. Volvió a mirar a Nicholas, que parecía sentirse inseguro, fuera de base. —Créeme, no te conviene volver a casa. Cuando Duncan se enteró de lo que hiciste, se puso furioso. Nunca lo había visto tan molesto.

—Pero es mi hermano. No me haría daño —Allegra sintió que se le encogía un poco el corazón. En el fondo, aún era un niño.

—No, pero está muy resentido contigo ahora mismo. Así que ve con Boinet y haz todo lo que él te diga. Y agradece que pudiste salir bajo fianza y no te mandaron de una y sin contemplaciones a una correccional.

Con esas palabras lo empujó para que entrara al coche. Nicholas entró con la mente en blanco. Ni siquiera se fijó en que era primera vez que subía a una nave de esas.

En cuanto el Rolls Royce se alejó, Duncan salió de las sombras. Allegra se le acercó y lo rodeó con sus brazos, él le respondió al abrazo con la misma fuerza. Había contemplado la escena sin dejarse ver. Allegra le había contado que en el pasado hubo que hacer lo mismo con Thomas, y fue la única manera como él se desintoxicó de las drogas.

Boinet lo llevaría a una cabaña que quedaba al sur de la ciudad, tendría a una pareja de cuidadores pendientes de él y mucho campo para despejarse. El invierno se acercaba rápidamente, así que dudaban que el chico cometiera la locura de escaparse por sí mismo.

Kathleen se había mostrado recelosa con ese plan, pero al final había dado su consentimiento. En un maletín había metido prendas de su hijo y los había dado a Boinet para que los metiera en el coche en el que irían a recoger a Nicholas.

—Dios, lo vi tan asustado —susurró Duncan aún abrazando a Allegra, con la cara hundida en su cabello.

—Sí, esa era la idea —le dijo ella— Pero lo necesita, Dun. —Al oír el diminutivo, su rostro se

suavizó. La besó suavemente, más pidiendo consuelo, consuelo que ella no dudó en darle.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tú, ir a casa y tranquilizar a tu madre. Yo, inspeccionar que todo esté en orden para cuando tu hermano llegue.

—Te agradezco mucho lo que haces por él.

—Tengo una enorme deuda contigo.

—¿Tú? ¿Conmigo? —Ella lo besó para despistarlo, y se dio cuenta de que funcionaba. Duncan enseguida cambió de interés. —Te voy a extrañar esta noche.

—Y yo.

—Tonto hermano mío—. Ella rió, y de la mano de él, se encaminó hacia el Volvo dorado que tenía en la zona de parking de la comisaría.

—¿Estarás bien sola? —Preguntó él, preocupado.

—Claro que sí. De vez en cuando voy por ahí sola. Los cristales son oscuros, no te preocupes.

—Bien, cuídate. —Él le dio un último beso, renuente, y la dejó entrar al Volvo para irse. Esperaba que todo saliera bien con ese tonto hermano suyo.

Cuando Nicholas despertó, ya había amanecido, llevaban más de dos horas de camino en silencio. La luz se colaba por la ventana del Rolls. Boinet seguía conduciendo. No le preguntó a dónde iba, ya había fracasado durante la noche anterior.

¿Y si lo estaban secuestrando para robarle sus órganos? No, no creía que esa mujer le hiciera eso. Pero y si sí?

Por fin el coche aminoró la marcha y se internaron en un camino de gravilla. Era todo campo y montañas, los árboles se iban desnudando ante la llegada del invierno, y sin embargo, el sitio se veía lleno de vida y color.

Se detuvieron frente a una enorme cabaña de madera. Se veía cálida y acogedora.

Su estómago soltó un gruñido; no había comido nada desde el desayuno del día anterior.

Boinet salió y le abrió la puerta. Él salió atusándose la chaqueta de mezclilla.

—¿Qué es aquí?

—El sitio donde estarás una temporada.

Nicholas miró de reojo a Boinet, seguro de que no le daría más información. Apretó sus labios en resignación y avanzó. Lo que fuera que le esperaba, Duncan lo había aprobado, y seguramente se lo merecía.

XIII

Martín soltó la carcajada ante una ocurrencia de Allegra. Estaban en el billar donde solían encontrarse y Duncan los había sorprendido llevando a su novia.

—Perdí una apuesta —le había dicho, y él no pidió explicaciones.

Al verla, Martín había pensado que una chica como ella no tenía nada que hacer en un sitio como ese. Llevaba unos vaqueros que debían ser carísimos con una blusa de tela vaporosa bajo una chaqueta de cuero ceñida y por la que, estaba seguro, Alice mataría. La había presentado ante los otros como su novia, y todos contuvieron un silbido de admiración. Ella parecía un ángel, con su cabello rubio platino y sus ojos casi traslúcidos.

Duncan le había puesto un taco de billar en las manos, y cuando ella se quejó de que no sabía jugar, cuatro, o seis hombres se ofrecieron a enseñarle. Duncan tuvo que espantarlos a todos con una mirada torva y enseñando los dientes como el macho alfa que se siente amenazado y se tomó el trabajo de enseñarle lo básico del juego de billar a su hembra.

Al final, resultó que ella era pésima jugando, pero brillante animando y haciendo reír. Tenía comentarios jocosos que en varias ocasiones desconcentraron a los demás haciéndolos perder. Y ahora él mismo no paraba de reír.

—Vas a errar —le dijo Duncan a Allegra— estás cogiendo mal el taco, vas a... Te lo dije.

Allegra sopló la punta del taco como si fuera un arma que acababa de disparar.

—No tienes que hacer eso.

—Lo grave no es perder —dijo ella— lo grave es perder el estilo—. Martín volvió a reír.

—Y tú de qué te ríes? —inquirió Duncan.

—Me encanta ver a mi mejor amigo en el fondo.

—¿En el fondo de qué?

—Te enamoraste, verdad? —Preguntó acercándosele para que nadie más oyera.

—Como un idiota —admitió Duncan. Martín le dio un par de palmadas en la espalda pretendiendo reconfortarlo.

—Estás muerto, amigo mío. En lo profundo del pozo, en el lodo, en el...

—Ya, ya. Ya lo sé.

—Pero como es tan bonita, supongo que vale la pena. —La sonrisa de él se lo dijo todo. Martín sólo pudo menear la cabeza.

De tanto perder por culpa de Allegra, tuvieron que ceder el turno de jugar a otro grupo, y los tres se sentaron en unas butacas ante una mesa de madera. Una bonita muchacha les llevó cervezas en las botellas y Duncan pasó el brazo por el espaldar de la silla de Allegra. Ella llamaba demasiado la atención, y debía dejar claro que tenía dueño, por si algún idiota quería pasarse de listo.

Martín no perdía detalle de la actitud de su amigo, mientras ella parecía encantada con el lugar, una vieja cantina con luces de neón, televisor, y un malencarado barman.

—Entonces estudiaron en la misma escuela? —le preguntó ella a Martín cuando él dijo que conocía a Duncan desde niños.

—Todos aquí estudiamos en la misma escuela, jugamos en las mismas canchas y nos casamos con las amigas del colegio.

—Estás casado?

—Y tengo una niña.

—Qué bien. Te felicito.

—Alice es preciosa —intervino Duncan— es la mejor, y se casó con este idiota. Realmente no sé qué le vio.

Martín soltó la risa.

—Duncan siempre estuvo medio enamorado de Alice, pero ella le llevaba varios años, así que nunca le prestó atención.

—Qué mala jugada —dijo Allegra mirando ceñuda a su novio.

—No me mires así. Si la vieras me entenderías.

—Quizá, pero soy hetero —Martín volvió a reír.

—Afortunadamente Luna se parece a su mamá —dijo Duncan, refiriéndose a la hija de Martín y Alice.

—Sí, yo soy muy feo.

Esta vez fue Allegra la que se echó a reír.

La velada se fue rápidamente, como pasa el tiempo cuando es divertido. Al final, volvieron a pie a casa, y cuando estuvieron frente a los edificios en los que cada cual vivía, se despidieron con un abrazo y una palmada en la espalda. A Allegra, Martín le dio un casto beso en la mejilla y les dio la espalda para meterse en su apartamento.

—Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Llamar a Boinet para que te lleve a casa.

—Sola? —ella hizo pucheros con la boca, y él casi se rinde por las ganas de besarla.

—Sí, sola. Ven, subamos mientras lo esperamos.

Mientras iban en el ascensor, Allegra le contó de las últimas noticias que había tenido de Nicholas.

—Por ahora se está portando bien. No ha hecho novillos ni nada.

—Qué bien. Quizá el aislamiento lo hizo madurar un poco.

—Quizá.

Al entrar al apartamento, encontraron a Kathleen con cara preocupada y uniformada en su traje de enfermera.

—Qué pasa, mamá?

—Me llamaron del hospital. Necesitan que haga unos turnos extra. Pero no me he ido esperándote, no quería dejar a los gemelos solos.

—Me hubieses llamado, mamá.

—No quería interrumpirte la velada. —Miró a Allegra como disculpándose por arruinarles la noche, pero ella la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Nosotros cuidaremos de los niños.

—Mil gracias. Me tengo que ir. Adiós.

Se despidió de su hijo y salió disparada.

Allegra se puso ambas manos en la cintura, moviendo de vez en cuando el pie y apoyándolo en el tacón.

—Y ahora qué hacemos?

—Lo que te dije abajo. Tú llamas a...

—Quiero pasar la noche contigo.

—Allegra...

—Tu madre no está —dijo ella con una ceja alzada, seductora—, los niños están dormidos... y yo estoy que muerdo.

Él se echó a reír. Se acercó a ella y la atrapó contra la pared.

—¿Ah, sí? ¿Qué tanto?

—Colmillos afilados y todo.

Él gruñó hundiendo su nariz en su cuello, mientras sentía como su dragón despertaba una vez más.

Se separó de ella y aseguró las puertas y ventanas. Apagó las luces y de la mano llevó a Allegra a su habitación, que ahora estaba sola, sin Nicholas.

No le dio tiempo de nada, en un momento ella estaba simplemente entrando y al otro, de cara contra la pared, sintiendo cómo él le bajaba los pantalones y le metía la mano bajo la blusa para tocarle los senos.

—Ahh.. Duncan... —Le encantaba eso de él, impredecible, tempestuoso, tan sexy.

Él ahora le masajeaba el clítoris con la yema de los dedos y Allegra se sintió enfebrecida. Cuando estuvo a punto, caliente y húmeda, la penetró desde atrás en un solo movimiento. Quiso lanzar un gemido, pero él le volvió la cabeza para besarla, en esa incómoda posición.

Empezó a moverse rítmicamente, y ella le siguió el ritmo, apoyando sus manos en la pared. Duncan no decía palabra, no le susurraba cosas, pero no era necesario. Con los toques de sus manos ella tenía suficiente para sentirse amada, especial.

Llegó el momento en que no pudo más y llegó el orgasmo. Luego sintió el de él llegar como una ola cálida y pura en su vientre, y lo encerró con sus músculos internos como si no quisiera separarse de él, y vino su segundo orgasmo. Nunca tendría suficiente de él. Nunca podría decir basta.

Como si le leyera el pensamiento, Duncan la volvió de cara a él y empezó a quitarle la chaqueta y la blusa. Ella también iba desnudándolo. Mientras, se encaminaban a la estrecha cama donde harían otra vez el amor.

—Ninfómana.

—Sátiro.

—Pervertida.

—Vicioso.

Duncan se echó a reír.

—Sí, creo que sí. Mujer, vas a acabar conmigo. Me merezco más altos honorarios.

—No mientas. Soy yo la que debería quejarse. Me aborras en cualquier sitio, a cualquier hora—.

Duncan abrió grande la boca, ultrajado.

—Yo??

—Sí, tú. Yo voy caminando tan tranquila por la vida, así como cuando uno va caminando tranquilo por la vida, y tú ¡Zuacata! Sexo.

Sin cerrar la boca aún, Duncan la atrapó contra el colchón y le aprisionó las manos. Allegra soltó un chillido y Duncan tuvo que taponarle la boca. Al otro lado de la pared estaban los niños.

—Lo siento.

—Igual, duermen como marmotas, no se despertarán. Temo más por los vecinos. —Ella volvió a

reír, pero inmediatamente puso cara de víctima.

—Oh, Dios, ese hombre me tiene prisionera!

—Te voy a violar.

—Oh, Dios, alguien que me salve. El temible dragón viene hacia mí!

El temible dragón se la comió. O ella se comió al dragón. Lo que sea. Pasó.

Nicholas Salió a la mañana otoñal sin más abrigo que el de una camiseta. Llevaba allí dos días, y sólo había hablado con su madre un par de veces. Con su hermano, ni una vez.

El silencio de su hermano lo aterraba más que si se hubiera tratado de una eterna regañina. No sabía cuánto tiempo más estaría allí, pero ya no lo podía soportar. Necesitaba volver a Detroit, necesitaba...

Se miró las manos temblorosas. No, no... no podía ser eso que estaba pensando. Él no era un adicto, él consumía esa porquería por diversión, por llevarle la contraria a su hermano, pero no porque la necesitara, cuando quisiera él la dejaría...

Pero las manos le temblaban y estaba teniendo un ataque de ansiedad.

—Sabes lo que es eso? —Preguntó Schmith, el hombre que cuidaba la cabaña junto a su esposa. Canoso y alto, con arrugas en los ojos que indicaban que era un hombre que había reído mucho en la vida.

—No sé de qué me habla —contestó Nicholas.

—Síndrome de abstinencia —siguió el hombre como si no hubiera escuchado al adolescente—. El cuerpo te está reclamando la droga, y como no se la has dado...

—Sé lo que es el síndrome de abstinencia! Y yo no tengo eso!

—Como quieras. De todos modos, hoy vendrá Allegra. Quiere ver cómo estas.

—Allegra? Duncan no viene?

—No dijo nada de acompañantes. Entra, hace frío. —Dio media vuelta y se fue, dejando solo a Nicholas.

Él miró en derredor, los árboles perdiendo una a una sus hojas. Se abrazó a sí mismo. Quizá pudiese convencer a Allegra de dejarlo volver.

Ella llegó poco antes del mediodía acompañada de su sempiterno guardaespaldas, sin nadie más.

—Qué hay de mi hermano, no piensa venir a verme?

—Para qué? Quieres que te vea así? Estás horrible.

—No entiendo cuáles son tus intenciones conmigo, desde ya te digo que no me gustas, que no me meto con las novias de mi hermano.

Allegra lo miró de arriba abajo.

—Sí. Qué lástima. Cómo lo llevas?

—Quiero irme de aquí! —gritó furioso—. Tienes que llevarme de vuelta, sácame de este hueco, necesito volver a Detroit.

—Para qué?

—A ti que te importa para qué?? —Gritó, y vio cómo inmediatamente el tal Boinet se ponía en guardia por si tenía que luchar—. Necesito volver, necesito...

—No vas a volver, al menos no por estos días.

—Y quién eres tú para decidir eso? Acaso eres una dama de la caridad? Crees que ser la mujer que mi hermano se tira te da derecho a tratarme y retenerme así? Volveré, no importa si es a pie, volveré a mi casa, estoy harto de estar atrapado aquí! —Dio media vuelta como si en verdad tuviera intención de irse.

—Tú no vas a volver, porque entonces le contaré a Duncan todo! —Él se detuvo abruptamente.

—Todo? Todo qué?

—Que te metieron preso no porque llevaras droga encima, sino porque en la escena había un par de niños a los que tú indujiste a una sobredosis de droga.

—¿Sobredosis? —Preguntó él girándose a mirarla con los ojos abiertos como platos—. ¿Murieron?

—¿Quieres que Duncan se entere eso?

—Oh, Dios, no —susurró Nicholas. Miró aterrado sus manos, como si en vez de con drogas, hubiese sido con ellas mismas.

—Los maté?

Allegra mantuvo el silencio, aunque lo que quería era hablarle, reconfortarlo, después de todo, era sólo un niño. Miró a Boinet y éste, con un ligero movimiento de su cabeza, le pidió que se abstuviera.

Nicholas empezó a temblar, se abrazó a sí mismo y sus hombros se agitaron. Pronto cayó al piso de rodillas.

—Yo no quería... —sollozó— le dije a Jeff que no les diera esa porquería. Una cosa es uno pero ellos... eran muy chicos, y la dosis era para adulto, le dije...

—No dijiste lo suficiente, si de todos modos ellos consumieron —dijo ella, presumiendo crueldad.

—No, no, no fue mi culpa! Intenté persuadirlos, pero...

—Pero qué.

—¡Soy un idiota! —gritó—. Soy un maldito idiota.

Allegra ya no pudo más. Se arrodilló frente a él y le apoyó la mano en la espalda. El adolescente lloró con mocos y lágrimas, y Allegra no pudo más que estarse allí y reconfortarlo, en silencio.

Al rato, él pareció recompuesto. Alzó su mirada y, con sus ojos límpidos y verdes le pidió:

—No se lo digas a Duncan. Nunca me lo perdonará. Por favor.

—Con una condición.

—La que quieras.

—No te vayas. Quédate hasta que te diga. Quédate y aguanta. Sé fuerte.

—No podré.

—Entonces no hay trato.

—No! —le tomó de las manos en un ruego. Ella parecía decidida, y él no la conocía bien, pero en lo profundo sintió que ella sería capaz. Bajó la cabeza de nuevo.

—Está bien. Me quedaré.

—Eso es. Buen chico —y con esas palabras, lo dejó.

Se puso de pie, no pudiendo más. Caminó a las afueras de la cabaña y llamó a Duncan a su teléfono móvil.

—Estás bien, Allegra?

—No... quiero decir, sí... es sólo que tu hermano...

—¿Él está bien? No hizo ninguna estupidez, verdad?

—Ay, Duncan, está destrozado. De verdad cree que mató a esos niños.

Duncan guardó silencio por un momento, respiró profundo y preguntó:

—¿Cómo lo viste?

—Bien, un poco ansioso. La droga le está haciendo falta, lo cual indica que tenía razón, y sí se hizo adicto. Qué tanto, aún no se sabe, por eso tendremos que dejarlo más tiempo. Hice lo que me dijiste y lo chantajeé con lo de los niños. Funcionó.

Al otro lado, Duncan solo respiraba profundo y tragaba seco.

—Regresa. Ven a casa —le dijo luego.

—Duncan...

—Ven, amor. Te necesito aquí.

Allegra cerró los ojos y una lágrima rodó. Le decía amor, le decía que la necesitaba. Ella no necesitaba oír más.

—Está bien. Estaré allí al anochecer.

Allegra miró en dirección a Nicholas, que se paseaba por la sala de la cabaña con expresión ansiosa. Lo peor estaba por venir. Nicholas necesitaba ser fuerte.

Los Richman se cambiaron de casa.

Kathleen vendió el pequeño apartamento en el que vivían, aunque no dieron mucho por él, Duncan dio todos sus ahorros y lo unieron como primera cuota, hipotecó el resto del valor de la casa, y se trasladaron. Boinet, Martín, Duncan, Paul y Kevin ayudaron a trasladar cajas y uno que otro mueble del que Kathleen no quiso deshacerse. Mientras, Allegra y Kathleen organizaban todo, tanto en la antigua casa como en la nueva.

Kathleen echaba de menos a su Nicholas, pero a diario hablaba con él y se enteraba de cómo seguía. Había días en que lo notaba muy tranquilo, y otros en que se le notaba nervioso y agresivo. La Sra. Schmidth, que estaba en esa cabaña junto con su esposo, le informaba que se alimentaba bien, que daba largas caminatas por el campo para despejarse, y ayudaba a su esposo en algunos quehaceres.

A veces no sabía si acusar a Allegra por separarlo de ella, o agradecerle por lo que estaba haciendo por él, aunque en el fondo sabía que esa temporada fuera del mundo citadino sería beneficioso para su hijo. Además, tenía que admitir, había sido una excelente idea, una que ellos no habrían podido llevar a cabo por sí mismos, ya que no disponían de una casa en el campo ni de gente que le cuidara.

En Duncan, en cambio, se había operado un cambio, observó Kathleen. Ahora era más sonriente, más tranquilo. Ya no tenía esa ansiedad pintada en el rostro del que no ha conseguido sus metas y lucha día a día por ellas. Ella había sentido mucho miedo, pues había sido la misma mirada que tuviera Timothy en la temporada de su último embarazo, y tras la cual, él se fue. Kathleen imaginaba que era por la chica, por Allegra. Su hijo se había enamorado.

Tampoco sabía qué pensar al respecto. Temía que Duncan volviera a sufrir tal como le había sucedido con Daphne, y no porque Allegra fuera una mala chica, no. Ella había comprobado ya que también Allegra amaba a su hijo, pero de todos modos, ella era de otro mundo, de otro estrato social. El dinero, tarde o temprano, jugaría sus cartas. Temía estar viviendo en una burbuja de felicidad, la cual estallaría de un momento a otro.

Se había acostumbrado a ver a Allegra casi a diario en la casa. Nunca se quedaba a dormir si ella estaba, y la veía morir de vergüenza cuando ella llegaba de sus turnos nocturnos y la encontraba saliendo de la habitación de Duncan.

No le reprochaba nada, cómo podía? Duncan era quien llevaba las responsabilidades de la casa desde hacía mucho tiempo, y prefería que trajera la chica a casa a que dejara a los gemelos solos, así Allegra tuviera que morderse los labios cuando la veía llegar y ella no había escapado a tiempo.

La nueva casa era enorme. Seis habitaciones! Paul y Kevin casi habían gritado cuando se dieron cuenta de que tendrían habitaciones separadas. Al fin! Y hasta habría una habitación para huéspedes!

Kathleen se ocupó de que la ropa de cada cual estuviera en su lugar. Habían tenido que invertir en muebles, pues los antiguos no combinaban para nada con el nuevo hogar.

—Qué te parece, mamá? —Le preguntó Duncan sonriente desde la puerta, mientras ella acomodaba una pequeña lámpara sobre su mesa en el vestíbulo.

—Me gusta. Ojalá estuviera aquí Nicholas para que lo disfrutara también.

—Ya vendrá. No tarda.

Allegra vio un poco de aprehensión en el rostro de Kathleen, así que se le acercó y con voz suave le dijo.

—Él la echa mucho de menos, y a todos. No lo dice, pero siempre me pregunta por ustedes. Quiere volver.

—Sí, lo sé. Y te agradezco tus palabras, pero no estoy preocupada por él.

—¿No? —Kathleen negó con la cabeza. Duncan se le acercó, la abrazó y le besó la cabeza. Los ojos de Kathleen se habían humedecido y en su rostro reflejaba una profunda tristeza. Temiendo interrumpir una escena íntima, Allegra se ocupó de otras cosas. Si era digna de enterarse de lo que pasaba, ya se enteraría.

La noche llegó y los gemelos fueron los primeros en caer rendidos. Kathleen tenía permiso por mudanza, así que tenía esa noche y el día siguiente para acomodar todos los trastos; luego de que los niños se fueron a la cama, se fue ella.

Duncan tomó la mano de su novia y se dirigió a su habitación. Ya en ella, se quitó la camiseta preparándose para tomar un baño. Cuando estaba llenando la bañera, una adquisición, pues en la antigua no tenían, Allegra se desnudó frente a él.

Hicieron el amor en la bañera, despacio, sin palabras. Duncan temía que en algún momento se le saliera un “te amo”, y la espantara, así que se guardaba todos sus sentimientos. Aun así sus manos eran delicadas y hambrientas al tiempo, le daba largos y lánguidos besos que no hacían sino aumentar el ansia de ella.

Saciados, y aún sin decirse nada, salieron del agua y se encaminaron a la nueva cama de Duncan, una grande. Luego de secarse concienzudamente, se tiraron a la cama, y mientras los inundaba el silencio, Allegra empezó a acariciar el pecho de Duncan.

—Está bien tu madre?

—Sí.

No dijo más. No le iba a contar. Bien.

Allegra apoyó su cabeza sobre el pecho firme de Duncan pensando que quizá estaba siendo muy pretenciosa al querer meterse en los asuntos de su familia. Lo conocía desde hacía sólo poco más de un mes, y tal vez no tenía ningún derecho a preguntar.

Pero quería saber, sentirse parte.

—Está triste, realmente —siguió Duncan. Allegra suspiró de puro alivio.

—Por Nicholas?

—No, ella sabe que Nicholas está bien.

—Entonces?

—Es por papá.

Allegra se quedó quieta, sólo movió la cabeza para mirar su perfil.

—Tu padre? Él... murió?

—No, suponemos que está vivo. No nos han traído otra noticia —Allegra esperó. Ya lo iba conociendo, sin presionar demasiado, él se abría mejor. Duncan respiró profundo y continuó: —Se fue cuando nacieron los gemelos.

Siguió otro silencio donde él empezó a acariciar la piel de los femeninos brazos, como si se sintiera nervioso.

—La pobreza lo abrumó —dijo—. En aquella época yo estaba en la universidad, ya que mi abuelo

era el que me pagaba la carrera, y me tocó cancelar algunas materias para poder trabajar, entré a reemplazar a papá en el taller de mecánica del papá de Martín. Los niños exigían mucho dinero; pañales, leche, ropa a medida que iban creciendo, y mamá sola con todos no podía. Pero él se fue sin importarle nada de eso... o quizá a causa de todo eso; dejó una nota diciendo simplemente que lo sentía, pero que se iría a buscar fortuna por su propia cuenta.

—Lo siento tanto... —susurró ella apoyando sus labios sobre la piel de su hombro.

—No, no importa. Fue hace mucho.

—No, sí importa. Es tu padre! Su deber era cuidar de todos ustedes, velar por su bienestar!

—Quizá, —dijo él entre dientes, como si le doliera lo que decía—, pero para él sólo éramos un impedimento para alcanzar sus logros.

Allegra lo abrazó de manera inconsciente, como si así lo pudiera proteger del dolor que ya había pasado, él siguió:

—Mamá aún lo espera —su voz sonó quebrada y vio su nuez de Adán moverse mientras tragaba seco—. Nunca lo ha dicho, pero aún lo espera. Espera que cualquier día de éstos él atraviese la puerta, sonriente como siempre hacía, y pidiendo que le dejen volver. Ella le dejaría, claro; lo amó mucho.

—Por eso lloraba —dijo Allegra, comprendiendo—, porque al cambiarse de casa, él no sabrá localizarlos.

Él respiró profundo.

—Si tuviese intención de volver, ya lo habría hecho, no crees? Han pasado cinco años ya.

Allegra se apoyó en sus codos y lo miró fijamente. Se estaba guardando algo. Él sonrió negando y lo soltó.

—Le dejé a los vecinos que lo conocieron, y en el taller de mecánica la dirección de aquí. Si él algún día vuelve, sabrá dónde buscarnos. —Allegra volvió a abrazarlo.

—Kathleen lo perdonará. Pero tú?

—No, no creo que pueda —contestó, cerrando con fuerza sus ojos—. Él se fue. Viví la peor época de mi vida gracias a él; ahora Nicholas está como está porque él se fue, y los gemelos no conocen a su padre. No creo que pueda perdonarlo —repitió, y Allegra lo hizo rodar en la cama para apoyarle la cabeza en su hombro. Duncan respiraba fuerte y la abrazaba sin decir nada, agradeciendo el bálsamo de su comprensión. Con manos suaves ella lo consoló, le dio ánimo y le hizo saber que ya no estaba solo.

Aunque ya no fuera un niño, él necesitaba sentirse amado.

Thomas cayó al suelo del despacho en la mansión de su padre de manera poco elegante. Se tocó la ceja con un poco de dificultad, allí donde había recibido el último golpe, y los dedos le quedaron manchados de sangre.

Estuvo huyendo el último par de meses, sabiendo que su padre lo buscaba y él no tenía buenas noticias que darle. Estuvo en el extranjero todo el tiempo que le fue posible hasta que el maldito le retiró los fondos de sus tarjetas. Ese era siempre su modo de avisarle que no le convenía esquivarlo más.

Había ido con ese temor. Sabía que ese llamado a ir de nuevo a la casa paterna no era para sentarse, tomar unos tragos y hablar de la vida. George preguntaría qué estaba sucediendo con

Allegra, pediría un reporte completo de su relación, de las veces que se la había llevado a la cama ese mes, hasta de las posiciones que había usado con ella y la posibilidad de haberla dejado embarazada con un heredero Matheson—Whitehurst.

Hasta ahora, él siempre había sabido darle respuestas satisfactorias a la mayoría de las preguntas. Esta vez tendría que mentir como un cosaco para minimizar el riesgo.

No fue posible.

No había contado para nada con que ya él lo supiera todo, y de boca de la misma Allegra. Había llegado con unas cuantas historias preparadas, algo como que se estaban dando un tiempo antes de casarse y él iba a volver del extranjero con el anillo de compromiso para sorprenderla, pero la presencia de Duncan Richman le había servido a su padre como evidencia de que todo se había ido al traste.

—Imbécil! —Gritó su padre a voz en cuello— Eres un maldito imbécil, la hemos perdido! Si esa cabrona tiene un mínimo de dignidad, jamás volverá contigo!

Las palabras no le fueron suficientes, y acompañó cada una con un puntapié en las costillas, el vientre, donde alcanzara. Thomas intentó aguantarlas con estoicismo, pero joder, dolían.

—¿Te das cuenta de todo lo que hemos perdido? ¡Todo el trabajo de una vida echado a la basura porque no sabes tener tu verga metida donde se debe! ¡Maldito seas! ¡No me merezco un hijo como tú!

Thomas cerró los ojos adolorido. Le dolía el cuerpo, le dolía el alma. Hacía años su padre no le daba una paliza como esa; desde que había aprendido a tenerlo contento con lo de Allegra, que al parecer era lo único para lo que servía.

Intentó ponerse de pie, pero no pudo. Tenía la muñeca desencajada y le faltaba el aire, aunque cada vez que intentaba expandir sus pulmones para respirar, le dolía aún más.

Vio a su padre dar unos pasos y servirse una copa, que bebió de un solo trago.

—Ahora tendré que recurrir a la artillería pesada —dijo George con voz un poco más calmada—. No quería esto con ella, levantaría demasiadas sospechas y tengo a Haggerty respirándome en la nuca, pero no me queda otro camino. Puede que hayan bajado un poco la guardia, después de todo, hace casi una década desde el último intento de secuestro.

—Qué le harás? —consiguió preguntar.

—¿Qué crees que le haré? Tengo que aprovechar ahora que aún está soltera y sin hijos. Si hubiese un heredero, y de otro que no fueras tú en camino me complicaría demasiado todo. Es arriesgado, pero tengo que hacerlo.

—Papá, déjame intentarlo —susurró—. Dame una última oportunidad.

—Ya lo intentaste toda tu vida y lo echaste todo a perder! Ni teniendo mi ojo encima de ti pudiste hacer las cosas bien porque eres un inútil de pies a cabeza!

—Dame esta última oportunidad. Te prometo que lo haré bien. Deja que... me recupere... y lo volveré a intentar. Esta vez con todas mis fuerzas. Pero no le hagas daño... aún...

George se acercó a su hijo, a su único hijo, y le agarró el rubio cabello de la nuca tirando tan fuerte de él que casi le desprende el cuello de su lugar.

—Está bien —le dijo, escupiendo saliva sobre su rostro y mostrando una mirada enloquecida, casi asesina—, pero sólo porque la otra opción es demasiado arriesgada. Inténtalo de nuevo, pero si esta vez fallas, Thomas, te juro que me las pagarás.

—No fallaré —articuló él.

—Más te vale —George lo soltó, y Thomas perdió el equilibrio y volvió a caer, lastimándose—. Y ya lárgate. Ensucias mi alfombra.

Como pudo, Thomas se puso en pie. Se apoyó una mano sobre las costillas y a paso lento, adolorido, salió de la estancia.

Otra vez, pensó cuando subió a su coche. Maldita sea, otra vez. Hacía tanto que esa pesadilla no se repetía. Una pesadilla en la que volvía a sentirse como un niño desvalido. Y todo por culpa de Duncan Richman.

Pero Allegra se las pagaría.

Los días pasaron, a veces rápido, a veces lento. Allegra pasaba con Duncan el mayor tiempo posible, y a veces le faltaban excusas para llamarlo, así que se inventaba veladas y cenas sólo para tenerlo cerca.

Poco a poco se fue dando cuenta de que las excusas no eran necesarias; cuando ella no lo llamaba, la llamaba él. Le mandaba mensajes por el Whatsapp y se estaban en comunicación siempre que el trabajo de él se lo permitía.

Duncan era el mejor novio que Allegra hubiese podido tener o soñar, contratado o no. Y aunque constantemente bromeaban con lo del noviazgo a sueldo, ella sentía que estaban juntos ya no por el primer compromiso. Estaban juntos porque querían, y no podían evitar buscarse el uno al otro. Cada detalle de él la enamoraba más, cada broma, risa, frase... era increíble lo bien que se compenetraban en todo, no sólo en la cama. En temas de política y negocios coincidían en unas cosas y tenían pensamientos divergentes en otras, tenían gustos parecidos en literatura, aunque él arrugaba la cara cuando ella le hablaba de novelas románticas. Duncan sabía poco de vinicultura y temas de etiqueta, pero era un alumno atento y voraz y aprendía cada cosa que ella le enseñaba.

Y en la cama, era un amante excelente, siempre esmerado, creativo, y parecía adorarla. Lo encontraba mirándola cuando él creía que ella no se daba cuenta, y en una ocasión, a través del reflejo de un cristal, lo vio tomar un mechón de su cabello y besarlo con los ojos cerrados, cuando aparentaba simplemente quitarle un sucio que había caído en el cuello de su blusa.

Además se preocupaba por ella, por su salud, por su bienestar. Si llovía, él se encargaba de que estuviera abrigada, si hacía sol, él le recordaba aplicarse las cremas de rigor. Si iban a cruzar una calle, él le tomaba la mano; cuando andaban por allí, él la ponía del lado de los edificios para que estuviera a resguardo, y él se ubicaba del lado de la calzada, y siempre, siempre, le hablaba con respeto.

Ah, hacían bromas subidas de tono, y en varias ocasiones él le describió por teléfono todo lo que le haría por la noche (y había cumplido a rajatabla), pero nunca la hizo sentir mal con palabras malsonantes, nunca la gritó, y, lo que más adoraba, nunca miró a otras mujeres en su presencia.

Se estaba enamorando más, y más, y más de él. Las noches de sexo eran tan variadas, explosivas, tiernas y satisfactorias, que a veces, sólo de recordarlo, su cuerpo tenía reacciones inesperadas. Amanecer sin él se había vuelto una tortura.

—Sabes? —le dijo una de sus tantas noches apasionadas. —Estoy segura de que eres el mejor amante que alguna vez tendré en mi cama.

—No estamos en tu cama —dijo él sonriendo, y era verdad. Habían ido a su casa esta vez; ya Kathleen estaba acostumbrada a verla amanecer allí —Sólo te pido una cosa— siguió él poniéndose

serio de un momento a otro y tomándole la barbilla entre sus dedos, mirándola a los ojos—. Si alguna vez quieres volver con Thomas Matheson, dímelo antes, por favor.

Allegra se acomodó sobre su pecho y lo miró a la cara frunciendo el ceño en una mueca de rechazo.

—¿Volver con Thomas? ¿Después de haberte conocido a ti? Jamás! Me has echado a perder.

—¿Yo? ¿Por qué dices algo tan atroz?

—Porque no seré capaz de estar con nadie más. Creo que tendré que ofrecerte un contrato un poco más largo.

—Y con mejores beneficios, —sonrió él dándole un suave cachete a sus nalgas.

—Los beneficios te los agencias tú solito, grandísimo bribón. —Duncan sonrió encantado, pero la sonrisa se le borró totalmente cuando ella lo tomó en las manos y empezó a masajearlo hasta ponerlo a punto.

—Qué rápido has aprendido —susurró entre dientes.

—Tuve al mejor maestro —dijo ella, antes de llenarse la boca.

Cualquier cosa que iba a decir, Duncan la olvidó al instante. Saber que ella no volvería con Thomas Matheson lo aliviaba casi tanto como si se hubiese comprometido con él.

“No sueñes tanto”, se dijo, y fue el último pensamiento cuerdo que tuvo esa noche.

Thomas se levantó de su cama y caminó lentamente hacia la ventana. Afuera nevaba, ya había llegado el invierno.

Desnudo, y sin ocultar los moretones que aún lo cubrían, caminó hacia la enorme sala de muebles y paredes blancas. Allí, frente a aquella chimenea de gas, había retado a Allegra. Allí habían apostado: ella no encontraría a un hombre más guapo, ni más rico, ni mejor en la cama.

Cuán estúpido fue.

Su padre tenía razón, si ella tenía un mínimo de dignidad nunca volvería con él. Lo triste es que ahora que Allegra no estaba, se vino a dar cuenta de cuánto la necesitaba. Allegra siempre lo había consolado cuando se sentía triste, lo había animado cuando se sintió menos, le sonrió cuando lo que los demás hacían era menospreciarlo. Ahora que más la necesitaba, ahora que se sentía pobre, desnudo, poca cosa, ella no estaba para decirle lo mucho que valía, lo inteligente que era, lo importante que era para ella.

Y ese había siempre su problema.

Todo su dinero, su apariencia física, su ropa de diseño y autos de lujo, los viajes alrededor del mundo y los hoteles cinco estrellas no lograban ocultar la basura que era y había sido desde siempre. No entendía cómo Allegra, habiendo perdido a sus padres, estando sola y aislada del mundo había logrado mantener el alma lo suficientemente intacta como para ser capaz de amar a otro, sonreír, para ser la mejor, la mejor en todo.

Le había hecho creer hacía muchísimo tiempo que había dejado las drogas, pero nunca fue así, y en aquella época en que Boinet lo encerró en aquella cabaña durante semanas su cuerpo se limpió bastante de las mil porquerías que consumía. Ella había ido a visitarlo regularmente, y cuando lo encontraba lúcido, hacían el amor.

Luego de eso, y al poco tiempo, había vuelto a consumir. Se había moderado, sí, pero es que las drogas siempre habían sido su único medio de escape. Tenía un padre horrible que lo maltrataba física y psicológicamente, una novia que lo adoraba, pero que lo superaba en todo e inconscientemente no hacía sino hacerle ver lo estúpido que él era, y por eso se drogaba.

—Lo siento —murmuró. Pero nadie lo oía.

Ella tampoco sabía que su padre le pegaba. Desde niño.

De haberlo sabido, lo habría demandado. Ella era buena y valiente, así que luchaba hasta el final aun por las causas perdidas, y él y su padre eran una causa perdida.

Desde mucho antes de que su madre muriera él ya sufría de las palizas de su padre, y sospechaba que también ella las sufría, y cuando se hizo mayor, sospechó también que su madre era víctima de abusos de otra índole, sólo era necesario escuchar cómo George se deleitaba con los relatos que él le hacía de sus noches con Allegra, muchas veces exagerados, y él lo animaba a que la sometiera, la dominara, porque según, así era como se trataba a una mujer.

Había sido bueno que su madre muriera y escapara así de ese infierno, pero lo había dejado a él solo.

Le pegaba en sitios que nadie pudiera ver, pues una persona de tan buena posición como lo era George Matheson no podía, de ninguna manera, verse implicado en un escándalo de violencia y maltrato familiar.

Allegra nunca se enteró, y él ahora hubiese querido que alguien lo supiera. Que alguien viniera a casa a visitarlo, a curarlo, y a darle consuelo.

En cambio, ahora estaba solo, solo y desnudo. Ella estaba con otro, no sabía si era más guapo, más rico no era, pero seguramente sí le hacía sentirse mejor en la cama.

—Lo siento —repitió.

George siempre lo había comparado con ella. Allegra tenía las mejores notas. Allegra montaba mejor a caballo. Allegra era más rápida nadando. Allegra, Allegra, Allegra. Hacerla sentir insuficiente en la cama había sido su pequeña venganza. Y ahora lo estaba pagando.

—Lo siento —sollozó.

La miseria es un pozo sin luz, ni fondo. Allí se sentía.

Nicholas volvió a casa un domingo a la mañana. No esperó a que Boinet le abriera la puerta del Rolls Royce y salió mirando la fachada de su nuevo hogar. Tenía que reconocer que Duncan tenía buen gusto.

La casa, de estilo tudor, se alzaba en una de las calles de uno de los suburbios de Detroit. Muchos jardines, bicicletas y juguetes dejados fuera, como si supieran que por allí no había ladrones de los que preocuparse, cosa que jamás habría ocurrido en el antiguo barrio.

Paul y Kevin tendrían una mejor infancia que él y Duncan, pensó, y eso lo hizo sonreír.

Alzó el pequeño maletín donde tenía su ropa y avanzó. No tenía llave, así que llamó a la puerta.

Al verlo, Kathleen lo atrajo hacia su seno y lo abrazó fuertemente. Lo bañó con sus lágrimas, lo miró y lo estudió, se quejó de que había bajado de peso, y volvió a abrazarlo. Él recibió sus mimos tratando de que su voluntad no se resquebrajara. Otra vez estaba haciendo llorar a la mujer más importante de su vida, aunque esta vez era de felicidad.

—Estás bien?

—Sí, mamá.

—Ya desayunaste?

—No.

—Ven, ven.

—Los demás? —le preguntó, cuando ya estuvo dentro y miraba el decorado de su nuevo hogar.

—No se han levantado. Es temprano.

—Sí, —se explicó él— Boinet quiso traerme hoy mismo, a pesar de la nieve.

Miró hacia el jardín de entrada y vio a Boinet, el hombre que lo había transportado de ida y de venida, meterse de nuevo en el coche y arrancar. Había estado fuera de casa casi dos meses. Era seguro que reprobaba el curso por inasistencia, pero no le importaba ya. Volvería a empezar, volvería a ser el Nicholas de siempre, y este cambio de casa era perfecto para sus nuevos propósitos. Y como bien decía el dicho que el que se echa a perder es porque quiere, esta vez intentaría hacer las cosas al derecho.

Al parecer, tenía mucho que agradecerle a la novia de su hermano.

—Y Allegra? —preguntó a su madre, que revisaba lo que tenía dentro del maletín que había traído.

—En su casa, imagino.

—Verdad.

—Quieres desayunar? No hay nada hecho, porque me acabo de levantar, pero si quieres...

—Estoy cansado, mamá, prefiero ir a dormir un rato. Me enseñas mi habitación?

—Claro que sí, hijo. Ven—. Como si fuera un chiquillo, Kathleen tomó su mano y lo condujo a través de la sala y por las escaleras al segundo piso. Nicholas notó que en las puertas de los gemelos estaba escrito el nombre de cada uno para señalar quién era el dueño de cada habitación. Sonrió. Había extrañado horrores a ese par de diablillos.

—Mira, te compramos cama nueva. Duncan también hizo que te compráramos un nuevo ordenador, para que te ayudes en las tareas, el otro estaba muy viejo.

—Le daré las gracias.

—Qué te parece todo?

—Está genial. Me gusta.

—También quiso comprarte una guitarra, porque sabe que te encanta. Pero le dije que esperara a que regresaras, quizá tú no querías.

—Querré la guitarra.

—Bien —sonrió ella. Lo notó cansado, así que se dirigió a la puerta. Se detuvo cuando escuchó la voz de su hijo.

—Papá sabrá que estamos acá? —Kathleen disimuló el temblor de sus manos. Se giró sonriendo otra vez. Parecía que ella y Nicholas eran los únicos que aguardaban el regreso de Timothy. Los gemelos no lo conocían, y Duncan se había resignado a que no volvería.

—Yo... le dejé dicho a unas cuantas vecinas. Cuando vuelva, sabrá que estamos aquí.

—Crees que vuelva, mamá? —Kathleen no lo pudo evitar, una lágrima le rodó.

—No lo sé. Pero por favor, no pienses más en él. Piensa en tu futuro, en tus estudios, en los que sí estamos, y que te amamos... —Antes de que pudiera terminar, Nicholas se puso en pie y la abrazó.

—Perdóname, mamá. Perdóname por todo lo que te hice sufrir. No te mereces un hijo como yo.

—Pero eres mi hijo. Y te amo.

—Lo sé. Te prometo que ahora todo será diferente —ella volvió a sonreír, y lo miró fijamente a los ojos, verdes como los suyos. En todo lo demás, Nicholas se parecía a su padre.

—Lo sé. Ya todo es diferente—. Le besó la frente y lo dejó solo.

—Se lo dirás? —Preguntó Edna sentándose en el diván que estaba al pie de la cama de Allegra, mientras esta se aplicaba una crema sobre la piel de sus piernas. Acababa de admitirle lo enamorada que estaba de su novio a sueldo.

—Ay, Edna, no lo sé. Lo quiero tanto, lo necesito tanto... que temo perderlo si acaso me declaro y él no siente lo mismo.

—Mujer, tendrás que arriesgarte.

—Sí, pero... tiene que ser ahora? No puedo esperar un poquito más? Quiero alargar este tiempo con él un poco más. Si por mí fuera, lo haría eterno.

—Bueno, tú verás. Pero tienes que cambiar el rumbo. Ya no podrán seguir siendo novios por contrato, tendrán que serlo de verdad.

—Sabes, siento que nunca lo hemos sido por contrato. Quizá un poco al principio, pero luego... —ella se quedó alelada, sonriendo y mirando a nada.

—Luego... —apuró Edna.

—Luego, no sé. Él me ha abierto su corazón, las puertas de su casa, y todo lo demás. En él

encontré a mi mejor amigo, al mejor amante...

—Uuuh... demasiada información.

—Mentirosa. Como si no te murieras por que te contara cómo son mis noches con él.

—No me trates como una voyeur. Aunque sí me da curiosidad —Alegra sonrió ampliamente, dejando salir toda la felicidad que sentía—. Te casarías con él?

—Edna! No es demasiado pronto para pensar en eso?

—Lo harías?

—Ayyy, claro que sí!! Ya mismo si me lo pidiera! Pero no. Sé que él tiene otras prioridades ahora.

—Cómo cuáles.

—Quiere avanzar, crecer económicamente. El otro día estuvo hablándome de sus proyectos. Es tan brillante! Tendrá éxito, lo sé.

—Al parecer tiene ambiciones —dijo Edna mirándose las uñas— no como el tarado de Thomas—. Allegra se quedó en silencio por espacio de un minuto. Al verla callada, Edna preguntó —Has sabido algo de él?

—No, nada. Tampoco lo he vuelto a ver. Ni en fiestas ni en la Chrystal.

—Le habrá pasado algo?

—Espero que no.

—De cualquier forma —dijo Edna poniéndose de pie y encaminándose a la puerta—, tú y él han tomado caminos separados. Tienen diferentes destinos, así que: cada cual con lo suyo, y defiéndase como pueda.

—No deja de darme pesar.

—Por lo menos lo que te inspira ahora es pesar. No vayas a meterte en líos porque te da lástima.

—Claro que no.

—Yo solo decía. No me parece que Duncan sea un tipo que comparta a su mujer.

—No, no lo es. Y no tendrá que hacerlo. Yo soy solo suya.

—Mientras él lo tenga claro todo está bien.

Duncan se levantó, y en pijama aún, se encaminó a la sala de desayuno (ahora tenían sala de desayuno) y vio a su madre sentada a la pequeña mesa de cristal, y con los ojos y la nariz roja como si hubiese llorado.

—Madre. Qué tienes?

—No, nada, no me pasa nada. Tu hermano ya está aquí.

—Creí que llegaría al medio día. A qué horas llegó?

—Eran las seis. Ahora mismo está durmiendo. Llegó muy cansado por el viaje.

Antes de terminar, Duncan ya se estaba devolviendo para entrar a la habitación de su hermano. Nicholas dormía boca abajo y sin arroparse con las mantas. Siempre había sido así. Sonrió.

Con el rostro relajado gracias al sueño, se veía como lo que era, sólo un niño. El cabello le había crecido, pero por lo demás, se veía igual.

—Hablaste con él? —susurró cerrando la puerta.

—Sí. Ha cambiado. Y creo que para bien.

—Gracias al cielo.

—Sí. Me gustaría darle las gracias a Allegra.

—Si quieres, la invito esta noche, y cenamos.

—Me encantaría. Prepararé las pastas que tanto le gustan.

Duncan sonrió al ver a su madre otra vez animada ante la perspectiva de prepararle una cena a su nuera.

Se imaginó a Allegra sin saber qué cara poner ante las atenciones y los agradecimientos de su madre. Sonrió sólo de imaginarlo.

Ella nunca había sido del tipo que le encantara llamar la atención sobre sí misma, y si ayudaba a los demás, era por un verdadero sentimiento solidario, no por los agradecimientos que fuera a recibir después. Lo había comprobado acompañándola a las fiestas y veladas en los que se recaudaba dinero, y luego, trabajando como esclava para multiplicar esos pocos dólares en casos que de verdad requerían ayuda.

Junto a ella, había leído cartas de agradecimiento de niños y familias cuyas vidas habían cambiado gracias a su intervención, y había visto su rostro iluminarse y avergonzarse al tiempo, diciendo que en realidad no había hecho suficiente.

En ese caso era él y su familia quien había recibido una gran ayuda por su parte, una cena no era nada para demostrarle de verdad lo que significaba para ellos el que Nicholas volviera a ser el de antes.

Y luego de esa cena, le diría que la amaba. Estaba cansado de tener que guardar silencio al respecto. Quería poder hacerle el amor sin miedo a que sus sentimientos afloraran de un momento a otro, decírselo en susurros, a gritos, por escrito, por teléfono. Quería decírselo.

Y luego, que fuera lo que Dios quisiera.

XVI

—Una cena? —preguntó Allegra sonriendo— en tu casa?

—Mamá quiere agradecerte todo lo que hiciste por Nicholas. Así que sí; estás invitada a cenar en mi casa —le contestó Duncan sonriendo también.

Iba entrando a su volvo dorado, sin su eterno acompañante Boinet, luego de dejar todos los paquetes en los asientos de atrás del coche.

Había ido de compras, y como el tema era lencería, quiso ir a solas. No era cosa de inspirarse teniendo cerca la malencarada expresión del guardaespaldas.

—Pues allá estaré. A las siete?

—A las siete. Luego... tengo pensado llevarte a un lugar especial.

—Ah, de veras? —preguntó ella acomodándose el teléfono entre el hombro y la oreja mientras se ponía el cinturón de seguridad—. Qué planes perversos tienes para mí esta noche?

—Lo de siempre, una ronda de violaciones, deleitarme escuchando tus gritos de terror mezclados con placer... nada del otro mundo...

Allegra sonrió ampliamente.

—Quién va a ser violado. Tú o yo? Porque no pienso dejarme fácilmente, sabes?

—Mmm... eso, lo veremos. En todas las historias la princesa es atacada por el dragón, nunca al revés.

—Eso es porque la princesa no sabe defenderse, pero yo tengo mis armas. —Lo sintió sonreír, y sintió un placer cálido llenar su corazón.

—Ármate esta noche. Lo vas a necesitar.

—Entonces nos veremos. Voy de camino a mi casa a prepararme desde ya.

—Te espero.

Allegra puso el coche en marcha sonriendo aún. Las mejillas se le coloreaban al pensar en lo que le esperaba esa velada. Nunca había imaginado que el sexo fuera a ser tan liberador, divertido y hermoso. Con Thomas nunca lo había sido. Con Thomas todo había parecido una parodia de lo que en verdad debía ser. Él le daba indicaciones de qué hacer, cómo moverse, y se enfadaba porque ella no lo hacía a su gusto, y al final, terminaba siempre él tomando el control.

La diferencia entre estar con Thomas y hacer el amor con Duncan era tan grande como lo era la de un charquito en la calle contra el profundo Océano Pacífico.

Antes de llegar a su casa, recibió otra llamada. Era un número desconocido, pero aun así contestó. No todo el mundo tenía su móvil privado.

—Diga?

—Allegra. Soy yo.

—Thomas? Estás bien?

—No, Allegra. Estoy muy mal. Te necesito.

—Qué tienes? Qué te pasa?

—Estoy... me duele todo. La paliza de mi padre fue...

—Qué? De qué me estás hablando, Thomas? —dijo Allegra frenando abruptamente el coche.

—Mi padre está muy enfadado conmigo. No quiero ir a un hospital, me harán preguntas, y no quiero enfadarlo aún más. Por favor, Allegra...

—Voy para allá. Estás en tu apartamento?

—Sí...

—Dame unos minutos. Intenta no moverte. Dios, qué rayos le pasó a tu padre?

—Está... enfadado por lo que pasó contigo.

—Oh, Dios.

—No te preocupes. Tú ya tomaste tu camino, eso me queda claro. Pero él no lo entiende así.

Mientras le hablaba, Allegra puso el manos libres y puso reversa al coche. Thomas se escuchaba muy mal. Ella conocía esa voz de cuando eran adolescentes y él estaba en problemas. Realmente sí podía imaginarse a su padre golpeándolo, aunque ya fuera todo un hombre y le superara en fuerza.

Desde niños, ella había sospechado que Thomas era víctima de maltrato, pero él nunca le dijo ni admitió nada, y ella había respetado su deseo de mantenerlo oculto. Ahora se arrepentía. George era un monstruo, ella siempre lo había sabido. Y puede que Thomas la hubiese tratado mal y humillado hasta el fondo, pero había sido su amigo de toda la vida, y ahora la necesitaba.

Llegó al edificio donde Thomas tenía su apartamento mirando el reloj. Había pensado hacerse un masaje antes de ir a la casa de los Richman, para estar totalmente relajada para Duncan esa noche. Tendría que saltarse la sesión y conformarse con un baño de espumas. De todos modos, no iba a tardar demasiado con Thomas, por muy mal que este estuviese.

Entró a paso firme a la recepción del edificio, y como ya la conocían, la dejaron entrar.

La puerta principal estaba entreabierta, y llamando con voz queda, siguió.

La luz de la tarde entraba por los ventanales. Los días se habían hecho más cortos, desde que se acercara el invierno. La sala estaba desierta, todo estaba en silencio.

—Thomas?

—Aquí —escuchó decir.

Lo encontró en el pequeño bar que tenía en un rincón de la sala, desnudo de la cintura para arriba, y Allegra vio la sombra de unos moretones que ya se estaban poniendo amarillentos.

—Oh, Thomas... era verdad!

—Qué creíste, que te estaba mintiendo?

—Pero... esto no es reciente, de cuándo fue?

—Hace un par de días.

Allegra lo miró confundida.

—Pero... me dijiste que estabas muy mal...

—Quiero hablar contigo.

—Thomas...

—No, no. Lo que te dije antes es verdad. Entiendo que has elegido tu camino. Toma—. Le ofreció una copa, y Allegra la recibió con aire ausente, mirando de nuevo su reloj. —Te está esperando, verdad?

—Sí —asintió Allegra sabiendo que él se refería a Duncan.

—No te voy a quitar mucho tiempo. Sólo quería... que supieras todo. Toda la verdad. Pero bebe, bebe un poco.

Allegra bebió un sorbo, y mientras, Thomas, con dificultad, se acomodó en los muebles blancos de la sala.

—Siempre ha sido así... esto —siguió, señalándose el torso. Allegra vio que tenía magulladuras no sólo en las costillas. Tenía una herida en la ceja izquierda, el labio hinchado, y la muñeca derecha

vendada.

—No me estás mintiendo, verdad? No fue que te metiste en una pelea por allí y ahora le estás echando las culpas a tu padre?

Thomas se echó a reír, lamentándolo luego, pues le dolieron las costillas. Allegra sintió un ramalazo de culpa. No creía que Thomas fuera capaz de acusar a su propio padre falsamente. Se bebió el contenido de la copa pensando que George era totalmente capaz.

—Una pelea por allí. Sí, claro —dijo él mirando el atardecer a través del ventanal— Lo he perdido todo, Allegra. Perdí a mi madre cuando era un niño. Mi padre siempre fue un maldito... y no supe conservarte a ti. Lo más hermoso de mi vida.

Ella bajó la mirada.

—Yo...

—No, no tienes que decirme nada. Te ves muy bien, estás... no sé, diferente... más hermosa, si eso se puede.

—Thomas...

—Sé que eres valiente... y eso de las diferencias en las clases sociales sabrás llevarlo muy bien. Eres inteligente.

—Oh, Dios...

—Y él parece que te quiere. Pero quién no te querría? Alguien en este mundo le haría daño a alguien como tú...?

—Thomas... no me siento bien —Él se puso en pie y caminó hasta ella. Allegra notó que ahora no hacía muecas por el dolor en las costillas. Se acercó y le abrió los párpados como un médico que le ausculta las pupilas.

—Perfecto.

—Qué...?

—Ven. Tal vez te tomaste la copa muy rápido.

—No... no. Duncan me espera.

—Sólo será un ratito. En un momento te sentirás bien.

La llevó despacio hasta su habitación, y al tenerla allí, empezó a desvestirla.

—Thomas, no...

—Es para que te sientas cómoda. Para que puedas respirar bien.

—Duncan...

—Duncan lo entenderá. Él te cuida bien, verdad? Sabrá que lo hice para que te sintieras mejor.

La desnudó por completo. Allegra apenas si se podía sostener en pie. Miraba la cama con pánico y anhelo mezclados. Quería tomarse una siesta de mil años. Pero no! Tenía una cena en casa de Duncan. Kathleen iba a cocinar para ella.

—Sólo un ratito... balbuceó ella.

—Sólo un ratito, hermosa. Todo volverá a estar bien —le aseguró él, mientras ponía sus manos sobre los hombros de ella y la movía en el espacio que había entre la cama y la puerta de entrada, como si quisiera tenerla en un lugar específico.

Allegra se dejó mover, sentía las piernas y los brazos de cera, y la lengua se le adormecía.

Duncan miró a Kathleen disculpándose. Nunca, nunca Allegra había llegado tarde a ninguna parte.

Su madre ya tenía la mesa dispuesta. Había, con ayuda de Nicholas, buscado en internet la manera de disponer bien los platos y copas según el tipo de cena, y también había ido a la peluquería y se había mandado a hacer un peinado y un suave maquillaje con el que estaba hermosa.

—Debe ser que hay mucho tráfico —se disculpó él.

—Sí, seguramente.

Duncan tomó su teléfono y la volvió a llamar. Nada. Timbraba y timbraba, pero no lo contestaba. Nicholas estaba sentado en el sofá y miraba a su hermano ir y venir.

—A lo mejor tuvo un problema con su coche.

—No. Boinet se hubiera hecho cargo, y ella me habría llamado. La llamaré a su casa —se acercó al teléfono fijo y marcó de memoria el número de la mansión Whitehurst. Edna contestó.

—Duncan? Creí que Allegra estaba contigo —contestó ella cuando él le preguntó— salió temprano esta tarde y no ha vuelto.

—Boinet está con ella?

—No, lo dejó aquí. Salió en el otro coche.

—Oh, Dios. Alerta a la policía. Creo que algo le pasó.

—Duncan, no lo creo. Allegra es muy consciente de los riesgos que corre si anda por allí sola... y aunque no lo parezca, sabe defenderse.

—Sí, pero sólo es una mujer sola frente al mundo. Yo llamaré a la policía.

Kathleen se asustó de veras al oír hablar de la policía. Vio a su hijo moverse de un lado a otro preocupado y haciendo llamadas. El mundo era un mundo podrido y muy echado a perder. Dios quisiera que su nuera se encontrara bien.

Boinet y Duncan se repartieron por toda la ciudad. Ya eran las diez de la noche y Allegra no daba señales de vida. Preguntaron en hospitales, comisarías y quizá estaban exagerando un poco la situación, pero entre que Allegra era una rica heredera que no tenía por costumbre desaparecerse tanto tiempo sola, y que ya en el pasado había sufrido dos intentos de secuestro, tuvieron pie para obrar a conformidad.

Duncan sugirió avisarle a Haggerty de lo que sucedía, y Boinet así hizo. Haggerty se sumó a la búsqueda inmediatamente.

Duncan sentía morir. Si algo le pasaba, si le tocaban un solo pelo, él... no sabía de qué sería capaz.

Un “blip—blip” de su móvil lo alertó. Era Allegra en el WhatsApp!!

—Oh Dios, al fin!! —exclamó, y abrió el chat para preguntarle dónde estaba y qué estaba haciendo. Se extrañó cuando vio en la pantalla un video en descarga. Le dio clic al ícono y mientras tanto empezó a enviar mensajes como loco: “¿dónde estás?”, “¿Estás bien?”, “dime dónde estás para ir por ti...”

Interrumpió su último mensaje cuando el video empezó a reproducirse. Allegra estaba desnuda en una cama, y un hombre, al tiempo que sostenía la cámara, la besaba. Era Thomas.

—Qué rica estás. Quién te enseñó todo esto?

—Duncan... Thomas, Duncan...

—Qué buen maestro es ese Duncan. Tendré que darle las gracias.

—Thomas... Oh, Thomas...

—Sí, sí, mi reina hermosa. Ya te doy lo que quieres...

Duncan dejó caer el teléfono al suelo como si de pronto se hubiese convertido en una barra de hierro al rojo vivo. Pero aún con el golpe que se dio, el video siguió reproduciéndose.

—Por qué estabas con él, ah? —decía Thomas metiéndose uno de los pezones de Allegra en su boca— Por qué te dejaste tocar de él?

La mano blanca de Allegra se posó sobre el cabello rubio de Thomas, y con un grito, Duncan empezó a darle pisotones al teléfono, destruyéndolo al fin, destruyendo sus esperanzas, como si así pudiera borrar las imágenes, el dolor, la ira...

En su oído resonaron las palabras de ese sórdido diálogo, así que se los tapó con furia y gritando otra vez, allí, en medio de una de las calles de Detroit, en una noche invernal.

XVII

—Has sabido algo?

—No —contestó Duncan a su madre, entrando a la casa como un ventarrón. Nicholas se puso en pie nervioso. Esa misma expresión que tenía su hermano en el rostro se la había visto ya antes. Hacía cinco años, cuando su padre se fue de casa.

Kathleen lo miró apretándose las manos. Había hecho dormir a los niños luego de darles la cena. Ni ella ni Nicholas habían probado bocado esperando noticias de Allegra.

Fue detrás de él, ignorando el peligro que corría. Algo muy grave debía haber pasado para que Duncan estuviera así.

Llamó a la puerta de su habitación y entró.

Lo encontró apoyado en una de las ventanas que daban al exterior, con la cabeza gacha y respirando como un jumento con sobrecarga.

—Estás bien, Dun? —Él se crispó al oírlo.

—No me vuelvas a llamar así.

—Cómo.

—Así como lo hiciste.

—“Dun”? —un escalofrío recorrió al adolescente cuando vio la mirada que su hermano mayor le dirigía —Lo... lo siento. Nunca te molestó.

Duncan lo ignoró mirando de nuevo por la ventana. Había empezado a nevar otra vez. Motas de escarcha caían lentamente, como si no estuvieran del todo seguras de cubrir la tierra.

La cara de Boinet y había sido épica cuando le avisó que ya había encontrado a Allegra; en casa de Thomas Matheson. No se sorprendió, no hizo exclamaciones de terror, ni insultó a la madre del rubio. Era como si simplemente ella acostumbrara hacer eso, y no había por qué alertarse.

Una lágrima rodó por la mejilla de Duncan y Nicholas se acercó un par de pasos.

—Es ella, verdad? Se pelearon?

—No es lo correcto preguntar si está bien? Si alguien pidió rescate por ella? O si encontramos su cuerpo?

—Si ese fuera el caso —contestó el adolescente— tú no estarías así, guardándote todo. Estarías insultando gente, montando un bloque de búsqueda y rescate, planeando despellejar al maldito que le hubiera hecho eso a tu novia.

—Estoy... planeando despellejar a alguien, créeme —Se puso ambas manos en los oídos, como si en su interior resonaran voces que sólo él podía oír —Oh, Dios! Oh, Dios!!

Golpeó débilmente el cristal de su ventana, y casi no fue consciente de que su hermano le ponía la mano en la espalda, intentando reconfortarlo.

No pudiendo más, Duncan lloró.

Allegra despertó poco a poco.

Se sentía abotargada, pesada, con la garganta seca.

Y ese techo ella lo conocía bien. Era de la habitación de Thomas.

La habitación de Thomas!

Se sentó poco a poco, pues la cabeza le daba vueltas, y se dio cuenta de que estaba desnuda. Le dolía el cuerpo como si hubiera... tenido sexo hacía muy poco.

—No. Dios querido, no. No!

Se puso en pie y empezó a buscar su ropa, a vestirse como pudo. El apartamento estaba solo, y buscó su móvil para llamar a Boinet. No estaba en condiciones de conducir.

Al mirar la pantalla del móvil vio las mil y una llamadas perdidas de Duncan, Edna, Boinet, y otros números desconocidos.

Llamó a Duncan primero, pero la envió a buzón. Debía estar muy molesto con ella, lo había dejado plantado la noche anterior. Tendría que ir a su casa y explicarle.

Se detuvo en la puerta de salida del apartamento con los tacones en la mano.

Explicarle qué? Que lo había engañado con su ex?

No podía creer que hubiera sido capaz. Cómo había podido?

Aturdida, miró en derredor. Estaba amaneciendo? O anocheciendo? Miró en su teléfono la hora. Las tres de la tarde de...

La tarde del miércoles.

Habían pasado tres días desde que Duncan la invitara a la cena en su casa.

Volvió a llamarlo. Se sentía como si hubiera entrado en algún agujero y al estar al otro lado, no sabía cuándo ni dónde estaba. Duncan no le contestó, su llamada pasó directamente al buzón.

Pensando en llamarlo en cuanto encendiera su teléfono, llamó a su guardaespaldas.

—Boinet?

—Señorita Allegra! Quiere que vaya por usted?

Allegra frunció el ceño al notar que Boinet no se alarmaba ante su llamada. Había estado fuera de comunicación tres días! Luego recordó que, de adolescente, le había pedido que cuando estuviese en casa de Thomas, no la molestara.

Estúpida Allegra adolescente.

Caminó hacia el ascensor dando botes por las paredes. No se podía casi sostener en pie.

Respiró hondo e hizo memoria. Había ido allí porque Thomas la había llamado diciéndole que estaba mal, que su padre le había dado una paliza. Y había sido verdad, y ella se había preocupado. Le había contado mil cosas, y luego... de alguna manera, ella había terminado desnuda y en su cama.

Él la había ablandado con frases de amor? Su cuerpo la había traicionado tanto? Un sollozo se escapó de sus labios.

—Boinet. Ven por mí, por favor. Te lo ruego, ven ya por mí.

Haggerty miró la carta que tenía en la mano y al joven delante. Duncan le estaba presentando su carta de renuncia.

—Qué mierda es esta?

—Lo que ves. Renuncio.

—Y por qué rayos...?

—Porque quiero empezar mi proyecto. Lo conoces bien. Te he hablado antes de él. Es el momento de empezar mi propio camino.

Haggerty no se lo creía.

Los tres días anteriores él no había ido a la oficina, y ahora se presentaba con una carta de renuncia, unas ojeras del tamaño del desierto del Sahara, y con un cuento de que quería iniciar su

camino solo.

—No te creo.

—Es tu opción —se puso en pie cuando el joven dio media vuelta para salir de la oficina.

—Tiene algo que ver con Allegra? —Duncan se detuvo y se giró a verlo, preguntándose si el anciano aún desconocía lo sucedido.

Dado que ella había estado en algún lugar con Thomas, Duncan no había querido avisarle de sus previas sospechas de secuestro. Además, habían pasado tres días desde entonces, y si el mismo Boinet no había dado la voz de alerta, era porque todo estaba en orden, al menos para ellos.

En esos tres días Allegra no se había reportado, no había intentado buscarlo para darle una explicación. Si bien había echado a perder su teléfono esa noche, ella había sabido muy bien dónde vivía él. Pero no. ¿Qué quería decir eso? A ella le importaba un bledo lo que él opinara de la situación.

—Allegra terminó su relación conmigo. Ya nada me ata a la Chrystal.

—Seguro que fue Allegra?

—Oh. No te quepa la menor duda.

—Bueno, eso aún tengo que confirmarlo, pero cuando te dije que si terminabas con ella estabas fuera... lo dije porque no sabía la calidad de trabajador que encontraría en ti. Te duplico el sueldo, Richman. Pero quédate.

—Lo siento, Haggerty. Nada podrá conseguir que me quede.

Cuando puso la mano sobre el pomo de la puerta Haggerty lo volvió a llamar. Esta vez, para hablarle de otro asunto. ¿Necesitaba socios en su “nuevo camino”?

Allegra llegó a las instalaciones de la Chrystal aún con reminiscencias de su resaca. Vaya resaca. Esa noche debió haber sido la madre de todas las noches locas del mundo, si ni siquiera recordaba lo que había pasado con claridad.

Odiándose a sí misma, bajó del Rolls Royce conducido por Boinet, quien le había informado que Duncan la había estado buscando como loco la primera noche, y que al enterarse de que ella estaba con Thomas había abandonado la búsqueda.

Con paso inseguro, Allegra se encaminó a la entrada.

Cuál fue su sorpresa cuando, al entrar al edificio, vio a Duncan que se dirigía a la salida, sosteniendo en sus manos una pequeña caja con carpetas y otras cosas.

—Duncan? Oh, Dios, Duncan! Necesito hablar contigo, por favor... —Él simplemente la ignoró. Siguió de largo. —Sé que debes estar sumamente enojado conmigo, pero déjame que te explique... —Él siguió andando, y salió del edificio. Sin rendirse, Allegra le fue detrás —Oh, Dun, por favor, escúchame.

Él se había detenido, como si al fin se hubiese percatado de su presencia. La miró fijamente, y Allegra sintió un escalofrío recorrerla. Esa no era la mirada que estaba acostumbrada a ver en él. Ni siquiera cuando en aquél hotel ella le dijo que necesitaba que fuera su novio de mentiras, él la había mirado así.

—No me vuelvas a dirigir la palabra...

—Dun...

—Y sobre todo —la interrumpió él, crispado como un erizo— no me vuelvas a llamar así.

—Cariño, lo sé. Lo siento. Hice una estupidez, una locura, pero si me dejas que te explique...

—Explicarme qué, Allegra Whitehurst? Que volviste con tu antiguo novio? Cuando ya aprendiste de sexo todo lo que podías, terminaste el trato conmigo sin parecerme necesario avisarme y volviste con el que siempre fue el hombre de tu vida?

—No! No, de ninguna manera! El hombre de mi vida...

—Allegra, te agradezco mucho lo que hiciste por mí. Me cambiaste la vida, en serio. Me abriste muchas puertas. Pero he de seguir mi camino sin ti.

—No. No, no me eches. Duncan, yo... —Ella puso la mano en su hombro, y él se alejó como si lo hubiese quemado.

—No te vuelvas a acercarme a mí! No me vuelvas a dirigir la palabra! —gritó él como si se hubiese estado conteniendo todo el rato—. Te prohíbo que te acerques a mi casa y contactes a cualquiera de mi familia. No me toques, no me mires, no me huelas!! —Allegra recogió su mano mirándolo con ojos abiertos como platos. Él siguió—: Pensaba decirte que eso de enviar por el Whatsapp videos de parejas teniendo sexo era de muy mal gusto, sabes? Y que le dijeras a tu noviecito que ese tipo de cosas no las hacen ni los de bajo estrato como yo. Pero para qué si eres igual de zorra que él? —Se acercó a ella y muy cerca de su rostro escupió—: Me produces asco. Pensar que besé tu boca me da náuseas. Pensar que besé y adoré tu cuerpo me producen arcadas. Ya comí demasiado de tu mierda, así que ten la amabilidad de alejarte de mí!

Y con esas palabras se alejó. Y Allegra ya no tuvo fuerzas para seguirlo.

Nunca, nunca... se había sentido tan mal, tan humillada... ni siquiera cuando Thomas le dijo fría, insulsa, frígida.

Cada palabra de Duncan se fue filtrando en su inconsciente, hasta llegar a una en particular.

—Video?

Buscó en su bolso su móvil, y empezó a buscar en sus archivos, y entonces dio con él.

Se vio a sí misma desnuda y en brazos de Thomas. Las frases tan asquerosas que él decía, la manera como la besaba y la lamía le produjeron asco incluso a ella.

Miró en sus conversaciones con Duncan y, poco antes de mil preguntas suyas preguntándole dónde estaba, denotando una terrible preocupación, estaba el envío del video.

Las manos le temblaron, y gruesas gotas de lágrimas cayeron sobre la pantalla. Qué había hecho Thomas? Qué había hecho ella? Cómo había podido ser tan estúpida en la vida?

Boinet corrió a ella cuando la vio encogerse en el suelo y llorar.

Allegra lloraba como nunca antes en la vida, a lágrima viva, a garganta viva.

—Allegra? —la llamaba Boinet— Allegra, niña, qué te pasa?

—Me quiero morir, Boinet. Hazme el favor y mátame, sí? Me quiero morir!!

—Oh, Dios!! —Exclamó el guardaespaldas alzándola en sus brazos.

—Qué... —empezó a preguntar Allegra, pero se miró la mano y... estaba manchada de sangre. Sus piernas, sus zapatos estaban manchados—. Qué me pasa, Boinet?

—No lo sé. Pero vamos ya mismo al hospital a averiguarlo.

Boinet la metió en los asientos traseros del Rolls y emprendió la marcha. En el camino, Allegra escuchó que llamaba a Edna y le avisaba lo que estaba sucediendo. Allegra se volvió a mirar. La sangre estaba manchando el tapizado de cuero del coche y no paraba. Se estaba muriendo, tal como había pedido?

Poco a poco fue perdiendo la consciencia. Alrededor todo se puso oscuro y frío.

Despertó poco a poco. Tenía una aguja canalizada en el hueso del codo derecho, y un agudo sonido de alguna máquina cercana resonaba en su oído. Estaba en un hospital.

Edna estaba dormida en un sofá. No sabía si era de día o de noche, las ventanas estaban corridas y no había mucha luz.

—Edna? —Ésta despertó al escucharla. Caminó hacia ella y le tomó la mano con suavidad.

—Estarás bien. Los médicos dicen que te recuperarás.

—Qué... qué me pasó? —Ella guardó silencio, y Allegra le apretó la mano en un ruego—. Dime la verdad. Por favor. Qué me pasó?

—Allegra... —Edna dio unos pasos alejándose, y Allegra vio que intentaba disimular su nerviosismo—. Estabas embarazada, nena. Y perdiste al bebé.

—No... —Sollozó ella.

—Lo siento. Lo siento terriblemente.

—No, no, no...

Allegra se giró en la cama y lloró con amargura. Edna le acariciaba el cabello intentando reconfortarla. Pero sabía mejor que ninguna que nada de lo que dijera o hiciera podría devolverle lo que su niña, lo que su pequeña niña, había perdido.

Martín miró a Duncan empinarse la botella de ron. Olía a mierda. Pero era su mejor amigo y tenía que estar allí para evitar que se metiera en problemas, o lo que era peor, que los produjera.

Duncan pocas veces se emborrachaba. Una vez fue cuando su padre, el idiota del Timothy, los había abandonado. Y ahora.

Cuando lo de Daphne, se había vuelto un poco gamberro, pero no había caído tan bajo.

Borracho, Duncan era impredecible. Podía ser pacífico, callado y aburrido, o pendenciero y problemático.

Ahora estaba siendo lo primero, pero se quedó por si de un momento a otro saltaba a lo segundo.

—Sabes una cosa? —dijo de pronto.

—No. Qué?

—No sabes ni una cosa? —Duncan empezó a reírse de su propio chiste. Martín alzó las cejas y se pasó la mano por la cara. Empezaba la etapa de chistes malos.

—Sabes qué le dijo un poste a otro poste?

—No, qué.

—Ponte el paraguas, que ahí viene un perro —Y rió a carcajadas, como si para él fuera lo más gracioso del mundo —Sabes qué le dijo un árbol a otro árbol?

—No, qué —contestó Martín, paciente.

—Nos dejaron... plantados... —las carcajadas casi no lo dejaron terminar. Apoyó la cabeza sobre la mesa de madera y tomándose el vientre entre las manos, siguió riendo. Martín vio cómo los hombros le temblaban. Fue minutos después que cayó en cuenta que ya no estaba riendo.

—Duncan? —Preguntó preocupado.

—Por qué, Martín? —preguntó Duncan— Se lo di todo!

—Oh, Duncan...

—Mi vida, mi amor... le abrí las puertas de mi casa, mi confianza... Por qué, Martín?

—Porque es una zorra. Una maldita puta que no merece que la ames.

—No te expreses así de ella!! —Gritó de pronto, mirándolo furioso. Martín lo miró preocupado, temiendo que empezara la faceta violenta, pero Duncan volvió a reír—. Ves? Mi subconsciente aún la defiende. Puta, puta, es una puta. De las peores que hay.

Las lágrimas de risa se mezclaban con las de llanto, y cuando Martín vio que su amigo ya no daba más, lo alzó.

Duncan fue dócil y se dejó llevar. Iba canturreando una canción de elefantes y telarañas, mientras se apoyaba en el hombro de su mejor amigo y caminaba por las frías calles de Detroit, cubiertas de nieve.

Martín lo llevó hasta su apartamento, y Alice les abrió la puerta preocupada. Ayudó a su marido a acomodar el corpachón de Duncan en un sofá. Éste se había quedado dormido.

—Kathleen? —Dijo Martín usando el teléfono nuevo de Duncan— Sí, está aquí conmigo. Dormirá la mona en mi casa —Vio que Alice le posaba una mano en la áspera mejilla de su amigo, como si con su toque pudiera minimizar un poco el dolor que el otro estaba sintiendo—. No, él está bien... dentro de lo que cabe. Te llamará cuando esté en condiciones, yo me encargo.

Cortó la llamada y recibió el abrazo de su mujer. El aura de dolor y angustia que rodeaba a Duncan era espesa y contagiosa.

—Él estará bien —le prometió—. Es valiente, es fuerte. Se pondrá bien. Ya lo verás.

Thomas vociferaba. Le habían prohibido el acceso a la mansión Whitehurst. El estúpido de Boinet estaba en medio bloqueándole el paso, y la sonsa de Edna le decía que su ama no lo quería ni ver.

—Pues de aquí no me iré hasta que me vea!!! Ella no me puede tratar así, no tiene ningún derecho! De pronto, el teléfono de Boinet sonó. Él contestó al ver que era la misma Allegra.

—Está segura? —dijo—. Está bien. Estaré en la puerta pendiente.

Miró a Thomas con desprecio infinito y se hizo a un lado para que pasara.

—Dónde está?

—En su despacho.

Thomas corrió al encuentro de Allegra. Se sabía el camino de memoria, y en menos de nada estuvo en la lujosa oficina que una vez había sido de William Whitehurst.

—Allegra, qué bien que me... —Se detuvo. Allegra estaba de pie, con una mano apoyada en el enorme escritorio de cedro, pálida, con ropa de cama, y con la otra mano, sostenía un arma que le apuntaba directo al pecho.

—Te voy a decir esto sólo una vez, Thomas Matheson —dijo ella con voz rasposa, como si hiciera rato que no hablara con nadie—. Desaparece de mi vista, desaparece para siempre. Te odio tanto que no estoy razonando bien-. Se escuchó un clic metálico que lo asustó de veras; ella le había quitado el seguro al arma.

—Linda... —empezó a decir él, pero Allegra disparó.

Un agujero se formó en la pared unos centímetros al lado de la cabeza de Thomas.

—Recuerdas que te gané siempre en el campo de tiro? —volvió a decir ella, sonriendo con amargura, deleitándose en la cara de susto que tenía el rubio— Nueve de diez justo en el centro de la diana. La próxima te volaré los sesos, Thomas.

Boinet, Edna, y varios empleados entraron corriendo al despacho alertados por el ruido del disparo. Edna fue la única que tuvo la presencia de ánimo para acercarse a su ama e intentar hacerla bajar el arma.

—Allegra... nena, no lo hagas. No te ensucies las manos.

—Quiero hacerlo, Edna. Ese imbécil me robó todo!

—No, nena. Con el tiempo podrás recuperarlo. Si lo matas, la satisfacción será momentánea, pero luego será peor.

—Mató a mi hijo, Edna. La porquería que me dio en su apartamento esa noche mató a mi hijo!

—Qué? —Preguntó Thomas confundido—. Allegra, tú...

—SÍ, YO, IMBÉCIL!!! —Gritó Allegra desgarrándose la garganta—. Estaba esperando un hijo de Duncan y tú lo mataste!!! Del mismo modo que mataste lo que teníamos y lo que él sentía por mí enviándole ese maldito video desde mi teléfono!!

Thomas retrocedió un paso.

—No sabes, no sabes cuánto te odio. Cómo quisiera...

—No!! —Gritó Edna, y alcanzó a bajarle la mano antes de que Allegra disparara.

La segunda bala se incrustó en el piso de madera y todo fue confusión. Boinet tomó a Thomas y lo sacó a empujones de la casa, aunque él no opuso demasiada resistencia. Edna empezó a gritar pidiendo una ambulancia; Allegra estaba sangrando de nuevo.

XVIII

—La situación es la siguiente —Dijo Haggerty a los demás miembros de la junta directiva de la Chrystal, doce hombres de diferentes edades y aspectos físicos, pero con la misma preocupación en el rostro— Si no hacemos algo ya mismo, bueno sería irnos despidiendo de todos nuestros activos.

Un murmullo recorrió a todos en la enorme mesa.

Uno a uno se miró con una mezcla de incredulidad e impotencia. No sólo estaban envueltos en el mayor escándalo que la Chrystal había presenciado jamás en los más de cincuenta años que llevaba fundada la automotriz, sino en el peor estado económico y financiero.

Hacia sólo unos meses, el cuerpo de George Matheson había sido hallado estrangulado en un hotel de mala muerte en Las Vegas, y además se habían descubierto una serie de desfalcos que éste había venido perpetrando a la empresa desde hacía ya unos cuatro años.

El asesino no había sido hallado. George había pagado con efectivo el alquiler de la habitación y había llevado consigo una prostituta barata. Se había encerrado allí toda la noche, y al día siguiente había sido hallado, por la mujer de la limpieza, desnudo y estrangulado. No había señales de la mujer que lo había acompañado, la ropa había desaparecido, junto con sus documentos y tarjetas.

Éstas habían sido bloqueadas de inmediato, aunque no habían podido evitar que se hiciera un retiro desde un cajero automático. La cámara del cajero usado había mostrado a un hombre que se había cubierto el rostro. No había más señales y hasta allí había llegado la investigación.

La prensa había hecho su agosto. Un personaje como George Matheson, que se codeaba con el mismísimo presidente de los Estados Unidos, senadores y otras figuras internacionales, había sido hallado muerto, y luego de eso, culpable del mayor desfaldo a la empresa que dirigía. El dinero había sido desviado a múltiples cuentas repartidas en diferentes bancos del mundo, y todos sospechaban que sería imposible recuperarlo.

Thomas Matheson, el hijo de la víctima y del culpable de todo lo que estaba sucediendo, había desaparecido misteriosamente sin llevarse ninguna prenda de ropa de su casa hacía exactamente cuatro años también, fecha que al parecer había sido crucial para muchos en la Chrystal. Thomas no podía ser interrogado por la muerte y actividades de su padre, aunque había comenzado a ser sospechoso.

Edmund Haggerty había asumido la presidencia desde entonces.

Ahora estaban sumergidos en deudas millonarias, y al borde de la histeria con bancos y proveedores.

Su dueña, Allegra Whitehurst, no había sido vista en persona por ninguno de los presentes en aquella reunión desde hacía unos cuatro años. Se sabía que estaba viva porque enviaba sus documentos firmados con Boinet, Edna, o el mismo Haggerty, y cuando había sido estrictamente necesario, había participado en teleconferencias, pero no había vuelto a dar fiestas ni a participar en ellas como solía hacer.

—Ya conocemos todas las malas noticias —Dijo Dotson con voz cansina, quien era, después de Haggerty, el más antiguo de entre los directivos—. Tienes alguna solución o sólo nos llamaste para mostrarnos cuán sumergidos estamos en el fango?

—Para que consideren mi propuesta, es necesario que conozcan cuán sumergidos estamos en el fango —repuso Haggerty. Se puso en pie y dio unos pasos—. Tenemos la propuesta de un personaje

que tiene no sólo el dinero, sino la capacidad de sacarnos otra vez a flote.

—Haber empezado por ahí —dijo otro—. Quién es?

—Duncan Richman —soltó Haggerty, lo que provocó más reacción que la misma noticia de que estaban en la quiebra.

Duncan Richman se había convertido en una fuerza a tener en cuenta desde hacía solo unos pocos años. La mayoría de los allí presentes lo conocían no sólo porque había trabajado con ellos, sino porque de él se hablaba en todas las revistas financieras presentándolo como el gran conquistador del sueño americano, el tiburón de las finanzas que no tenía piedad con nada ni con nadie hasta haber alcanzado sus objetivos, y el soltero de oro que se dejaba ver con actrices y modelos de talla mundial.

—¿Ese? —preguntó uno de la mesa—. Ese no nos sacará del fango. Nos comprará y nos venderá como si fuésemos otro par de medias usadas. No podemos, por ningún motivo, perder la esencia Chrystal.

—¿Qué esencia? —inquirió Haggerty—. ¿De qué esencia me estás hablando?

—Siempre hemos sido independientes —dijo otro—. Pondremos nuestro esfuerzo y sacaremos Chrystal adelante.

—Creo que no me han comprendido —Se quejó Haggerty poniendo las puntas de sus dedo índice y pulgar en el puente de su nariz—. Ni si vendemos todo, nuestras casas, nuestros yates, nuestras joyas, lograremos rellenar el enorme bocado que nos dejó George Matheson.

—Ese dinero tiene que estar en algún lugar. En alguna cuenta, en algún banco del mundo.

—Y mientras lo encontramos, Chrystal se hundirá y desaparecerá. Es eso lo que quieren?

—Conozco el método de Richman —dijo el más joven de la mesa—. Incluso he tenido la oportunidad de saludarlo y charlar con él. Compra las empresas en quiebra como la nuestra, las desmiembra y las vende por partes, así, como si fueran un coche viejo. Será lo mismo que hundirse, si permitimos que nos “ayude”.

—De ninguna manera! —Chilló uno, y todos se enzarzaron en una acalorada discusión. Haggerty se sentó. Había sabido que sería difícil convencerlos, pero nunca imaginó que tanto.

La sala de juntas se fue vaciando sin que lograran llegar a un acuerdo, y mientras tanto, Chrystal se seguía desangrando.

—Te gusta? —Preguntó Duncan a la hermosa pelirroja que aún se mantenía en el muelle, con las manos en las caderas en una pose sensual y una mirada de admiración.

No lo admiraba a él, no solamente. A su espalda estaba el *Nalla*, su última adquisición. Un Sunseeker modelo Manhattan 74; con veintidós metros de eslora y absoluto lujo interior.

Duncan alzó su rostro bronceado y miró su yate con orgullo.

—Qué te parece?

—Precioso —dijo Karina, o Katrina. Ya no recordaba.

—Te parece si lo estrenamos? —preguntó él saltando de nuevo al muelle y acercándose con una sonrisa depredadora.

—Manos a la obra —contestó ella rodeando su cuello con sus delgados y bronceados brazos, mientras le besaba los labios con sensual pericia.

La vida había sido buena con Duncan Richman. Al menos, de un tiempo acá.

Había salido de la Chrystal con algo más que un corazón destrozado; había hecho amigos con dinero y poder. Uno de ellos: Edmund Haggerty.

El viejo no tenía nada que perder, así que le había confiado una fuerte suma de dinero con la que Duncan inició por fin el proyecto que los lanzó a la cúspide de los hombres más ricos y poderosos del país.

La *Irvine* era su bebé, la primera empresa que había montado, y la que ahora llevaba su sello. Sólo cuatro años habían bastado para colocarse bien en el mundo de la industria inmobiliaria.

No había sido fácil. Muchas noches no durmió, tuvo que saltarse muchas comidas, y podía decir que hasta ahora por fin había recuperado el peso que había tenido antes de embarcarse en esa locura. Pero lo había conseguido, y ahora estaba cosechando los frutos.

Aún le faltaba mucho trabajo para estar donde exactamente quería, pero no podía quejarse de lo obtenido hasta el momento.

Haggerty le había mencionado de los problemas de la Chrystal, y al oírlo a punto estuvo de mandar lejos al anciano, oír ese nombre le producía comezón en todas partes del cuerpo, y hasta del alma. Pero nada avivaba más su interés que una empresa con problemas, y la Chrystal los tenía, y por montones.

Haggerty había acudido a él con la idea de que metiera el hombro y ayudara a sacar a flote otra vez el antiguo imperio automotriz. Duncan tenía otra cosa en mente: revancha.

Si Irvine era su bebé, Chrystal era el bebé de Allegra Whitehurst.

Eso sería lo que consiguiera ella por preferir a los Matheson, pensó él con una sonrisa maquiavélica pintada en el rostro mientras escuchaba al viejo Haggerty en su larga diatriba acerca de los problemas de la empresa. Se recoge lo que se siembra, y Allegra Whitehurst no estaba sino a punto de empezar a segar.

Entró a su lujoso yate con la pelirroja abrazada a él. Había que estrenar los camarotes como todo un campeón.

Allegra Whitehurst tomó la revista que hasta hacía un momento estaba leyendo y se encaminó al viejo mueble que reposaba contra una de las paredes de la vieja cabaña. Abrió una de las pesadas puertas y con cuidado puso allí la revista como si de un animalito se tratara. Acababa de leer una larga descripción del lujoso yate que recién se había comprado Duncan Richman, el joven multimillonario.

No le había llamado para nada la atención el diseño, los lujos del interior, ni el medio millón de dólares que había costado, no. Había sido su rostro sonriente mirando el horizonte del mar el que la había trastocado un poco.

Ella había tenido esa sonrisa pegada a la suya propia en más de una ocasión. Ella había estado rodeada de esos brazos fuertes que ahora dominaban el timón. Y ella había roto en mil pedazos ese corazón.

Dejó la revista junto con el resto de basura que tenía acumulada, y que evidenciaba todo el camino de éxito que su ex novio había recorrido para llegar hasta donde estaba. No le importaba si alguien la llamaba loca acosadora por guardar las pruebas del éxito de Duncan; era su única manera de sentirlo cerca otra vez. Llevaba cuatro años sin verlo, y el último recuerdo de él, era ese donde la insultaba diciéndole todo el asco que le producía pensar que la había besado y deseado.

Nunca *amado*, eso no lo dijo, pero ella había creído, en el fondo de su corazón, que había sido amada por él. Era su consuelo. Y su tortura.

En más de una ocasión había pedido al cielo ser amada por alguien, y ese alguien había llegado en la persona más inesperada: un joven de otro estrato social, con otras costumbres y otro lenguaje. Le había enseñado el paraíso... y se había ido furioso con ella dejándola sola.

Ya debía haberla olvidado. Hace tiempo, pues mujeres que antes ni se le habrían acercado por sus ademanes rústicos ahora babeaban por una invitación suya, lo mencionaban adrede en entrevistas y en sus miradas se denotaba una femenina satisfacción. Las odiaba a todas.

Allegra se sentó con su vaso de té helado en uno de los muebles de la sala principal de la cabaña donde se había enclaustrado hacía ya cuatro años junto con Edna y Boinet. Ahora era el verano, y hacía sol y calor, pero ella, como siempre, tenía que quedarse dentro, pues su piel blanca no sabía que era eso de broncearse y ponerse morena, no, ella pasaba directamente a roja.

Miraba lejos, pensando en que si bien había vivido y disfrutado del amor y las atenciones de Duncan Richman en el pasado, eso no compensaba para nada la soledad que ahora estaba viviendo. Y la desesperanza.

Había perdido el amor, y no había modo de que volviera a ella.

De qué le había servido haber sido amada, si esa persona ya no estaba?

Porque, insistía, sabía que había sido amada, aunque él nunca lo dijera.

Su teléfono timbró. Era Haggerty. Quizá le tenía noticias.

—Y bien? —preguntó por todo saludo.

—Nada. Vas a tener que ser tú quien los convenza, Allegra —dijo la voz del anciano.

—No quiero ir a Detroit.

—Pues vas a tener que hacerlo.

—Haggerty, si Duncan Richman sabe que estoy en la ciudad, se negará a ayudar.

—Duncan Richman sabe que será inevitable encontrarse contigo, y aun conociendo ese riesgo, él accedió. Ven a Detroit y convence a estos idiotas o nos quedaremos sin empresa.

—“Nos quedaremos”? —preguntó Allegra en tono jocoso—. No mientas, Edmund. Tu capital no sufrió ni una grieta gracias, precisamente, a que estás asociado con Richman.

—Pues sí, eso es lo que tiene no poner todos los huevos en la misma cesta, pero le tengo mucho cariño a la Chrystal.

—Sí, ya me lo dijiste.

—Ven a Detroit. Convoqué una nueva junta para mañana a primera hora.

—Está bien.

—Ponte guapa y deslumbra. Esos idiotas siempre han tenido debilidad por ti.

—Ya no soy guapa, Ed.

—Dime ya mismo quién fue el idiota que te dijo eso y lo mataré —Allegra se echó a reír.

Ella sentía que era así. Tenía veintiocho años y se sentía abuela, fea y descolorida, desconociendo que el dolor había atemperado la dulce belleza de sus rasgos. Si a sus veinticuatro años había sido hermosa, deslumbrante y arrolladora en su feminidad, a los veintiocho era madura, tranquila, y más atractiva si se podía.

—Allí estaré. No te preocupes.

—Bien. Aquí te espero.

Allegra cortó la llamada y se puso en pie. Buscó a Boinet, que podaba los arbustos que rodeaban

el jardín, pues no teniendo nada que hacer, el hombre buscaba oficio por su cuenta.

—Boinet, Edna! —llamó— Nos vamos a Detroit.

—Te volviste loca? —Preguntó Edna.

—No, yo no. Haggerty. Avisa en la mansión, por favor; necesito que estén preparados para cuando llegue.

—Usaremos el auto? —Preguntó Boinet.

—No. Llama el helicóptero. No tengo ganas para un largo viaje en coche.

Edna y Boinet se pusieron en acción, y Allegra se encaminó a su habitación para recoger un poco de ropa. Ya estaba aquí. El destino. No estaba segura de si se iba a encontrar de nuevo con Duncan o no, pero fuera lo que fuera, era inevitable ya.

Allegra entró con paso firme en la sala de juntas. Había decidido llevar una fina blusa color crema y una falda negra ajustada que le llegaba a la rodilla. Sus tacones resonaron en el piso de madera, y cuando miró uno a uno a los miembros de la mesa directiva, no parecía ya la joven que en un tiempo se dejó intimidar por aquellas personas. Había sufrido muchos horrores ya como para permitir que una decena de viejos consentidos lo consiguieran.

—Parece que me han obligado a salir de mi retiro para venir a “rogarles” que por favor permitan que un tercero salve la empresa —Dijo con voz que rezumaba molestia, sino sarcasmo —He tenido que venir hasta aquí mismo para abrirles los ojos, para que se den cuenta de que si no permitimos que Duncan Richman nos ayude, tendrán que ir despidiéndose de su vida de lujos y regalos en navidad — Se inclinó sobre la mesa y miró de uno en uno frunciendo levemente el ceño. —Dotson, conociste a mi padre, cenaste a la mesa de mi madre. Dime una cosa: por qué te opones a salvar su empresa?

—Allegra...

—Albert —Dijo dirigiéndose a otro, sin dejar que el primero contestase a su pregunta— Conociste a Duncan Richman. Trabajaste a su lado. Te pareció una persona deshonesto, con doble intención, mientras estuvo aquí?

—Las personas cambian, Allegra.

—Afortunadamente! —exclamó ella—. Si yo misma no hubiese cambiado, todavía estaría pidiéndoles permiso para ponerme tacones! Cuál es la desconfianza? No se han dado cuenta de que ya no tenemos nada que perder? —empezó a pasearse por la sala, y algunos hombres quedaron admirados de que, aunque había estado encerrada en alguna parte del país, ella había vuelto no acabada y demacrada, sino más hermosa que nunca —Creen que aún hay algo de la Chrystal que podamos salvar? En cuanto me enteré de lo que había hecho George Matheson bajo las mismas narices de todos ustedes, supe que necesitaríamos ayuda, contante y sonante. Duncan Richman pone muy pocas condiciones para participar en el levantamiento de este barco que se hunde, y ustedes se están comportando de manera tan... digna?

—Nos venderá. Nos comprará y nos venderá.

—Nos venderá, tal vez, pero a muy buen precio. Por mi parte, prefiero salvar aunque sea una parte a perderlo todo! O es que tienen miedo? Alguno de ustedes no fue muy amable con él mientras estuvo aquí? —Sorprendida, Allegra vio que algunas cabezas se bajaban, y otras miradas rehuían. Sonrió con ironía —Si hay alguien a quien Duncan Richman puede odiar es a mí, y estoy dispuesta a recibir todo su veneno... con tal de que nos salve. Si yo soy capaz de bajar hasta ese punto la

cabeza... por qué no ustedes?

Se sintió nerviosa ante el compromiso de sus propias palabras. Miró a Haggerty y dijo:

—El que no quiera continuar en este barco que abandone. Entre tú y yo podemos comprar su parte.

—Está bien. Aunque la parte de cualquiera de los de aquí no valdrá gran cosa. Las acciones cayeron estrepitosamente el último mes.

—Son unos cobardes, pues entonces que se pierdan los beneficios que traerá el asociarnos con Duncan Richman... que por cierto, qué bien que le queda ahora ese apellido.

Y con esas palabras abandonó la sala. Haggerty la miró orgulloso. Nunca imaginó que Allegra tomara la ofensiva frente a la mesa directiva; casi había esperado verla usar sus encantos y sutilmente rogarles. No, ella había sido una aplanadora pasando por encima de cada uno de los hombres allí sentados, que ahora se cuestionaban lo sensato de su primera decisión.

—Entonces aceptaron —sonrió Duncan, sentado en un mueble del lujoso pent-house donde vivía Edmund Haggerty. Alrededor, mucha gente sostenía sus copas de vino o un pequeño plato lleno con comida del buffet que se hallaba al fondo de la sala. Era otra de las populares fiestas de Edmund Haggerty. A lo mejor estaba buscando su quinta esposa.

—Ah. Aunque no fue fácil, hubo que usar la artillería pesada.

—Ah, sí? Cuál?

—Allegra.

Al oír el nombre, Duncan hizo un gesto involuntario con su boca, como si algo con gusto amargo se hubiese colado por entre sus labios.

—No me vas a preguntar cómo está?

—Si me interesara ya lo habría hecho —Haggerty se echó a reír.

—Pues está preciosa. Madura, centrada, decidida... el epítome de mujer perfecta.

—Mmm...

—No tiene ya ese brillo de antes, pero...

—Haggerty, no quiero hacerme odiar por ti, así que... podrías cambiar el tema, por favor?

Haggerty volvió a sonreír.

—Está bien. Ya tienes pensado el plan de ataque? O necesitas ayuda?

—Conozco la Chrystal casi como la palma de mi mano. No te preocupes. Antes de que me dijeras esto ya tenía todo montado y organizado.

—Tendrás que ser claro en la reunión de socios mañana. Están nerviosos porque creen que los venderás por piezas como un camión viejo.

Y con razón, pensó Duncan, porque era eso exactamente lo que pensaba hacer... o bien podía cambiar de opinión a mitad de camino, pensó, y adueñarse al completo de la empresa. No por nada lo llamaban “El tiburón” de las finanzas, nada se escapaba de sus fauces, y la Chrystal había sido una de las empresas que más rindiera beneficios antes de su desgracia: los Matheson.

Al pensar en la reunión de socios un leve apretón se produjo en su estómago. Era seguro que Allegra estaría allí. Luego de cuatro años vería de nuevo su carita mentirosa. No era un hombre que huyera de sus miedos, los enfrentaba. Pero Allegra era mucho más que un miedo; era un anhelo, un hambre, un dolor sordo y agudo que ni el paso de los años, ni la distancia que había puesto de por

medio, habían logrado atenuar.

—Qué divertido —dijo al fin, entre dientes—. Siempre me han gustado las funciones de circo. La de mañana promete ser todo un espectáculo.

XIX

Allegra se miró al espejo de cuerpo entero que tenía en el cuarto de baño de su enorme habitación en la mansión Whitehurst. Llevaba sólo su ropa interior blanca, como la prefería, y casi inconscientemente, su mano fue hasta su vientre y se quedó allí por varios minutos.

Hacía mucho tiempo, allí, había llevado la vida que ella y Duncan habían creado. Se había enterado muy tarde, cuando ya la había perdido, no hubo nunca, o no las vio, señales de que su pequeñito hubiese estado allí. No había sentido náuseas matinales, ni antojos, ni había advertido el retraso, pero allí había estado.

No recordaba en qué noche probablemente él la había embarazado. Sus noches eran locas, y a veces se acordaban de usar el preservativo, y otras se confiaban por las fechas que Allegra llevaba. El método no había sido muy efectivo.

Cerró sus ojos recordando de nuevo el horror de los hospitales.

Había estado embarazada de tres semanas, y luego de practicarle el legrado donde habían tenido que extraer los restos de su bebé, había sufrido una fuerte infección en su útero. El embrión había permanecido en su vientre, muerto, por más de tres días, lo que había acarreado una serie de complicaciones, una más grave que la otra, hasta que llegó el veredicto final: No podría tener bebés. Su útero no los soportaría, y era demasiado riesgoso siquiera intentar quedar de nuevo embarazada, lo cual derivaba en una horrible verdad: nunca podría ser madre.

Se quitó la mano del vientre como si quemara, y se alejó del espejo buscando la ropa que se pondría. Era increíble cómo en una sola noche podía cambiarle la vida a una mujer. Una tarde ella lo tenía todo, un futuro hermoso al lado del hombre que amaba y con la familia de este, y a la mañana siguiente ya lo había perdido todo.

Él le había pedido que no lo buscara, que no contactara a su familia, y ella lo había hecho así, aunque luego descubrió que la familia Richman se había mudado de nuevo, esta vez a alguna mansión de lujo.

Se preguntaba todos los días cómo estaban, cómo estaba Kathleen, Paul y Kevin, y si Nicholas había sido fuerte y había enderezado su camino, o si había vuelto a caer en las drogas.

Se preguntaba, sobre todo, cómo estaba él. Las noticias en los diarios y revistas no le eran suficientes.

Thomas había desaparecido. La última vez que lo había visto fue cuando casi le dispara en el despacho de su padre. Había obedecido la petición que ella le hiciera y había desaparecido. Rogaba que quizá para siempre, porque la rabia y la ira aún no se habían ido. Si lo volvía a ver y volvía a tener un arma cerca, lo probable era que esta vez ella no apuntara a otro lado.

No sabía exactamente qué había sucedido en esos tres días que estuvo en su apartamento. Había sido imposible dilucidar si había sido víctima de violación, o si ella había dado su consentimiento, pues lo primordial había sido salvarla a ella de perder la vida entre aquel maremágnum de sangre. Ni siquiera Boinet había podido aclararle el acertijo. Se había quedado con la pregunta de si ella había cedido, o si Thomas, haciendo gala de su cobardía, la había abusado.

Prefería creer lo segundo, pues su cuerpo no podía ser tan traidor, éste deseaba y sólo respondía ante la presencia de Duncan, lo amaba con su cuerpo y con su alma, no podía ser que se hubiese doblegado ante Thomas.

Pero la duda era horrible, y ella no tenía cara para mirar a los ojos a Duncan esa mañana. Ni siquiera había permitido que Edna o Boinet lo buscaran para contarles de su estado y su situación, para que él se enterara de que había estado embarazada y había perdido al bebé. Sentía una vergüenza horrible, por culpable, traidora, sucia... no se sentía con derecho a ser perdonada. Había contaminado lo más hermoso que había tenido jamás, y merecía el castigo que le impusiera la vida.

Duncan y ella no se habían jurado amor eterno, ni siquiera habían hablado acerca de ser novios de verdad, no por contrato; pero de mentira o de verdad, él había sido claro esa vez, eran novios. Si su pensamiento hubiera sido alguna vez terminarle a Duncan y seguir con Thomas, él se habría merecido que le trataran con respeto y le hablaran con la verdad. Pero no, se había dado cuenta del peor modo, sintiéndose utilizado, y por el dolor que ella había visto en sus ojos esa última vez, engañado.

No sabía qué iba a hacer, lo tendría en la misma habitación otra vez, luego de cuatro largos años sin él. Lo soportaría? O se abrazaría a él rogándole que la perdonara?

Llegó sin retraso a la reunión. Edna había ido con ella para asegurarse de que no enloqueciera, sería algo así como su polo a tierra. Entró a la sala de juntas y, gracias a Dios, él no había llegado.

—Está en la oficina de Haggerty, conversando—. Dijo alguien, y ella agradeció el apretón en la mano que le dio Edna.

Se sentó en la silla que presidía la mesa, y esperó. Quizá los días en que ocupara aquél puesto estaban contados ya.

Duncan entró a la sala riendo aún de algún chiste que le había contado Haggerty. Se quedó serio al estar dentro y miró a todos los allí presentes y los saludó con el consabido “Buenos días”. No se detuvo en ella ni siquiera un segundo de más. Al parecer, no merecía su atención mucho más que cualquier otro allí.

Alguien le ofreció una silla y él se sentó. Haggerty tomó la vocería quedándose de pie y anunciando:

—Bueno, señoras y señores. Por fin llegó este momento...

Ni que lo digas, pensó Allegra, y se atrevió a mirar a Duncan.

Dioses, estaba más guapo de lo que recordaba. Más bronceado, y su cabello castaño oscuro un poco más largo que antes, y aclarado, como si hubiese pasado mucho tiempo al sol, pero esa seguía siendo su misma boca de labios carnosos, sus mismas cejas pobladas y oscuras, su misma nariz pequeña... Su mirada se encontró con la de él, y no pudo evitar que las pulsaciones de su corazón se aceleraran... para nada. Esa mirada estaba vacía. Todo el ardor que ella vio en el pasado, en sus miles de noches apasionadas, salidas con y sin los gemelos, había desaparecido.

En algún momento de la reunión Duncan había tomado la palabra, y había explicado a todos su plan a seguir. Habría que hacer ajustes y dolorosos recortes, inyecciones de dinero en ciertas áreas y mayor producción en otras. Él personalmente se encargaría de las gestiones más complicadas y allí mismo en la reunión empezó a delegar funciones. Todo parecía milimétricamente estudiado.

Ella sabía que él era brillante, y antes había tenido oportunidad de oírlo hablar de sus planes, de sus proyectos a futuro. Sí. Sabía que era brillante, pero hasta ahora lo comprobaba. Con sus palabras, que no estaban impregnadas de ninguna insulsa retórica, sino que iban al grano, exponía las cosas tal como eran, y así había conseguido dejar en el corazón de todos los presentes un rayo de esperanza: en menos de un año, la Chrystal se recuperaría.

Cuando la reunión concluyó al fin, se hizo la demorada, quería mirarlo un poco más, sólo un poco

más.

La sala se fue vaciando al final, sólo quedaron ella, Edna, que simulaba estudiar la carpeta de Allegra, Haggerty y el mismo Duncan.

Sus miradas se volvieron a encontrar.

Y otra vez nada, vacío.

—Señorita Whitehurst. Cuánto tiempo.

Allegra lo miró fijamente, sin perder detalle de su rostro, de sus ojos ambarinos, de sus labios tan besables.

—Demasiado —contestó ella, tratando de disimular su afán por correr y abrazarlo, rogarle, implorarlo que la perdonara. —Te ves... muy bien.

—Ah, sólo es la ropa. Por debajo, sigo siendo el mismo Duncan pobretón de siempre. Ya sabes lo que dicen, aunque el mono se vista de seda...

—Tú nunca fuiste un mono —Él rió en una sonrisa que no alcanzó a iluminar sus ojos. Parecían muertos.

—Siempre tan considerada con los más desvalidos.

—Excelente —comentó Haggerty, que había estado atendiendo a la conversación como si de su pelota de golf camino al hoyo uno se tratara—. Me encanta que se traten con tanta cordialidad. Vamos a estar juntos trabajando por mucho tiempo. Las rencillas del pasado no pueden ser más importantes que los proyectos del futuro.

—De qué rencillas hablas, viejo Haggerty? —el anciano soltó una carcajada.

—Eso me gusta. Vamos a celebrar?

—Celebrar? —preguntó Allegra, como tonta.

—Claro que sí. Hoy empieza la nueva era de la Automotriz Chrystal, y hemos empezado con pie derecho. Te nos unes, Allegra?

Allegra miró de nuevo a Duncan. Este tenía una pose relajada, y la misma sonrisa vacía. Con las manos en los bolsillos, la miraba como si no le importaba si iba o si no iba. Ya no podía soportarlo más. Un molesto dolorcillo de cabeza se había instalado muy cómodamente en sus sienes.

—No. Me temo que no podré acompañarlos.

—Mmm, es una lástima —dijo Duncan. Pero igual, le dio la espalda y se encaminó a la salida.

Salió con Haggerty diciendo algo muy gracioso que hizo reír al viejo, y Allegra quedó allí, clavada en su sitio, como si simplemente no pudiera desprender sus pies del suelo.

Era él. Lo había visto, había escuchado de nuevo su voz, visto de nuevo su rostro, sentido de nuevo ese aroma que en el pasado la había seducido, y lo seguía haciendo en el presente. Pero al tiempo, era otro. No era *su* Duncan.

—Allegra. Vamos a casa.

No, no quería ir a casa. Una de las razones por las que se había ido todo ese tiempo a la vieja cabaña a las afueras de la ciudad era porque no soportaba estar en la misma casa y en la misma habitación en la que tantas veces había hecho el amor con él. Era demasiado doloroso.

—Lo viste, verdad, Edna?

—Sí. Era él, el mismo.

—No, no era el mismo. Era otro!

—Bueno, el tiempo y el dinero cambian a las personas...

—No me refiero a eso, me refiero a que... ya no hay nada en él.

—A qué te refieres? —preguntó Edna y Allegra se quedó callada, pues ni ella misma sabría responder con las palabras correctas a esa pregunta. Lo que sea que hubiese antes en los ojos de Duncan cuando la miraban en el pasado, ya no estaba allí. Se había ido.

Una lágrima rodó por su blanca mejilla. Por primera vez sintió que de veras lo había perdido para siempre.

Duncan se metió en su Audi luego de despedirse Edmund Haggerty y cerró la puerta con fuerza. Se puso la mano en el pecho y por unos minutos se concentró en normalizar su respiración y su ritmo cardíaco.

La había visto, era ella, tan hermosa, con el cabello recogido en una trenza que le llegaba a la espalda, pues el cabello le había crecido bastante en esos últimos cuatro años. Delgada y perfecta. Su Allegra.

No, no era suya, tuvo que recordarse, nunca lo había sido.

Y ese había sido su mantra cuando se dio cuenta de que no saldría tan ileso luego de verla.

Ah, sí, Allegra, tan hermosa, tan perfecta, tan mentirosa.

Puso el auto en marcha y salió disparado de la zona de parking del complejo Chrystal. Tenía que terminar de expulsarla de su sistema, creía que en esos cuatro años lo había conseguido aunque fuera un poco, pero hoy se había dado cuenta de que el tiempo y la distancia no habían hecho más que acentuar su anhelo por ella, nunca difuminarlo.

La sacaría, la sacaría aunque fuera lo último que hiciera.

Tendría que acelerar el desmiembre de la Chrystal si no quería salir más perjudicado aún por su cercanía. Tenía que dejar de tenerla cerca.

En New York, todos esos años solo, pues había dejado su familia en Detroit mientras iniciaba su proyecto, se había sentido a salvo. Cada nuevo triunfo no era más que una nueva puerta a otro proyecto que lo sumergiría más y más profundo en el trabajo, todo para olvidar, y quizá a eso se debía su pronto éxito y su ingreso tan temprano al mundo de los hombres más poderosos del país. Pero fue volver a verla y perder todo lo conseguido durante todos esos años.

Aún la amaba.

A pesar de que sabía que era una actriz y una mentirosa redomada, incapaz de sostener una promesa, de mantener su palabra.

Aceleró. De algún modo, la olvidaría, y si no, por lo menos le infligiría el mismo daño que ella a él. Si la Chrystal era lo único que le importaba, por allí atacaría.

Uno a uno los días fueron pasando.

Duncan tenía un dinamismo muy diferente al que todos en la Chrystal estaban acostumbrados. Su manera de gobernar era precisa y certera, como el pulso de un cirujano. La gente que no caminaba a su ritmo era simplemente removida, así que todos empezaron, sí o sí, a marchar a su velocidad.

Daba órdenes, sugería estrategias, sacaba de debajo de la manga ideas que a los más conservadores les ponía los pelos de punta, pero que a la larga, empezaron a proyectar ganancias. Al fin.

No se había vuelto a ver a Allegra en las oficinas de la Chrystal a menos que fuera necesario para

darles a los socios un informe detallado del avance de las gestiones de la Irvine sobre la Chrystal, y entonces, ella sólo asistía, se informaba, y se volvía a ir acompañada de su guardaespaldas. Nunca se quedaba más tiempo del necesario, ni siquiera para una insulsa charla, como la primera vez.

Lanzamientos de nuevos modelos fueron ignorados por su presencia. Participación en carreras de talla mundial. Todo.

Algunos comentaban que a lo mejor había vuelto a su ostracismo, al encierro en el que estaba desde hacía cuatro años. Demasiado había salido de su agujero para participar de las juntas de socios para informarse. Antes ni eso hacía.

Duncan estaba enloqueciendo. A su alrededor no hacía sino escuchar los cuchicheos de quienes habían sabido de su relación con la heredera, y no se preocupaban por ocultar sus conjeturas. Todos intuían, en voz alta, claro, que el extraño comportamiento de la Whitehurst era estrictamente responsabilidad de Richman.

Ostracismo? Se preguntaba él. Mientras estuvo en New York toda esa temporada había creído que Allegra había llevado una vida de fiestas y cenas tan normalmente como antes. Era verdad que nunca la había visto en fiestas, ni en diarios o revistas, acompañada de nadie, pero creyó que se debía a que él odiaba hacer parte de toda aquella farándula, y ni siquiera leía las notas sobre sí mismo o sobre sus empresas. No a menos que fuera su propia madre quien se los mostrara, como había sucedido con aquél fabuloso reportaje acerca de Nalla, su yate.

Se había sorprendido un poco al enterarse de que Allegra seguía soltera y que al parecer no había vuelto a salir con Thomas Matheson, pero no había querido dedicar un minuto más del necesario a pensar en ella o cualquier cosa relacionada y se había hecho el de los oídos sordos.

No había sido suficiente.

Cuando ya se acababa aquél verano, y el clima estaba dando paso al otoño, horrible otoño en Detroit que le recordaba aquella época hacía cuatro años cuando la conoció y se enamoró; terminó su suplicio. Era hora de proceder en sus planes con la Chrystal.

Esa era su especialización. Rescatar empresas a punto de quebrar, reorganizarlas, reestructurarlas, dejarlas funcionando y venderlas a un precio hasta diez veces mayor del que valía antes de que él interviniera. Y si era una empresa que bien manejada podía dar una renta generosa, entonces la conservaba y la adhería a su propio conglomerado. La absorbía.

Hacer todo ese proceso con la Chrystal había sido un placer. Era su venganza.

El grito de la mesa directiva no se hizo esperar. Algunos repitieron hasta el cansancio “lo sabía”. Haggerty miró a Duncan sorprendido, y un poco desilusionado. Se había quedado muy ancho y pancho luego de soltarles la bomba. Había decidido absorber la Chrystal.

Aunque al viejo no le afectara mucho la quiebra o la venta de la automotriz, le tenía cariño, había invertido demasiado tiempo en ella, y era una especie de religión donde el dios era cualquiera que llevara el apellido Whitehurst o alguien muy allegado, y Duncan, todos lo sabían, ya no lo era.

Ver que ahora él intentaba apropiarse de ella le estaba costando lo suyo, sobre todo porque sabía cuáles eran sus verdaderos motivos. Integrar Chrystal a su imperio no le iba a producir más ganancias de las que ya tenía al año, pues la empresa estaba más en un estado en que necesitaba apoyo; era el saber que tenía en sus manos la herencia de la mujer que antes había destrozado su corazón.

Pues bien. Sí, y qué, pensaba Duncan al sentir las miradas acusadoras de todos. Se lo merecía, y los allí presentes lo sabían.

Puso el precio de redención de la empresa por las nubes y simplemente desapareció.

—Que hizo quéee? —Gritó Edna al escuchar a Haggerty contarle las nuevas, deteniéndose en su paseo nervioso por la sala de estar.

El anciano se había desplazado hasta la cabaña en la que ahora vivía Allegra para contarle los últimos acontecimientos, de los que en gran parte se sentía responsable. Allegra había escuchado con gran estoicismo cómo Duncan había desaparecido dejando caer que, después de todo, Chrystal le interesaba mucho, y que estaba pensando seriamente quedarse con ella. No venderla como ellos habían temido al principio, sino apoderarse al completo de ella, y todos sabían que ellos ya no tenían la solvencia económica para enfrentarse a esa lucha, así tuviera que intervenir la justicia para ayudarlos.

Lo perturbador era pensar que pudiese comprar al completo una empresa como la Automotriz Chrystal, que estaba avaluada en varios miles de millones de dólares. Acaso cuánto dinero tenía ahora?

—Puede hacer eso? —preguntó Allegra—. Es legal?

—Sí, puede. Recuerda que le firmamos un contrato donde le dimos absoluto poder. Él dejó la empresa funcionando, si no al cien por ciento, al menos a media marcha. Nos recuperaremos solos si seguimos las indicaciones que dejó en unos pocos meses. Pero no tenemos el dinero para pagarle el monto de sus servicios para podernos desligar de la Irvine, y él lo sabe.

—Se está vengando! —Exclamó de nuevo Edna dando vueltas por la sala—. Y todos aquí sabemos por qué.

Haggerty miró fijamente a Allegra. Se había enterado de todo lo sucedido hacía cuatro años, lo del engaño de Thomas y la pérdida del bebé por la misma Allegra, mucho después. Había guardado silencio porque ella se lo había pedido, pero era del pensamiento que Duncan debía saberlo todo.

—No, no —empezó a decir Allegra—, no me mires así.

—Allegra. Edna tiene razón. Es su manera de vengarse.

—No...

—Sólo tú puedes hacer algo.

—No! —gritó, perdiendo al fin la máscara de control. Se puso en pie y empezó a masajearse la frente—. No me pidas eso, Edmund. Él me odia.

—Bueno, se ha preocupado mucho por mostrar indiferencia hacia ti, pero piensa en una cosa: de entre todas las mujeres que ha tenido para escoger, y mujeres hermosas, déjame decirte, él, a sus treinta y uno, sigue soltero. No te preguntas por qué?

—Porque es un rencoroso! —Volvió a gritar Edna.

—Y qué pretenden? Que vaya hasta él y me arrodille y le ruegue para que por favor sea razonable y nos devuelva el dominio de la empresa?

—Bueno...

—De ninguna manera! No quiero humillarme más, no me pidan eso!

—Humillarte? —preguntó Haggerty poniéndose en pie—. Tú ni siquiera has dado la primera batalla. Dejaste que se fuera y no fuiste tras él para explicarle que lo que pasó esa noche con Thomas Matheson no fue más que una abominable trampa que casi te cuesta la vida!

—Yo lo engañé! —gritó Allegra apretando con sus manos el espaldar del mueble en el que había

estado sentada hace un momento— con abominables trampas en medio o no, yo lo traicioné. Sabes que hay algo que Duncan jamás perdona? La mentira!

—Pero no lo hiciste por tu voluntad.

—Eso no lo sé ni yo misma!

—De todos modos, si hay alguien en este mundo que puede hacer cambiar de parecer a ese cabeza dura, eres tú. Ahora mismo debe estar en su yate, en algún lugar del caribe; está bastante engomado con su nuevo juguete. Ve, búscalo. Aclara las cosas y acaba ya con esta tortura.

—Ed...

—Que no se diga que nunca te di un buen consejo. Que lo sigas o no, esa ya es tu decisión.

Edmund terminó su copa de vino y salió. A la salida le echó una furtiva mirada a Boinet, y éste, imperceptiblemente, asintió.

Allegra no dejaba de pasearse en la sala que Haggerty acababa de dejar. ¿Ir hasta donde estaba Duncan? ¿Intentar explicarle? Pero explicarle qué!? Ni ella misma entendía. Sólo sabía que había un noventa por ciento de probabilidades de que lo hubiera engañado con la persona que más odiaba en el mundo! Drogada o no, ella había tenido sexo con Thomas, y en ese video, en el que con horror se había visto a sí misma, ella no parecía muy renuente a colaborar.

—De todos modos —dijo, como para sí—. Encontrarlo en el mar caribe no va a estar fácil, es... imposible.

—De hecho —dijo Boinet—, yo sé cómo podemos encontrarlo.

Ambas mujeres en la sala lo miraron sorprendidas, como siempre ocurría cuando Boinet hablaba sin que se lo hubieran pedido.

A pesar de que entraba el otoño, el calor en Miami semejaba al del pleno verano. Allegra no era una mujer sudorosa, pero el fogaje del ambiente a punto había estado de marearla en un par de ocasiones.

Iba vestida con una ancha blusa de shiffon verde esmeralda que se agitaba por el viento, y debajo de ésta, un top de baño, un simple short blanco que dejaba sus piernas desnudas, sandalias blancas decoradas con conchas marinas, sombrero playero y lentes de sol ámbar de Dolce & Gabbana.

Con el papel que Boinet le entregó esa mañana que contenía las especificaciones del yate de Duncan en la mano, y un enorme bolso blanco que contenía bloqueadores para su piel blanca y unas pocas cosas más de uso personal al hombro, Allegra iba mirando de barco en barco, buscando.

De pronto lo vio. El Nalla.

Esperaba algo más grande y ostentoso, como solía suceder con las personas que de un momento a otro habían adquirido mucho dinero, y se sintió un poco avergonzada por haber pensado así de Duncan. Podía ser orgulloso, pero no ostentoso. Y el yate brillaba bajo el sol como una joya blanca y azul. Imaginó que dentro sería algo así como un minipalacio flotante.

—Buenas? —Llamó. Incluso dio un par de golpes al casco como si fuera la puerta. Nadie contestó.

Según Boinet, debía darse prisa, pues el Nalla tenía programado zarpar ese mismo día antes de mediodía. Si no lo pillaba allí, tendría que esperarse hasta que regresara, lo que bien podía tomar días, o semanas.

—Hola? —Volvió a llamar.

El puerto estaba desierto, y el sonido del viento imperaba, y tenía que sujetar su sombrero con una

mano para que no saliera volando.

Quizá su voz no se oía dentro, y por eso nadie contestaba.

—Duncan? Soy yo, Allegra. Mira, vine a hablar contigo. Podríamos...?

Nada.

Decidida a no perder su oportunidad, Allegra subió a la cubierta. Caminó unos pasos hasta encontrar la puerta de acceso al interior del yate; estaba entreabierto.

—Duncan?

Bajó las escalerillas que la llevaban hasta la zona del living, y se quedó quieta. Estaba solo, allí no había nadie.

Al fondo, en la esquina interna de la proa, había una puerta que debía ser la de la habitación principal del yate. Atravesó un pasillo con otras puertas, se acercó y llamó, al no obtener respuesta se asomó a las diferentes habitaciones, esperando no encontrar ninguna escena. Nada. En la habitación principal sólo se hallaba una enorme cama que ocupaba casi todo el espacio.

En el living, los muebles circulares rodeaban casi toda la pared de la embarcación. El yate tenía bar, sala de televisión, una cocina... Estaba pensando en que quizá se hallaba en otro nivel cuando sintió un movimiento. Los motores se habían puesto en función.

—Hola? Hay alguien allí?

Quiso subir presurosa las escalas que la llevaban al exterior, pero entonces el yate tomó velocidad, y perdiendo el equilibrio, Allegra cayó golpeándose la cabeza. Perdió la consciencia y se entregó a la oscuridad.

Duncan timoneó el Nalla internándolo en el océano atlántico con la satisfacción de un niño que estrena juguete. No era la primera vez que se lanzaba al mar con el Nalla, pero cada vez para él era como la primera vez. Amaba el mar. Antes no había tenido oportunidad de explorarlo por sus limitaciones económicas, pero ahora podía, y Miami se había convertido en su destino cada vez que podía y quería.

Sabía que había armado un pandemónium en la Chrystal, y que ahora mismo Allegra debía estar llorando la posible pérdida de su herencia, pero pensarlo no lo mortificaba. Al menos, no mucho.

Puso el piloto automático y decidió bajar por unas cervezas. Hacía calor, y no quería deshidratarse.

Esta vez había venido solo. No había tenido ánimo de invitar a ninguna amiga en esa ocasión, lo que lo molestó consigo mismo. Volver a ver a Allegra lo estaba trastornando demasiado, y eso lo enfurecía.

Bajó las escalerillas y...

—Qué diablos?

La causante de todas sus preocupaciones, enojos y desvelos estaba allí, en el suelo, con su cabellera desparramada sobre el suelo del yate, y aparentemente inconsciente.

—Allegra? Cómo diablos terminaste aquí?

La alzó en sus brazos con el propósito de levantarla, y cuando esta empezó a despertarse, la soltó como si quemara, lo que sólo consiguió que se volviera a golpear.

—Diablos!

Volvió a alzarla en sus brazos, esta vez al completo, y equilibrándose por el movimiento del barco, la llevó hasta la amplia cama de la esquina de proa.

Aquello debía ser una pesadilla.

O tal vez un sueño, de esos miles que había tenido: ella, dormida, en su cama.

Algunas zonas más traidoras de su cuerpo estaban empezando a reaccionar ante las posibilidades.

Maldición.

—Qué hacías aquí, mujer?

Y de pronto cayó en cuenta. Claro. Ella estaba allí para implorarle que le devolviera su empresa, o que por lo menos, bajara el precio de redención.

Se alejó de ella como si de pronto quemara, volvió a subir la escalerilla, y tomó de nuevo el timón. No iba a conseguir nada de él. No, no y no. No iba a ser débil. Es más, debía regresar inmediatamente a puerto y dejarla allí.

Pero entonces la imagen de su cabellera rubio platino, con un largo que él no había explorado aún con sus dedos, esparcida sobre su almohada, le trastocó la mente. El fino cuello femenino tan expuesto, la curva de sus pequeños senos...

Maldito dragón traidor.

Una vocecita más maligna dentro de sí le impidió darle vuelta al barco. Se empezó a preguntar hasta dónde estaba dispuesta Allegra Whitehurst a llegar con tal de salvar su empresa.

La respuesta ofrecía mil posibilidades a su enfebrecida mente.

Allegra despertó poco a poco, y al verse en la cama, supo que alguien la había visto ya. El yate seguía en movimiento.

—Aauch —se quejó, tocándose la parte trasera de la cabeza, donde se había golpeado. Un chichón se le había formado allí.

Caminó a paso lento y salió de la habitación triangular, y agarrándose de los muebles para no caerse. Subió las escalerillas... y lo que vio la asombró. Estaban en altamar!

—Buenos días, princesa —dijo la voz de Duncan a sus espaldas—. Dormiste bastante.

—Duncan! Ay, Dios, esto es un error. Da la vuelta, por favor, tienes que regresarme a tierra! Todos se van a preocupar por mí!

—De veras? Creí que lo habías planeado todo. Meterte a mi yate para pasar un hermoso fin de semana conmigo.

Allegra lo miró como si le estuviera hablando en mandarín. Bajó de nuevo al interior del barco y buscó en su bolso su teléfono. Cero cobertura. Volvió a subir.

—Vine aquí sólo a hablar contigo, no a pasar el fin de semana. Sufrí un accidente, me... caí...

—Sí, sí, sí. No lastimes mi corazón. Yo sé que lo hiciste por estar conmigo—. No le gustó su sonrisa cínica. Pero ahora estaba a merced de él.

—No piensas regresar?

—Nop.

—Duncan...

—Quieres una cerveza? Hace calor. Mira, ahí en la nevera hay bastantes, toma una.

La iba a ignorar. Bien.

Se acercó a los muebles de la cubierta, y sentándose, tomó de la nevera portátil una cerveza fría. Después de todo, la necesitaba.

Duncan la vio resplandecer bajo el sol. No estaba para nada bronceada y dudaba que su piel tan

blanca fuera a soportar mucho tiempo sin que se pusiera roja.

—Si no quieres desollarte bajo el sol, ven bajo techo. —Allegra lo miró titubeante. Se estaba preocupando por ella?

—Duncan, te preguntarás qué hago aquí...

—No, realmente. Vienes a pedirme que les devuelva su empresa a un precio justo.

—Pero eso que hiciste es irrazonable! El trato era que en cuanto restauraras la empresa nos la devolverías con todos sus activos, y nosotros, a cambio, te haríamos socio, o te pagaríamos en metálico tus servicios, nunca que...

—Cambio de planes —sonrió él de nuevo—. Quise cambiar las normas a mitad del juego.

—Eso es desleal. Y tú no eres así.

—Cómo sabes tú cómo soy yo?

—Porque sí. Te conozco.

—Esa es la respuesta más trillada que he oído en mi vida. Las personas cambian, sabes? Sobre todo cuando han tenido que pasar por mucho.

Allegra se puso en pie y se acercó a él. Duncan había detenido el yate, y manejaba los controles con mano experta.

Llevaba unos vaqueros, y arriba, sólo una camiseta de tirantes vieja. Sus fuertes brazos bronceados, y parte de su pecho salpicado de vello estaban todos a la vista. Allegra se aferró a una de las barras que sostenía el techo.

—Si lo estás haciendo por vengarte...

—No, Allegra. Lo hago por simple negocio. Tal como la dejé, y si sigue mis directrices, la Chrystal se convertirá de nuevo en una de las empresas más rentables del país. Quiero ese tesoro para mí. Después de todo, fue mi dinero y mi trabajo el que la dejó funcionando de nuevo, no?

Duncan cometió el error de girarse a mirarla. Ella tenía los ojos cerrados, como si estuviera soportando un profundo dolor. Dolor por su empresa, quizá, pero esa expresión se parecía demasiado a cuando ella... Joder, imágenes de ella haciendo el amor con él se pasaron una a una por su mente, y tuvo que darle de nuevo la espalda para que ella no notara lo mucho que le había afectado sólo recordar.

—Yo sé... que lo haces por vengarte de mí. Te hice daño. Y ahora me quieres quitar mi herencia para hacerme pagar.

—Y si así, fuera, Allegra?

—Pensaría que sientes algo por mí.

—Odio. Odio es lo que siento. —Ella sonrió mirando su amplia espalda. Mejor odio que nada, pensó, y bajó de nuevo a la parte interior del yate.

Duncan había pasado la tarde pescando, y pensando. Alrededor sólo el mar azul se veía, y su tranquilidad alcanzaba a filtrarse en su alma por momentos. Era por eso que le gustaba venir aquí, era por eso que el mar lo llamaba. Pero ahora, bajo cubierta, estaba una tormenta rubia y de ojos azul violeta. Tenía que reconocerlo, tenía miedo de bajar.

Pero ya había pescado suficiente y seguir arriba sería algo como esconderse, y él no se escondía de nadie.

Bajó con el par de peces del largo de su antebrazo en las manos y se detuvo. Allegra estaba

tumbada en uno de los muebles circulares, con una revista en su regazo como si hubiera estado leyendo, y dormida. Su cuello estaba en mala posición, y si seguía así, despertaría adolorida. Se acercó con toda intención de acomodarla, hasta que se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

No! Ella no podía ver su debilidad! En ningún momento!

Ignorándola, se encaminó a la pequeña cocina para preparar la cena. Iba a ser una completa tortura tenerla allí.

Sarna con gusto no pica, decía su madre, y si pica, no mortifica.

Pues bien, estaba a punto de comprobar si era verdad.

Allegra despertó con el olor de la comida. Se movió en el sofá y sintió el cuello tirante.

Quizá había sido porque recientemente se había golpeado en la cabeza, pero en cuanto intentó distraerse leyendo esa revista, se quedó dormida. Era la misma revista, había notado, donde se había descrito el barco donde ahora estaba ella, el Nalla.

Masajeándose el cuello se acercó a Duncan, que dominaba la cocina como si estuviera acostumbrado a ello. Y lo estaba, recordó ella. Con dos hermanos pequeños, él había tenido que aprender un poco más que lo básico acerca de cocina.

—Necesitas ayuda?

—No, gracias. —contestó él sin mirarla.

Lo miró cruzándose de brazos.

—Estoy atrapada aquí porque te negaste a llevarme de vuelta a tierra. Creo que por lo menos deberé ser tratada amablemente.

—Creí que impidiéndote cocinar, te estaba tratando amablemente.

—Sabes que me gusta cocinar—. Duncan la miró a los ojos. Era verdad. Cuando iba a su casa y encontraba a Kathleen en la cocina, ella se metía a ayudar, y a él siempre le había encantado verla en plan doméstico con su madre.

Capitulando, le dio un espacio en la diminuta cocina moviéndose hacia un lado. Allegra empezó a abrir puertas y cajones buscando y revisando para ver con qué ingredientes contaban, planeaba preparar una salsa que hacía poco Pietro le había enseñado y que haría que Duncan se chupara los dedos.

Cocinaron rápido y al poco rato casi olvidaron los rencores del pasado, casi. Subieron al exterior del yate, donde había una pequeña mesa de madera atornillada al piso y unos pequeños bancos forrados de piel, y allí cenaron los pescados que Duncan había atrapado con la salsa que Allegra había preparado y unas cuantas cervezas.

—Mmm... esto es vida —murmuró Allegra, metiéndose a la boca el último bocado de su plato. Duncan se la quedó mirando cuando, luego, ella se limpió los rosados labios con la lengua. Carraspeó un poco y dijo:

—Cierto que sí? Me quedaría para siempre aquí.

—No lo creo —contestó ella con una sonrisa.

—Por qué no?

—Porque adoras muchas cosas que dejaste en tierra. Tu familia, tu trabajo... y no sé, tienes novia? Podría ponerse celosa si se entera de que estoy aquí, no?

—Para tu fortuna, no habrá novia celosa. Y tienes razón, mi familia y mi trabajo son ahora mi razón de vivir. Cuáles son tus razones, Allegra? La Chrystal?

La vio mirar lejos y borrar la sonrisa que hasta hacía un momento tenía en el rostro.

Allegra pensó en que él no tenía modo de saber que con esa pregunta había puesto el dedo en la llaga. Su razón de vivir había muerto hacía cuatro años, una parte se fue con él, y la otra parte se fue en un mar de sangre.

Aunque no se había enterado sino hasta última hora de que había estado embarazada de él, eso no le había hecho sino pensar en lo que pudo haber sido y nunca fue.

—No —le contestó le contestó con voz opaca—. La Chrystal nunca ha sido mi razón de vivir.

—Estás aquí por ella, no?

—Sí, pero no es mi razón de vivir —repitió.

—Entonces?

Cuán deprimente y lastimero habría sonado si le dijera que ella ya no tenía razones para vivir aparte de su amor propio, un amor propio que, irónicamente, él mismo había ayudado a forjar; que se levantaba cada mañana vacía, y se acostaba igualmente vacía, porque había perdido todo lo que una vez le dio color y sentido a su vida.

Se bebió lo que quedaba en su lata de cerveza en silencio, recordando que había empezado a beber directamente del envase andando con él. Muchas de sus buenas costumbres y remilgos se habían flexibilizado desde que lo había conocido. Muchos de sus miedos se habían esfumado desde que lo hiciera su novio.

Se puso en pie sin contestar la pregunta de Duncan, y cuando iba bajando, se volvió a él y le dijo:

—Como estoy aquí, atrapada por tu culpa, me tomaré la cama.

—No, princesa, estás aquí por culpa tuya —contestó a él, mirándola con el ceño fruncido.

—Entonces devuélveme a tierra.

—No me contestaste a mi pregunta.

—Creí que era una pregunta retórica, ya sabes, de esas que no es necesario contestar porque no están en el libreto.

—No fue una pregunta retórica.

—¿Y por qué quieres saber tanto de mí?! —gritó.

—Está bien, está bien! No te alteres.

Allegra se rascó la frente con la yema de sus dedos, como sabía él que hacía cuando estaba estresada, y Duncan quiso ir hasta ella y abrazarla.

—Estoy cansada. Me quiero dar una ducha, he sudado mucho y...

—Nalla tiene varios cuartos de baño, puedes usar el que quieras. También hay toallas limpias.

—Gracias—. Allegra no perdió un segundo más y bajó como una exhalación.

Duncan se terminó su cerveza preguntándose por qué una pregunta tan simple la había alterado tanto. Ella podía haber aceptado su sugerencia y decir que sí, que la Chrystal era su razón de vivir, pues hasta donde tenía entendido, ella no tenía novio en el momento, no estaba saliendo con nadie, no había vuelto a hacer fiestas en pro de sus múltiples fundaciones, y apenas si se dejaba ver por el mundo.

La Chrystal debía ser su única razón de vivir, si la había movido desde la otra punta del país hasta allí.

Pensar en eso no hizo más que preocuparlo. La Allegra que se había encontrado cuatro años después era una Allegra aún más apagada y triste que la que vio por primera vez, con una peluca roja y maquillaje extravagante, dándole la espalda y mirando la ciudad a través de un ventanal, aquella vez de la extraña entrevista.

De algún modo, había esperado verla con aquella chispa y esa sonrisa que le había conocido, llena de fuego y felicidad.

Cuando bajó, ella aún estaba en la ducha. Agradeciendo el hecho de que su yate contenía unas cuatro habitaciones más cada una con un par de camarotes, se encaminó hacia la que tenía otra cama

doble.

Había comprado ese yate para hospedar en él a su familia completa y a sus amigos cuando pudieran. Sus hermanos y su madre habían disfrutado ya de las comodidades del Nalla, habían ido de pesca las pasadas vacaciones y hecho pequeñas fiestas en las que los gemelos, apenas de nueve años, pudieran participar. Faltaban Martín y Alice con sus tres hijos, pero ese era el proyecto que tenían para fin de año.

Iba de camino a la habitación a paso rápido, como quien huye del fuego, no fuera a ser que Allegra apareciera de pronto y él sacara a flote lo débil que aún era delante de ella; pero entonces eso exactamente ocurrió: Allegra salió del baño de su habitación envuelta en una toalla blanca, y todavía destilando agua. Había dejado la puerta abierta y él vio que su paso era muy inestable a causa del movimiento del mar, a pesar de que el yate estaba anclado en ese momento. Llegó hasta ella en un par de zancadas y la sujetó antes de que se golpeará de nuevo.

—Lo siento. Soy muy patosa en... —Allegra no dijo más; la mirada de Duncan había regresado. Esa mirada llena de fuego, de mil sensaciones. Quiso llorar. Aún en sus brazos y en una posición un poco indigna, apoyó su mano sobre la áspera mejilla, mirándolo a los ojos fijamente, sin moverse demasiado, con miedo de romper ese divino contacto perdido hacía ya tanto tiempo.

Él la enderezó poco a poco, sintiéndose febril, el pecho le bajaba y le subía al ritmo de su agitada respiración. Allegra ya no sintió miedo, así que se acercó a él y apoyó sus labios en su garganta. El gemido de él no se hizo esperar. Fue como si le estuviera infringiendo una terrible tortura, una tortura de la que, si él quería, con un simple movimiento podría escapar, pero allí estaba, inmóvil, lo que le dio a Allegra la libertad de seguir besándolo, tocándolo, tentándolo. Hasta que con un bramido él atrapó sus labios en un doloroso beso. La besaba como si fuese un castigo, como si quisiera, a la vez, devorarla, pero ella no opuso resistencia, y le dio su boca y su cuerpo con rendición. Ella no iba a pelear contra él.

En un suave quejido Duncan le tomó la nuca con fuerza y la separó de sí para mirarla a los ojos y comprobar por qué ella se dejaba tratar así. En el pasado, él nunca quiso lastimarla con sus atenciones, pero ahora estaba siendo un poco cruel y ella no hacía sino seguirle el juego.

Se quedó sorprendido cuando la sintió protestar por quedarse quieto, y con sus manos ya le estaba quitando la camiseta, desabrochando el pantalón, tocando, mordiendo. Ella estaba encendida, su mirada llena de fuego. Ya no más la Allegra apagada y triste, esta era la verdadera Allegra, *su* Allegra.

La alzó en sus brazos para luego apoyarla de espaldas sobre la enorme cama.

Duncan no quiso razonar, no quiso pensar. Sacó de su mente todo raciocinio y como un neandertal se puso encima de ella. En él primaban ahora los instintos animales, y permitió que siguiera siendo así.

Joder. No había calculado cuánto la había extrañado.

Había tenido sexo con otras mujeres, sí, buscando borrar de su cuerpo las huellas que Allegra le había dejado en el pasado. Pero el manoseo de las otras no hizo sino atenuar su añoranza. No había como hacer el amor con la persona que amabas, no había como, en vez de besar, adorar; en vez de acariciar, venerar, lo que pensaba hacer en ese mismo instante.

Y esa mujer que estaba de vuelta en sus brazos, en el pasado había reunido para él todos sus anhelos, sus deseos... sus más oscuros deseos.

—Joder... —Murmuró, mientras la desenvolvía de la toalla y la dejaba totalmente desnuda a su vista. Ella se dejó observar como si con ese mero hecho ya encontrara un infinito placer, y cuando él con su mano capturó uno de sus pequeños senos y lo atrajo hasta su boca para besar, lamer y succionar la punta, ella dejó salir un gemido de esos que a él siempre le habían encantado.

Se acomodó entre sus brazos y sus muslos y se apretó contra ella, con la boca succionaba, lamía y mordisqueaba suavemente sus senos, con una mano adoraba su cabello ahora largo, con la otra, recorría las divinas piernas, las que tanto lo enloquecieron durante todo el maldito día, las que venían a sus sueños como un castigo cada noche.

Allegra metió sus manos en el oscuro cabello, totalmente ida en la miríada de sensaciones. Su respiración era la del atleta en la maratón, y se quejaba como si le faltara algo, como si necesitara algo, ya. Intentó forzarlo y subirlo hasta su rostro para besarlo, pero entonces él empezó a descender con su boca por su cuerpo. Oh, sí... cuánto quería aquello...

Duncan metió el dedo pulgar en su cuerpo y Allegra se contorsionó como si la hubieran pegado al cable de alta tensión. Él sonrió, tal vez recordando que en esas ocasiones tenía que sujetarle fuerte la cadera para poder lamerla a placer, y eso hizo: la lamió, la chupó y la penetró con su lengua hasta que la sintió llorar, así como la primera vez en su habitación.

Cuando sintió que ella llegaba a su primer orgasmo, se bajó los pantalones lo suficiente como para liberar su miembro, se puso de rodillas entre sus muslos y levantó las caderas femeninas. Allegra se dejó guiar, y apoyada en la cama sólo con los codos, vio cómo él entraba poco a poco en su cuerpo. Qué visión más hermosa!, pensó, y una lágrima le bajó por la sien.

Lo rodeó con sus piernas, internándolo dentro de su cuerpo por completo, y esperó.

En esa posición, era él quien marcaba el ritmo, pero él estaba quieto, mirando el cuerpo femenino frente a sí, acariciando con sus manos al completo, como si la yema de los dedos no fuera suficiente, toda la extensión de piel blanca que tenía ante sus ojos.

Bajó los dedos hasta su clítoris y sonrió satisfecho cuando ella lanzó un quejido, y obtuvo la respuesta que quería. En su interior, y sin moverse mucho, ella lo estaba apretando tanto en unos pequeños espasmos que lo estaban enloqueciendo. Su hermosa Allegra con técnicas tan sublimes que lo volvían loco.

Se inclinó un poco hacia ella, apoyando una mano sobre el colchón, y empezó a mover sus caderas.

—Oh, Dios —sollozó ella.

Él bajó la mirada hacia donde sus cuerpos se unían, pensando en que si la miraba a los ojos, aquello no duraría mucho, y quería que durara, quería que ese momento fuera eterno, tenerla para siempre allí, así, donde el cuerpo decía toda la verdad, donde no habían mentiras que valieran, donde no había nadie más.

Empezó a moverse más rápido, más furioso, como una tormenta en el mar.

—Oh, Duncan...

Más rápido aún, porque había perdido el control de su mente y su cuerpo.

Tenía los dientes apretados; por ningún motivo ese “te amo” que tenía tan al borde de sus labios iba a salir. No podía amarla con palabras, entonces la amaría con su cuerpo, que, después de todo, se podía camuflar como una respuesta animal ante una provocación.

No, lo quería todo con ella. No sólo respuestas animales, pensó, y apretó sus ojos lanzando un gemido de dolor y placer.

Ella alzó sus manos y tomó su rostro, y se miraron a los ojos.

Te amo, Allegra. A pesar de todo, te amo. Nunca fui capaz de amar a nadie como te he amado a ti.

Pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Lanzó un grito, vaciándose en ella en un extenso, duro y sublime orgasmo. Se estuvo dentro de ella aun cuando ya no era necesario, aun cuando ya no tenía excusas para estarlo.

Te amo, Allegra, y amo tanto estos instantes de calma que muero, muero porque sólo yo siento así.

Sin mirarla a los ojos siquiera, fue saliendo de su cuerpo, como si no quisiera, como el médico cirujano que con dolor ha de amputarle un bracito a un pequeño niño para que no muera.

Se abrochó de nuevo los pantalones y evitando a toda costa que ella lo mirara a la cara, salió de la cama dejándola sola.

—A dónde vas? —Preguntó ella.

Duncan se concentró en normalizar el tono de su voz, respirando profundo, contando hasta tres.

—Dormiré aquí al lado.

—Quédate conmigo —le pidió.

Un temblor quiso salir y manifestarse en su cuerpo, pero empuñó fuerte la mano.

—No creas que porque lo hemos vuelto a hacer ya todo está bien, Allegra —dijo entre dientes—.

Con esto sólo he comprobado que harías cualquier cosa por la Chrystal —se puso una mano sobre el tórax y agregó—: Gracias por el rato —y salió.

Unas lágrimas se formaron en los ojos de Allegra.

No podía ser. Simplemente no podía ser!

Acababa de vivir un momento sublime junto a él, un momento en que juró que de nuevo sus almas se habían conectado en reconocimiento la una de la otra.

Se quedó sentada sobre el colchón, desnuda, con el cabello revuelto y unas lágrimas rodando por sus mejillas. Acaso todo había sido una mentira? Tanto se había equivocado?

No, pensó, no había sido como antes, algo había fallado, algo no era igual. Ahora caía en cuenta de qué era lo que había faltado: él, ni una sola vez, mientras hacían el amor, la había besado en la boca... ni llamado por su nombre.

Se tiró en la cama llorando. Hacer el amor? No. Para él había sido sólo sexo.

Duncan llegó hasta la otra habitación que contenía una cama doble y se sentó.

Sentimientos encontrados: llenura y vacío, euforia y tristeza.

Sintió algo muy frío sobre su rostro y se pasó la mano. Una lágrima. Debía llevar rato allí si se había enfriado ya.

Por qué, a pesar de que le había hecho el amor, a pesar de que había tocado el cielo juntamente con ella otra vez, se sentía tan perdido?

Se tiró a la cama y miró el techo en silencio mientras la respuesta venía sola a su mente.

El vacío era porque, más que hacer el amor, el mejor momento era cuando, luego, ya saciados, él tomaba su rostro, la besaba y la abrazaba para dormir juntos el resto de la noche.

Se puso en pie y corrió hasta la habitación de Allegra, no pudiendo soportarlo, la necesitaba, necesitaba que ella lo arrullara, que lo mimara...

Se detuvo frente a su puerta cuando las imágenes de aquel video vinieron como un veneno a su mente.

No, por Dios, otra vez no.

Fue certero.

Como un muerto andante, como alguien que acaba de perder nuevamente su alma, se arrastró hasta su cama y se tiró sobre ella de cualquier manera, intentando exorcizar su mente de esas imágenes demoníacas.

Ah, Allegra. ¿Cuán imbécil soy si, aun cuando sé que eres una mentirosa redomada, aún te amo?

Y con ese pensamiento, se quedó dormido.

Allegra subió furiosa a la cubierta, donde sabía que encontraría a Duncan.

Llevaba la misma ropa del día anterior y el cabello recogido de manera descuidada en un rodete, con las mejillas coloreadas de la misma ira y pisando fuerte.

Era la primera hora de la mañana, y el clima estaba perfecto para pescar, echarse quizá al agua a bucear o disfrutar del paisaje, pero iba a hacer que la devolviera a tierra quisiera o no. La noche anterior había cometido el error de creer que era el mismo Duncan que había conocido antes y con el que podía hablar razonablemente y negociar la devolución de la Chrystal, pero había comprobado que no era así.

Al contrario, había salido herida a niveles que él no se alcanzaba a imaginar.

Enamorada, y creyendo que lo había recuperado, se había entregado a él en alma y cuerpo de nuevo, para luego comprobar que él sólo estaba jugando y que la había utilizado para echarle en cara la precaria situación en la que estaba.

Duncan Richman no volvería a burlarse de ella, como que se llamaba Allegra Whitehurst.

—Devuélveme al puerto —dijo de un momento a otro. Duncan se giró a mirarla. Llevaba el mismo estilo de ropa que el día anterior, vaqueros y camiseta de tirantes.

—Eso es una orden o una petición? —preguntó con sorna. Allegra lo miró echando chispas.

—Si no me regresas, esto contará como un secuestro. A las autoridades no le gustará nada saber eso.

Él sonrió enseñando sus dientes.

—Claro, un secuestro. Estás muy acostumbrada a que es a ti a quien escuchan y atienden siempre, no? Te crees acaso que yo no tengo amigos allá arriba así como tú? —Dio unos pasos acercándose a ella, aún con la misma sonrisa en los labios—. Te recuerdo que fuiste tú misma quien, sin ser invitada, se metió a mi yate, y ah, anoche participaste muy activamente de la sesión de sexo. ¿Secuestro? Yo lo llamaría más bien allanamiento de morada.

—Regrésame a tierra! —Gritó Allegra, y esto sorprendió a Duncan, que nunca la había visto perder los estribos así —Qué más quieres de mí?

—Verte así, desesperada como estás ahora. Soñé muchas veces con verte morder el polvo y mira! Allí estás!

—Entonces regrésame a tierra; ya conseguiste lo que querías, e incluso más! Anoche conseguiste muchísimo más que una empresa! Devuélveme a tierra!

—No, Allegra, estoy seguro de que aún puedo obtener más de ti.

—Ya me quitaste mi empresa, me quitaste mi dignidad! Maldita sea, Duncan, qué otra cosa quieres?

—Tu dignidad? Tan poco vale que la perdiste ya, con sólo venir aquí?

—Creí que podría hablar contigo, creí que podía convencerte de que hicieras lo correcto con respecto a la empresa, apelé al viejo Duncan con principios que conocí, pero veo que estos cuatro años sólo te han convertido en ese tiburón desalmado del que todos hablan! Quién eres? no eres para nada el Duncan que conocí y del que me enamoré!!

Duncan soltó una carcajada para nada divertida y aplaudió con fuerza.

—Acabas de sacar tu última carta, verdad? —gritó— Claro! Estabas allá en la habitación con tu

rubia cabecita maquinando y pensando: “a ese le digo que me enamoré y cae”. ¡No te engañes, Allegra Whitehurst!, no estás ni cerca de conseguir ni un centavo de mí. Quieres la Chrystal? Trabaja por ella! Mátate como yo me maté en conseguir lo que ahora tengo!

—No quiero tu dinero! Que seguramente fue conseguido de la misma sucia manera que me quitaste la Chrystal!

—Piensa lo que quieras!

—Eres un monstruo!

—Sí, y eso me salvó la vida! –gritó él a su vez acercándose más a ella— Porque ahora me devoro a princesitas como tú, arpías, traidoras y mentirosas!

—Tú no sabes nada! No tienes ni idea!

—Y no quiero tenerla! Lo peor que me pudo pasar en la vida fue haberme revolcado con una zorra como tú!

Sin poder contenerse más, Allegra lo abofeteó, pero, sin previo aviso, él la atrapó en sus brazos, como si fueran dos bandas de acero, y se inclinó hasta besarla. Se apretó contra ella y Allegra comprobó que antes o durante la discusión él se había excitado.

—No me toques! –gritó en cuanto él le dio un respiro.

—Ah, no quieres recuperar a la Chrystal?

—Ni creas que me volveré a acostar contigo!

—No? Ni por tu herencia? Ni por el legado que te dejó William Whitehurst?

—No! Ni si eres el último hombre en el mundo!

—Déjame que eche esa teoría al suelo ahora mismo—. Él volvió a inclinarse para besarla, pero entonces Allegra le enterró las uñas en la piel desnuda de sus hombros. Él lanzó un bramido que no hizo sino que la apretara aún más.

—Aléjate –chilló ella luchando contra él, aunque sabía que tenía la lucha perdida, él era muy fuerte.

Ella deseaba estar con él, sí, pero no así. Quería a su Duncan, no a esta bestia que hablaba con la voz de Duncan, que la besaba con los labios de Duncan.

De un momento a otro su raciocinio la abandonó y empezó a llorar, a llorar porque su cuerpo la estaba traicionando, y estaba cediendo ante sus envites.

Duncan aflojó el abrazo y dejó que se escabullera, ella salió corriendo, llorando aún. Se pasó la mano por los cabellos revueltos por la brisa del océano horrorizado consigo mismo.

Ninguna mujer se merecía que la trataran así, ni si era Allegra Whitehurst, pero ante ella él siempre había sido poco menos que un primate sediento de sexo.

Con paso tembloroso se dirigió a los controles del yate virando para llevarla de nuevo a tierra.

Allegra estaba en su habitación, desconcertada. No podía creer que se le hubiera salido el que se enamoró de él. Por qué lo había hecho? Él sólo se lo tomó a burla, como si fuera una estrategia para embaucarlo.

—Soy una idiota –se dijo, y tuvo ganas de volver a llorar. Por primera vez le decía lo que sentía por él y todo se había convertido en un malentendido que él usó para humillarla aún más.

No tendría oportunidad de volver a escucharlo, se juró. No podía amar a alguien así. A alguien

que se regocijaba haciéndole daño. Si bien él tenía razón en estar enojado contra ella, no tenía ningún derecho a gritarla e intentar forzarla. En el pasado nunca lo hizo, y sólo la gritó esa última vez, a la salida de la Chrystal.

Al parecer, él seguía respirando el mismo veneno.

Por qué? Había supuesto que en todos estos años él se había olvidado de ella. Había salido con cientos de mujeres hermosas y experimentadas. Cuando la volvió a ver, en su mirada ya no había más ese fuego de antes, lo que la llevó a pensar que, después de todo, él nunca había sentido nada por ella, no se enamoró como ella había supuesto. Además, la noche anterior le comprobó que ella sólo había sido un buen revolcón, entonces, por qué esa ansia de venganza?

¿Alguien puede acaso entender a los hombres? Se dijo, y se limpió las lágrimas.

Sintió el barco moverse de nuevo, y aunque no tenía modo de saber si estaban acercándose o alejándose aún más del puerto, se alegró; estaban de nuevo en movimiento.

Duncan caminó con paso enérgico hasta la habitación en la que ella se había instalado. La puerta estaba abierta y la vio limpiarse las lágrimas. Su eterna debilidad por ella estuvo a punto de traicionarlo, pero entonces recordó que ella no destacaba precisamente por mantener su palabra en nada. Lo había comprobado con horror hacía cuatro años.

—Ya, ya te voy a devolver al puerto —le dijo sin moverse de la puerta de la habitación— No chilles como si te fuera a violar a la menor provocación.

Allegra se había encogido al escucharlo, pero se relajó cuando escuchó sus palabras y se giró a mirarlo.

—Entérate de que en cuanto llegue a Detroit instauraré una demanda contra ti.

—No espero menos de ti. Pero por favor habla con mis abogados, no quiero que me vuelvas a dirigir la palabra si no es necesario.

—Puede que en este momento te tomes mi amenaza como un mal chiste, Richman, pero te acabaré. Él sonrió de medio lado, sin ganas, realmente.

—Me gustará verlo.

Dio media vuelta y se alejó.

El resto del viaje hasta tierra lo hicieron sin mirarse siquiera. Allegra supo que de nuevo tenía cobertura en cuanto su iphone empezó a vibrar con mensajes y llamadas perdidas de todo el mundo.

Antes de tocar puerto llamó a Boinet, y cuando atracaron, allí estaba, esperándola para llevarla de inmediato al hotel, y de allí a la avioneta en el aeropuerto que la llevaría de vuelta a Detroit.

En su mente, Allegra iba maquinando estrategias contra Duncan y la Irvine. Recuperaría su herencia. Si él pensaba que se iba a quedar con las manos quietas viendo cómo él se apoderaba de todo lo que era suyo estaba muy equivocado, y de paso se vengaría de lo que le había hecho. Nadie jugaba con Allegra Whitehurst. Nadie.

Duncan atravesó la puerta de su oficina como una tromba. Hablaba por su teléfono móvil y estudiaba documentos al tiempo. Allegra no había mentido. Se había ido con toda a los juzgados.

Aunque sabía que tenía el caso perdido, ella estaba apostando más por el lado del escándalo. Si lo conseguía, y todo el mundo empezaba a pensar que era desleal en sus negocios y cambiaba las reglas de juego a su beneficio en cuanto quería, la imagen corporativa de la Irvine se vería

seriamente afectada.

Allegra no recuperaría la Chrystal, y lo sabía, pero le iba a hacer perder lo que había conseguido con tanto esfuerzo en esos cuatro años: un nombre, un prestigio.

—No me importan las excusas! Quiero que demuestres que en todo momento ellos estaban sobre aviso, y que su empresa no se iba a poder sostener en pie si los dejaba solos. Técnicamente la Chrystal me pertenece desde el momento en que ellos me firmaron ese papel, usen ese maldito recurso! —gritó a alguno de sus abogados.

No vio a Nicholas que se colaba en la oficina y lo escuchaba vociferar hasta que casi lo tuvo enfrente.

—Maldita sea, Nick, qué quieres! Estoy bastante ocupado ahora mismo, no podías elegir otro momento para venir a verme?

—Qué está pasando?

—Problemas, —contestó, esforzándose por normalizar el tono de su voz—, problemas que no dejan de presentarse.

—No puede ser cualquier tipo de problemas. Mencionaste a la Chrystal? No es esa la empresa de...

—No te importa, Nicholas. No tienes nada que hacer acaso? Tareas de la universidad, locuras en tu moto, qué haces aquí de todos modos?

—Te dije que quiero un puesto en la Irvine.

—Cuando te gradúes, ya te lo dije.

—Estás esperando a que sea un profesional, cuando perfectamente puedes ubicarme en un puesto que pueda desempeñar. Un cargo menor, por allí se empieza!

—Mira, Nicholas, no tengo cabeza ahora para atender tus demandas, estoy hasta las cejas ahora mismo. Vete, sí? Luego hablamos de esto.

Nicholas echó una rápida mirada sobre el escritorio, viendo papeles con el membrete de la automotriz Chrystal, lo que confirmó sus sospechas.

—Te volviste a ver con ella, verdad? Por eso estás así.

—Mira, Nick...

—Está bien, ya me voy. Te esperaré esta noche para conversar.

—Dile a mamá que llegaré tarde. Tengo mucho que hacer aquí.

—Ok, lo que digas.

Nicholas salió sin agregar una palabra más.

Allegra estaba en la sala de juntas, rodeada de Haggerty y los abogados. El viejo Edmund le aconsejaba que desistiera de la demanda, que no conseguiría nada bueno.

—No —respondió ella, terca—. Él está acostumbrado a que todo se haga según su santa voluntad. Tiene que aprender que no es así siempre. Si quiere pelea, pues pelea va a tener.

—Tarde o temprano saldrá a relucir que esto no es más que un lío sentimental, te verás envuelta en un escándalo y eso no te beneficiará.

—Oh, seguro que quedarme quieta me beneficiará muchísimo.

—Allegra, no seas terca!

—Qué posibilidades tenemos de ganar? —preguntó ella a los abogados, ignorando a Haggerty.

—De recuperar la Chrystal, dice? —El más joven de los abogados meneó la cabeza mientras estudiaba unos papeles—. La verdad, muy pocas. Casi nulas, de hecho.

—Mierda!

—Es mejor conciliar. Hablar con Duncan Richman, llegar a un acuerdo.

—Lo intenté —contestó ella recordando el tiempo en el yate—, y no funcionó. Duncan Richman no quiere conciliar. Él quiere pelear.

—Tenemos testimonio de que Duncan Richman casi nunca pelea, pero cuando lo hace, siempre pelea a ganar —dijo el otro abogado—. La juez nos dio una temporada para conciliar, dice que podemos arreglar esto por las buenas, pues ambas empresas, tanto la Irvine como la Chrystal, llevan sobre sus hombros la estabilidad de la economía del estado, prácticamente. Si nos vamos a pelea, esto se convertirá en una carnicería en la que ninguna de las dos partes saldrá beneficiada.

—De todos modos he perdido la Chrystal —dijo Allegra rencorosa—, entonces, que pierda él lo que más quiere en el mundo.

Haggerty cerró sus ojos resignado. No habría otro modo de hacer entrar en razón a Allegra ni Duncan más que con la fuerza. Pues tocaría.

Las siguientes semanas estuvieron llenas de mucha actividad. Allegra se quedó en la mansión para estar pendiente de cada cosa que sucediera. Evitar los recuerdos del pasado que el estar allí le producía era ya una tontería, ella se las había arreglado para hacer unos nuevos recuerdos en el yate, sitio del que estaba segura jamás en la vida volvería a pisar.

El tiempo de conciliación dado por la juez se había vencido, era hora de actuar, y la mera expectativa la llenaba de desasosiego.

Los abogados contratados por Haggerty para defender a la Chrystal no eran cualquier cosa, y estaban escarbando en el pasado de Duncan cualquier prueba que lo hiciera quedar como un bárbaro desleal y aprovechado, pero si bien habían hallado pruebas contundentes de que era certero y a veces agresivo en sus estrategias, no encontraron nada que lo hicieran quedar como el traidor que era.

Allegra estaba al borde de la desesperación. No había intentado contactarlo de nuevo, tal como él se lo había sugerido, pero en ese momento quería era gritarle un par de cosas.

No iba a perder, y no sólo porque era su legado, y lo que le daba para comer y vivir, no. No iba a perder simplemente porque se trataba de él.

—Tienes una visita —le dijo Edna interrumpiendo sus pensamientos. Hasta el momento había estado en el despacho de su padre paseándose de un lado a otro.

—Quién? —preguntó extrañada. Hacía milenios nadie la visitaba.

—Nicholas Richman.

—Nick?

—Lo hago pasar o lo echo a patadas? Tú dime.

—Dónde lo dejaste?

—En la sala blanca. Vas a...

Allegra no dejó que completara la frase, sino que salió al encuentro con Nicholas.

Cuando lo vio no pudo evitar sonreír. Ya no era el adolescente inseguro y problemático que ella había dejado, no. Ahora, con veinte años, era más guapo de lo que ella habría imaginado, en su mirada no había ansiedad ni agresividad, sino que al contrario, se le veía muy sereno y en su lugar.

—Ah... hola? —probó él, sonriendo y enseñando las palmas de sus manos como una muestra de que venía en son de paz.

Ella corrió a su encuentro y lo abrazó. Odiaba a su hermano, sí, pero ahí acababa todo. La familia de éste no tenía nada que ver en su guerra privada.

—Estás... estás...

—Alto? Fuerte? Guapo? —le ayudó Nicholas sonriendo con autosuficiencia.

—Eres un coqueto!

—Gracias.

Allegra lo estudió otro momento, sonriendo, y él se dejó.

—Puedo... puedo preguntarte...

—Qué hago aquí? Claro que sí.

—Tienes por costumbre completar las preguntas de los demás?

—Eres bastante predecible.

—Sí, ya veo. Siéntate. Te apetece tomar algo?

—Un trago, gracias.

—Si mis cuentas no me fallan, no tienes veintiuno aún, no abuses.

—Aguafiestas. Qué chula tu casa —dijo Nicholas sentándose a uno de los muebles y mirando alrededor. Allegra sonrió recordando a Duncan por primera vez en aquella sala.

Ya, sácalo de tu cabeza, se dijo, y se sentó frente a él.

—Gracias.

—Qué quieres tomar? —preguntó Edna a Nicholas, solícita—. Un jugo natural, un refresco...

—Un refresco, gracias —contestó él.

Edna salió y los dejó solos. Nicholas miró entonces a Allegra. Se había sorprendido un poco al ver que los años sólo habían conseguido ponerla más hermosa. Definitivamente Duncan era un idiota por no conservarla a su lado, se dijo, y cruzó una pierna poniéndola sobre la otra en una actitud relajada.

—Ahora sí, cuéntame a qué debo el honor de tu visita.

—Te estás peleando con mi hermano, verdad? —preguntó de sopetón, y le encantó verla sorprendida.

—Bueno...

—Por lo que pasó hace cuatro años.

—Nicholas...

—No, no te molestes en ocultármelo —interrumpió él cambiándose de posición, y mirándola fijamente—. Sé todo lo que sucedió. Debería guardarte rencor, sabes, pero hay algo en todo esto que no me cuadra, y por eso estoy aquí.

Allegra apretó sus labios en un gesto inseguro, Nicholas no perdía detalle de cada uno de sus ceños.

—Eso es algo entre tu hermano y yo, de todos modos.

—No. Tú estás haciendo que esto sea algo que involucra más gente —dijo él, más serio—. Me informé, Allegra, y esto pronto tocará a mis hermanos, a mi madre y a mí. Quiero saber, tengo derecho a saber. Qué sucedió hace cuatro años con mi hermano? —Allegra se puso en pie dando unos pasos y se cruzó de brazos en silencio. Él no le insistió.

Una chica uniformada llegó con los refrescos y Nicholas se tomó un largo trago.

—Es algo horrible —dijo Allegra, interrumpiendo al fin su silencio y cuando la chica se hubo ido.

—Lo sé —Nick se puso en pie y caminó hacia ella—. Te contaré lo que sé, vale? Y luego tú me corriges si no es así —tomó aire y empezó—: Tenías un novio espantoso, que te hizo daño, y contrataste de algún modo a mi hermano para que se hiciera pasar por tu nuevo novio, y en el camino, se enamoraron...

—Qué? No, él jamás...

—Déjame terminar. —Ella bajó la cabeza borrando su sonrisa incómoda y miró a otro lado—. Bien —continuó—. Lo pasaron bien, de algún modo se hicieron promesas... y tú de un momento a otro volviste con tu ex novio sin haber terminado con mi hermano. Y no sólo eso. Le enviaste un video de ti teniendo sexo con el otro para que le quedara claro que era en serio.

—Nick...

Ésta vez él se quedó callado, como esperando a que ella continuara, pero Allegra empezó a jugar con sus manos, como si no supiera qué decir, o qué hacer. Se preguntó cómo era que él sabía tanto. Acaso el mismo Duncan se lo había confiado? Porque, de qué otro modo?

De cualquier manera, oírlo de labios de él era bastante vergonzoso, aunque, tuvo que aceptar, aquél asunto no necesitaba demasiados detalles para sonar horrible por sí mismo.

Duncan tenía razones para odiarla.

—No fue así.

—Entonces?

—La última parte, quiero decir. Yo no envié ese video... lo hizo Thomas.

—Pero el video era real. Duncan lo vio.

—Sí... lo sé... pero yo... no recuerdo nada de eso. No tengo ninguna prueba de que yo no participé voluntariamente en eso, y por eso no he podido decirle a Duncan que es todo una mentira. Yo... —los ojos se le humedecieron, y Nicholas la estudió como un estudiante de tercero de primaria estudia una rana diseccionada— Quise explicarle, al menos lo que yo sabía, pero...

—Él no dejó.

—No.

—Típico de él. Contéstame una pregunta, Allegra.

—Sólo una más? —rió ella entre lágrimas —Quién eres ahora, Sherlock Holmes?

—Sólo quiero salvar a mi hermano. Está desesperado porque quieres destruirlo, aunque sabe que no te quedará fácil. El mero hecho de saber que lo estás enfrentando a costa de lo que sea lo tiene loco —Nicholas tomó aire—. Allegra... tú te enamoraste de él?

Él vio cómo ella bajaba la cabeza y la lágrima que bailaba en sus ojos cayó como un diamante hasta el suelo. Esa fue toda la respuesta que él quiso. Sin esperar a que hablara él dijo:

—Usa lo que pasó conmigo hace cuatro años contra él.

—Qué?

—Eso que oyes. Hazle saber que si no desiste de apoderarse de la Chrystal de ese modo tan ruin, harás público que el famoso industrial tiene un hermano que en su adolescencia mató a dos niños de doce años por una sobredosis inducida.

—No! Nicholas, eso no era verdad! En aquella época te mentimos para poder chantajearte y que accedieras a quedarte en la cabaña y así desintoxicarte... —Él estaba sonriendo, con esa sonrisa tan Richman.

—Lo sé. Una noche tuve la valentía de confesarle a mi hermano por qué fue que me agarraron esa vez, y él me contó que lo supo todo desde el principio. Los chicos no murieron, aunque sí estuvieron un poco mal. Y tú y él fueron un par de cabrones que me dejaron pensar que sí... para mi propio bien, dijo.

—Lo... lo siento, pero fue lo único que se nos ocurrió...

—Nah, ya no les guardo rencor.

—Pero por qué quieres que use eso en contra de Duncan? Quiero que me devuelva la Chrystal, sí, pero no te usaría a ti ni lo que te sucedió para eso!

—Pues yo te estoy dando la autorización. En cuanto Duncan sepa que lo amenazas con tocar a un miembro de su familia se volverá loco, sí, pero parará el proceso mientras busca la manera de contraatacar. Ganarás tiempo.

—Y me odiará más de lo que ya me odia, y no estoy segura de querer eso.

—Mi hermano no te odia.

—Eso no lo sabes —replicó ella mirándolo de reojo, y Nicholas sonrió al ver en su mirada un resquicio de esperanza.

—Exacto, soy la persona que más sabe de mi hermano, Allegra. No desperdicié el tiempo, y nos unimos mucho. En una ocasión lo emborraché y le hice hablar; lo supe todo de ti y de él, supe lo que sufrió por tu supuesto engaño, y lo que aún sufre. A la mañana siguiente me odió y me hizo jurar sobre la memoria del abuelo que jamás le contaría a nadie lo que sabía de él. Pero yo nunca fui el favorito del abuelo, sino él, así que por eso vine aquí.

Nicholas se terminó de beber su refresco y dejó el vaso vacío en la mesilla que estaba entre los muebles y se acercó a Allegra para darle un abrazo y un beso en la mejilla. Luego se dirigió a la salida. Antes de llegar, se volvió a ella y dijo:

—Además, no creo que alguien que se toma el trabajo de salvar a un adolescente que siempre fue odioso y nunca tuvo una palabra amable con ella sea capaz de engañar a nadie, adrede o sin querer. No me decepciones, Allegra —y con esas palabras, se fue.

Duncan casi muere.

Los abogados llegaron a la mañana siguiente con la hermosa joya: Allegra publicaría en todos los diarios que Nicholas, su hermano, había sido culpable de la sobredosis en dos niños de doce años hacía cuatro años. Con pruebas conseguidas por sus amigotes en la policía.

Si esa información caía en manos de la prensa tal como ella amenazaba, no sólo la Irvine se enfrentaría a un problema, sino que la vida de Nicholas, la que tan bien había construido luego de volver de aquella cabaña, iba a destruirse.

Lo que en el pasado había ayudado a salvar, planeaba destruirlo ahora con sus mismas manos.

El ataque de ira que tuvo espantó hasta a su secretaria, que creía haberlo visto en su peor estado desde que trabajaba con él, lo cual era desde el principio de la carrera del joven millonario. Duncan vociferaba y maldecía a Allegra, y los únicos que tuvieron la presencia de ánimo para aguantar su histeria fueron los abogados. Duncan Richman les pagaba demasiado bien como para irse así nomás.

El escándalo de Nicholas tenía mucho de verdad, pensó Duncan cuando escuchó la mala noticia, pero la muy zorra no tenía ningún derecho a meterse con su familia, la familia que la acogió cuando ella no tenía ninguna.

Tenía que reconocerlo, había sido un golpe certero en todo ese juego de guerra que estaban jugando entre los dos. Y ahora él tendría que retirarse, Allegra había dado jaque mate.

Dio la orden inmediata de pararlo todo, tal como Nicholas había predicho que haría, pero a su vez, empezó a buscar la manera de contraatacar.

Pero pasaron los días y no sabía qué hacer.

Allegra había llevado una vida muy solitaria los últimos cuatro años, allí no podría indagar. Antes de conocerlo, se había manejado muy bien, y no había nada que los medios no supieran ya.

Sólo quedaba un camino: ir hasta ella y hacerla desistir a las buenas o a las malas. O en su defecto, hacerle tragarse todo el veneno con el que estaba cargado en ese momento.

Allegra tenía los nervios de punta. Había conseguido lo que quería, Duncan estaba perdiendo mucho tiempo en buscar la manera de devolverle el ataque, y mientras, los abogados de la Chrystal llevaban el proceso más que ganado. Sabía que vendría a verla, sabía que él no se quedaría con esa, y ella no tendría más que aceptar que había sido una estrategia para ganarle, y que en ningún

momento pensó en usar esa arma de verdad.

Sabía que no le creería, pues ella, en concepto de él, era el peor espécimen de mujer sobre la tierra, y cada acto no hacía sino empeorar la imagen que tenía ante él. Pero había estado desesperada, y bajo esa premisa, todas sus medidas eran desesperadas también.

De todos modos, se dijo intentando justificarse a sí misma, él era un monstruo, un monstruo que atacaba y hería con palabras afiladas y venenosas, un monstruo que la usaba para luego tirarla...

Un monstruo que no se parecía en nada al caballero andante que tantas veces la rescató en el pasado. Ese dragón de ahora no le gustaba.

Y el día llegó.

Duncan entró a su casa luego de anunciarse con Boinet, que hasta que ella no le dio la autorización, no lo dejó pasar. Lo llevó a la sala favorita de Allegra, la sala blanca, y luego se quedó allí, vigilante, con una pose que indicaba que a la menor provocación se iría como un rayo sobre el “invitado”.

—Eres una maldita puta! —fue lo primero que le dijo Duncan en cuanto ella atravesó la puerta de la sala y lo vio—. Pero ni creas que esto va a quedarse así.

—Devuélveme la Chrystal, —replicó Allegra con el mentón en alto y tratando de conservar la serenidad—, y tu hermano no tendrá que pasar por...

—Oh, sí, te devolveré la Chrystal. Pero me encargaré de hacer tu vida un infierno!

—No fui yo la que llevó las cosas a este extremo, si desde el principio...

—Si desde el principio tú te hubieras quedado en tus asuntos, en tu maldita jaula de cristal, si me hubieses dejado en paz, si la idiota de tu nana no hubiese robado mi currículum, si tú no hubieses sido la ramera ladina que sé que eres mintiéndome y engañándome, si tú, si tú, si tú.... Toda mi vida se ha vuelto un maldito “si tú”. ¿Hasta cuándo tendré de ti? ¿Hasta cuándo sufriré las consecuencias de haberme prestado a tu juego hace cuatro años?

Allegra se quedó en silencio, con unas lágrimas pugando por aflorar. Él tenía tanta razón!

—No eres el único que ha sufrido con todo esto.

—Oooohh!! Perdóname, no había notado que estás que te desangras de dolor!

—Por favor, cállate! —gritó ella poniéndose las manos sobre sus oídos, intentando evitar así las horribles imágenes que se pasaron por su mente en cuanto él hubo pronunciado las palabras.

—Por qué? Acaso crees que no sé que te importó un soberano rábano todo lo que sucedió a mi alrededor luego de que enviaste tu dichoso video a mi teléfono?

—Yo no envié ese video! —gritó— Y he sufrido tanto o más que tú! —Gritó Allegra, odiando las lágrimas que corrieron por sus mejillas.

—A la mierda con tus mentiras! —gritó Duncan, moviendo ampliamente los brazos demostrando así la ira que sentía—. A la mierda tú, tus lágrimas y tus bonitos ojos suplicantes! Ahí tienes tu empresa, te devuelto todo aquello que amas y por lo que sufres! Pero te aseguro que eso y nada será lo mismo —agregó, acercándose más a ella y señalándola con su dedo—. Jugaste tu carta sin tener en cuenta quién soy yo ahora y el poder que tengo en el mundo de las finanzas. Chrystal se hundirá tarde o temprano porque yo mismo me encargaré de que así sea! —Dio media vuelta sin mirar a Boinet, que observaba la escena estoicamente.

Duncan parecía un león enjaulado, y se pasaba las manos por el cabello. Allegra intentaba contener los sollozos, pero debía resultarle imposible, pues uno que otro se le escapaba.

—Qué bien hizo Matheson al morirse y no dejarte completamente en la calle —siguió él con una

sonrisa cínica en sus labios, y girándose para mirarla de nuevo—, sino con un mínimo de patrimonio que rescatar, pues así podré ser testigo de cómo este se hunde y se pudre ante tus propios ojos!

Dio media vuelta y se fue, dejándola llorando de nuevo, tal como había hecho hacía cuatro años.

Esta vez Boinet no fue en rescate de su ama. Se quedó allí en el sitio viéndola sollozar y repitió en su mente todo el diálogo. Había escuchado exactamente lo que necesitaba.

Tomó su intercomunicador y envió códigos a sus subalternos. Era hora de entrar en acción.

Duncan iba a toda velocidad en su Audi.

Sabía que aquello no era muy sensato, y que estaba abusando de la buena suerte, pero no era capaz de desacelerar.

Ella había quedado llorando, y él había tenido que aferrarse a toda la ira que estaba sintiendo para no retractarse e ir y abrazarla y consolarla.

Y eran los momentos en que más se odiaba a sí mismo. Ella no había tenido ningún pesar por su hermano cuando sacó a relucir lo de su pasado, y él, idiota y mil veces idiota, se compungía cuando la veía llorar, aunque se lo mereciera.

Se aferró al volante y trató de normalizar su respiración.

Allegra aún lo afectaba a niveles vergonzosos.

Aceleró y se encaminó hacia la autopista. Pensaba dar vueltas por la ciudad esa noche, despejarse, y tratar de calmar su ira, su debilidad.

Estaba arruinado para siempre, esa mujer lo había arruinado. No era capaz siquiera de fijarse en otra mujer.

Desde que la había vuelto a ver ni siquiera se había preocupado por volver a buscar compañía femenina. Ellas, las que tenían su número privado, lo llamaban y le insistían para que volviera a invitarlas a salir. Todo eso era ahora algo tan lejano y sin sentido que ni siquiera se tomaba la molestia de devolverles la llamada.

Y luego de lo sucedido en el Nalla, soñaba todas las noches con ella. Vaya mierda.

Llegado a ese punto aceleró aún más. Raudo, el automóvil iba atravesando calles y avenidas, encaminándose a la autopista para disfrutar su velocidad, pero no pudo llegar.

Unas cuatro camionetas, negras y grandes, le bloquearon el camino de un momento a otro.

Duncan metió el freno y viró, el auto patinó y se detuvo justo antes de que se golpeará con una de las camionetas. Llevaba un arma con salvoconducto en la guantera, pero nunca ganaría contra los ocupantes de cuatro camionetas, así que volvió a pisar el acelerador e intentó escapar dando la vuelta.

Otras tres camionetas lo interceptaron del lado opuesto.

Estaba rodeado, atrapado. Sacó el arma, pero apenas si pudo revisar la munición.

Unos diez hombres encapuchados lo rodearon con pistolas automáticas y otras de mayor envergadura en las manos. Una voz con acento francés le dio la orden de que tirara el arma lejos y bajara.

Se hacía una idea de para qué, y ya Martín le había dicho que se consiguiera un guardaespaldas, o alguien que condujera su auto y supiera de armas y luchar. Él se había negado, oponiéndose rotundamente a tener a alguien pegado casi las veinticuatro horas del día, pues pensaba que eso coartaría demasiado su libertad y atraería aún más el peligro. Ahora veía las consecuencias.

Salió del Audi con las manos arriba y enseñando las palmas.

Piensa rápido, se dijo, y cuando uno de los hombres se le acercó, puso en práctica lo que sabía de lucha y defensa personal. De una sola patada mandó el hombre al suelo. Si esos hombres tenían intención de matarlo lo harían allí mismo y en ese instante, pero al parecer no era eso lo que querían,

no dispararon ni para asustarlo, y Duncan vio una oportunidad. Empezó a repartir golpes y patadas a diestro y siniestro, desfogando así la ira que sentía, la impotencia; gritando palabras de odio con cada puñetazo que daba.

Los hombres le dieron el gusto de pelear, y cuando ya sus nudillos estaban sangrantes, sus oponentes encontraron una grieta en su defensa y empezaron a devolver los golpes.

—Ya basta! —gritó el mismo hombre con acento francés—. No *queguemos lastimaglo* demasiado, no es la idea.

Duncan escuchaba todo como en una nebulosa. Tenía el labio hinchado y roto por dentro. Escupió sangre. Hubiese querido seguir peleando, pero ya no le quedaban fuerzas, así que no pudo oponer resistencia cuando uno de ellos se le acercó y le esposó las manos. Lo condujeron a una de las camionetas, le envolvieron la cabeza en una especie de funda negra y se lo llevaron.

—Que quieren, dinero?

—No, sólo *queguemos* tu atención *pog* un momento.

—Pues ya la tienen toda. Que empiece el baile —dijo en tono cínico, y se echó a reír.

Alguien que se acomodó a su lado le metió otro golpe y lo dejó inconsciente. Dio una orden al conductor y todas las camionetas emprendieron la marcha.

—Duncan no ha llegado —le dijo Kathleen a Nicholas, entrando a la enorme biblioteca donde Nicholas leía varios libros y tomaba apuntes en sus libretas de la universidad. Ya eran más de las diez de la noche.

—Ah, lo siento, olvidé avisarte. Duncan no vendrá a dormir a casa esta noche. Ya sabes, cuando está hasta arriba de trabajo o en una de sus fiestecitas se queda en su apartamento.

—Pero siempre me avisa.

—Me pidió que lo hiciera por ti —mintió Nicholas. Se acercó a su madre y le besó los cabellos. Kathleen aceptó lo que le dijo su hijo y salió de la biblioteca. Al quedarse solo, Nicholas miró su reloj de pulsera. Ya debían tenerlo.

Allegra estaba recostada en su cama. Había dejado de llorar hacía unos minutos, y tenía los ojos y la nariz roja, muy al estilo Rudolph.

Extrañaba a Duncan, lo extrañaba tanto que le dolía.

Ese hombre que había estado allí y la había gritado no era él, no era su Duncan, cuándo regresaría? Era como si el espíritu de otro, más agresivo, más amargado, lo hubiera poseído. Había sido ella la culpable, entonces?

“*si tú no hubieses sido la ramera ladina que sé que eres mintiéndome y engañándome, si tú, si tú, si tú...*”

Las palabras de Duncan resonaron en su mente.

Tal vez ella sí le había cambiado la vida tal como él se la había cambiado a ella, la diferencia radicaba en que desde entonces, ella se había enclaustrado, con miedo a salir a vivir de nuevo, a sentir, a exponerse a amar, mientras que él había tenido éxito, se había acostado con cientos de mujeres, y se había vuelto de acero.

Había pensado que en algún momento Duncan lo había superado, que hasta agradecía el haberlo

ingresado en las altas esferas sociales de Detroit, pues había sido así como su plan de vida había tenido éxito y hoy día era quien era.

No, él la maldecía por haberse metido en su vida. Aún.

Tal vez creía que podía haber sido capaz de conseguir todo lo que ahora tenía sin su intervención. Y era posible.

Allegra cerró los ojos con fuerza.

No sabía qué iba a suceder ahora, tenía un poco de miedo por su amenaza. Era verdad que Duncan ahora era poderoso y que podría destruirla si quería, pero no era eso lo que la asustaba tanto, no. No quería que él la odiara más. No quería que la volviera a mirar así, con tanto resentimiento, con tanto desprecio.

Oh, cuánto necesitaba a su viejo Duncan, al que la miraba con fascinación, que le sonreía casi con reverencia, que adoraba su cuerpo y siempre tenía palabras amables para ella.

Cambió de posición en la cama mirando hacia el techo, recordando las noches en sus brazos, añorando otra vez el calor de sus besos, la suavidad de sus caricias.

Duncan nunca le había dicho cosas mientras hacían el amor, él era de los silenciosos. Ni siquiera le daba indicaciones de qué hacer, ni nada, y ella en ocasiones había deseado que él le expresara con palabras lo que sentía, o que le dijera alguna cosa sucia al oído.

Pero fuera de eso, todo siempre había sido perfecto.

Qué sentido tiene recordar ahora todo eso? Pensó regañándose a sí misma. Él ahora la odiaba, lo había perdido y quizá para siempre. Era hora de acostumbrarse a la idea, aunque cuatro años no habían sido suficientes para asimilarlo.

Pero la vida se le estaba yendo. Los años se estaban pasando, y aunque no era capaz de volver a amar, y no podría tener hijos con los que formar una familia, tenía que hacer algo pronto.

Era tiempo de volver a empezar.

Duncan despertó poco a poco.

Le dolía todo.

Lo primero que notó es que estaba en una posición incómoda y que hacía frío. Tenía las muñecas esposadas a su espalda aún. Estaba de rodillas en el suelo y lo que impedía que se fuera de bruces era la cadena a la que estaban atadas las esposas.

Estaba oscuro.

Se puso en pie poco a poco y empezó a explorar el lugar. No había nada alrededor, no tropezó con nada en el radio de movilidad que le daba la cadena.

—Hola? —gritó. Quería hacer mil preguntas, pero no deseaba que esos tipos creyeran que estaba entrando en desesperación. Se acercó a la pared de concreto en la que estaba sujeta la cadena y tiró. Nada, estaba firmemente atornillada.

Duncan siguió la pared hasta que la cadena tiró de sus muñecas, debía ser una habitación amplia, porque no logró tocar la esquina. Afortunadamente, no estaba húmedo, ni olía a orines u otra cosa desagradable, aunque sí estaba helado, y no había ningún modo de ponerse cómodo.

Tiró de las esposas, pero estas estaban bien sujetas a sus muñecas.

—Se la verán con mis abogados! —gritó. Odiaba a quienes amenazaban siempre con enviar

abogados, pero la ocasión lo ameritaba—. Más les vale que me suelten!

No hubo respuesta.

En otra sala, un hombre monitoreaba varias pantallas. Con cámaras de luz nocturna, observaba los ives y venires de Duncan en la habitación en la que lo habían metido. Estaba muy calmado aún.

—Qué tal todo hasta ahora? —preguntó Haggerty a través de su teléfono móvil, acostado aún en su enorme cama, y vestido con una horrible pijama de seda.

—Está tranquilo —le contestó alguien al otro lado del teléfono.

—Ha comido algo?

—No, eso no. Sólo está allí, grita de vez en cuando, pero nada más.

—Mmm... bien. Hazlo esta noche. No quiero dilatar esto demasiado.

—Sí, señor.

Haggerty cortó la llamada y se estiró en su cama todo lo que sus viejas articulaciones le permitieron y se levantó a prepararse para un nuevo día de trabajo.

¿Cuántas horas habían pasado? Se preguntó Duncan. ¿Diez? ¿Veinte?

Todo seguía oscuro. Sólo alguien abría de vez en cuando una puerta metálica a su derecha y le dejaba al alcance un plato de comida, que quién sabe cómo iba a comer, pues tenía las manos esposadas a la espalda. Tal vez esperaban que se precipitara sobre el plato como un perro, pero hasta ahora no les había dado el gusto.

Llegaría el momento en que estuviera famélico y perdiera la dignidad, pero mientras tanto, iba a luchar.

Nadie había venido a explicarle por qué estaba allí. Nadie había venido para decirle que habían pedido rescate por él a su familia, o que pretendían que modificara alguno de sus negocios. Nada, y ese silencio lo iba a volver loco.

Tenía las muñecas lastimadas por las esposas, y no había encontrado una posición cómoda en la que sentarse o recostarse, pues al tenerlas atadas por la espalda le era difícil.

De pronto, una luz se reflejó en la pared del frente.

Buscó el origen de esa luz y vio que venía de un proyector de video incrustado en la pared en la que también estaba la cadena.

—Qué mierda?

Un video empezó a rodar.

Eso tenía que ser una muy mala broma. De un ramalazo, Duncan volvió al pasado, cuatro años atrás, cuando, desesperado por la desaparición de Allegra, en medio de la calle, recibió un whatsapp.

Allegra teniendo sexo con Thomas Matheson.

Un rugido salió de su garganta, y empezó a tirar de la cadena como si con su mera determinación pudiera romperla. No podía taparse los oídos, ni cubrirse los ojos, ni proteger su alma. La pesadilla estaba otra vez allí.

Quería era esconderse en un rincón solitario y oscuro. Qué alma tan malvada le estaba

infringiendo ese dolor? Lo mataría. Lo mataría en cuanto tuviera oportunidad.

El video terminó pronto, y volvió la oscuridad, pero no el silencio. Duncan gritaba y agitaba la cadena con ira. Mentaba la madre que parió al que proyectaba el video, mentaba la madre al que parió al que lo había llevado allí. Puteó de mil maneras a todas las madres de todos los implicados en esa tortura.

Pero cuando ya empezaba a calmarse, y una lágrima traidora había bajado por sus mejillas, otra vez el proyector de video se encendió.

—Dios, no. Otra vez no.

Quiso esconder su cabeza, y al no tener dónde, no tuvo otra opción más que escuchar.

—No me siento bien —era la voz de Allegra—. Estoy... cansada... mareada.

—Es que te tomaste la copa muy rápido —escuchó decir a Thomas con voz sonriente.

Duncan no lo pudo evitar, y miró. Allegra estaba totalmente vestida, de pie en una habitación desde la cual se veía el lago St. Clair y frente al rubio mientras este intentaba desabrocharle la blusa. La expresión de ella, notó, era alelada, la mirada perdida. Se estuvo quieta hasta que vio lo que él estaba haciendo y lo detuvo alejándole las manos.

—No —dijo ella—. Qué haces?

—Cariño... hace tanto tiempo...

—No me toques!

—Ah, esta idiota! —gritó Thomas. Duncan vio que este se acercaba a la cámara e interrumpía el video.

—Qué es esto? —preguntó Duncan, y se echó a reír con amargura—. Es esto una treta para que la deje en paz? Quieren que me coma el cuento de que ella es una santa palomita para que le devuelva su empresa? A la mierda! No quiero saber nada de ella, ni de ustedes, malditos desgraciados. DEJÉNME IR!!

El proyector volvió a encenderse, y Duncan gritó aún más.

No quería ver más, escuchar más. Alguien estaba metiendo los dedos en su herida ya putrefacta y la removía a placer. Y dolía, diablos, dolía de tal manera que ya no tenía fuerzas para seguir luchando contra sus sentidos y su corazón, que querían y no querían ver, todo al mismo tiempo.

La imagen se aclaró y ahora Allegra estaba sobre la cama, en ropa interior y de medio lado dando la espalda.

—No, no —volvió a rogar Duncan, agitando débilmente la cadena.

En el video, el que sostenía la cámara se acercó a ella y la giró para ponerla boca arriba.

—Qué hermosa eres...

—Thomas... —los párpados de Allegra se abrieron con dificultad.

—Hermosa. Cuánto te amo —Duncan no pudo evitar gruñir y volver a tirar de la cadena, era de nuevo como una bestia al que obligan a ver su manada morir. El mero hecho de verla allí, semidesnuda, en brazos de otro, otra vez, era demasiado. ¿Por qué lo torturaban de aquella manera?

—Thomas, no me toques, no quiero —dijo Allegra de repente, y Duncan notó que su voz no era igual, era pastosa, y la lengua se le pegaba aunque intentaba sonar severa— Duncan es mi novio ahora. No tienes derecho a...

—Otra vez? —Gritó Thomas, asustando a Allegra—. Cuántas veces me lo vas a echar a perder? “Duncan esto, Duncan lo otro...”!— El video volvió a cortarse, no sin antes escuchar de nuevo la voz de Allegra pidiéndole dejarla ir.

Duncan corrió hacia el frente, en dirección a la pared sobre la que se proyectaba el video gritando.

—No! No!

No sabía que pedía, si ver más, o dejar de ver. Todo se quedó oscuro de nuevo, pero él se quedó allí de pie y en silencio, pues sabía que volverían a pasar otro video.

Con miedo y esperanza mezcladas, miedo a tener esperanza, miedo a que su esperanza se desvaneciera de nuevo, se quedó allí, como el perro que esperaba paciente a su señor, por otro video, un video más que le confirmara el sentido que estaba teniendo todo aquello.

La pared volvió a iluminarse.

Ahora Allegra estaba totalmente desnuda, era el mismo video del principio, el que él había visto cuatro años atrás, el que habían proyectado primero. Thomas le besaba el cuello y el pecho, pero ya Duncan no notó eso, no como antes; vio la cara de ella, de angustia, estaba llorando. Lo que antes parecía ser una caricia sobre los cabellos del rubio, ahora vio que era ella, sin fuerzas, tratando de alejarlo.

—Qué rica estás. Quién te enseñó todo esto?

—Duncan... Thomas, Duncan...

—Qué buen maestro es ese Duncan. Tendré que darle las gracias.

—Thomas... Oh, Thomas...

—Sí, sí, mi reina hermosa. Ya te doy lo que quieres...

—No... —Volvió a suplicar Duncan, ya sin fuerzas. Tiraba de las cadenas, sin importarle el dolor que sentía en las muñecas, pues ya las tenía al rojo vivo. —Allegra, no...

Como si viniera de lejos, de una pesadilla tal vez, Duncan escuchó a Thomas quejarse con Allegra por haberse dejado tocar de otro. Imbécil, Allegra era suya. Esa piel era suya. Toda ella era suya, siempre lo había sido, ahora tenía al fin la prueba.

Lanzó un rugido.

El maldito de Thomas. El muy maldito Thomas Matheson les había hecho eso.

No sabía cómo, aunque se hacía una idea de por qué.

Siguió tirando de las cadenas gritando, y ahora también llorando.

En medio de su desesperación, y del bombardeo de nueva información que ahora tenía consigo, intentó armar el rompecabezas en su mente. Esa tarde él la había llamado a su teléfono para invitarla a cenar; Nicholas había vuelto y Kathleen quería agradecerle invitándola a una cena, pero ella nunca llegó.

Sólo recordaba que le había prometido ir, andaba sola en su Volvo dorado y venía de hacer compras, según lo que había dicho Edna. Habían sostenido una conversación que le hizo pensar que todo estaba en su lugar, que ella iría a esa cena, y él se había quedado tranquilo esperándola.

De algún modo, en vez de ir a casa para prepararse para la cena, había ido para verse con Thomas, y allí había ocurrido todo.

Esto mismo había pensado antes, cuando la creía culpable, y su conclusión había sido que creyó poder pasar un rato con Thomas antes de ir a verse con él, pero que de algún modo, al final, había preferido estar con él, y avisarle de la manera más elocuente.

Pero ahora por fin tenía todas las piezas... o una gran parte de ellas pues aún tenía muchas preguntas. Allegra había sido drogada por Thomas Matheson, y por eso ella tenía ese aspecto... Había visto a su hermano bajo los efectos de las drogas, y a muchas otras personas, y los síntomas

que Allegra mostraba en ese video eran los de alguien que había sido drogado. Eso explicaba además por qué ella había estado ausente tres días.

Volvió a gritar de dolor, de dolor en el alma.

Quién los compensaría por lo sucedido? Y él la había gritado zorra, puta; de todo lo que se le había ocurrido le había dicho! A ella, que fue engañada por ese imbécil.

Pero y ella? Por qué ella no lo había buscado para explicarle que todo había sido una trampa de ese imbécil? Acaso no le había importado lo suficiente como para buscarlo, intentar explicarle? De qué le había servido tener a Edna y Boinet si no le habían servido de testigos de su falla?

Miró hacia la pared que había vuelto a oscurecerse buscando la respuesta desesperadamente. Lo único que vino a su mente fue que la misma Allegra debía creer que había participado en ese teatro si no fue capaz de aclararle todo nunca, y las palabras de ella al salir de la Chrystal, admitiendo que había cometido una locura, pidiéndole perdón, lo confirmaban.

—Oh, Allegra —sollozó— perdóname tú.

Tenía mil preguntas que hacerle todavía, y ella mil respuestas que dar. Oh, por qué habían esperado tanto tiempo para enterarlo de todo?

Se dejó caer de rodillas en el suelo, llorando sin importarle si lo estaban mirando o no. Habían herido profundamente a la mujer que amaba. Primero el maldito hijo de perra de Thomas Matheson engañándola y utilizándola, y luego él mismo con sus duras palabras e intentando quitarle su herencia. Si Allegra ahora lo odiaba, sería con justa causa.

—Déjenme salir —pidió, ya sin fuerzas—, por favor.

Tenía que ir a buscarla, rogarle que lo perdonara, explicarle mil cosas y a cambio pedirle mil explicaciones, por si ella quería hablarle.

“Creí que podría hablar contigo...” le había gritado ella cuando estuvieron a bordo del Nalla “... apelé al viejo Duncan con principios que conocí, pero veo que estos cuatro años sólo te han convertido en ese tiburón desalmado del que todos hablan! Quién eres? no eres para nada el Duncan que conocí y del que me enamoré!!”

Duncan enterró la cabeza entre sus rodillas volviendo a rugir.

Mil imágenes y palabras se mezclaban ahora en su mente. Mil explicaciones que estuvieron todas siempre allí.

Ella, mirándolo fijamente en aquella sala de juntas, buscando algo en su mirada, y triste, cuando no lo halló. Ella, con sus ojos cerrados aferrándose al Nalla mientras él inquiría acerca de sus razones para vivir. Ella, con lágrimas en los ojos cuando fue a amenazarla con destruirla hasta los escombros por haber usado a Nicholas para ganar la guerra que él mismo había iniciado.

Pero, qué habría podido creer él? Sabía que ahora no tenía justificación, pero Thomas había jugado bien sus cartas. Un hombre celoso es un hombre ciego, sordo, tonto y testarudo. Sólo ve lo que quiere ver.

Antes lo odiaba, sí; lo odió desde la primera vez que lo vio en ese hotel, y lo reconfirmó cuando le escuchó expresarse de Allegra como lo hizo en aquel lobby, pero ahora... ah, ahora más le valía estar ya muerto y en el infierno, porque él le haría pagar todas y cada una de las ofensas que había cometido contra Allegra, quien nunca le hizo nada a él.

—Déjenme salir —volvió a pedir, aunque ahora parecía más una súplica. Tenía mucho que hacer.

La puerta metálica se abrió, y Duncan movió levemente la cabeza huyendo de la luz. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad.

—Lo has entendido ahora?

Al escuchar la voz se tensó. Luego se echó a reír, sin humor.

—Tú, maldito anciano.

Haggerty dio unos pasos avanzando hacia el que en el pasado fue su pupilo. Duncan seguía en la misma posición: de rodillas, con la espalda doblada hacia el frente y la cabeza apoyada en el suelo.

—No podía ser de otro modo. Dime, me habrías escuchado si te digo que Allegra nunca te engañó? Que fue tan víctima como tú? Que las consecuencias que trajo todo esto ella lo pagó con lágrimas de sangre?

—No. Jamás —contestó él en tono seco.

—Bien, entonces me entiendes.

Duncan guardó silencio por un momento. Levantó la cabeza con dificultad, sintiendo que no había hueso o músculo que no le doliera.

—Desde cuándo lo sabías? —preguntó—. Desde cuándo tienes en tu poder estos videos?

Haggerty sonrió al notar que él había hecho sus elucubraciones y formulado sus preguntas.

—Desde hace muy poco, realmente. Días después de que Allegra y tú rompieran, el estúpido de Thomas fue a visitarla. Ella lo echó a patadas; una historia digna de escuchar, créeme. Boinet tuvo la brillante idea de sustraerle el teléfono, y allí comprobamos que el video se grabó con el suyo, no con el de Allegra.

—Ya. Lo supiste todo este tiempo y...

—No. El cabrón había borrado los videos de su teléfono, sólo había huellas. Nos fue bastante difícil encontrar los otros. Buscamos en todos los dispositivos del apartamento del muy maldito. Hasta hace muy poco encontramos algo. Thomas había transferido los videos a un disco duro externo donde encontramos mucha más información. Pornografía casera y datos que si George Matheson estuviera vivo sería sólo para ir derecho a la cárcel. De todos modos, es de agradecer que el idiota no los subiera a internet. Allí habría sido el acabose.

—Sí, claro. Agradecemosle —murmuró Duncan con sarcasmo. Se enderezó lentamente. Sus párpados estaban pesados y le dolía el cuerpo terriblemente, además, temblaba levemente de frío y tenía los músculos entumecidos. Alzó la mirada y la fijó en el anciano —Cuánto tiempo más me vas a tener aquí?

—Sólo necesito que me prometas que dejarás en paz a Allegra y su herencia. Ya viste que ella nunca te engañó adrede.

Duncan no dijo nada. Guardó un silencio estoico que impacientó a Haggerty.

—La siguiente en ver estos videos es la misma Allegra —siguió el anciano—. Ella necesita saber. Todos estos años se ha torturado pensando que te fue infiel, que te hizo daño. Es hora de que sepa que no tuvo la culpa, que fue triplemente víctima de los juegos del destino.

—Por qué no se los mostraste primero a ella?

—Porque quería hablar primero contigo, y para eso tenía que comprobar algo.

—Qué cosa?

—Que aún la amabas —Duncan bajó la mirada al oír aquello—. Si seguías enamorado de ella como yo intuía, a pesar de creer que te fue infiel en el pasado, debías saberlo todo. Si no, si todo lo que quedaba en tu corazón para ella era resentimiento y deseo de venganza, jamás te habrías enterado.

—Y cómo lo comprobaste?

—Fue Boinet quien lo comprobó, realmente. Te escuchó decirle, o gritarle a Allegra, que ella era la causante de tu actual miseria. Él lo tomó como una declaración de amor, a su manera, así que tuvo mi autorización para actuar.

Duncan soltó una risita dolorida.

—Fue una apuesta muy alta.

—Sí, lo sé. Podíamos habernos equivocado, pero no fue así, y doy gracias al cielo por eso —Haggerty dio unos pasos por la habitación, totalmente vacía, sin una silla, ni mueble, ni nada—. Tienes mucho que hacer, Duncan. Hablaré con Allegra, pero...

—No... no le digas nada aún.

—Duncan, no entiendes? Ella merece...

—Quiero ser yo quien se lo diga —intentó ponerse de pie, pero debía estar más débil de lo que suponía, pues no fue capaz.

—Hablarás tú con ella?

—Sí. Necesitaré una copia de esos videos. Si es tan testaruda como recuerdo, mi palabra no le bastará.

—Bien —accedió Haggerty—, confiaré en ti —llamó a alguien afuera, y Duncan ya no se sorprendió cuando vio a Boinet con unas llaves acercándosele.

—Debí suponerlo.

—Es el mejor —se explicó Haggerty—, organizó y coordinó todo para tu visita aquí. Ya sabes, trabajó para la Interpol.

—No trabajé para la Interpol.

—Lo que tú digas.

—Sólo tengo una pregunta para ti —dijo Duncan cuando Boinet se inclinó para abrirle los grilletes que lo unían a la cadena— Por qué no me dijiste que Allegra estaba en casa de Thomas en contra de su voluntad esa vez?

—Porque no creí que fuera así; ella antes... solía hacerlo, se iba a casa de Matheson y se estaba varios días con él... Y luego ella me pidió que no intentara contactarlo, ni a usted ni a su familia. Pensé... que a pesar de lo mucho que se había enamorado de usted, había decidido volver con él, por la razón que fuera —Haggerty miraba a Boinet un poco asombrado. Realmente nunca lo había escuchado soltar una parrafada tan larga—. Fue después que me di cuenta de que no era así... —siguió Boinet, apretando sus finos labios— pero ya había pasado mucho tiempo y no podría ir ante usted sin pruebas. Además... no es mi costumbre meterme en los asuntos personales de mis jefes.

—Está claro que no. No entiendo cómo es que estoy aquí —rió Duncan con sarcasmo.

—No me meto —explicó Boinet— a menos que de eso dependa su vida o su salud.

Y con esas palabras desató el último grillete y lo dejó libre.

Nicholas suspiró aliviado cuando vio a su hermano bajar de su Audi. Duncan bajó a paso lento,

apoyándose una mano en el costado, y con la cara muy golpeada.

—Te volvieron mierda —le dijo con una sonrisa cuando lo tuvo cerca.

—A ti te molere yo a palos en cuanto me recupere.

—No, me besarás los pies.

—Sí. Atente y no corras —Nicholas lo miró sonriendo, pero no se le acercó para ayudarlo.

Entraron a la casa y Kathleen corrió hacia su hijo angustiada cuando vio el estado en que llegaba. Aunque era temprano en la mañana y ya no trabajaba de enfermera en un hospital, ella no había perdido el hábito de levantarse temprano.

Nicholas vio a su madre tocar con delicadeza la cara de su hijo.

—Oh, Dios, estás hirviendo en fiebre! Quién te hizo esto? Llamaste a la policía?

—No te preocupes —la tranquilizó él—, no será necesario. Necesito... necesito dormir un poco.

—Ve, ve. Ya te llevo un par de drogas para el dolor y la fiebre.

Nicholas dio media vuelta con su mochila al hombro, tenía clase en la universidad a primera hora de la mañana y muchas llamadas que hacer. Ahora faltaba la última parte del plan.

Allegra salió de las instalaciones de la Chrystal hecha una furia.

Vestida con un traje ejecutivo de faldas con líneas blancas y negras y tacón puntilla, el cabello rubio recogido en un moño alto y la fina chaqueta plegada en el brazo, caminó con paso largo hacia el parqueadero y se internó en el Mercedes que ahora tenía como coche personal cerrando la portezuela con fuerza.

Acababa de salir de una junta que daba náuseas.

Qué se pensaba Duncan? Cuál era su juego ahora?

Y los idiotas de la junta directiva encantados. Es que no olían el peligro?

Habían citado una reunión de socios de manera urgente, y ella asistió con el miedo de que Duncan hubiese dado un golpe de estado o algo peor. No se había tomado a juego en ningún momento su amenaza de destruirla, pero ni en sus más remotos sueños se imaginó lo que esa tarde les dijeron.

En el informe extraoficial que acababa de recibir se había informado que su majestad Duncan Richman devolvía la empresa intacta, con todos los papeles en regla y, aquí venía la guinda del pastel: sin cobrar un solo centavo.

No sabía a qué estaba jugando, pero no lo iba a permitir. El acuerdo había sido una buena millonada, pues, mal que bien, él había ayudado a sacar de nuevo a flote la empresa. Los juzgados lo habían obligado a poner un precio justo y eso fue lo que se acordó. Ahora venía él con esta nueva treta.

Había una segunda intención, estaba segura, e iba a averiguarlo ya mismo.

Llegó a las instalaciones de la Irvine, un complejo enorme de edificios y jardines que ostentaban riqueza y prosperidad, y se anunció en la recepción. Si Duncan era tan idiota como para negarle la entrada, haría un escándalo digno de una famosa hasta que lo atendiera.

—Señora —dijo la recepcionista un poco intimidada por la mirada de Allegra—. El señor Richman no ha venido a trabajar en los últimos tres días.

—Qué dice? Está enfermo? —idiotas, y a ella qué le importaba? Igual que si se estaba muriendo!

—No... no lo sabemos. Él sólo está ausente.

—Entonces deme la dirección de su casa.

—Disculpe, señora, pero no estoy autorizada para...

—Mire, niña...

—No te preocupes, Ayslinn, yo me hago cargo —dijo alguien a sus espaldas dirigiéndose a la recepcionista, que ya empezaba a verse bastante angustiada, y Allegra se giró. Era Haggerty—. Imaginé que vendrías aquí luego de escuchar el informe.

—Tú has perdido mucho de tu olfato si crees que Richman nos devolvió la empresa así nomás y a cambio de nada.

—Mmm, digamos que conozco a Duncan tal vez mejor que tú.

—No, no lo conoces, créeme! Ese monstruo de ahora no es Duncan Richman. Se ve como él, se mueve como él, pero no es él!!

—Interesante observación —dijo Haggerty pasándose los dedos por su inexistente barba— ¿Qué le dirás? Que no lo aceptas? Que le pagarás hasta el último centavo?

—Sólo lo justo. No quiero deberle nada, no quiero que esto luego se preste para...

—Sí, lo que digas —le interrumpió el anciano alzando una mano impidiendo que siguiera con su diatriba. Miró a la recepcionista, que hablaba por teléfono con alguien— Llama por favor a Johnson. Mi chofer la llevará hasta la casa Richman.

—Quiero ir por mí misma —insistió Allegra.

—No sabes dónde queda y perderás tiempo buscando la dirección. Además, me sentiré más seguro si vas con él. Dame las llaves de tu coche, lo usaré para volver a casa.

—Edmund...

—Johnson te esperará lo que sea necesario, no te preocupes. O si quieres luego llamas a Boinet.

Allegra accedió y se subió al coche de Haggerty, un Ford de lujo negro, repasando en su mente cada una de las palabras que le diría a Duncan en cuanto lo viera, y segura de que nada de lo que le dijera ahora lograría enfadarla más de lo que ya estaba. La iba a escuchar él esta vez, porque no pensaba callarse nada de lo que tenía que decirle desde el principio de los tiempos.

La casa Richman no era realmente una casa, era una mansión.

No demasiado grande ni ostentosa, pero sí cómoda y con signos de ser habitada.

Seguramente esta sí tenía las cien habitaciones de las que él se había burlado, y según lo que sabía, la casa era propia, no alquilada como hacían algunos millonarios famosos. Él la había reconstruido, prácticamente, luego de haberla comprado en un remate. En las revistas habían mostrado todo el proceso de reconstrucción y rediseño de aquella mansión, y si no era más grande que la suya, sí era más moderna, más práctica y pensada para una familia.

Se había anunciado en el intercomunicador de la entrada preparada para una larga explicación acerca de quién era ella y por qué estaba allí y las consecuencias que traería si le impedían la entrada, pero contrario a todo lo que había imaginado, la dejaron pasar sin ningún impedimento.

El Ford que Johnson conducía se internó en un enorme y hermoso jardín que subía por una pequeña colina en cuya cima estaba la mansión Richman.

En los jardines se hallaban unos columpios, y otros juegos infantiles. Una pelota dejada al descuido por allí, y un Audi plateado aparcado. Duncan estaba en casa.

Se bajó del Ford ajustándose los tirantes de su bolso en el hombro y respiró profundo mientras

andaba el sendero que la llevaba hasta la puerta principal. Esperaba no haber perdido los bríos en el camino.

Pero lo que vio la dejó impactada. Dos niños de algunos nueve años salieron por uno de los lados del jardín y se quedaron mirándola fijamente, como si intentaran adivinar quién era ella y qué hacía allí.

—Paul! Kevin! —exclamó ella cuando los reconoció. Estaban más grandes, y ya habían cambiado sus dientes, pero eran ellos, de cabellos castaño oscuro como los de su hermano Duncan, ojos café con pintas verdosas, y esa nariz que tenían todos los Richman.

—Nos conoce? —dijo uno de ellos alzando una ceja.

—Claro que sí, yo soy... —No, ella no era nadie, recordó, y estaba allí porque planeaba insultar a su hermano hasta que le ardieran los oídos —No importa. Está Duncan?

Uno de los niños asintió.

—Puedo entrar?

—Necesito ver su identificación.

—Vaya, no contaba con eso. No podrían... hacer una excepción conmigo? —les sonrió coqueta, y afortunadamente, todavía ejercía su magia sobre aquel par, pues los vio dimitir en su intento de no dejarla pasar.

—Está bien, pero sólo porque es guapa.

—No digas esas cosas delante de ella! —dijo el otro.

—Es guapa, nadie tiene la culpa...

—Kevin, no te molestes en regañar a tu hermano, siempre ha sido un coqueto.

—Cómo nos diferenciaste? —preguntaron los gemelos al tiempo, asombrados, pues nunca nadie que no fuera familia lograba distinguirlos uno de otro, y ellos se habían valido de eso para hacer mil travesuras.

—Ah, los conozco como la palma de mi mano.

—No es posible.

La puerta se abrió, y allí encontró Allegra otro obstáculo con el que no contaba. Entrar a esa casa se estaba convirtiendo en un camino de pruebas.

—Kathleen.

—Tú —dijo la madre de Duncan, mirándola fijamente, sin ninguna emoción en el rostro.

Los años parecían no haber pasado en ella. Tenía la misma piel tostada y tersa que antes, cero canas, y los mismos ojos verdes y vivarachos que había conocido hacía cuatro años y que sólo Nicholas había heredado. Sólo unas líneas de expresión alrededor de sus ojos mostraban que era una madre de cuatro hijos de edades muy distintas entre sí.

—Yo... necesito hablar con Duncan —titubeó—, por favor.

—Él está indispuesto en este momento.

—Kathleen, es importante.

—Me imagino. Ustedes los ricos siempre tienen muchas cosas importantes de las que hablar—. Allegra apretó sus labios.

—Dile por favor que estoy aquí. Él...

—Mamá, hazla pasar —Ahora era Nicholas quien salía de la casa, se acercó a Allegra, le tomó los hombros y la condujo al interior—. Nunca hemos sido descortesés con un invitado.

—Invitado? —preguntó Kathleen en tono sarcástico. Nicholas la ignoró.

—Quieres tomar algo? —le preguntó Nicholas haciéndola pasar al vestíbulo. Detrás fueron Kathleen y los gemelos—. Té, café...

—No, nada, gracias —contestó ella un poco aturdida. Nicholas, diestramente, le había quitado el bolso y el abrigo de las manos y la invitaba a sentarse en los muebles de una preciosa sala al que la había conducido. Kathleen y los niños la miraban como aquella primera vez en aquel pequeño apartamento, como si ese no fuera su lugar.

—Nicholas, no me parece que... —empezó a decir Kathleen.

—Duncan también quiere hablar con ella, mamá.

—Él no me dijo nada de eso.

—Bueno, pero a mí sí me lo dijo.

—Del mismo modo que me dijiste que estos dos días estuvo en su apartamento trabajando duro?

—Oh, mamá, perdóname esa mentirijilla.

—Duncan está bien? —preguntó Allegra.

—Todo lo bien que se puede estar en su situación. Ven, te llevaré hasta él.

—Nicholas Alexander Richman, qué vas a hacer?

—Salvar una vida, créeme.

Allegra se dejó conducir a través de las escaleras, y cuando estuvo en el segundo piso fue llevada hasta una zona que claramente era de habitaciones.

—No creo que por aquí esté el despacho de Duncan.

—No vamos a su despacho.

—Entonces?

Nicholas abrió una puerta y la hizo atravesarla. Como tonta, Allegra se quedó en el umbral, mirando alrededor. Era una habitación que casi parecía una pequeña casa dentro de aquella mansión. Frente a la puerta, una pared dividía las estancias y las hacía mucho más privadas, hacia su izquierda había una pequeña sala con muebles y equipos de televisión y audio, y hacia su derecha, una pequeña zona de estar con un librero y cuadros colgados en la pared. Al otro lado de la pared, imaginaba, estaba la zona del dormitorio al que se accedía a través de un arco de molduras sencillas.

Las paredes estaban forradas de un fino papel tapiz en tonos azul y blanco. Un ventanal rodeaba toda la pared que daba a los jardines, y la puerta que debía conducir al cuarto de baño y ropas estaba a un extremo de la habitación. Todo se veía acogedor y de buen gusto, una habitación un tanto masculina, pero no tanto como para que hiriera sus sentidos.

Se había quedado embelesada mirando todo, y cuando se dio cuenta, Nicholas había cerrado la puerta dejándola a ella dentro.

—Hey! Qué clase de trampa es esta? —Golpeó un par de veces, pero no obtuvo respuesta—. Maravilloso! —exclamó. De manera inconsciente buscó su bolso en su regazo para descubrir que no estaba allí. Nicholas se lo había quitado abajo, en la sala—. Este grandísimo... —Se quedó quieta.

Había alguien más en la habitación. No había escuchado ruidos, ni voces, pero había otra presencia allí. Caminó unos pasos hasta que se hizo visible el resto del dormitorio, y lo que vio la abrumó: en una enorme cama con sábanas azul oscuro y blanco se hallaba Duncan acostado de espaldas, semidesnudo y dormido.

—Ah, no, esto sí que no —Se giró de nuevo a la puerta e intentó abrirla a la fuerza, pero estaba cerrada con llave desde afuera—. Nicholas!! —Susurró. Lo último que quería era despertar al monstruo que yacía en la cama.

Qué haría? Él iba a despertar de un momento a otro y la encontraría allí. No tenía ninguna explicación lógica para el hecho de encontrarse encerrada en su habitación privada.

Intentó forzar de nuevo la puerta, pero no fue posible, ojalá hubiese aprendido aquel truco de forzar cerraduras con ganchos y clips, pero a Boinet no se le ocurrió enseñarle. No se atrevía a caminar hacia los ventanales e intentar salir por allí, pues él podría despertar de un momento a otro si la escuchaba abrirlas. Estaba atrapada en una habitación con Duncan semidesnudo y dormido en una enorme cama.

—Por qué hiciste eso? —Le preguntó Kathleen a su hijo, molesta.

—Mamá, esos dos necesitan hablar y arreglar sus cosas —contestó Nicholas escarbando en el bolso de Allegra para buscar su teléfono. Cuando lo halló, inmediatamente lo apagó.

—Hey, son sus cosas privadas, por qué haces eso? Nicholas, qué está pasando, explícame ya!

Nicholas suspiró. Era hora de que su madre se enterara de todo. La llevó hasta un mueble y sentándola a su lado, se dispuso a contarle a grandes rasgos lo que había sucedido hacía cuatro años y lo que estaba sucediendo ahora.

Allegra se asomó con cautela para mirar hacia la enorme cama. Estaba cansada, llevaba rato allí de pie, pues se rehusaba a sentarse, y nadie venía a abrirle la puerta. Se quitó los tacones y caminó descalza intentando no hacer ruido. Corrió una de las cortinas e intentó abrir la ventana, pero entonces Duncan se removió en la cama a causa de la luz que entró y ella se tiró al suelo para que no la viera por si abría los ojos.

Pero él no despertó.

Aquello era muy extraño. No recordaba que Duncan tuviera el sueño tan pesado, ni que durmiera a esa hora del día.

Alzó la cabeza y miró en dirección a ese cuerpo que ella conocía tan bien, y notó entonces que la respiración de él no era apacible como debía ser, no. Él respiraba con dificultad, y tosía de vez en cuando.

Perdiendo la cautela, se acercó a él y lo tocó.

—Dios, tienes fiebre! —Miró alrededor, y encontró una taza con toallas, drogas y otras cosas dentro. Al parecer, Kathleen tenía allí todos los implementos necesarios para cuidar a su hijo, y eso era lo que había estado haciendo.

Caminó de nuevo a la puerta y volvió a llamar. No iba a hacer de enfermera para Duncan, no, no y no. Pero otra vez nadie vino en su auxilio.

Caminó de un lado a otro. Él había empezado a temblar, como si tuviera mucho frío, pero al contrario, estaba muy caliente.

Se rindió. Entró al cuarto de baño y llenó la taza con agua fría. Metió en ella la toalla y empezó a refrescar el cuerpo de Duncan pasándola por todas partes.

—Ves cómo es la vida? —le susurró—. Nunca sabes cuándo vas a necesitar de tus enemigos.

Se concentró en pasarle la toalla por el cuerpo, y no pudo evitar fijarse de nuevo. Ahora que yacía indefenso frente a ella pudo mirarlo a placer, y el corazón se le aceleró. Ah, sí, ese traidor que empezaba a bombear sangre como loco apenas posaba sus ojos en él.

—Hermoso... pero así son las flores venenosas... y las ranas, las ranas venenosas también son hermosas. Pero ah, olvidaba que tú prefieres que te comparen con dragones!

Y ella quería besarle los labios a ese dragón en especial para que otra vez se convirtiera en príncipe.

Dejó la toalla húmeda sobre la frente de Duncan, y retiró los cabellos humedecidos de sus sienes. Él tenía un corte reciente sobre la ceja izquierda, y el labio superior hinchado, como si se hubiera dado golpes con alguien recientemente. Pasó su dedo índice por las heridas como si fuera un toque mágico, un ungüento que las fuera a sanar.

Otra vez sintió ternura, ternura y deseo, una combinación letal para una mujer que llevaba años famélica de amor.

Y así, tan naturalmente y sin siquiera intentar evitarlo, se inclinó a él y besó sus labios.

Cuando despertara se pelearían de nuevo y se dirían cosas desagradables. Mientras, ella le robaría besos y lo cuidaría.

No podía hacer otra cosa.

Duncan abrió los ojos y vio a Allegra.

Oh, bien, ahora estaba delirando.

Allegra estaba allí, más hermosa que nunca, y lo miraba a los ojos con mil preguntas en su mirada. Él, tan débil como estaba, sólo atinó a sonreír. Alzó una mano hacia ella y acarició una de sus aterciopeladas mejillas.

—Tan hermosa.

—Lo mismo decía yo —farfulló ella, y él frunció el ceño.

—Debo estar muy enfermo, si te traje aquí con mi imaginación.

—No sé si con tu imaginación, pero sí que estoy atrapada aquí —Duncan intentó aclarar su visión. Esa fantasía no estaba saliendo como él quería.

—Estás aquí realmente?

—Oh, sí, y en cuanto vea a tu hermano, lo mataré.

—Pide turno. Yo voy primero —intentó sentarse, pero no pudo, estaba muy débil. Empezó a toser... nada sexy para su reencuentro.

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada. A lo mejor sí que estaba delirando y ella sólo era producto de su imaginación febril. Nada tenía que hacer allí Allegra Whitehurst. Nada más alejado de la realidad que aquello.

Cerró sus ojos y volvió a quedar dormido, esta vez, con una sonrisa en los labios. La blusa de Allegra estaba desabrochada y él había mirado su sostén de encaje. Qué fantasía más chula.

Llegó la noche, y Allegra se opuso rotundamente a dormir al lado de Duncan, así que se dirigió a un sofá que se veía bastante cómodo y se recostó allí.

Había comprobado que el teléfono de la habitación de Duncan había sido desconectado y llevado fuera, tal vez para que no lo molestaran, y ella estaba incomunicada, pues el idiota de Nicholas le había confiscado el bolso apenas entró en la casa y dentro llevaba el teléfono móvil. No tenía cómo salir, ni cómo llamar a nadie. Afortunadamente Haggerty sabía que estaba allí, y cuando empezaran a extrañarla, alguien iría a buscarla.

Pero pasaron las horas y nadie llegó en su rescate, y estaba allí atrapada con un Duncan enfermo.

Qué iba a hacer?

Se quedó dormida antes de lo que esperó, pues estaba muy cansada. Había sido un día largo y ajetreado, con demasiadas tensiones.

Llegó la mañana, y la despertó el olor a comida, lo que indicaba que habían abierto la puerta para dejar el desayuno. Corrió hacia el pequeño vestíbulo de la habitación, pero nada, la puerta estaba otra vez cerrada con llave.

Cuando volvió, Duncan la miraba ceñudo. Estaba sentado en medio de la cama, en boxers, como solía dormir, y el cabello revuelto.

—Allegra?

—Sí, yo.

—No eras... Dios, creí que sólo deliraba —dijo él pasándose la mano por la cara.

—Pues no, estoy aquí en carne y hueso, y tengo que hablar muy seriamente contigo, Duncan Richman.

Allegra se cruzó de brazos mirándolo molesta. Ah, parecía estar furiosa porque él estaba de nuevo usando una jugarreta para quedarse con su empresa, pues no se creía ni poquito eso de que se la devolvía a cambio de nada; pero la verdad era que él, mostrando tanta piel, con sus cabellos desordenados, y a esa hora tan temprano por la mañana, era una descarga de adrenalina demasiado fuerte como para pasarla en seco.

—Ya. Me hablarás de trabajo. Qué mujer más mercenaria. Estoy enfermo, no ves?

—No lo sabía. Nicholas no se tomó la molestia de avisarme. Esto, de hecho, es un mal chiste de tu hermano.

—Te trajo hasta aquí?

—No... —contestó ella incómoda—. Vine porque... Tus abogados me dijeron que nos devolvías Chrystal.

—Ya. Has venido a darme las gracias —dijo Duncan bajando las piernas de la cama, y ella miró de nuevo la piel de su espalda, que aunque ahora mostraba unos cuantos moretones que se iban volviendo amarillentos, seguía siendo una piel por la que la yema de sus dedos cosquilleaban, por el puro deseo de tocar.

Mira, se dijo, mira hasta que te hartes, luego no tendrás oportunidad.

—No quiero ese favor. Te pagaremos. No sé con qué intención lo hiciste, pero...

—Sabía que te opondrías, pero no pensé que eso te hiciera buscar mi dirección y venir aquí —Él se puso en pie poco a poco, en toda su estatura. Allegra intentaba mantener su mirada por encima del cuello de él.

—Claro que sí. Tenía que decirte que no acepto tu caridad, y te pagaremos.

—Bien, ya lo dijiste.

—Es en serio, Duncan! Con qué propósito lo hiciste? Y no me digas que lo hiciste porque sí; tú no das puntada sin dedal. Dime qué pretendes ahora?

—Allegra, sólo no quiero seguir peleando contigo.

—Pero amenacé con destruir a tu hermano, y fuiste hasta mi casa para declararme la guerra, y ahora vienes y dejas todo tirado así tan tranquilo?

—Bueno... —dijo él dando un paso para acercarse al cuarto de baño— las cosas han cambiado en estos tres días.

—Qué tanto pudieron haber cambiado? —Él la miró a los ojos de una manera que le hizo sentirse de una manera extraña.

—Mucho, Allegra. Cambiaron demasiado.

—Entonces...

—Entonces es en serio. Te devuelvo la Chrystal a cambio de nada y luego te dejaré en paz. Lo firmaré delante de un juez, un cura y el mismísimo presidente de los Estados Unidos, si eso te complace.

Allegra empezó a jugar con la pequeña cadena de oro sin dije que llevaba, nerviosa.

—Es en serio?

—Absolutamente.

—Aun así...

—Qué, qué más quieres que te prometa.

—No. Nada. Sólo dile a tu hermano que me deje salir de aquí. Esto es igual que un secuestro.

—Ya sabes cómo son mis hermanos. Quizá sólo te está jugando una broma —dijo él dando otro paso. Sabía exactamente por qué Nicholas la había atrapado allí. Seguramente creía que si no era así, nunca aclararían sus cosas. Era una medida un tanto extrema, pero en el fondo estaba agradecido.

—Pero estoy aquí atrapada! —siguió ella en tono un poco desesperado, era claro que no quería estar allí—. Tienes que decirle que me deje ir!

—No tengo fuerzas ni para ir al baño, Allegra, de veras me estás pidiendo que me enfrente a mi hermano?

—Si lo miras como sueles mirar cuando estás disgustado te hará caso—. Duncan sonrió divertido.

—Ya. No es uno de los gemelos, no se intimidará con una mirada.

Duncan llegó hasta la puerta del cuarto de baño, y allí se detuvo tambaleante. Ella corrió en su auxilio.

No quiso mirarla. Enfermo y todo, él la deseaba como al aire. Si la miraba, se delataría, y ella saldría huyendo del sitio así le tocara tirarse desde el segundo piso por la ventana. No, no quería eso, más bien, se aprovecharía todo lo que pudiera de la situación. Luego arreglaría las cosas con Nicholas.

—Me ayudarás también mientras echo una meada?

—Qué cerdo. Has sacado a relucir tu barrio, sabes?

—Nunca me he avergonzado de él.

—Sí, ya veo.

Sonriente aún, se dirigió hasta el espejo, y soltó un gemido. Nunca se había preocupado demasiado por su apariencia física, pero hoy que necesitaba estar espléndido, parecía más bien un esperpento.

—Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

—No. Sólo un poco magullado.

—Qué te pasó? Por qué estás tan golpeado?

—Me di de narizazos contra un puño.

—Chistoso —dijo ella con sorna y salió de nuevo del cuarto.

Duncan sonrió ante la mala mirada que ella le echó. Se dirigió a la bañera y abrió el grifo. Debía oler a diablos, y su mujer estaba en su habitación. Habría que impresionarla un poco.

Ella se asomó de nuevo.

—Necesitas... necesitas ayuda?

—Oh, un poco.

Él se desnudó y entró en la bañera. Intentando no mirar, ella se acercó, tomó una pequeña esponjilla dispuesto a frotarle la piel mientras él se quedaba quieto en el agua caliente.

Duncan estaba muy golpeado, en la espalda, las costillas y las piernas. Las muñecas las tenía muy heridas, como si hubiesen estado atadas.

—Duncan, quién te hizo esto?

—Luego te contaré.

—Luego?

—Sí, no te preocupes. Ya te pasó el enfado? —ella miró a otro lado.

—Todavía no me creo que lo hagas a cambio de nada —él levantó una mano húmeda hacia ella y le tocó la nariz —Ah, y ni sueñes que me acostaré otra vez contigo —dijo ella, prevenida— Si lo

hiciste por eso...

—Sabes cuánto costó devolverte Chrystal? —Preguntó él fingiendo estar molesto— Más de cien millones de dólares, Allegra. Crees que pagaría cien millones de dólares por acostarme con una mujer que me odia?

—Yo... yo no te odio.

—Ah, no?

—No, a pesar de que me lo has puesto bastante fácil —él se echó a reír, y se recostó en la bañera cerrando sus ojos.

—Sí, me he portado tan mal contigo que merezco que me odies.

Allegra había estado pasando una esponja por su pecho hasta el momento, pero al oír sus últimas palabras se detuvo. Al notar que ella se había quedado quieta, abrió sus ojos.

—Qué?

—Te estás disculpando conmigo?

—Ah... eso... sí. Me disculpo. Perdóname, por favor.

Allegra sólo atinó a ponerle el revés de la mano sobre la frente, como si verificara su temperatura.

—No estoy delirando, eso fue anoche.

—De veras te estás disculpando? Me has dicho muchas cosas feas, sabes?

—Sí, y me disculpo. Por todas y cada una de esas palabras feas. Aunque en su momento creí que te las merecías.

—Y ahora ya no?

—Bueno... estás aquí ayudándome a darme un baño, cuando otra podría estar aprovechando para envenenar mi desayuno.

A Duncan le encantó cuando, en vez de enfadarse, ella se echó a reír.

—Sí, debería estar haciendo eso, te lo mereces.

—Lo sé, —asintió él mirándola de nuevo fijamente y de esa manera que la hacía sentir tan incómoda.

—Te vas a enfriar —dijo ella. Él se movió un poco bruscamente, y el agua se desbordó, mojando la blusa de Allegra.

—Oh, lo siento.

—Diablos, no tengo más qué ponerme.

—Tienes a tu disposición toda mi ropa.

—No pienso quedarme aquí tanto tiempo.

—Estamos atrapados en mi habitación, Allegra.

—Muy conveniente.

Mientras él se secaba con una toalla, ella se dirigió al ropero buscando una camiseta que ponerse. Duncan la espío y vio de nuevo su delgada espalda desnuda, mientras ella se cambiaba su blusa mojada. Aun enfermo, la deseaba.

Allegra curioseó un poco el guardarropa de Duncan. Debía tener cientos de camisas, algunas en tonos pálidos y otras de colores fuertes, raya diplomática en los trajes, corbatas de todo tipo, y zapatos de todos los estilos. Recordó que antes era ella quien le compraba la ropa, o se la obsequiaba. Él había aprendido bien de estilos y colores. Sonrió pasándose por la cabeza una camiseta de Duncan, que en él debía quedar ajustada, pero a ella le quedaba enorme.

Encontró a Duncan de nuevo en la cama, con el cabello húmedo y los ojos cerrados.

—No puedes acostarte así, tienes que secar tu cabello!

—No tengo ganas.

—Pero tienes que cuidarte, o no mejorarás.

—No tengo secadores aquí —sus palabras se vieron interrumpidas cuando Allegra, sin mucho protocolo, le puso sobre la cabeza una toalla seca y la agitaba secando así su cabello. Él se dejó hacer, sin protestar.

—También tienes que desayunar.

—No tengo hambre.

—Así eres siempre que te enfermas? O es que los hombres por regla general tienen que portarse como idiotas cuando se resfrían?

Él sólo sonrió. La vio arrastrar hasta el borde de la cama un carrito que contenía el desayuno de ambos. La camiseta que ella había escogido le quedaba enorme, divina, adoraría esa camiseta por siempre.

Allegra se sentó junto a él en la cama y él se removió. Demasiado cerca. Estaba enfermo, no muerto, y se moría por ponerla de espaldas en la cama y hacerle de todo, aunque ella parecía muy tranquila con él allí.

Allegra destapó las fuentes y el delicioso aroma del desayuno los invadió. Estaba hambriento, después de todo.

—Qué te parece mi casa? —Aquél era un tema seguro, pensó ella, y se animó a contestar.

—Es bonita, me gusta. Tiene cien habitaciones, verdad? —él recordó la vez que bromearon acerca de eso con la mansión de ella.

—Claro que no. Antes de reconstruirla, tenía demasiado espacio desperdiciado. Demasiadas salas de juego y descanso. La reformé mucho.

—Sí, eso leí —ups, paso en falso. Él la estaba mirando inquisitivo. —Quiero decir... una vez salió en una revista.

—Qué cosa?

—La reforma de tu casa.

—Salió en una revista? Eso?

—Bueno, de algún modo la prensa local piensa que eres un buen material de venta. Siempre están saliendo noticias acerca de ti.

—No lo sabía. Y tú las leías?

—Claro que no. Como si no tuviera nada más que hacer.

—Cierto —asintió él, pero la estaba mirando de reojo.

Siguieron desayunando en silencio. Ella evitaba mirarlo, no sabía si se había puesto ropa de la cintura para abajo, pues se había cubierto con las sábanas, pero tenía el torso desnudo y hacía rato que ella tenía ganas de tocarlo. Así, tan fácil, estirar la mano y tocarlo. Pero no podía.

Aunque él estaba siendo cortés, tenía que recordar que estaba enfermo, probablemente había recibido una paliza días atrás, por los moretones, y eso le hacía bajar un poco la guardia. Hasta le había pedido perdón!

Si se confiaba y creía que todo aquello era cierto, entonces él volvería a ser el mismo monstruo de antes, y la heriría de nuevo con palabras horribles. No, no quería eso.

En algún momento Nicholas la dejaría ir, no podía estar allí para siempre, y entonces ella escaparía, se quedaría toda la vida preguntándose por qué él le había devuelto la empresa sin pedir nada a cambio, pero se alejaría para siempre de él.

Esa perspectiva no era muy agradable.

Volvió a mirarlo, y se encontró con que él la miraba a ella.

—Ah... —balbuceó, nerviosa— ya terminaste, retiraré los platos.

—Deja eso ahí.

—Sólo los pondré al lado de la puerta. Imagino que alguien subirá y los recogerá.

Ella volvió a empujar el carrito hasta la salida. Cuando volvió, él se estaba tomando unos medicamentos.

—Tienes... no sé, un libro, una laptop con internet? No sé cuánto tiempo piensa el idiota de tu hermano tenerme aquí— Él se limitó a recostarse en sus almohadas. —Duncan?

—Ven aquí.

—Para qué?

—Anoche no dormiste nada, si te acostaste en ese sofá. Tienes ojeras, Allegra. Es temprano, nadie te interrumpirá. Toma una siesta a mi lado.

—No quiero.

—No te haré nada, no tengo fuerzas ni para moverme —mintió.

—Pero...

—Ven.

Ella miró el espacio vacío al lado de Duncan. Ah, estar allí otra vez. Tal vez aquello era también un delirio suyo, y estaba enferma terminal en un hospital, con noventa años y añorando a Duncan.

O tal vez era real, y ella estaba desperdiciando la oportunidad de volver a dormir a su lado.

—Está bien, pero sólo un ratito.

—Como quieras.

Él se giró dándole la espalda. Qué poco romanticismo.

Duncan sintió a Allegra acostarse a su lado, y cerró los ojos con fuerza. Moría de ganas por decirle que lo sabía todo, moría de ganas por abrazarla de nuevo. Pero tenía que ir despacio, como caracol. Aunque ella se había abierto un poco a él en esos últimos minutos, tenía que ir paso a paso, y además, él estaba enfermo, los medicamentos lo hacían dormir. Prefería decirle todo cuando estuviera en sus cinco sentidos, porque no pensaba detenerse en un simple abrazo y unas pocas miradas. A partir de allí, si ella se lo permitía, se quedaría a su lado. Esta vez para siempre.

Se durmió inexorablemente a causa de los medicamentos. Y su último pensamiento fue para ella, en lo mucho que la amaba, y en lo mucho que deseaba que ese amor que ella dijo sentir por él, cuando estaban en el Nalla, todavía estuviera allí.

XXVII

Allegra despertó con una extraña sensación. Había algo fuera de lugar allí, alguien la tenía abrazada, como cuando...

Como cuando despertaba abrazada a Duncan.

Oh, diablos, qué era toda esa locura?

Se movió lentamente, y se encontró con que, efectivamente, estaba abrazada a Duncan.

Cerró sus ojos y recordó de golpe. Había ido hasta allí para preguntarle qué demonios buscaba con eso de devolverle la empresa a cambio de nada, para luego quedar encerrada en su habitación gracias a Nicholas. Luego descubrió que él estaba enfermo, y por tanto, en una actitud más comprensiva, y después, cediendo a su orden de dormir una siesta, se había tumbado a su lado.

Y ahora despertaba envuelta en sus brazos.

Ah, cuánto había extrañado aquello, casi tanto como el sexo mismo.

Movió una mano para tocarlo, pero la detuvo a mitad de camino, quizá él se despertara, y entonces ella tendría que volver a fingir que no le importaba el estar allí, así que prefirió quedarse quieta y disfrutar un poco más la situación.

Al cabo de unos minutos, despertó él. Se movió con pereza inspirando fuertemente y apretándola un poco más en su abrazo.

—Dios, Allegra, qué bien hueles —murmuró, y hundió la nariz en su cuello.

—No me apliqué nada especial.

—Sí, eres tú, simplemente tú —y se pegó más a ella. Allegra cerró sus ojos, incapaz de huir. A través de la sábana que lo rodeaba, sintió toda la plenitud de su cuerpo, que a pesar de la enfermedad, estaba totalmente despierto.

—Te sientes mejor, por lo que veo.

Él se quedó quieto, como si recordara algo, y ella aprovechó para salir de la cama. Buscó su blusa, que ya estaba seca, en el cuarto de baño y se la puso de nuevo.

—Ya es tarde —dijo cuando salió de nuevo, acomodando sus cabellos como si pretendiera irse—. Esto es absurdo. Por favor, Duncan, dile a tu hermano...

—Tengo algo que decirte, Allegra.

—He estado aquí desde ayer! Edna podría preocuparse.

—Edna debe saber que estás aquí, lo mismo que Boinet —Allegra lo miró fijamente.

—Qué? Por qué estás tan seguro?

—Porque... —se detuvo, y le enseñó sus muñecas lastimadas— esto me lo hizo tu gente.

Ella se echó a reír.

—Ahora qué tramas? Acusarme de algo? Que fui yo quien te mandó golpear o algo así?

—No, Allegra, no planeo eso. Al contrario, agradezco mucho que me lo hayan hecho.

Ella se mostró confundida, y meneó su cabeza.

—Vas a tener que ser más claro, sabes?

Duncan salió de la cama, ya no tan tambaleante como antes, aunque tampoco muy firme. Allegra contuvo la respiración y dio media vuelta. Debajo de las sábanas, él había estado totalmente desnudo todo ese tiempo.

—Vamos, no te pongas así —sonrió él—. Me has visto desnudo mil veces.

Ella permaneció en silencio y de espaldas a él. Lo escuchó remover el guardarropa buscando qué ponerse.

—Ya, ya estoy decente —ella se giró poco a poco. Él se había puesto un pantalón de franela y una camiseta sin mangas. Lo vio sentarse de nuevo en el borde de la cama, débil aún por su enfermedad.

—Y entonces dime, me vas a acusar ahora de haberte mandado a secuestrar y golpear? Fue eso lo que pasó?

—Algo así —contestó él—. Salí de tu casa bastante ofuscado, conducía a toda velocidad. Siete camionetas de color oscuro me interceptaron el paso. Me defendí, pero me aventajaban en número, así que recibí una golpiza. Me llevaron a una habitación sin ventanas, y me tuvieron allí hasta ayer en la mañana, luego me dejaron libre y llegué por mis propios medios a casa. En la tarde, llegaste tú, y —sonrió— yo creí que eras una alucinación.

—Ya. Piensas acusarme ante la policía, o algo? —dijo ella con sarcasmo, como si no le importara.

—No. Y esto que te estoy diciendo es verdad.

—Pero dijiste que fue mi gente. Quién exactamente, a ver?

—Haggerty y Boinet.

—Haggerty!! Vaya, tan viejo y en esas! —exclamó Allegra paseándose por la habitación.

—Me hicieron ver unos videos.

—Ah, vaya, te tuvieron entretenido! Qué considerados!

—Eran videos de ti y Thomas teniendo sexo, Allegra —soltó él mirándola de reojo.

Ella se quedó quieta y muda de inmediato, mirándolo a los ojos fijamente, como si con esas palabras la hubiese teletransportado al pasado, a un pasado horrible y sombrío.

—No, esto no me lo aguanto —corrió dirigiéndose a la puerta y empezó a llamar y a golpear.

—Escúchame! —le gritó Duncan, detrás de ella.

—Abran la maldita puerta! Los demandaré a la policía!

—Allegra, escúchame! Tienes que escucharme! —gritó él alejándola de la puerta. Enfermo y todo, aún era muy fuerte.

—Por qué?! —ella empezó a revolverse entre sus brazos—. Por qué tendría que escucharte?

—Porque yo también pasé por ahí. Sentí mucha ira y mucho dolor.

—Y quieres hacerme pasar por lo mismo a mí?

—Necesitas saber!

—Qué!!? Qué quieres que sepa?

—La verdad! Toda la verdad.

—No quiero...!! —suplicó ella en un grito— No quiero oír. Guárdate la verdad para ti!

—No fue sólo un video, Allegra, —insistió Duncan— eran varios, cortos, de menos de un minuto. Yo los vi todos!

—Todos? —preguntó ella confundida y quedándose quieta al fin—. No era acaso uno solo? Uno muy explícito...? De mí!?

—También yo lo creí, y cuando estuve allí encerrado, me los hicieron ver todos.

Ella lo miraba a los ojos abriendo grandes los suyos, esperando que él dijera algo más que aclarara todo ese embrollo. Duncan parecía muy herido, no ya por los golpes externos, sino en su alma, y eso le dio más o menos una luz acerca de lo que había visto en esos videos.

Cielo santo, tenía miedo de preguntar, de saber, y al mismo tiempo...

—Qué... qué viste en esos videos? —preguntó en un susurro.

—Primero, quiero que me cuentes todo.

—Duncan...

—Cuéntamelo todo, Allegra; desde que te llamé para invitarte a cenar en mi casa y tú colgaste, hasta que nos vimos en la Chrystal tres días después. Cuéntamelo, Allegra, por favor.

Ella se separó de él y empezó a rascar la frente dando vueltas, angustiada, y Duncan vio que las lágrimas salían sin tregua. Quiso ir y abrazarla, reconfortarla, borrar todo el pasado con un beso.

—Para qué? Acaso es tan importante para ti? Todos estos años has vivido muy bien ignorándolo, no? —le rogó entre sollozos y mirándolo de reojo.

—Por Dios, Allegra. Necesito saber, escuchar tu versión. Créeme que a mí tampoco me gusta hurgar en la herida, pero quiero saber. No te parece que tengo derecho a escuchar de tus propios labios qué pasó?

—Pero por qué ahora? Cuando te busqué y quise explicarte...

—En ese momento yo era una bestia herida —le interrumpió él—, dispuesto a infringirte a ti el mismo daño. Te creía una mentirosa de las peores, pero ahora es diferente. Por favor, dime toda la verdad.

Allegra se giró de nuevo, huyendo de su mirada suplicante. Contarle? Después de tanto tiempo?

—Duncan...

—Por favor, mi amor —le susurró él tomándola de los hombros—. Cuéntame.

Mi amor? Le estaba diciendo mi amor?

En el pasado, él muy pocas veces había usado esa expresión, y cada vez que lo hacía conseguía de ella lo que quería.

Ah, todavía estaba tan hambrienta de amor como hacía cuatro años, todavía miraba al cielo por las noches y rogaba que alguien la amara.

Todavía, cuando miraba a Duncan, estuviera él enojado, sonriente, o expectante como ahora, lo que venía a la mente era: No quiero que me ame cualquiera. Ámame tú.

Y ahora tendría que contarle todo, su peor vergüenza, su ignominia.

Pero él tenía razón, ya no podía seguir ocultándolo, y él tenía derecho a saber. Hubiese querido hacerlo ese mismo día en la Chrystal, pero él no le permitió explicarse, y luego... luego todo se había vuelto hospitales y dolor.

Tomó aire y empezó:

—Recibí... una llamada de Thomas luego de hablar contigo. —Tragó saliva, como si lo que la estaba obligando a hacer fuera en contra de todo lo que sus sentidos querían—. Él dijo que estaba muy mal, que su padre lo había golpeado. De niña siempre sospeché que George lo maltrataba, sabes, pero él siempre lo negó, así que en esa ocasión no lo dudé, le creí y fui a verlo... Lo siento tanto...

—No importa —dijo él, animándola—. Sigue.

—Llegué al apartamento y efectivamente, él estaba muy golpeado, aunque los moretones parecían llevar ya varios días. Me preocupé por él y le pregunté qué pasaba. Él... me ofreció una copa y me contó que su padre lo había golpeado porque descubrió que él y yo habíamos terminado la relación y no había vuelta atrás, pues yo estaba contigo. Admitió que siempre lo habían golpeado así, desde niño.

—Te tomaste esa copa?

—Oh... sí...

—No importa. Qué más pasó?

Las lágrimas empezaron a correrle otra vez por las mejillas. Ah, si fuera tan fácil volver al pasado! Le habría tirado a Thomas esa copa en la cara y habría salido corriendo de allí. No, mejor: nunca habría ido a su apartamento, en primer lugar.

—Me empecé a sentir mareada —siguió ella—. Debí poner algo en mi copa, Duncan, te lo juro. Me empecé a sentir muy mal, y él me llevó hasta la cama. De algún modo pensé que durmiendo un poco se me pasaría, pero entonces...

—Entonces...

—No lo sé! —gritó de nuevo—. Desperté! Miré mi teléfono y descubrí que ya era muy tarde, tres días tarde!

—No recuerdas nada más? Nada de lo que pasó entre que te empezaste a sentir mal y despertaste?

—Hay imágenes de él en mi cabeza desvistiéndome, pero... —lo miró a los ojos, con el alma rota— no recuerdo haber puesto resistencia, no me opuse, o si no, lo recordaría! Pensé que te había sido infiel porque luego, cuando me desperté, tenía esa sensación, como si él y yo... como si él y yo...

Él la abrazó cuando vio que no podía más. Había estudiado atento cada palabra, cada reacción, y lo que vio fue una desgarradora verdad en sus ojos. Aquello era todo lo que sabía, o lo que recordaba.

—Está bien. No te preocupes. Ya todo pasó.

—No, no pasó, Duncan, yo...

—Vi los videos. Tú te opusiste, cariño. Luchaste con las pocas fuerzas que tenías.

—Cómo lo sabes?

—Haggerty y Boinet encontraron otros videos. Matheson hizo varias tomas buscando el adecuado para enviármelo; tenía todo planeado. Lo que intuyo es que te hizo ir con una historia muy triste para despertar tu lástima y motivarte a olvidar toda precaución e ir a su apartamento sola.

—Quiero ver esos videos —dijo ella con determinación.

—Estás segura?

—Sí. Quiero verlos.

Ella se había secado las lágrimas con el dorso de la mano y ahora lo miraba segura. Entre orgulloso y preocupado, Duncan la soltó y se encaminó a la pequeña sala en su habitación. Tenía un televisor con su reproductor de cd. Buscó en uno de los cajones de un mueble adyacente y metió un disco en el reproductor.

—Hice que Boinet me entregara una copia —dijo él desde su lugar, mientras disponía todo para la función que seguía.

—Desde cuándo los tenía él?

—No lo sé. Dijeron que desde hacía poco. Al parecer fue difícil conseguirlos.

—No entiendo. ¿Por qué no me los mostraron a mí? Haggerty sabe lo que me ha angustiado a mí pensar que yo pude haberte sido infiel. Él y Boinet saben perfectamente de la pesadilla que he vivido todos estos años...

—Querían mostrármelos primero a mí.

—Por qué? —él hizo una mueca, esquivo.

—Siéntate —le dijo, y las imágenes empezaron a rodar.

Allegra se llevó las manos a la boca cuando se vio a sí misma de pie en la habitación de Thomas, y él le quitaba la blusa. Luego, cuando estaba de lado en la cama, en ropa interior, Duncan vio que

volvía a sollozar, pero sus ojos enrojecidos no se desprendieron de la pantalla. Él ya no miraba, la estudiaba a ella, atento a sus reacciones.

Cuando llegaron al video que ambos habían visto cuatro años atrás, ella se puso en pie dirigiéndose al televisor. Al ver sus intenciones, él la detuvo.

—Ese maldito! —Exclamó Allegra en un grito de aflicción—. En cuanto lo vea lo mataré! Esta vez te juro que no fallaré y lo mataré!

—Ya, ya. Lo encontraremos y le haremos pagar.

—Pero mira lo que me hizo! Por su culpa! Por su egoísmo!

Duncan la abrazó fuertemente.

Ella empezó a llorar de nuevo y él no dejó de abrazarla, masajearle la espalda y consolarla. Él también sintió deseos de llorar, pero debía ser fuerte para ella.

—Ya. Ya todo pasó.

—Te envié ese video y nos hizo creer a ambos que de verdad yo...

—Ya no importa. Al final descubrimos la verdad. Sólo me gustaría saber... —la separó de sí para mirarla a los ojos— Allegra, por qué no me lo dijiste antes? Por qué no me buscaste y me explicaste? Yo habría entendido! Por qué no lo hicieron Edna o Boinet? Por qué no luchaste?

Allegra cerró los ojos, y en un susurro contestó:

—Porque estaba convencida de que te había traicionado, que me había entregado por voluntad propia a Thomas. Creí con todo mi ser que te había traicionado. No tenía recuerdos de haberme resistido, sólo una sensación de que había sentido compasión por él. Recordé que odiabas las mentiras, ¿qué podía decirte que no descubrieras por ti mismo después? Ese video era demasiado diciente! Hasta a mí me convenció de que había caído!

—Estuviste tres días desaparecida! Allegra, tú o Boinet, o la misma Edna pudieron haberme dicho que estuviste inconsciente hasta que nos vimos en la Chrystal. Por qué no me seguiste y me explicaste? Oh, Dios! Estaba dolido, sí, pero hambriento de una explicación tuya!

—No pude! —gritó ella recordando que fue en ese instante que tuvo el primer derrame de sangre.

—Todos estos años me he preguntado: ¿Por qué ella no me buscó? —siguió él, y Allegra se llevó una mano a la boca impidiendo que saliera de nuevo un sollozo— ¿Por qué no intentó convencerme así fuera con mentiras?

—Porque hasta el momento habíamos hablado con la verdad en todo! Qué te podía decir? Mira, Duncan, me acosté con Thomas, pero te amo es a ti, no te preocupes. Ah, creo que me drogó, pero es algo que hacíamos juntos de adolescentes. Y no, espera, estuve estos tres días en su casa durmiendo la mona! ¡No podía!

Duncan la miró en silencio. Ella secaba inútilmente las lágrimas de su rostro, pues estas volvían a salir.

—Así que me creí a mí misma culpable... —siguió— y creí que mi castigo era perderte.

—Pero así me castigaste también a mí —agregó él, dolido.

—Me hubieses creído? Me hubieses perdonado? —Duncan cerró sus ojos.

—No... no lo sé. Estaba tan enamorado de ti que seguramente sí te habría creído cualquier mentira que me dijeras.

—No quería mentirte! Y la verdad era demasiado horrible!

—No importa! No habrían estado Edna y Boinet para corroborarte?

—Les impedí que te buscaran... Duncan, no sabes lo que es la vergüenza.

—Y al parecer tú no sabes de lo que es capaz un hombre enamorado —dijo él acercándose a ella poco a poco.

—Pero Duncan, yo no sabía que estuvieses enamorado, nunca me lo dijiste. Y todos estos cuatro años tú me has odiado por... —Él se echó a reír.

—No, Allegra. Ya hubiese querido yo odiarte, tal vez habría sido más llevadero. Pero no pude, yo...

Allegra dio varios pasos alejándose.

—Allegra?

—No te das cuenta? —dijo ella con voz rota— Ni siquiera viendo esos videos sé si tuve sexo con él o no. Todavía no sé si él utilizó mi cuerpo para...

—Eso ya no importa.

—Sí importa, Duncan! Para mí es muy importante! Porque mi cuerpo no puede ser algo que usen y tiren a placer, porque no quiero tener en mi mente por el resto de mi vida la pregunta de si fui abusada o no por él y...

—A mí no me importa, Allegra, —la interrumpió él con voz calmada— porque el cuerpo, al fin y al cabo, sólo es una masa de nervios y músculos. Son tus intenciones las que cuentan, son tus emociones las que te hacen fieles o no. —Se acercó un paso a ella, como si temiera espantarla si la acosaba demasiado— Lo que yo sé y entiendo de todo este horrible asunto, es que él manipuló tus emociones, tus buenas intenciones y te hizo ir —siguió—, luego te hizo indefensa para hacerte daño. Para mí eres tan víctima como cualquiera que fue abusada en un callejón, y me duele por ti, me duele porque adoro tu cuerpo, y odio que te hayan lastimado tanto, pero si tu alma está aún intacta, o si yo puedo ayudarte a repararla, para mí, eso es todo lo que cuenta...

Ella lo besó. No pudo contenerse más y caminó a él, se lanzó a sus brazos y lo besó, y Duncan le devolvió el beso.

Ambos eran un revoltijo de besos, abrazos y lágrimas. Besos de reconocimiento, abrazos de consolación, y lágrimas de un dolor que ya se estaba haciendo pasajero. Al fin.

—Me perdonas? —le preguntó ella— me perdonas por haber ido a su apartamento? Por haberle dado oportunidad para que nos hiciera daño?

—Ah... Allegra, qué es todo esto, si no?

—Me perdonas también por... haber pensado todos estos años que nuestro destino era estar separados... y por no haberte rogado y suplicado que me escucharas?

Duncan sonrió con amargura.

—Con una condición.

—La que quieras, amor, pídemelo lo que quieras.

—No vuelvas a ocultarme nada nunca más. Por más pequeño que sea, por más horrible, por más...

—Te lo prometo, te lo prometo!

—Y si me pongo testarudo, átame con grilletes si es necesario y oblígame a escucharte —ella rió entre divertida y horrorizada por su sugerencia—. Dios, Allegra, te he extrañado tanto, todo este tiempo tratándote tan mal y por dentro sentía que moría. Tienes tanto qué perdonarme!

—No, Duncan.

—Sí, sí. Perdóname —atónita, Allegra vio cómo él se dejaba caer hasta el suelo, de rodillas, y abrazaba sus piernas.

—Duncan, no...

—Te insulté porque te creí culpable. Te hice llorar en el pasado con mis insultos y ahora con mis amenazas, y haciendo caer sobre ti mis acusaciones cuando no fuiste sino una víctima. Lo estabas pasando tan mal y yo sólo empeoré las cosas.

—Pero ya no importa.

—Dios, eres tan buena! Y me duele haber sido el causante de tus lágrimas.

Ella se arrodilló frente a él. Le tomó el rostro entre las manos y sonrió.

—Si te duele tanto, es que tal vez aún me quieres un poco.

—Joder, mujer, cómo te atreves a decir eso?

Ella borró su sonrisa. Tal vez sobreestimó sus lágrimas de ahora asumiendo que él la quería, pero entonces Duncan la besó de nuevo con fuerza.

—Quererte sólo un poco? Estás mal de la cabeza? —ella, confundida, recibió sus besos intermitentes— Si te hubiese querido sólo un poco no habría sentido que moría cuando pensé que me engañaste y que sólo jugaste conmigo —Sus besos, más que besos, parecían mordiscos ahora—. Si te hubiese querido sólo un poco, no habría sido incapaz de dejar de pensar en ti cada día y cada noche de todos estos años pasados! —Ella lo miraba con ojos desorbitados, y Duncan pudo mirar las pequeñas pintas rojizas que, mezclados con el azul de su iris, hacían sus ojos violeta— Si te quisiera sólo un poco —siguió—, no habría sentido cómo mi determinación a odiarte aflojaba cada vez que te tenía delante. Jesucristo! Estar sin ti ha sido la peor de las torturas.

—Entonces... me quieres más que sólo un poco?

—Mujer, eres mi vida! He estado enamorado de ti desde hace mil años!

—Oh, Dios! —sollozó ella abrazándolo de nuevo.

—Oh, cuántas veces deseé no amarte tanto! Te habría olvidado! El dolor hubiera pasado!

Ella apoyó su cabeza en el hombro masculino y Duncan la escuchó llorar. Él se echó a reír.

—Sabes, me imaginé muchas veces declarándote mi amor, pero en ninguna de esas fantasías tú te echabas a llorar.

—Lo siento. No puedo evitarlo.

—Está bien. Es bonito. Dime que es porque te gusta oír que te...

Ella no lo dejó terminar y lo besó a su vez. Le devoró la boca y la saqueó al completo. Duncan cayó sentado al suelo y tuvo que apoyarse con un brazo, pues Allegra estaba descargando todo su peso sobre él.

—Te amo, Duncan.

—Mi Dios!

—Te amo, te amo, te amo...

Duncan se dejó caer con ella encima, y Allegra siguió y siguió besándolo, diciéndole que lo amaba, dejando caer sus lágrimas, esta vez de puro gozo, sobre el rostro de él, y mientras, la luz del sol se filtraba por entre las cortinas, testigo de aquel reencuentro largamente añorado.

XXVIII

—Estar enfermo es un asco —dijo Duncan, molesto, y escuchó la risa de Allegra.

Estaban tirados en el piso con moqueta, abrazados, pero él estaba débil todavía.

Quería con toda su alma hacerle el amor, pero entre que las drogas le producían sueño, y le dolían todos los huesos del cuerpo tanto por la paliza, como por el malestar, no había podido continuar con el juego de besos y caricias en el que Allegra lo había metido tan seductoramente.

—Recupérate, y te haré el amor otra vez.

—Mmmm... cuánto te he extrañado!

—No más que yo —él se echó a reír.

—Enzarcémonos en una discusión de quién ama más al otro. Sería romántico.

—No sería una discusión muy larga, pues yo te amo más.

Duncan volvió a reír negando.

—Te has enamorado de un debilucho —Ella no dijo nada, simplemente apoyó su cabeza en la palma de su mano y lo miró.

—Cómo te resfriaste? —Duncan suspiró.

—Estuve dos noches en una especie de cueva, hacía demasiado frío y no tuve cómo abrigarme. Todo esto es gracias a y culpa de Haggerty.

—Qué hacemos, lo abrazamos o lo pateamos?

—Estoy indeciso.

—También yo —él volvió a reír.

Abrió sus ojos y la miró fijamente. En su rostro aún quedaban los rastros de las lágrimas. Alzó una mano y le acarició las facciones que tanto amaba.

—En el Nalla me porté como un cerdo...

—No recuerdes más eso.

—Dijiste que te habías enamorado de mí.

—Ah, eso. Bueno... —ella apretó sus labios— se me salió. No planeaba decírtelo.

—Gracias a Dios que se te salió.

A él se le cerraron los ojos y Allegra se puso en pie, le tendió la mano para ayudarlo a levantarse del suelo y a acomodarse en la cama.

—Pronto nos traerán el almuerzo —dijo Allegra mientras lo cubría con las mantas—. Espero poder pillar a Kathleen para convencerla de que me deje libre.

—Ya te quieres ir?

—Bueno... no me baño desde ayer, sabes?

—Puedes usar mi baño y mis cosas, ya lo sabes.

—Sí, pero necesito mi bolso que tiene Nicholas confiscado abajo. —Él se recostó en las almohadas y tosió un poco. —Deberías ir a un doctor.

—Nah, no es la gran cosa.

—Pero yo estaría más tranquila si te dejás revisar por un médico, Duncan. De veras.

Él vio que ella realmente estaba preocupada, así que accedió.

—Está bien. Iré a uno.

—No, prefiero hacerlo venir. —le puso la mano en la frente. Su temperatura era normal, pero se le

veía muy cansado. Quizá porque una paliza y una gripe juntas, más una emoción tan fuerte como aquella por la que ambos acababan de pasar, eran demasiado para un solo cuerpo. Ella misma se sentía cansada y eufórica al tiempo.

—Todavía tenemos mucho que hablar —aseguró él.

—Sí, todavía.

—No te alejes de mí —pidió él tomando su mano.

—No. Aquí estaré.

Él se volvió a dormir casi instantáneamente, y ella no pudo evitar acercarse y besar sus labios una vez más. Habían perdido tanto tiempo! Pero afortunadamente, pensó, ahora tenían el resto de la vida para compensarlo, pues no pensaba dejarlo ir jamás.

Sintió que la puerta se abría y vio a Kathleen entrando a la habitación y mirando de hito en hito como si temiera interrumpir alguna escena.

Había escuchado los gritos de la discusión que tuvieran hacía unos momentos, y sólo se atrevió a asomarse para ver si todo estaba bien cuando quedaron en silencio.

Al verla sentada en la cama al lado de Duncan se quedó como una estatua.

—Él está bien?

—Sí, sólo que un poco débil.

—Ah.

Allegra se puso en pie y caminó hacia ella. Kathleen la miraba como si quisiera hacerle una pregunta, pero sin atreverse a formularla.

—Hemos hablado, Kathleen, y aclarado todo. Si me lo permites... me gustaría poder seguir viniendo a tu casa... —sin previo aviso, Kathleen la abrazó. Ella le devolvió el abrazo.

—Siento mucho todo por lo que tú y Duncan han tenido que pasar. Nicholas me contó que todo fue un enorme malentendido. No conozco los detalles, pero me alegra tanto que te hayas reconciliado con mi hijo... porque se reconciliaron, verdad?

—Sí, hemos vuelto —dijo Allegra entre risas.

—Bien, me alegra mucho.

—Pero necesito que me devuelvan mi bolso. Quiero llamar a un médico de confianza para que examine a Duncan.

—Sí, llegó ayer enfermo, pero no quiso ni oír de médicos.

—Típico de él.

Kathleen salió de nuevo de la habitación y Allegra se dirigió hacia Duncan, como si fuera incapaz de estar mucho rato separada de él.

A la hora llegó un médico conocido de Allegra, el doctor Worrell; un hombre de poco más de cincuenta, cabello canoso y alto, de mirada afable y manos rápidas que, sin muchos miramientos, hizo despertar a Duncan para auscultarlo. Afortunadamente el resfriado no había afectado demasiado sus pulmones, y con mucho cuidado y los medicamentos adecuados estaría de pie y firme en un par de días.

—Un par de días? —rezongó Duncan— No puede ser antes? Tengo mucho que hacer!

—Bueno, eso ya depende más de usted que de otra cosa —aseveró el médico—. Dos días en cama. Es una orden.

—Pero yo...

—Dos días estará en cama —prometió Allegra interrumpiendo la protesta de Duncan— Yo personalmente me haré cargo.

No se perdió la mirada acusadora que le lanzó Duncan, pero fingió no haberlo visto. Si él no se iba a cuidar a sí mismo, lo haría ella.

El médico recogió sus cosas en su maletín de cuero y dio unos pasos a la salida. Habló unos minutos con Kathleen, felicitándola por el buen cuidado que había tenido del enfermo.

—Soy enfermera —explicó Kathleen, tímida— Y es mi hijo, si no cuida bien de él, no sirvo para nada.

—No diga tonterías. Si sus pulmones están casi intactos es porque hizo un excelente trabajo.

Kathleen sonrió con las mejillas un poco sonrosadas. Duncan no perdió detalle de la conversación y miró al médico ceñudo. Allegra se mordía los labios ocultando muy mal una sonrisa.

—Tú no digas nada —le dijo, sin quitar los ojos de encima de su madre.

—No, señor.

—Lo conoces de algo?

—Ha sido mi médico toda la vida.

—Ya.

—Es viudo. La mujer murió hace ya casi siete años. Lleva todo este tiempo solo. Tiene su propia fortuna y no le conozco malos hábitos.

Duncan le lanzó una mirada torva, aunque no muy severo.

—No te estoy pidiendo referencias tuyas.

—Ah, perdona. Sólo creí.

Duncan permaneció en silencio, mirándola con ojos entrecerrados. No pudiendo soportarlo más, la arrastró hasta su cama y la hizo caer encima de él. Allegra lanzó un chillido que hizo girarse a Kathleen y el médico hacia ellos. Al ver que sólo jugueteaban en la cama, salieron de la habitación para dejarlos solos.

—Bien, cualquier complicación, sólo llámeme —le dijo el doctor Worrell a Kathleen mientras ésta lo conducía a la salida.

—De acuerdo.

—Por cierto. En qué hospital trabajó?

—En el St. Louis.

—Vaya. Rechacé una plaza allí por montar mi propio consultorio hace casi un siglo.

—Un consultorio propio siempre es mejor que una plaza en cualquier sitio, dicen.

—Sí, eso dicen —contestó él ocultando que gracias a eso había montado su propia clínica. Miró su reloj, como si tuviera prisa por irse, pero en realidad lamentaba no tener un enfermo de gravedad por el que quedarse más tiempo.

Kathleen lo acompañó hasta la misma puerta, y recibió una tarjeta del médico por si uno de los gemelos enfermaba, o si Duncan se complicaba. Ella la recibió sonriente, y lo despidió con la promesa de llamarlo si lo necesitaban.

Nunca imaginó volver a sentir esa tensión a su edad, la tensión que provenía de una agradable compañía, y el deseo de permanecer más tiempo así.

La noche llegó y con ella Nicholas. Cuando Kathleen le contó que había visto a Allegra y Duncan en buenos términos, sonrió ampliamente y subió a verlos.

Los encontró sentados en uno de los sofás de la pequeña salita de la habitación de Duncan. Cuando se acercó más, vio que Allegra estaba dormida sobre el pecho de su hermano mientras este miraba al frente, en silencio y con una sonrisa de satisfacción.

—Y bien? Me matarás o me amarás.

—Sigo indeciso –susurró Duncan. No quería despertar a su dama.

Ante sus últimas palabras, Nicholas soltó una risita y se sentó en el reposabrazos de un sillón al lado.

—Sabía que todo terminaría así. Sólo necesitabas un empujoncito.

—Recibí algo más que un empujoncito.

—Bueno, seguro pusiste resistencia. Siempre has sido un bestia.

—Ya.

Nicholas vio cómo Duncan rodeaba a Allegra con sus brazos, protegiéndola como el macho medieval que a veces parecía ser.

Se acercó a ella, en ademán de alzarla en sus brazos para llevarla a la cama, pues sabía que Duncan aún no tenía suficientes fuerzas.

—Qué haces? –la mirada asesina que su hermano le dirigió le hizo quedarse congelado en su sitio.

—Pensaba...

—Déjala ahí. No me estorba.

—Ok. Como digas... ogro. –Duncan lo miró con ojos entrecerrados. —Realmente, qué vio ella en ti? No me lo explico.

—Desaparece...

—Algún día abrirá los ojos y se preguntará: Qué bestia es esta con la que estoy?

—Nicholas...

—Es la ley de la vida, las princesas no se casan con los dragones del cuento...

Huyó antes de que el cojín que Duncan le lanzó lo alcanzara. Fuera de la habitación, soltó una carcajada que se escuchó claramente desde dentro.

Duncan no pudo evitar sonreír. Dragón de cuento o no, iba a custodiar a su princesa con toda su fuerza de voluntad. Lo habían separado de ella hacía cuatro años, y desde entonces se comportó como un animal herido. Ahora volvía a su lado, y necesitaría un poco más de tiempo allí, mirándola dormir, para asegurarse al fin de que aquello no era sólo una ensoñación, que era real, que era suya.

Se movió levemente y besó los cabellos tan rubios que tanto había amado. Estudió la extensión que ahora tenía e hizo pasar las hebras platinas entre sus dedos. Sí, era suya, era ella, y no había nada mejor en todo el mundo que poseerla; adorar sus cabellos y admirar sus pestañas reposando sobre sus mejillas eran una manera muy dulce y sutil de hacerle el amor.

Allegra despertó con un suspiro, de esos que sueltan los niños cuando se han quedado dormidos llorando.

Miró alrededor y se quedó quieta; no reconocía del todo aquella habitación.

—Buenos días, princesa –era la voz de Duncan. De hecho, estaba sobre él en un sofá.

Se recostó de nuevo sobre su cuerpo, besando su pecho amplio a través de la camiseta que llevaba puesta. Era una lástima que él estuviera tan enfermo, pues deseaba con toda su alma desvestirlo para volver a estudiar su cuerpazo como lo había hecho hacía cuatro años.

—Es real, estás aquí —susurró ella poniendo su mano sobre la barba áspera. Llevaba tres días sin afeitarse.

—Sí, eso me parece.

Se miraron fijamente a los ojos, sin notar que se pasaban los segundos, y ninguno de los dos esquivaba la mirada.

—Me dejaste dormir mucho, ya oscureció.

—Verte dormir es sexy —ella sonrió y se estiró para besarlo, como sin antes no hubiese tenido suficiente. —Hay algo que me gustaría preguntarte.

—Algo más? —bromeó ella. Habían estado hablando toda la tarde, hasta que ella se había quedado dormida. Pero al parecer, para él era como si sólo hubiesen sido unos minutos.

—Sólo un par de cosas.

—Dilo, a ver.

—Dijiste: “Esta vez lo mataré. Te juro que no fallaré y lo mataré”, o algo así, hablando de Thomas Matheson.

—Ah, eso... —ella esquivó su mirada y se mordió los labios. Duncan encontró ese movimiento muy sensual, y quiso mordérselos él también, pero esperaba una respuesta.

—Poco después de que tú y yo termináramos, se atrevió a aparecerse en mi casa. Así que le apunté con un arma y disparé.

—¿Qué? ¿Lo heriste?

—Disparé dos veces, una vez para demostrarle que el arma era real y estaba cargada, y la segunda vez... Edna fue prudente y tonta a partes iguales e hizo que desviara el tiro.

—Dios, estabas bastante enojada! —Ella ladeó su cabeza mirando a otro lado, ocultando el otro motivo por el que había querido matar a Thomas Matheson.

—Con razón Haggerty dijo que había sido una historia digna.

—¿Él dijo qué?

—Gracias a que Thomas fue esa vez a tu casa, Boinet pudo sustraerle, como dijo Haggerty, el teléfono, donde encontraron evidencias de los videos que habían sido tomados. Pero no encontraron nada más hasta hace poco.

—Crees que debí matarlo esa vez?

—No, me habrías quitado el placer. Ese tipo es mío.

—Desapareció desde entonces. No se sabe nada de él. Ni Boinet ha podido encontrarlo. Creímos que aparecería para el entierro de su padre, pero no fue así.

—Ah, tarde o temprano lo encontraremos.

Ella se volvió a recostar sobre él cerrando sus ojos y abrazándolo fuertemente.

—Qué tal si nos vamos a la cama? —sugirió él, y en el momento el estómago de ella gruñó. Allegra lo miró entre sonriente y avergonzada.

—Claro, no has comido nada desde el mediodía.

—Lo siento.

—Tonta. Soy yo quien debe disculparse; te he tenido prácticamente prisionera haciendo de enfermera, y luego, y luego, no te doy de comer.

—No seas tan trágico —sonrió ella, y él no pudo evitar acercarse y besar esa sonrisa. Los besos empezaron a profundizarse. ¡Eran cuatro años de besos que se debían! Y si no es porque el estómago de Duncan gruñe ahora, no se despegan.

Ambos rieron.

—Es hora de comer.

—Quieres que te prepare algo especial? —se ofreció ella poniéndose en pie y acomodándose la falda.

—No. Adoro tu comida, pero no soportaría que te separes de mí ahora. Tal vez en diez años pueda perderte de vista por un minuto.

—Exagerado.

—Además, tengo chef —se ufano él.

—Vaya que eres un copión.

—Bueno, tengo que admitir que muchas de mis buenas costumbres las copié de ti.

Ella lo miró con ojos que irradiaban una deliciosa luz y calidez.

—Tenemos muchas cosas que contarnos. Quiero escuchar cómo fue que te hiciste millonario y llegaste a la cúspide.

—Nah, no es una historia tan interesante —dijo él poniéndose en pie y caminando a un interfono oculto tras una cortina.

—Todo este tiempo ese interfono estuvo allí?

—Sí.

—Y yo creyendo que estaba incomunicada. Por qué no dijiste nada?

—No me convenía que te fueras.

—Tú y tu familia no son más que unos... —no terminó la frase al ver que él miraba sonriente.

—Agradece que a ti te encerraron en una habitación cálida y con muebles. A mí me llevaron a una especie de celda.

—Ya. Supongo que tengo que sentirme afortunada.

Una muchacha uniformada tocó antes de entrar, y Duncan le pidió cena para dos. Como si estuvieran en un restaurante, la chica tomó nota y desapareció. De aquellos tiempos en que eran Kathleen y Allegra las que preparaban la cena ya no quedaba nada, pensó ella.

—No extrañas la vieja casa?

—Para nada.

—De veras?

—Sí. Acaso tú la extrañas?

—Bueno. Pasé muy buenos momentos allí —Él sonrió entre dientes mientras se sentaba de nuevo en el sofá para que ella hiciera lo mismo.

—Tendrás que ir preparándote, porque cuando me recupere, te haré el amor tanto y tan seguido que no podrás caminar bien en un buen par de días —ella se echó a reír horrorizada.

—Eres un dragón insaciable.

—Este dragón ha estado en ayunas desde hace mucho tiempo!

—No mientas! Saliste con miles de mujeres!

—Eso es una exageración.

—Te dejaste ver en cuanto sitio y evento! Morenas, pelirrojas, rubias, no discriminabas.

—Ya veo. Has estado pendiente de mis andanzas todo este tiempo.

—Claro que no!

—Primero mi casa, luego mis acompañantes. De qué otras cosas te enteraste, Allegra?

—No es como si hubiese estado pendiente de ti.

—Allegra...

—Bueno, las revistas caían en mis manos, qué podía yo hacer?

Él la miró inquisitivo, y ella, al verse al descubierto, se cruzó de brazos.

—Está bien! Leía cuanta cosa salía de ti en los diarios y revistas! Contento?

Él se fue moviendo poco a poco hasta tenerla de espaldas en el sofá, y se puso encima de ella. La besó suavemente, deleitándose en el sabor de sus labios, ella puso un poco de resistencia al principio, pero cuando sintió su lengua inquieta, no pudo seguir negándose y se abrió a él con un suspiro. Lo rodeó con sus brazos y lo besó a su vez.

—Yo, en cambio —se lamentó ella— no me he acostado con nadie en estos cuatro años, sabes?

—Dios querido!

—No sé si hubiese sido capaz. Creo que no. Aquella vez cuando te dije que no tendría otro amante en mi cama, lo dije en serio.

Él se había quedado totalmente quieto, y apoyó su cabeza sobre el sofá, al lado de la de ella. Respiraba desacompañadamente, y temblaba.

—Dun, estás bien?

Él no lo pudo soportar. Se lanzó a su boca con furia y la besó con ansia, sin preocuparse de que su barba le lastimaba un poco la piel. Si ella hubiese sido agua, él la habría bebido hasta el fondo sin contemplaciones.

La sintió gemir de placer, y notó cómo ella abrió sus muslos invitándolo, provocándolo.

Hubiese querido estar mucho más recuperado para hacerle el amor despacio y como Dios manda, pero toda su resistencia se agotó cuando la escuchó usar ese diminutivo que en el pasado sólo había usado en sus momentos íntimos.

Con la furia de una tormenta en el mar, subió su falda hasta su cadera, hizo a un lado las pequeñas bragas que llevaba y, sin siquiera molestarse en quitárselas, la penetró con un solo movimiento.

Metió los dedos entre los rubios cabellos, devoró su boca, la piel de su garganta, y con la otra mano apretando una de sus nalgas empezó a moverse, mientras susurraba una y otra vez “te amo” en una letanía que los exorcizó a ambos de los horrores del pasado. Duncan empezó a acelerar sus movimientos; dentro, fuera, dentro, fuera, hasta que ella llegó al orgasmo y entonces él se permitió llegar junto con ella.

Le murmuraba mil cosas al oído, lo hermosa que era, lo preciosa que era para él, lo importante, lo mucho que la amaba, y ella se bañó en sus palabras, las palabras que tanto había querido oír.

Comprendió que él se las había estado guardando todas para sí, por miedo a decirlas en voz alta, y descubrió que ella había estado haciendo lo mismo: callarse.

En esta ocasión no, y mientras remitían los temblores del placer que acababa de sentir, le dijo a su vez mil cosas que se había estado guardando.

Se miraron a los ojos largamente, y sonrieron. No necesitaban decir en voz alta todo lo que habían descubierto el uno del otro, sus almas, nuevamente conectadas, lo sabían todo.

Duncan no dejó de darle pequeños besos sobre la piel de su rostro, y ella se dejó adorar. Abrazaba su cuerpo lánguidamente, sabiendo que de ahora en adelante tendrían todas las noches del mundo para mimarse así.

Un llamado a la puerta los interrumpió, y con mucho cuidado, él la dejó sobre el sofá para ir a atender, pues se trataba de la cena. Allegra no tardó en sentirse fría y vacía.

Se sentó y se acomodó la ropa, viéndolo recibir el carrito con varias fuentes y servilletas. Duncan arrastró el carrito hasta el sofá en el que ella estaba y le ofreció de todo lo que allí había. Entre los dos, empezaron a armar sus platos y a alimentarse el uno al otro, completamente aislados del resto del mundo, ignorando sus peligros y mañas.

Por esa noche, sólo existieron ellos dos.

Haggerty miró a la pareja muy complacido consigo mismo. Estaban sentados juntos en un mueble frente a él en su oficina de la Chrystal, y no le había pasado por alto los cuchicheos que se alzaban fuera mientras los tres hablaban. Ya una secretaria lo había interrumpido con la excusa de hacerle firmar un papel, sólo para echarle una buena ojeada a la pareja que mantenía sus manos entrelazadas.

—Bueno, sabía que al final me besarías los pies —se ufano el anciano, perfectamente seguro de que si estaban unidos de nuevo era gracias a su “gestión”, como prefería llamar al secuestro de Duncan.

—No digas tanto. Me golpearon y casi me rompen los huesos, además, estuve enfermo tres días porque no tuviste la delicadeza de climatizar esa habitación.

—Quería llevarte al límite. Si te daba comodidades, no habrías explotado tan pronto.

—Qué le hiciste, Edmund? —preguntó Allegra con un ceño que pretendía ser severo, aunque ya Duncan le había contado. Haggerty tuvo la decencia de avergonzarse un poco.

—Bueno, sólo lo encadené a una pared y lo obligué a ver unos videos.

—Que hiciste qué? Eso fue inhumano!

—Bueno, él te trató horrible, se lo merecía!

—Si alguien tenía que castigarlo, esa sería yo, no?

—Tú eres demasiado blanda. Ves? Ya lo perdonaste.

—Quién te entiende?

Duncan se reía por lo bajo, la única que tenía el poder de poner en su sitio a ese anciano era Allegra, su debilidad.

—Dijiste que tenías mucha más información en ese disco duro externo de Matheson —le preguntó, y la sonrisa de Haggerty se borró.

—Pues sí. Mi gente está trabajando en ello, también Boinet.

—Crees que logren dar con el dinero de la Chrystal? —preguntó Allegra esperanzada.

En los discos duros de los que Haggerty hablaba, encontraron información vital acerca de los malos manejos que Matheson venía haciendo a los dineros de la Chrystal desde hacía muchísimo tiempo, cómo desviaba pequeñas cantidades que se hacían imperceptibles en el momento, pero que luego, sumadas, hacían una gran fortuna. Además de algunos videos que mostraban las preferencias sexuales bastante sadomasoquistas del padre de Thomas.

Lo impresionante era ver que el hijo tenía esos videos en su poder, Allegra se había preguntado qué más bajezas escondían esos dos que ella desconocía.

Al pensar que estuvo a punto de ser una Matheson sentía escalofríos.

—Eso esperamos —dijo Haggerty a la pregunta de Allegra, y ella sintió cómo Duncan apretaba más su mano.

Había algo que los dos sabían y que no querían decirle, presentía ella. No había preguntado nada esperando que él le dijera, pero al parecer, lo ocultarían más tiempo. No sabía si presionar para que le dijeran todo. No quería estar más a oscuras en cuanto a lo que a los Matheson se refería, pero, ¿qué más podía saberse de ellos? ¿Qué otras barbaridades ocultaban?

—Mientras Thomas siga desaparecido, no podemos esclarecer muchas cosas —siguió el anciano—. Supongo que tenía todo en ese disco duro para proteger la información. La tenía muy bien

guardada en una bóveda del banco, y rescatarla de allí no fue nada fácil.

—Haggerty y yo hemos pensado en doblar tu seguridad —le dijo Duncan a Allegra, suavizando su voz.

—No... —se quejó ella.

—Mientras no estés conmigo o con Boinet contarás con personal confiable. Él ya debió darse cuenta de que tenemos ese disco duro, ya debe imaginar que lo sabemos todo. Si fue capaz de drogarte en el pasado para hacerte romper conmigo, no me imagino de qué será capaz ahora con tal de proteger una fortuna, si es que él está directamente implicado con esto.

Ella quiso protestar, pero se contuvo. No conseguiría nada si se ponía terca delante de Haggerty.

Aunque sabía que Duncan tenía razones para desconfiar, ella no creía que Thomas quisiera dañarla del modo que ellos creían. Pero guardó silencio y no dijo nada, pues aquello era casi como defenderlo, y la menos interesada en eso era ella misma. Thomas merecía un castigo, pero mientras lo hallaran, ella iba a estar tan rodeada de guardas como lo estuvo poco después de la muerte de sus padres.

—En fin! —dijo Haggerty poniéndose en pie y sirviendo tres copas de un buen vino que tenía en su bar—. Ahora lo que tenemos que hacer es celebrar! Ustedes dos están juntos de nuevo y el amor ha triunfado! Me hago viejo y sensiblero, pero de veras que me hace feliz verlos juntos. Cuándo me darán nietos?

Duncan sonrió ampliamente y pasó su brazo por los hombros de Allegra, sin notar que a ella se le borraba de golpe la sonrisa. Nietos? Se preguntó. Acaso Edmund estaba loco?

—No metas la pata, anciano —le dijo Duncan—. Todavía tengo que proponerle matrimonio, porque dirás que sí, cierto, amor? —le preguntó en un susurro seductor, y ella sonrió para tranquilizarlo. No había sido capaz de decirle nada en esos dos días que había estado con él en su casa.

Ella no podría tener hijos, y para un hombre como Duncan, que venía de una familia grande, eso no iba a ser un golpe fácil de encajar.

Se abrazó a él con verdadero miedo. Qué les deparaba ahora el futuro?

—Pues en cuanto lo hagas, me avisas —pidió Haggerty—. Quiero correr con los gastos de la boda, como el padrino que soy.

—Nadie te ha elegido como padrino.

—Ah, no? Pues ya no tienes que buscar. Soy el padrino y punto —Duncan rió feliz, ignorando toda la turbulencia que había en el corazón de su novia.

—Pasa algo? —le preguntó cuando salían de la oficina, deteniéndose y mirándola a la cara.

—No, todo está bien.

—Allegra...

—Nos vamos a tu casa o a la mía?

—Quería llevarte a comer por allí. Como antes, recuerdas? —le tomó la barbilla y con suma delicadeza besó sus labios. Allegra no pasó por alto las miradas que las personas que pasaban por allí les echaron.

—Te gusta dar espectáculos, no es cierto? —murmuró ella sonriendo otra vez.

—Todos los hombres de este edificio están enamorados de ti. Déjame marcar mi territorio.

—Qué harás luego, alzar la patita y mearme?

—Una dama no dice esas cosas feas.

—Sí, claro. Lo dice un dragón que echa fuego por la boca —él rió volviéndola a besar. La rodeó de nuevo con su brazo mientras avanzaban.

—Otra cosa que tenemos que hacer es navegar en el Nalla —siguió él—. Borrar los viejos y malos recuerdos y crear unos nuevos.

—No todos fueron malos —dijo ella mordiéndose un labio y recordando claramente la noche pasada a bordo. Él se acercó y mordisqueó su oreja.

—Pues la que pasemos en esta ocasión será mucho mejor —Allegra rió encantada.

“Duncan Richman, el joven multimillonario, tiene una nueva (o vieja?) conquista. Últimamente se le ha visto mucho, y en posturas muy románticas, con la también millonaria heredera Allegra Whitehurst.

Como somos una revista de chismes que se respeta, hicimos investigaciones y dimos con que este par tuvo un affair en el pasado que se vio truncado por motivos desconocidos. En aquel tiempo Duncan Richman no era más que un empleado en la empresa de la que la Whitehurst es dueña. Al parecer, la pareja se está dando una nueva oportunidad. Buena suerte para ellos, y, chicas que toda su vida estuvieron enamoradas de Duncan Richman: lo sentimos, esperar y ver si este nuevo romance es también pasajero para tener una nueva oportunidad...”

Thomas Matheson arrancó la página de la revista que había encontrado en un contenedor y en la que salía el artículo del romance de Duncan y Allegra. Había allí una foto a todo color del tamaño de la página donde aparecían los dos, tomados de la mano con dedos entrelazados, y mirándose a los ojos como si escondieran un secreto que nadie más en el mundo conocía. Allegra estaba preciosa en un vestido largo y entallado negro, y Duncan, con un traje plateado y camisa de un tono charcoal sin corbata era el acompañante perfecto.

Dobló con cuidado la hoja y la metió en uno de sus bolsillos sin pensar en nada específico, sólo reconociendo quiénes eran la rubia de ojos azul violeta y el moreno de mirada ambarina que se sonreían mutuamente.

No pensó nada, realmente, y se alejó caminando a paso lento por la oscura y silenciosa calle.

De pronto se detuvo.

Una deuda. Había una deuda. Pero... la tenían con él? O él la tenía con ellos? No estaba seguro, su mente o su conciencia no se ponían de acuerdo en nada en ese preciso momento. Bueno sería indagar.

Allegra miró la mano de Duncan sobre su almohada, una mano grande y fuerte, con uñas que antes estuvieron manchadas de grasa de motores y que ahora llevaba manicuradas.

Ah... esa mano acababa de hacerle mil locuras, se había metido en los rincones más secretos de su cuerpo. Amaba esa mano y a su dueño. Absolutamente.

Esa noche habían ido a cenar con Martín y había conocido al fin a la famosa Alice, de la que Duncan había estado enamorado en su adolescencia. Era hermosa y sencilla.

Martín ahora tenía un mejor empleo, gracias a Duncan, y durante la cena, hablaron de sus hijos,

tres chiquillos que les llenaban los días de trabajo, pero también alegría, y a su vez, Duncan y Allegra habían contado acerca de su reconciliación y sus planes de casarse.

Martín no había desperdiciado la oportunidad de contarle a Allegra los días horribles que había pasado su amigo luego de la ruptura. Relató historias donde Duncan aparecía ebrio y echando malos chistes. Todos reían viendo a Duncan intentando defenderse.

—Pues yo tampoco lo pasé muy bien —había dicho Allegra—. También lloré como una magdalena, y pude haber llenado la cuenca del río Misisipi con mis lágrimas.

Al decir esto, Duncan le había estampado un beso en la mejilla, agradecido.

Allegra había observado a Alice casi toda la noche; una mujer de cabello negro y ojos chocolate, feliz, que hablaba orgullosa de su familia y de sus hijos, y ella no había podido hacer otra cosa más que envidiarla.

Lo que más deseaba en el mundo, luego del hombre que estaba desnudo y pegado a ella en la cama intentando normalizar su respiración luego de una fabulosa sesión de sexo, era reproducirlo. Sí, así, tener pequeños “Duncans” chiquitos por allí; morenitos, en preferencia; traviesos, como los gemelos; inteligentes, vivarachos...

No, otra vez no.

Se había prohibido a sí misma pensar en eso, pero era inevitable. Quería tener los bebés de Duncan.

Era su castigo por ser tan idiota en el pasado.

—Estás bien? —le preguntó Duncan, notando que estaba muy quieta y muy callada.

—Sí, claro.

—Segura? —ella ahogó un sollozo expertamente.

—Sí, segura.

—Allegra... —él quiso girarla para que lo mirara, pero ella se rehusó. Se quedó allí, quieta sobre la cama dándole la espalda y rígida. Él masajeó su espalda con movimientos suaves.

Sentía que le estaba ocultando algo, no era la primera vez que la sorprendía llorando, aunque luego ella hacía como que nada había pasado.

Besó su hombro con besos cortos y ligeros como toques de mariposa.

Hacía sólo un par de semanas la había recuperado, y mientras él estaba en el paraíso, ella lloraba por algo que no quería compartir, que se estaba tragando sola.

No tenía sentido que uno de los dos no fuera del todo feliz, y, si ella no le contaba pronto, iba a enloquecer.

Era como un día soleado que se veía amenazado a la distancia por una enorme nube gris, y no quería eso, quería la luz.

—Cariño, no me ocultes nada. Sé que algo te pasa, no me dejes fuera.

Pero ella fingió que se había quedado dormida.

Resignado, él dejó salir el aire, y volvió a besarla. Algo la estaba perturbando, y necesitaba saberlo. Si ella no se lo iba a decir, lo iba a averiguar por su propia cuenta.

Luego pensó que debía darle tiempo, ella, tarde o temprano, le confiaría aquello que no dejaba que fuera del todo feliz. Pero rayos, quería saberlo ya.

—No sé qué voy a hacer, Edna, esto me está matando —lloró Allegra en el hombro de su nana—.

Quiero contarle, me muero por contarle, pero al tiempo... qué tal que me desprecie? No ahora, ahora todo me lo perdonará, pero, y cuando pase el tiempo? Él empezará a anhelar hijos, me mirará y sabrá que es mi culpa!

—No seas tonta, mujer! No todos los matrimonios se construyen sobre la base de procrear! Duncan te ama lo suficiente como para aceptarte con o sin hijos.

—Pero es que...

—A mí me parece que eres tú la que no puede soportar la idea de no tener hijos—. Allegra levantó la mirada y miró a la mujer que era más como su madre.

—Qué?

—Eres tú la que no se perdona por haber perdido la capacidad de tener hijos... qué digo? Ni siquiera fue tu culpa!

—Fue mi culpa! Fui tan crédula como para ir al apartamento de Thomas y...

—Pues vas a tener que perdonarte! Primero, perdonarte por haber sido una adolescente solitaria que siempre necesitó el cariño de ese cretino! Y segundo: perdonarte por ser tan buena que aún te preocupabas por un ex que había sido malo contigo! —Allegra sorbió mocos mientras Edna le hablaba. Si fuera tan fácil...

—Edna, me gustaría...

—Ya no más, Allegra Whitehurst! Estás empañando la felicidad que deberías sentir en este momento, con o sin hijos! Vive los días que tengas a su lado, y sé una buena novia y una buena esposa hasta que te mueras. Adopta, y si no quieres, pues no adoptes! Mientras no te des una oportunidad, nunca sabrás qué te depara el destino.

Allegra sonrió por primera vez en mucho rato.

—Hacía rato que no me echabas una regañina de estas.

—Porque hacía rato que no te portabas tan testaruda. Lo mismo fue cuando nos impediste a Boinet y a mí buscar a Duncan y explicarle lo que había sucedido, y esa vez ganaste, pero esta vez voy a insistir como un taladro! Mujer, cuántas mujeres están detrás de tu macho, ah? En serio lo quieres dejar a la merced de esas malditas?

—Claro que no!

—Pues si te portas llorona y enigmática, él terminará cansándose. Te ama, oh, sí, pero la paciencia de un hombre tiene su límite. No tientes la suerte!

Allegra miró en derredor, su habitación, en la que, otra vez, había pasado momentos inolvidables con Duncan.

—Lo quiero, Edna. Lo quiero. Es mi felicidad, y a la vez, mi peor miedo. Si lo pierdo...

—Entonces, apuéstalo todo por él. Si crees que vale la pena, apuesta... no fue así como empezó todo esto?

Allegra asintió secándose el rastro de lágrimas.

Lo recordaba demasiado bien, y ahora tendría que volver a apostar. Esta vez, se lo jugaba el todo por el todo.

Duncan colgó el teléfono y al instante sonó de nuevo. Su secretaria le anunciaba una nueva llamada.

Había estado ausente del trabajo menos de una semana, y dos semanas después aún las estaba

pagando. Demasiado trabajo.

El papeleo se había amontonado, cosas que él y nadie más podía hacer, y ahora, para ponerle la guinda al pastel, Haggerty había anunciado que se retiraría definitivamente de su puesto y le ofrecía el cargo a él. Nada menos que presidente de la Chrystal, como si con la Irvine él no tuviera ya suficiente.

Tendría que clonarse si quería dirigir la automotriz también, y aun así, dudaba que pudiera cubrir todas las necesidades. Y Chrystal no era una empresa que pudiera dejar en manos de cualquiera, tenía que ser alguien de absoluta confianza, alguien cercano tanto a Allegra como a él.

El teléfono volvió a sonar.

—Charlotte, por favor, una llamada por vez, estoy demasiado...

—Señor, es su novia. La señorita Allegra Whitehurst está aquí... quiere que...?

—Hazla pasar, mujer!

Aquello era una verdadera sorpresa. Hasta el momento, Allegra nunca había ido a visitarlo a su lugar de trabajo.

Ella entró e inmediatamente su oficina, un lugar que ocupaba toda la esquina del lado este del edificio principal de la Irvine, panelada en blanco y negro, con un ventanal de cristal que enseñaba el precioso Sky Line de Detroit, se vio más iluminado que antes, más acogedor, más...

Diablos, era su mujer la que entraba y lo mejoraba todo.

—Amor, qué deliciosa sorpresa.

Ella sonrió ampliamente y se dejó besar, pensando que parecía como si hubiesen pasado semanas desde la última vez que se vieron, y no sólo unas pocas horas desde la mañana.

—Pensé capturarte infraganti en tu oficina. No me habías invitado a venir, así que me tomé la libertad.

—Cómo. Nunca te invité a venir?

—Nop. Lo cual es un descuido imperdonable de tu parte.

—Vaya. Tienes razón, es imperdonable—. Se acercó a ella y la abrazó, sintiendo las deliciosas curvas del cuerpo de su mujer sobre el suyo, más lleno de ángulos y planos— Supongo que ahora planeas castigarme.

—Un poco, sí —pero lo besó, y Duncan sintió cómo había pasado de tener un día aburrido y hasta arriba de trabajo a la más absoluta paz.

Cuando terminó el beso, la miró a los ojos. Allí había preocupación.

—Viniste a decirme algo, verdad? Y no me va a gustar.

—Cómo es que me conoces tan bien?

—Mujer, dímelo ya.

Allegra miró en derredor la hermosa y amplia oficina. Su escritorio estaba lleno de papeles, y el teléfono volvía a sonar.

—Estás muy ocupado.

—Bueno, sí, pero...

—Entonces asegúrate de salir temprano. Te invito a cenar esta noche en mi casa.

Él murmuró algo en su cuello, como un lamento por no poderle hacer el amor allí mismo y en ese instante, y ella sonrió encantada. Su dragón no dejaba de darle sorpresas.

Cumpliendo su promesa, Duncan salió temprano de su oficina, o lo más temprano que pudo, y salió de inmediato en su Audi hasta su apartamento de soltero, donde se ducharía y se cambiaría de ropa para ir a verla. No era cosa de ir al encuentro con su mujer con los mismos trapos de esa mañana, y su apartamento estaba más de camino que su casa.

Al llegar a la mansión Whitehurst, Boinet lo condujo a una de las terrazas de la mansión. La noche era fresca, pero el sitio era cálido gracias a una chimenea exterior. Los muebles eran de hierro forjado y cristal, lo que le daba un ambiente rústico, cálido y acogedor.

—No conocía este lado —le dijo al verla. Ella llevaba una blusa negra ancha, con una V profunda en la espalda. No llevaba sostenes, wiiii...

Allegra se giró a mirarlo y le sonrió. Él lucía guapísimo con su cazadora negra y sus jeans desgastados, haciéndolo lucir relajado y más como un universitario que un empresario.

Le tendió su mano, y él no tardó en aceptarla. Se besaron, y Allegra tuvo que recordar para qué era que lo había citado allí esa noche.

—Cariño...

—Mmm...

—Tenemos que hablar.

“Tenemos que hablar”. Duncan odiaba esa frase. Cada vez que alguien la decía era por algo muy grave. La miró fijamente, y ella le esquivó para servir un par de copas.

—Tenemos que hablar —repitió él—. Y además me sirves tu mejor vino. Qué pasa, Allegra? Me vas a terminar?

—Claro que no!

—Bien, porque en esta ocasión pretendo hacerte las mil preguntas de rigor.

—No te voy a terminar! Duncan, por Dios! —le pasó la copa, y con la mano que le quedó libre, se rascó la frente. Duncan dejó la copa sin probarla sobre la mesa de cristal.

—Me estás preocupando, Allegra.

—Es... algo delicado.

—Tiene que ver con Thomas? —ella apretó los labios.

—En cierta forma.

—Apareció de nuevo? Te está molestando o chantajeando con algo? —Allegra se echó a reír.

—Si fuera eso, te lo habría dicho hace rato.

—No lo sé. Hace cuatro años fuiste a verlo de manera muy inocente y mira todo lo que pasó.

—No sabes todo lo que pasó. Por eso te hice venir.

Allegra se sentó en uno de los muebles de hierro forjado, y le hizo espacio para que él hiciera lo mismo a su lado. Duncan se sentó sin quitarle la mirada de encima.

—Hay algo que sucedió hace cuatro años y que no te conté.

Él no dijo nada, sólo la miraba, y Allegra empezó a ponerse aún más nerviosa. La mano le temblaba, y tratando de disimular, se echó atrás un mechón de cabello.

—Cuando... cuando fui al apartamento de Thomas esa tarde, él me ofreció una copa de vino.

—Sí, eso me lo dijiste. Le echó a la copa algo muy poderoso que te hizo dormir por tres días.

—Sí... algo muy poderoso. Nunca te diste cuenta, pero... Duncan, yo estaba embarazada.

Él abrió grande los ojos, sorprendido. Allegra vio en su rostro una tras otra las emociones: sorpresa, confusión, alegría y, por último, sospecha.

—Qué? Allegra, tú...

—Déjame terminar, por favor, y no me interrumpas. —Él pasó saliva y se quedó callado, la dejó hablar—. Tenía tres semanas de embarazo. No me di cuenta del retraso, y no tuve síntomas tales como náuseas, mareos, antojos, nada... Era tuyo, Duncan.

—Era? —Allegra asintió respirando profundo, y Duncan vio una lágrima rodar.

—Lo perdí. Esa tarde, gracias a la droga que Thomas le echó a esa copa.

—Oh, Dios! —exclamó él poniéndose de pie y poniéndose ambas manos en la cabeza. Dio unos pasos dándole la espalda.

—Cuando fui a buscarte en la Chrystal... —ella se detuvo, su voz temblorosa, y recordando. Supo que también él estaba recordando, pues lanzó un pequeño gemido, casi imperceptible— Cuando te fuiste, yo... no sé, todo lo que recuerdo es sangre, y que perdía la consciencia.

—Dios, no! —Volvió a exclamar él, como si fuera demasiado.

—Boinet me llevó al hospital. Duncan, perdí a mi bebé.

En un instante, él estaba mirando a través de la baranda hacia los jardines de la mansión, y al otro, estaba arrodillado al lado de ella, abrazando su cintura, ocultando su morena cabeza en su regazo.

—Dios querido, nunca me imaginé algo así, yo... Lo siento tanto.

—No es tu culpa, amor.

Él levantó la mirada. Allí estaba todo, o una parte, pensó.

—Por eso lloras? —le preguntó, con rostro compungido—. Cuando crees que ya estoy dormido, lloras por él? Por nuestro bebé?

—En parte.

—En parte? Allegra, qué más...

—Tuve al bebé muerto en mi vientre por varios días, Dun... la infección... es decir... hubo complicaciones.

—Qué?

—Estuve a punto de morir por la infección, internada por varias semanas, y Worrell dijo que no... Los médicos dijeron...

—Allegra... —la animó él cuando vio que las lágrimas y el nudo que tenía en la garganta la ahogaban.

—No podré volver a quedar embarazada, Duncan! No podré tener tus bebés!!

Allí estaba el meollo del asunto. Eso era lo que realmente la hacía llorar.

Se sentó a su lado y la atrajo hacia su pecho, acunándola mientras ella lloraba libremente.

Al pensar en ella sola, en un hospital, con la noticia de que no sólo había perdido el bebé que llevaba en el vientre, sino que también había perdido toda posibilidad de ser madre, sintió ira, dolor, furia contra el que le hizo todo eso, pero sobre todo, un instinto protector que le asustó.

Sí, ahora la tenía en sus brazos, estaba sana y salva, pero en el pasado había estado a punto de perderla para siempre.

Sonrió con amargura en medio de unas lágrimas que habían salido sin previo aviso pensando en que el destino había sido benevolente al devolverla a su lado, a sus brazos, pero que había perdido mucho más de lo que había imaginado.

Abrazó a Allegra largo rato y, mientras, ella le narraba cómo había sido todo. Los hospitales, las dietas, las constantes ecografías, las citologías. Habían estado a punto de extraerle el útero, pero el osado Worrell se había opuesto hasta las últimas consecuencias, pues era una mujer muy joven a la que le iban a negar para siempre la posibilidad de tener hijos.

—Hasta hace un año no menstruaba si no tomaba unas pastillas —siguió ella, más calmada, pues los brazos de su novio, y el saber que él no había salido corriendo de allí ante la noticia, eran el mejor bálsamo y consuelo—. Worrell dice que he mejorado mucho, y que no debo dejar de tomar mis drogas y seguir mis tratamientos.

—Entonces él cree que hay una esperanza.

—No lo sé, no me lo dice. Tal vez no quiere darme falsas expectativas.

—Si no creyera que hay esperanza, simplemente te habría extraído el útero aquella vez, sin riesgo de exponer tu vida o tu salud.

—Bueno, pues fue un riesgo muy alto por una posibilidad muy mínima.

—Cuándo tienes cita otra vez? —Ella cerró sus ojos, guardando silencio, y las manos de él volvieron a moverse por su espalda, reconfortándola, llenándola de valentía.

—Mañana —contestó ella luego de respirar profundo—. Antes las citas eran trimestrales. Cuando el peligro pasó, se volvieron semestrales. Ahora voy una vez al año.

—Tal como hacen los enfermos de cáncer que han ganado la lucha.

—Pues no sé si esta lucha la gané, o no. Daría lo que fuera porque fuera así.

—Cariño... —susurró él intentando consolarla.

—Es el momento en que te das cuenta que ni todo el dinero del mundo puede hacerte feliz, o devolverte algo tan chiquito que perdiste.

Duncan la apretó fuerte entre sus brazos llorando también.

Era verdad, algo tan pequeño, tan remoto y desconocido; algo que no podrían recuperar, un inocente que pagó por la ambición y el egoísmo de otros.

Qué podía decirle? Qué podía prometerle? Qué joyas, viajes, yates de lujo le darían a su mujer lo que sólo la naturaleza le podía conceder?

Mataría a Thomas Matheson, con sus propias manos. Les había arrebatado a Allegra y a él mucho más que tiempo y proyectos juntos. Les había quitado una vida!

—Me habría gustado haber estado contigo en ese tiempo.

—Para qué, no habrías podido hacer nada. Los médicos hacían todo lo posible, y lo hicieron. Sobreviví.

—Pero estabas triste, y sola. No quiero ni imaginarte en una cama de hospital, la sola idea...

—Hey —dijo ella alzando su cabeza de su pecho y mirándolo fijamente—. Eso ya pasó.

—No amor, para mí es como si... como si aún estuviera sucediendo.

Ella se quedó callada, pensando que ahora era él quien necesitaba consuelo. Se estiró sobre él y tomó en sus manos su rostro para besarlo suavemente, con dulzura. Lamió el rastro de lágrimas y besó las pestañas mojadas.

—Sólo tengo una pregunta que hacerte, Dun.

—Dime.

—Querrás... sé que en el futuro desearás un bebé, un heredero para tus empresas, un hijo al que mimar, tú... querrás...

—Ya sé a dónde vas con eso. Y no. Me duele por ti, porque comprendo que desees ser madre,

pero si la vida no nos lo permite, no me importará, porque eres todo lo que quiero.

—Pero tú...

—Si de un heredero se trata, Allegra, tengo tres hermanos menores! Y si de aquí a unos años quieres adoptar un negrito, una asiática y un hindú, pues los adoptaremos, si no quieres adoptar, pues no adoptaremos. Llenaremos la casa de gatos si eso te place, pero lo que más amo y amaré será a ti.

Allegra rió y lloró al tiempo, aliviada, feliz, y un poquito horrorizada por el modo como él se tomaba las cosas y las expresaba.

—Te amo, Duncan Richman.

—No más que yo, Allegra Whitehurst.

—Eso es una soberana tontería. Yo te amo más.

—Sabía que tendríamos esta discusión, pero eres tonta, mujer. Yo te amo más...

Riendo, ahora de felicidad, pues había recuperado un poco su paz, Allegra abrió su cazadora y desabrochó los botones de su camisa de rayas. Cuando tuvo su pecho descubierto, besó, lamió y chupó a placer. Duncan se dejó caer sobre el mueble extasiado. Luego sintió como ella desabrochaba sus jeans y los bajaba junto con sus boxers...

—Allegra, aquí estamos muy exp... Oh, joder! —Exclamó cuando sintió la cálida lengua de su novia rodearlo. Tuvo que agarrarse fuertemente al hierro del espaldar del mueble para no salir disparado de allí.

Habían perdido más de lo que podían contar hacía cuatro años, pero ahora la vida tenía una enorme deuda con los dos, una deuda que sólo la vida misma podría saldar.

—Lo tengo más que dicho. Eres una ninfómana.

Ella se echó a reír.

Adoraba hacerle el amor a ese corpachón. Sí, era grande y lleno de energía, y de vez en cuando rugía, mandaba, era dominante y temible, pero cuando ella lo tocaba, su dragón se volvía todo un corderito.

Ahora estaba tirada de cualquier manera sobre él, en el sofá de la terraza en la que habían estado hablando y haciendo el amor, a medio vestir, y aislados del frío de la noche por el calor que emitía la chimenea. Aplastó sus labios contra el pecho velludo de Duncan y suspiró.

—Cuando estabas lejos —dijo ella, sin mirarlo— eran horribles las noches sin ti.

—Mmm... lo sé. También lo fueron para mí.

—Pero tú saliste con mil mujeres.

—Allegra, eso es exagerado. Llegué a leer un par de notas de prensa, y créeme que dicen más de lo que es cierto. Me vincularon con famosas actrices y modelos, mujeres que nunca llegué a conocer, y que es probable que no conozca jamás.

—Pero no puedes decirme que no te acostaste con ninguna otra —él guardó silencio.

—Estás celosa? —Preguntó al cabo.

—Un poco, sí.

—Mi amor... en esa época pensé que jamás volvería a estar contigo. No tenía la más remota esperanza de tenerte de nuevo. Si hubiese sabido que te recuperaría, me habría conducido de una manera diferente.

Ella lo miró a los ojos.

—Lo dices en serio?

—Claro que sí! Contigo tengo más que suficiente —Allegra soltó la carcajada.

—Ahora me vas a acusar de exigirte demasiado? Tengo que recordarte que no has acabado una cuando quieres empezar otra? Como en este momento, por ejemplo?

—Eso es sólo porque tus pechos están muy expuestos, no soy de palo.

—Ves que es verdad que eres un sátiro?

—Mujer, si pretendes insultarme con eso no lo consigues —él la tomó de las axilas hasta tenerla encima suyo y con el rostro a la altura del suyo—. Cuando seamos viejitos no podremos hacer estas gracias, así que aprovecha —ella volvió a reír.

—Mi Duncan del barrio pobre. No cambiaría nada de ti, sabes?

—Pues me alegra, señoritinga, porque yo tampoco cambiaría nada de ti.

Capturó sus labios de nuevo en un sofocante beso, que los transportó a ambos en una nueva ronda de gemidos y placer.

—A qué horas es la cita? —Le preguntó Duncan a Allegra por teléfono, temprano por la mañana. Era una pregunta que había querido hacerle la noche anterior, pero habían estado muy ocupados.

—A las diez de la mañana.

—Puedo ir contigo?

—Claro. Quieres ir?

—Quiero hablar con Worrell, que me diga exactamente lo que te sucede. A mí no me ocultará nada.

Allegra sintió mucho alivio al oír eso. Primero, no quería enfrentarse a la cita sola, y tener que escuchar lo mismo de siempre: las cosas iban mejorando, pero tenía que seguirse cuidando. Comparado con eso, un enorme silencio decía más. Y a Duncan no le ocultarían nada, tal como él dijo.

Se asomó a la ventana de su habitación y miró fuera. Iba a ser un día despejado, bien.

—Con quién irás? —preguntó él, mirando su reloj, iban a ser las nueve.

—Con Boinet, claro. No me deja ni a sol ni a sombra.

—Perfecto. Me encontraré contigo en el consultorio de Worrell. Por favor envíame la dirección al teléfono.

—Claro que sí, señor Richman —él se echó a reír—. Así es como eres en tu trabajo? Con razón dicen que eres un tiburón.

—Ah, ahora soy un tiburón? Anoche era un dragón.

—Tiburón en el trabajo, dragón en la cama... tiene usted muchas facetas, señor Richman.

Duncan sonrió adorándola. Había extrañado tanto esas conversaciones! las bromas, las risas, los jugueteos.

—Sólo deja que te atrape mal parqueada y verás—. Allegra cortó la llamada riendo aún, y bajó buscando a Boinet para advertirle de la cita.

Cuarenta y cinco minutos después, iban de camino a la clínica de Worrell. Boinet iba conduciendo y ella mirando alguna cosa en su móvil. Sonriendo sola, a pesar de que iba a enfrentarse a algo horrible por enésima vez.

Sin embargo, el mero hecho de saber que ya no estaba sola en eso le quitaba un enorme peso de

encima y la llenaba de tranquilidad. Le dijeran lo que dijeran, no lo iba a enfrentar sola nunca más.

Se asustó cuando el coche frenó abruptamente. Miró en derredor, estaban en una calle muy solitaria, a pesar de ser temprano por la mañana.

—Boinet, qué...? —empezó a decir, pero una ráfaga de disparos la interrumpió. La llanta explotó y Allegra lanzó un grito. Se alarmó mucho cuando vio a Boinet sacar un arma de la guantera.

—Tírese al suelo del coche, señorita Allegra, al suelo!!

—Qué está pasando? —gritó ella haciéndole caso.

—Nos están atacando, póngase a salvo!

Vio a Boinet hablar por teléfono, dando la ubicación y describiendo la situación, no sabía si a la policía o a sus hombres a cargo. Lo imitó y tomó su teléfono para llamar a Duncan. No le contestó, debía tenerlo ocupado.

Volvió a sonar una ráfaga y Allegra vio cómo el vidrio de la ventanilla del conductor se cuarteaba y caía, y Boinet se protegía inclinándose en el asiento y disparaba a su vez formando un tiroteo, pero al parecer, ninguna bala alcanzaba a su atacante.

—Sal de allí, Patrick Boinet, o le meteré una bomba al coche que los matará a ambos, y sé que no quieres eso para tu señorita!

—Oh, Dios! —Susurró Allegra al reconocer la voz. Thomas Matheson.

Alzó su cabeza para mirarlo y lo que alcanzó a ver la asustó aún más. Thomas estaba protegido por chalecos antibala, sostenía en sus manos un arma bastante poderosa y apuntaba hacia Boinet, que permanecía agachado.

Debían hacer algo pronto. Encerrados en el coche no estaban a salvo. Boinet miró a Allegra transmitiéndole ese mensaje y ella entendió. Abrió la portezuela de su lado en el coche para huir. A Boinet le sería difícil, pues el volante y el timón de cambios le quitaban movilidad.

No alcanzó a abrir la puerta. Ante sus ojos, Thomas disparó de nuevo a Boinet y esta vez lo alcanzó. Allegra empezó a gritar desesperada, llamándolo. Abrió la puerta trasera para salir corriendo, pero cuando estuvo afuera Thomas la alcanzó tomándola del pelo y tirándola al suelo.

—No quería hacerlo! —le gritó refiriéndose al cuerpo de Boinet, mientras le ataba las muñecas con cinta teipe gris—. No soy un asesino, pero no me dejó otra alternativa.

—Qué piensas hacer, Thomas? La policía te buscará y te hará pagar, quieres estar en la cárcel?

—No, no quiero, pero tengo que hablar contigo y no encontré otro modo.

—Estás loco! Mataste a Boinet!

—Lo siento.

—A dónde me llevas?

—No te preocupes, no te haré nada si te portas bien.

—Suéltame, maldito! No dejaré que me hagas daño de nuevo, eres un...

Lo que era no lo pudo decir, Thomas la golpeó en la cabeza y la subió sobre su hombro. Luego se dirigió a la cajuela de otro coche y la depositó allí. Al ver su rubia cabellera desparramada sobre el tapiz, sonrió.

—Tan hermosa como siempre, lástima.

Cerró la cajuela y emprendió la marcha.

Dentro del coche en el que estaba Boinet, un teléfono timbraba. Duncan devolviendo la llamada a Allegra.

Despertó y se quedó quieta, tal como había aprendido que había que hacer en esos casos. Pero luego se desesperanzó al recordar que todos esos cursos de defensa personal los había recibido junto con el que ahora era su secuestrador.

De todos modos, intentó no mover un musculo y que su respiración no la delatara. Entreabrió los ojos y se encontró sentada, con las muñecas atadas con cinta y la boca sellada. En derredor no había nada, ni un mueble, sólo suciedad.

Cuánto tiempo había estado inconsciente? Una hora? Dos? Sentía que aún llevaba su reloj en la muñeca, pero le era imposible mirarlo para saber cuánto tiempo había pasado desde que fueron atacados en el coche.

El cabello le caía delante y no podía mirar sin tener que mover la cabeza. No quería delatarse, prefería que la creyera aún inconsciente.

Un dolor de cabeza la empezó a acusar. Debía tener un chichón gracias al golpe.

—Ya, ya sé que estás despierta —escuchó—. Lo haces muy bien, pero no tienes que seguir fingiendo.

Allegra levantó la cabeza y lo encontró sentado en una silla igual que en la que ella estaba en frente suyo. Estaban en una estrecha habitación que sólo tenía una ventana y estaba sellada; una bombilla que colgaba del techo bajo los iluminaba. Cerró sus ojos ante el dolor que le provocó cambiar la postura del cuello, lo que le indicó que ya llevaba rato allí.

Hubiese querido hacerle mil preguntas, lanzarle mil maldiciones, pero no podía. La cinta le cubría gran parte de la cara, pero con sus ojos le transmitió todo el rencor que sentía hacia él.

—Sí, ya sé que me odias, no tienes que decírmelo. Y con razón. Tienes toda la razón del mundo para odiarme, Allegra, pero quiero que me escuches todo lo que tengo que decirte.

Ella torció la cabeza como preguntándose qué tenía él que decir que mereciera la muerte de Boinet.

—Necesitas saber muchas cosas. Lo de tus padres, lo de tu novio. Mil cosas, Allegra.

Al oír hablar de sus padres se quedó totalmente quieta, atenta.

—Nunca lo sospechaste? No, tenías sólo doce, no lo recuerdas. —Thomas estiró las piernas cruzándolas a la altura de los tobillos, se cruzó de brazos como si en vez de tenerla atada al frente, estuvieran hablando tranquilamente en un salón de té.

—Antes del accidente de avión, mi padre y William Whitehurst empezaron a tener discusiones. Papá quería realizar una serie de negocios que le reportarían a la Chrystal grandes beneficios... sólo que no era muy legal, y tu honrado padre se negó. Y no sólo eso, amenazó a mi padre con romper la sociedad que tenían si seguía insistiendo con eso.

Thomas se puso en pie y empezó a dar vueltas alrededor de ella. Ya no era el rubio y guapo muchacho que alguna vez fue su novio, vio Allegra; estaba demasiado delgado, el cabello largo, atado a una coleta de cualquier manera, barbado y con los ojos inyectados en sangre. Había vuelto a consumir drogas, era lo más probable.

Sumado a eso, la ropa que tenía era horrible. Parecía rescatada del cubo de la basura, y como tal olía.

Cerró sus ojos ante las revelaciones que le estaba haciendo. Nunca había imaginado que su padre

y George hubiesen tenido desavenencias en los negocios; siempre parecieron muy compenetrados.

—Papá se cansó de ser siempre el segundo al mando —siguió Thomas, como si simplemente estuviera hablando del clima—, y los mandó matar.

Quéee? Quiso preguntar Allegra, y movió la cabeza tratando de mirarlo, pero él se hallaba detrás.

—Él mandó sabotear la avioneta en la que viajaban tus padres, Allegra, queriendo deshacerse así de su obstáculo en la carrera hacia el poder. El error del plan fue que tú no fuiste con ellos. Debías morir junto con William y Adele. Debiste explotar junto con ellos en esa avioneta.

Allegra cerró sus ojos y empezó a agitarse en su silla, pero estaba demasiado bien atada.

—Pero te enfermaste! —continuó Thomas, riendo—. Te enfermaste de gripe, y eso echó a perder todos los planes de papá —se puso a un lado de ella y Allegra lo vio cruzarse de brazos y hacer ademanes como si hablara con alguien que estuviera delante—. Una simple gripe echó a perder su estudiado plan, porque, sabes? Al no haber herederos, la parte de William Whitehurst debía ser repartida entre los otros socios, lo que hubiese hecho a mi padre el socio mayoritario, y por tanto, el digno representante legal de la empresa. Pero no! Quedaste tú! Y Haggerty, que ahora era tu tutor legal, empezó a sospechar algo porque entonces duplicó tu seguridad, y Boinet, que antes se encargaba de tu padre, ahora estaba a cargo de tu cuidado. Todo se complicó!

Cerró sus ojos. Oh, Dios! Sus padres, sus queridos padres! Asesinados! Cuánto más había perdido por culpa de los Matheson?

—Ah, me pedirás pruebas de todo esto —siguió él con su monólogo—. Tengo todas las pruebas. Bueno, una parte las perdí, las tienen Haggerty, y tu novio, el pobretón. Ah, que ya no es un pobretón. Más rico que yo; más guapo, ahora sí; y mejor en la cama, verdad, Allegra? Por mí no lloraste tanto como por él. Pues él, él y Haggerty tienen ahora un disco duro. Allí hay pruebas de los vínculos de mi padre con el mercado negro de armas, lo hundirían si estuviera vivo, pero no lo está, el muy cabrón ya está en el infierno, donde le toca estar.

Allegra escuchaba todo sorprendiéndose cada vez más.

—Bueno, y también encontrarán otras cosas. Lamentablemente saldrán a la luz cosas muy desagradables de mi familia, como las preferencias sexuales de mi padre. No era ningún santo, pero todo el mundo tiene derecho a su intimidad, pienso yo, y eso saldrá a la luz. Bueno, en fin. Lo que te venía diciendo. Te quedaste rodeada de gente que te cuidaba las veinticuatro horas del día, pero igual lo intentó, intentó secuestrarte, dos veces, las dos veces falló. Gente mediocre, mira, yo lo conseguí solo y a la primera —se echó a reír—. Si hubiese hecho lo que yo, le habría ido mejor. O tal vez es que yo conté con suerte, no sé. En fin! Intentó secuestrarte y no se pudo. Entonces pasó al plan C.

Thomas se echó a reír de nuevo, pero ahora parecía nervioso. Se pasó las manos por el áspero cabello, y volvió a sentarse frente a ella.

—Me mandó a enamorarte.

Allegra cerró con fuerza sus ojos. Sólo eso le faltaba.

—Me dijo: Tengo una tarea para ti, Thomas, algo que hará que tu existencia valga la pena. Quiero que enamores a Allegra Whitehurst. Que la enamores y te cases con ella. Yo le dije: papá, es flacucha, ni siquiera tiene tetas, no me gusta, y paff! Un bofetón. Enamórala o haré de tu vida un infierno. Y era capaz, sabes, Allegra, era muy capaz, así que le hice caso. Busqué tu amistad, y resultó que era más fácil de lo que creí. Y hasta me dejaste tocarte y eso. Bueno, eras buena, me di cuenta de eso al instante, y odié lo que estaba haciendo, pero tenía encima la amenaza de papá... Yo

no quería. Tú no me gustabas, no es nada personal, pero verás, me gustan más... En fin. Se pasó el tiempo, y nos hicimos grandecitos...

Una lágrima rodaba ahora por el rostro de Allegra al ver al descubierto toda su vida, toda la mentira que había sido su vida.

—Siempre fuiste mejor en todo que yo, Allegra. Montabas mejor a caballo, nadabas mejor, luchabas mejor, disparabas mejor... te odiaba, te odiaba mucho. Tenía que vengarme de ti. Y empecé a hacerte daño.

Por qué? Quiso preguntar Allegra. Por qué si yo nunca te hice daño a ti! Al contrario, te cuidé, te apoyé, te amé!

—Sí, sí, sí. Ya sé. No te lo merecías —dijo él como contestando a su silenciosa pregunta—. No te lo merecías, pero yo estaba más allá del rescate. Consumía drogas y te odiaba porque querías salvarme. Tenía sexo contigo y te odiaba porque eras demasiado dulce y demasiado tierna. Decirte que no servías como mujer fue una pequeña venganza... la pequeña venganza que te ha traído en todo tu camino hasta aquí. Qué irónico todo, verdad?

Ella volvió a cerrar sus ojos, llorando.

—Esa vez que me viste en mi apartamento con otra me sentí aliviado. Al fin se acababa la farsa! Pero no conté con que mi padre aún tuviera esperanzas de apoderarse de la Chrystal. No, ahora era peor, él había invertido demasiado tiempo en eso, lo había esperado ya mucho. Hacía sus negocios por debajo de la mesa, pero no le eran suficientes, quería el poder que le daba la automotriz Chrystal, quería ostentar dignamente el cargo, no ser el que reemplazó a William mientras su hija se casaba, no, lo quería todo!

>>>Pero entonces apareció Richman y todo se jodió —siguió Thomas, y Allegra vio que se doblaba en la silla para apoyar sus antebrazos sobre sus muslos—. Él le cayó bien a Haggerty, y éste empezó a presentarlo como su hombre de confianza. Tú sabes, Allegra, lo que eso significa en nuestro mundo: si alguien como Haggerty, un antiguo y respetable miembro de la alta sociedad, apoya a un don nadie como Richman, automáticamente ese hombre pasará a ser de confianza para los demás, está eso de la palabra de honor y no sé qué más mierdas. Él empezó a hacerse importante, y te vio muy entusiasmada con él, y se asustó. Y me mandó a llamar. Me golpeó como hacía milenios no lo hacía. Me puso un ultimátum... o te recuperaba... o terminaba lo que había empezado hacía ya doce años: matarte. ¡Me puso a elegir, Allegra!

Él se puso en pie de nuevo, agitado, y volvió a dar vueltas alrededor de ella.

—Yo no soy un asesino! No quería que tu sangre me manchara las manos, no quería tu muerte en mi conciencia!

Allegra tenía los ojos cerrados con fuerza. No quería oír, no quería saber. Oh, Dios, por qué Duncan tardaba tanto?

—Así que como sabía que por voluntad propia no dejarías a tu novio —siguió él—. Te hice terminar con él. Recordé la amenaza que me hizo esa vez en el lobby y me dije: este es de los caballeros, de los fieles, y probé mandándole ese video y funcionó. Él te dejó. Pero... —Sorprendida, Allegra escuchó cómo se le quebraba la voz—. Pero maté a tu bebé. Dios, me convertí en un asesino, después de todo.

Se giró a mirarlo. Él se abrazaba a sí mismo, como si le angustiara aún.

—Esa vez que te fui a ver a tu casa... debiste matarme, Allegra, debiste apuntar bien. Maté a tu bebé, pero no lo sabía, te lo juro que no lo sabía! Si lo hubiese sabido, jamás, óyeme, jamás te habría

hecho nada! Un bebé es otra cosa, porque... maldición, mamá murió estando embarazada, me oyes?

Allegra abrió grandes los ojos mirándolo. Thomas lloraba ahora abiertamente. Dios, cuántas cosas había tenido que pasar él?

—Cuando te vi tan mal, yo... huí, tenía que huir de mi padre. Si me encontraba, me mataría, así que preferí huir. Como Richman y tú terminaron, dejó las cosas así, seguro esperando a que yo volviera y me casara de un momento a otro contigo. No sé qué pasaba por su retorcida mente. Cuando ya se dio cuenta de que no iba a ser así, empezó de nuevo su bloque de búsqueda, hasta que otra vez dio conmigo, y...

La voz se le volvió a quebrar.

—Lo cité en aquél hotel de mala muerte en Las Vegas. Le puse como condición que me llevara una callejera. Él planeaba otra vez insultarme y golpearme, por haber dejado tirado el trato que teníamos, pero no tuvo oportunidad, porque en cuanto atravesó la puerta lo maté. Finalmente lo maté —Allegra lo vio estudiarse las manos, horrorizada por lo que escuchaba—. Con estas mismas lo maté. Vi cómo la vida escapó de su cuerpo. Maté a mi propio padre, Allegra.

Se acercó a ella, y puso sus manos sobre el femenino rostro. Allegra empezó a agitarse y a gritar silenciosamente, como si el hecho que la tocara le produjera terror y asco.

—Nunca pensé que fuera a ser tan fácil, sólo apretar y ya. Le quebré la tráquea y... la vida se fue de su cuerpo. La puta empezó a gritar, claro, y tuve que huir. Lo desnudé, le quité el dinero, me vestí con su ropa y salí del sitio. Ahora sí que era un asesino. ¡No! —gritó de pronto, a garganta viva, sobre el rostro de Allegra—. ¡No soy un asesino! ¡El asesino era él! ¡Mató a mi madre, a tus padres, y me hizo matar a tu bebé! ¡Allegra, tienes que creerme!

Él apretaba con sus manos las mejillas de Allegra hasta el punto de hacerle daño, y aunque ella se movía tratando de zafarse, no le era posible. Su mirada era la de un hombre que está más allá de la cordura, lejos... inalcanzable.

—Dime que me crees, dime que me perdonas, Allegra, ¡dímelo!

Allegra asintió. Lo que sea, con tal de que la dejara en paz. Él empezó a reírse.

—Tú no te preocupes. Tu novio te encontrará, tendrán hijos guapos y serán felices por siempre, como en los cuentos de hadas —se alejó, liberándola al fin—. Yo, en cambio, me hundiré en el mismo infierno. Por fin un sitio donde no tendré que soportarme más a mí mismo, donde no tenga ya que cargar con mi propia vida...

Hurgó en su maloliente ropa y sacó de uno de sus bolsillos una pequeña llave, que puso sobre el regazo de Allegra. Allegra vio que sus manos temblaban y su rostro estaba sudoroso, presentando todos los síntomas de un adicto que no ha tenido su droga en un buen rato.

—Esta es la llave de una bóveda en un banco —dijo él—. Allí están el resto de pruebas de las cosas que te acabo de decir. Ah, y la ubicación de tu dinero. Eres rica, pero ahora lo serás más, porque el dinero cobró intereses. La Chrystal se recuperará, porque oí que mi padre dejó un mierdero detrás de él. Quise arreglar las cosas luego de que te dejé en tu casa, hace cuatro años, y viajé por todo el mundo recaudando esta información para ti. Ya sé que esto no te devolverá a tu bebé, pero es todo lo que puedo hacer.

¿Qué será de ti? Quiso preguntar Allegra. Como entendiendo su pregunta, él sonrió.

—Eres tan buena. Aún ahora preocupándote por mí. No lo hagas más. Soy algo así como un veneno, no te has dado cuenta? No debes tener ningún contacto conmigo.

Se alejó de ella caminando hacia una puerta. Antes de traspasarla, puso una mano sobre el dintel y

se giró a mirarla.

—Ah, tenía algo más que decirte... Esa vez que estuviste en mi apartamento... No pasó nada, sabes? Y no porque no lo haya intentado. Tú, a pesar de estar drogada, opusiste mucha resistencia... y cuando te desmayaste y te tuve toda para mí... bah, no tenía caso. Pero entonces pensé que era necesario que creyeras que sí había pasado algo y me valí de... hay métodos, y los usé... pero no pasó nada entre los dos. Sentí que debía decírtelo.

Él movía los dedos de manera nerviosa, se rascaba el cuello, como si no tolerara por más tiempo el estar cuerdo y consciente.

—Y siento lo de Boinet —agregó—. En verdad me caía bien. Espero que puedas perdonarme algún día.

Y con esas palabras la dejó. Allegra se movía en su silla tratando de liberarse, de aflojar sus ataduras.

Minutos después de estar allí, sola, luchando con sus ataduras, un disparo se escuchó y ella se quedó rígida sobre su asiento, comprendiendo perfectamente lo que acababa de suceder. Luego de unos minutos de silencio e inactividad, empezó a llorar.

Duncan estaba a punto de enloquecer.

En la mañana no había podido contestar la llamada de Allegra por culpa de su montaña de trabajo, el teléfono móvil timbró y timbró, y cuando al fin pudo contestar, ella había colgado. Le devolvió la llamada tan pronto como le fue posible, pero luego fue ella la que no le contestó.

Llamó a la mansión para hablar entonces con Edna, y ésta muy tranquilamente le dijo que había salido a su cita con el médico. Luego intentó contactar a Boinet, pero tampoco le fue posible, así que se preparó para acudir a la cita con Worrell, de todos modos, aunque con un mal presentimiento, pues sólo una vez en el pasado ella había estado tan incomunicada, y no quería ni recordar todo lo que había sucedido.

No alcanzó a llegar a la clínica cuando recibió la llamada de Haggerty. Habían encontrado el coche en el que se desplazaba Allegra prácticamente destruido, baleado y abandonado en medio de la calle.

Hizo detener el coche en el que iba y cambió el rumbo encaminándose al sitio en el que había ocurrido todo con el corazón latiéndole en la garganta.

La ambulancia había llegado y sacado el cuerpo de Boinet del asiento delantero. De Allegra sólo se halló el bolso y su teléfono móvil abandonado en el suelo del coche. Afortunada o desafortunadamente, toda la sangre hallada en el interior pertenecía al guardaespaldas.

Las cámaras de seguridad delantera y trasera del auto indicaron que el secuestrador era nadie más y nadie menos que Thomas Matheson, y Duncan casi muere al oír aquello, pues si en el pasado había tenido la frialdad de drogarla y abusarla, no se imaginaba de qué sería capaz ahora. No quería ni imaginarlo, y se estaba volviendo loco por la falta de noticias.

Junto con la policía, habían montado un bloque de búsqueda. Haggerty comandó el grupo de hombres que manejaba Boinet y que en el pasado se había encargado de la gestión con Duncan, analizando primero qué sitios probables tenía Matheson para llevar a su víctima y que fuera aislado, pues seguro que llamaba la atención si Allegra iba inconsciente u oponiendo resistencia.

Analizaron las huellas dejadas en el pavimento por el coche en el que se desplazaba Thomas, pues había tenido que frenar con brusquedad para interceptarlos, y de esa manera saber en qué tipo de carro iban, recogieron fibras y otras evidencias que ayudaran a establecer los propósitos que tenía el secuestrador con Allegra, y el camino que tomaría.

Todo aquello les estaba llevando mucho tiempo, y él no era sino capaz de mirar su teléfono por si alguien le tenía una buena noticia. No quiso avisar en su casa, preocupar a su madre no tenía sentido si no tenían ninguna noticia concreta.

Esperar era lo único que podía hacer, y lo estaba matando.

Haggerty no estaba en mejores condiciones. Estaba intentando manejar la situación con calma, pues ya su corazón no era el de un muchacho como para soportar ese tipo de presiones sin fallar.

Pasó una hora de pesadilla en la que le informaron que Boinet había sido estabilizado al fin, pero necesitaban donantes de sangre. El haber llamado en cuanto inició el ataque le salvó la vida. Un segundo más sin atención médica y toda la sangre que había perdido por las heridas lo habría matado.

Pero aún no se sabía nada de Allegra.

Por orden de Haggerty, se sentó en una de las sillas de visitantes de la comisaría de policía, lugar en el que se enterarían tan pronto como se supiera algo más. Sabían quién se la había llevado, tenían el arma que había sido utilizada, pero no tenían nada más.

Duncan puso su cabeza entre sus manos, apoyados los codos en las rodillas. La angustia lo iba a matar. Alguien había traído un café, pero no fue capaz ni de recibirlo.

Al fin, otra hora después, recibieron notificación del 911. Un hombre había llamado para acusarse a sí mismo de tener una mujer secuestrada. Había dado las indicaciones para llegar y, según la operadora que atendió la llamada, se suicidó antes de poder colgar.

Duncan y Haggerty acompañaron a la policía, pues era altamente probable que se tratara de Allegra, a pesar de que la persona reportada no habló de nombres. La cabaña, ubicada a las afueras de la ciudad, había sido rodeada por múltiples autos de la policía, y un helicóptero rondaba el perímetro.

No tardaron en asegurar el área, y Duncan no hizo más que mirar hacia la puerta principal de la casa, esperando, haciendo mil promesas al cielo si encontraba a su novia sana y salva, rogando y reclamando al tiempo.

Al fin, salió Allegra, rodeada de dos policías, aparentemente intacta y andando sobre sus propios pies, con su traje de color marfil sucio y bastante despeinado.

Corrió hacia ella sin importarle los avisos de precaución, tropezando con varios policías que se interponían en su camino, y, cuando al fin la tuvo a su alcance, la atrapó en un fuerte abrazo y la alzó. Ella le devolvió el abrazo con fuerza, y cuando la bajó, fue para examinarla, revisar su cuerpo, verificar que no le hubiese ocurrido nada.

—Estoy bien, estoy bien—. Repetía ella una y otra vez, pero al parecer, él tenía que comprobarlo por sí mismo.

Allegra lo besó para tranquilizarlo. Rodeó su rostro con sus manos y lo besó.

—Tuve... —murmuró él sobre sus labios— Dios! Tuve tanto miedo, pensé que...

—Ya, ya todo pasó.

—Te hizo algo? Te...

—No, nada. Bueno, me duele un poco la cabeza por un golpe que me dio, pero por lo demás...

—Estás segura? Te llevaré al hospital para...

—Duncan, mi amor, estoy bien. No me hizo nada...

Él volvió a abrazarla.

—Boinet! —Exclamó Allegra—. Él...

—No te preocupes, está en recuperación, le extrajeron un par de proyectiles y perdió mucha sangre, pero está estable. Tendremos que conseguir un donante de sangre...

—Seguro que está bien? Vi cuando le disparaban!

—Estuvo en peligro, no te voy a mentir, pero los médicos aseguran que se pondrá bien.

En el momento vieron cómo entre dos paramédicos llevaban una camilla con un cuerpo cubierto con una sábana blanca.

—Tomó el camino de los cobardes —escupió Duncan.

—No. No fue un cobarde —Allegra escondió el rostro en el hombro de Duncan, recordando todo lo que Thomas le había contado antes de morir.

—Estás bien, princesa, estás a salvo.

—Lo sé. Es sólo que...

—Ya me contarás con qué propósito te trajo ese hombre aquí.

Ella abrió la mano en la que aún sostenía la llave. Había vivido muchos horrores aún desde temprana edad, pero lo que ella había sufrido probablemente nunca se compararía al infierno que había sido la vida de Thomas Matheson, todo por culpa de la ambición de su padre, su hambre de poder.

A salvo en los brazos de su novio, Allegra se dejó conducir al helicóptero, donde Duncan insistió en llevarla. Haggerty prefirió ir por tierra prometiendo llevar a Worrell para que examinara a Allegra en cuanto esta descansara un poco.

Duncan no dejó de abrazarla, de reconfortarla. Había convencido a la policía para que hiciera su declaración después, ahora su novia necesitaba olvidar los nuevos horrores que otra vez había pasado por culpa de un Matheson.

Al día siguiente salió la noticia en los diarios. Aunque el nombre de Allegra estuvo a resguardo, no fue así con el de Thomas Matheson, y el último resquicio de respetabilidad que tenía su nombre fue borrado. Con un padre estafador asesinado en un motel de mala muerte en Las Vegas, y el hijo secuestrador y suicida, la prensa tuvo material suficiente para hacer todo un festín de elucubraciones psicológicas, psiquiátricas y hasta espirituales.

Allegra hubiese querido evitar todo aquello, no sólo porque el apellido Matheson estaba inexorablemente vinculado a la automotriz Chrystal, sino porque, mal que bien, eran simples seres humanos con derecho a su privacidad y lo que les quedara de dignidad, pero no tuvieron compasión.

—Ya se cansarán y cambiarán de tópico —le decía Duncan, pero pasaron los días y no se hablaba de otra cosa.

Allegra se había quedado casi permanentemente en casa de los Richman.

Un día simplemente Duncan trajo a Edna, símbolo de que quería que su novia se quedara en su casa, y ella no pudo negarse. Edna se instaló y ocupó su tiempo no sólo en atender a su ama, sino también a los gemelos, que daban bastante trabajo.

—Tú hacías por esos dos cuando tenías esa edad —decía ella, pero parecía encantada.

Kathleen hizo buenas migas con la nueva inquilina, y a menudo se las veía trabajando juntas en la cocina, bajo la ceñuda mirada del chef francés, o en el jardín, podando los setos, bajo la ceñuda mirada del jardinero.

Boinet se fue recuperando poco a poco, se quejaba de la inactividad, pero no decía nada cuando era Edna quien lo visitaba y le llevaba revistas o diarios para leer y entretenerse. La mayoría de las veces Edna permanecía con él criticándolo por ser tan idiota como para dejarse herir, pero él aguantaba con estoicismo y no hacía sino sonreír. Allegra los miraba y no podía más que sacudir su cabeza. Pensar que ese par era el que la había terminado de criar la hacía dudar de su propia cordura.

Junto con Haggerty, Duncan pudo recuperar gran parte del dinero desfalcado por George Matheson, y al fin, la Chrystal pudo restablecerse.

En la bóveda, cuya llave Thomas entregó a Allegra, encontraron un sinfín de información que ayudó no sólo a devolver el dinero a su lugar, sino a esclarecer los hechos de la muerte de los Whitehurst, William y Adele.

Los investigadores cerraron al fin el caso al tener ya todos los datos, y la memoria de ambos pudo descansar.

En conmemoración, Allegra visitó la tumba de ambos, tumba simbólica, pues ninguno de los cuerpos pudo ser rescatado.

Duncan le dio un momento de privacidad, quedándose a unos metros, mientras ella depositaba unas flores.

—Hay momentos —dijo Allegra, mirando los nombres y las fechas labradas en las piedras de granito— en que deseo que hubieses sido simplemente un hombre más, no un millonario poderoso, no un personaje importante, sino un hombre más, como cualquier otro. Entonces así te tendría aún, y también a mamá.

Dio un paso atrás y se cruzó de brazos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Oh, no estoy siendo desagradecida por todo aquello que me diste y por lo que tan duro trabajaste; es sólo que, al final de todo, he puesto en la balanza aquello que perdí y gané gracias al dinero, y tristemente, lo que perdí, no puede ser reemplazado por aquello que gané —se secó la lágrima y miró atrás, hacia donde estaba Duncan esperándola. No pudo evitar sonreír.

Le había contado palabra por palabra todo lo que Thomas le había contado mientras la tuvo secuestrada, y cuando llegó al punto en que él confesó no haber hecho nada con ella, se dio cuenta de que era cierto aquello de que no le importaba. Si él había abusado o no de ella, no era motivo para mirarla diferente, o para desearla menos. La abrazó y se alegró por ella, y todas sus palabras estuvieron destinadas a indicarle que ella era amada por lo que era, y no por cosas como esa.

Miró nuevamente las tumbas de sus padres sonriendo aún.

—Sabes, me he enamorado, así, tan fuerte y profundamente. Es un hombre testarudo y dominante como lo eras tú, pero siento en lo profundo de mi ser que soy apenas la adecuada para él, así como él es el adecuado para mí.

Respiró profundo deshaciendo el nudo en su garganta.

—Intentaré ser feliz. Trabajaré en ello cada día. Pondré de mi parte y aceptaré lo que la vida tenga para mí. Te prometo... que no olvidaré tus enseñanzas... y las que con tantas lágrimas he recaudado en mi camino. Honraré tu memoria y tu nombre, porque... porque aunque ahora ni tú ni mi madre están, seguimos siendo una familia.

Depositó un beso sobre sus dedos, y luego tocó ambas tumbas, despidiéndose. Dio media vuelta y se encaminó hacia donde Duncan la esperaba.

Al llegar a él, no hubo preguntas, ni comentarios, éstos sobraban, así que Allegra sólo lo besó y lo abrazó. Duncan respondió a su abrazo y secó sus lágrimas.

—Estás bien?

—Sí. Bien.

—Segura?

—Completamente—. Le dio un beso más y se encaminaron hacia el Audi de Duncan para salir del cementerio y encaminarse a su hogar, el que con tanto amor pensaban construir.

—¿Qué es todo esto? Por Dios! Trabajo para una familia o para un circo? —Exclamó Edna, mirando hacia el jardín.

Dos niños idénticos, de cabellos oscuros y ojos azules, con apenas veintidós meses de edad cada uno, correteaban de un lado a otro mientras un par de adolescentes idénticos, de unos trece años, los perseguían con la manguera de agua abierta y rociándolos.

—Paul! Kevin! Dejen de hacer eso! Jesucristo! Tenía a esos dos diablillos listos para la visita del abuelo Haggerty y miren lo que hicieron!

—Haz que ellos mismos los vistan de nuevo —le aconsejó Nicholas, tirado en una tumbona con lentes de sol y una revista en las manos, ignorando la locura que lo rodeaba.

—Y tú, no pudiste por lo menos decirles que dejaran a los niños quietos y secos?

—Claro que lo hice, pero ya ves, no le hacen caso a nadie.

Edna sacudió su cabeza y se dirigió a un bebé regordete y de cabellos oscuros que intentó huir de ella, pero al final fue atrapado.

—A ver, quién eres tú? Ian? O Jeremy?

—Y eso qué importa? —preguntó Nicholas, quien se ufanaba de ser el único, aparte de sus padres, en poder diferenciar a sus sobrinos.

—Importa, porque a veces castigo al que no es, y es un asunto horrible.

—Ya crecerán, y los diferenciarás —Con mano experta, atrapó al otro gemelo que tuvo la osadía de pasar cerca. El niño lanzaba chillidos de alegría. Ser atrapado por el tío Nick indicaba cosquillas, y estas no se hicieron esperar.

Edna entró a la casa con un gemelo en cada brazo, transportándolos como si fueran sacos de patatas. A ellos no les importaba, igual iban muertos de la risa, gritando y escurriendo agua.

—¿Qué pasó allí? —Preguntó Duncan al ver el espectáculo.

—Tus hijos. Son unos... —No pudo continuar. Duncan miraba al par de diablillos disimulando una sonrisa. Tenían los ojos de Allegra, pero en todo lo demás, eran unos auténticos Richman, tal como lo había deseado ella. El cabello castaño oscuro se les pegaba a las sienes, y las pestañas mojadas se veían más largas de lo que ya eran.

Uno de ellos sorbió una gotita de agua que le bajó hasta los labios en un gesto ruidoso.

—Por qué están mojados?

—Porque es verano, hace calor, y a tu par de hermanos les pareció divertido mojarlos como si de margaritas se trataran.

—Vaya asunto. Hablaré con esos dos.

—Sí, te lo agradezco. Iré a cambiar de nuevo a este par de aquí.

Los niños habían estado sonriéndole a su padre, quietecitos como si fueran muy santos, intentando mostrar sus caras más angelicales... pero él era un hueso duro de roer.

—Ian, Jeremy —les dijo en tono severo—, luego hablaremos de esto —Los dos niños lo miraron calibrando la profundidad de la amenaza, pero como Duncan les sostuvo la mirada, asumieron que su padre hablaba en serio.

Los niños no se miraron el uno al otro, pero Duncan supo que se estaban comunicando de alguna

manera. Siempre lo hacían.

—Edna, siento que tengas que sufrirlos tanto.

—Ah, no te preocupes. Soy yo que me hago vieja y refunfuño.

Duncan se hizo a un lado para que Edna pasara con sus hijos, los hijos que Allegra le había dado aún a costa de su vida.

Se dirigió a una cómoda, donde se hallaban varios retratos de los gemelos, y en el centro, uno de ella, sonriente y hermosa. Lo sostuvo en su mano por un instante pensando en mil cosas y sonriendo solo.

—Qué haces allí parado?

Duncan se giró. En persona era más hermosa aún.

Puso de nuevo el retrato en su lugar y se dirigió a su esposa. Le sonrió ampliamente y, poniéndole una mano en su enorme panza, la besó.

Allegra estaba embarazada de nuevo, y esta vez, para júbilo de todos en casa, no eran gemelos. Sólo una niña.

—Me aguantaba las ganas de besarte.

—Eres un acosador.

—Enfermo de amor por ti.

—Ya. Te aprovechas de mi debilidad —rezongó ella, besándolo de todos modos, y rodeando su cuello con sus brazos—. Escuché a Edna quejándose de tus hijos?

—Sí, y no entiendo por qué, si son un ejemplo de modosidad.

—Esos monstruos? La van a enloquecer, ya verás —él sonrió, sin apartar su mano del vientre de su mujer.

Se habían casado hacía casi tres años en una boda sencilla, pero muy hermosa. Allegra había asumido el cargo de presidente de la Chrystal por un tiempo, hasta que Worrell les notificó que ya no sería posible andar más de aquí para allá como estaba acostumbrada. Contra todo pronóstico, Allegra estaba embarazada.

Duncan casi se cae de la silla en la que había estado sentado hasta el momento cuando escuchó la noticia.

Como no creía posible embarazarse, Allegra no estaba tomando ningún medicamento para evitarlo, y no habían creído necesario usar preservativos, pero *Oh, la lá...* La naturaleza los había sorprendido.

Inexplicablemente, el útero de su mujer estaba en perfectas condiciones, fuerte y firme para albergar dentro a dos diablitos que, desde el primer instante, empezaron a dar guerra.

La explicación de Worrell fue que el haber seguido los tratamientos y las dietas con tanta puntualidad y responsabilidad, habían rendido sus frutos. Aún tenía que ser muy estricta con los controles prenatales, pero era fértil otra vez.

Allegra había llorado de pura felicidad.

Ninguno de los dos embarazos había sido más riesgoso de lo que podía ser cualquier otro, y a Allegra la maternidad le sentaba divinamente; cero náuseas matinales, ni antojos extraños, ni terribles cambios de humor. El embarazo perfecto. Mamá naturaleza era buena, después de haber perdido ella algo tan valioso, se lo había devuelto y con un bono extra.

Sólo hubo complicaciones en el parto, y la vida de Allegra se vio en peligro a causa de una gran pérdida de sangre, pero se había recuperado y en cuanto los gemelos cumplieron el año, le pidió a

Duncan otro hijo.

Éste se había negado rotundamente, no sólo porque Ian y Jeremy ya eran bastante, sino porque nada le garantizaba que esta vez el parto fuera a salir sin complicaciones.

Durante tres meses completos su mujer estuvo asediándolo con estadísticas de partos normales, nuevas técnicas y modalidades para dar a luz, y le dio un largo discurso acerca de por qué era mejor tener el otro bebé pronto.

Al final, Duncan se había rendido, y su fértil esposa había quedado embarazada inmediatamente.

En cuanto naciera Adele, como planeaban nombrar a la niña, Duncan se practicaría una vasectomía para eliminar de una vez el riesgo de embarazarse de nuevo a su mujer, por eso rogaba al cielo que la nena que esperaban por favor fuera rubia y hermosa como su mamá... y un poco más tranquila.

Ian y Jeremy no eran malos niños, al contrario, eran obedientes y respetuosos. Allegra sólo tenía que hablarles una vez para que hicieran caso, y Duncan ni siquiera tenía que hablarles. Nunca les habían puesto una mano encima, pero entre los dos jóvenes padres se habían ingeniado castigos mucho más efectivos. Y es que tenían demasiada energía dentro, no se podían estar quietos y, sorprendentemente, Paul y Kevin, que en su época también habían dado el mismo problema, eran los únicos que podían soportar todo ese trote.

Cuando se ponían incontrolables, sólo ellos dos eran capaces de cansarlos hasta que se quedaran dormidos, y luego Edna les prometía el cielo y la tierra por haber conseguido tales proezas.

La vida de los Richman había transcurrido sin muchos sobresaltos desde la vez que Allegra había sido secuestrada y rescatada. Los negocios iban bien, Irvine seguía creciendo y subiendo en la escala de empresas más importantes y la Chrystal había recuperado su antiguo esplendor; Edna y Boinet seguían discutiendo de vez en cuando, aunque, según el chismoso de Nicholas, una vez vio a Edna salir de la habitación del guardaespaldas a altas horas de la madrugada; por su parte, Nick había terminado su carrera y hacía de ayudante en la Chrystal, que ahora tenía otro CEO interino; Haggerty hacía uso de su buen retiro viajando por el mundo, y muy a menudo venía a visitar a Allegra y a sus nietos, como prefería llamarlos, no se había vuelto a casar, pero eso no impedía que se le viera con bellezas de apenas veinte años.

Kathleen una mañana visitó la oficina de su hijo para hablarle de un deseo que tenía. Duncan la sentó en sus muebles y la escuchó. Se había enamorado del médico, y quería solucionar lo del divorcio.

Duncan se puso en pie sin saber qué opinar al respecto, y descubrió que, muy en el fondo, había estado esperando el regreso de su padre.

Si Kathleen, la última persona que lo había estado aguardando, abandonaba la espera, él ya no podía hacer nada.

Ayudó a su madre a divorciarse, lo cual no le fue difícil, pues ante la ya demasiado larga ausencia de Timothy y los cargos de abandono de hogar, no había ley que amparara esa unión.

Luego de eso, y con todos los sonrojos e incomodidades del caso, Worrell fue hasta su casa para pedirle la mano de su madre. El mundo estaba al revés.

Ahora estaban en su luna de miel, y los gemelos y Nick, que a pesar de tener su propio apartamento prefería estar en casa, estaban pasando esa temporada de verano con Duncan y Allegra, lo cual estaba siendo beneficioso y perjudicial para los gemelos más jóvenes a partes iguales.

Allegra se sentó en un sillón muy cómodo que su marido había mandado a traer en la época de su primer embarazo desde quién sabe qué país para que ella estuviera a gusto y pasó una mano por su vientre. Tenía ya siete meses, y aunque la panza no era tan grande como lo fue la de los gemelos, ya empezaba a sentirse cansada. Además, venía de hacer su caminata reglamentaria para tener un buen estado físico y demás cosas para que su parto fuera lo más fácil posible.

Estar embarazada era hermoso, pero a veces quería salir de eso pronto, y cuando llegaba a ese punto, se asustaba un poco.

La primera vez se había arriesgado a tenerlos del modo natural, y aunque dolió horrores y casi le cuesta la vida, estaba dispuesta a pasar por lo mismo de nuevo. Sentir cómo traías al mundo una nueva vida, o dos, en su caso; escuchar el primer llanto del bebé; sentirlo en tus brazos por primera vez; darle el pecho... hacía que se te olvidaran todos los dolores sufridos con anterioridad.

Más ella, que hasta hacía poco había pensado que jamás tendría ese privilegio. Si por ella fuera, pariría cinco hijos más, como agradecimiento a la vida por haberle devuelto el don. Desafortunadamente, Duncan no estaba muy de acuerdo con esa idea.

—¿Tienes sed? ¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó su marido, y ella sólo sonrió. Lo quería a él. Hacer el amor se estaba volviendo un poco incómodo, y lo extrañaba terriblemente. Aunque Worrell les había dado carta blanca para seguir teniendo relaciones, no era lo mismo si estabas grande como una iglesia y pesada como una tractomula.

—No, gracias, amor —le contestó sonriendo.

—Buenas, buenas!! —Escucharon decir en el vestíbulo. Edmund Haggerty había llegado—. Qué es esto? Demasiada paz! Demasiada tranquilidad! Dónde están mi par de diablillos?

—Tu par de diablillos —contestó Duncan desde la sala— están cambiándose de ropa por enésima vez el día de hoy —Edmund sonrió orgulloso. Se acercó a Duncan y lo abrazó palmeándole la espalda, luego se inclinó a Allegra y besó sus mejillas.

—Estás preciosa.

—Mentiroso.

—Que se me caiga podrida la lengua si miento!

—Espero no hayas traído contigo todo un camión con juguetes para los niños, Haggerty —advirtió Duncan brindándole asiento al viejo, y sentándose él en el mueble más próximo a su mujer.

—No, claro que no, nunca repito mis sorpresas.

—Qué trajiste esta vez?

—Duncan, no lo vas a creer! —gritó Paul entrando a la sala corriendo.

—Hay un par de ponis en el jardín! —completó Kevin entrando tras su hermano. Allegra lanzó un gemido. Edmund sonreía con inocencia.

—Mandaré a un experto para que los cuide, no se preocupen —dijo Haggerty, intentando tranquilizarlos.

—Sí, bueno, gracias. Sólo que creo que esas criaturas aquí no lo pasarán muy bien.

En el momento llegó Edna con Ian y Jeremy, los cuales, al ver al anciano, corrieron hacia él para abrazarlo y llenarle la cara de besos y babas. Haggerty sentó a cada uno en sus rodillas y escuchó atentamente las terribles historias de cortadas, miembros diseccionados y accidentes automovilísticos que los niños le contaban en su media lengua. Él hizo todos los “Ah!”, y “Uff!”

pertinentes para cada historia, y estuvieron entretenidos largo rato, pues luego el abuelo Edmund se puso a contarles cómo fue que él sólo derribó un oso de dos metros y medio de altura, ayudado sólo con su caña de pescar.

Por la noche, todo quedó otra vez en silencio. Luego de acostar a los niños, Duncan se metió bajo las sábanas con su mujer y la rodeó con un brazo, que no tardó en acoplarse a él como si de dos cucharas se tratara. Él besó su cuello y su hombro.

—Estás cansada?

—Mmm... no sé qué responder, si tienes planeado darme sexo, no, no estoy cansada— Él se echó a reír.

—Te amo, sabes? Tú y mis hijos son un precioso regalo que estoy muy feliz de haber recibido—. Allegra suspiró sonriente.

—Te pones muy romántico los domingos —él sonrió.

—Eso es porque puedo pasar todo el día con mis hijos y contigo, y me doy cuenta de lo afortunado que soy de tenerlos.

Ella se giró levemente para mirarlo fijamente a los ojos. A veces no se podía creer que fuera tan feliz. Los cuatro años lejos de él habían sido borrados de su memoria como si de un mal sueño se tratasen. Posó una mano en su barba, deslizándola hacia su cuello, y luego hasta su pecho con el deseo de saltarle encima y devorarlo a mordiscos y besos.

—Yo también te amo —le dijo—. Jamás me arrepentiré de haberte contratado como novio aquella vez—. Duncan besó sus labios riendo aún.

Sin agregar una palabra más, fue desnudando el cuerpo de su esposa, tan cálido, tan redondito, y con mucho cuidado le hizo el amor.

Afuera, la noche avanzaba sobre la ciudad, peligrosa para unos, hermosa para otros. Para la pareja que disfrutaba una vez más el poder estar juntos, fue una noche sublime, una noche para agradecer y disfrutar.

Fin.

NOTA DE LA AUTORA

Ámame tú es la primera novela romántica que escribo de un modo más profesional, pero no es, ni por asomo, la primera que creo.

Agradezco a todos los que me han acompañado en esta larga travesía hasta llegar a la publicación en papel. Sin el apoyo de mis lectoras y de aquellos quienes han creído en mí y en mi talento, esto no habría sido posible; hay sueños tan grandes que algunos hay llevarlo entre varios.

Y tú, querid@ lector-a, espera próximas publicaciones mías.

Abrazos,

Virginia Camacho.